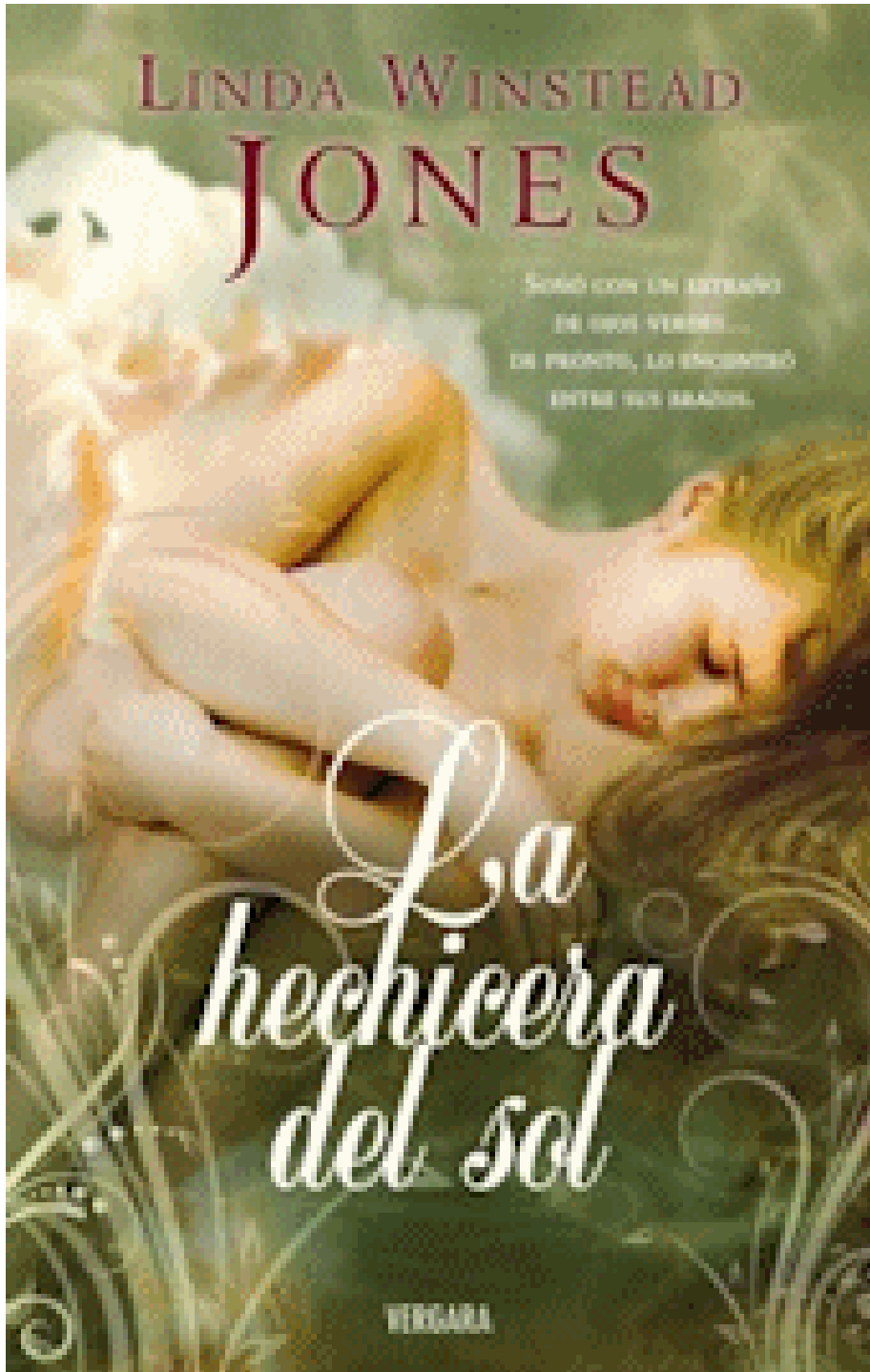




LINDA WINSTEAD
JONES

SOLO CON UN RETRATO
DE DOS VERSES...
DE PRONTO, LO ENCONTRÓ
ENTRE SUS BRAZOS.

*La
hechicera
del sol*

VIRGARA

Linda Winstead Jones

La hechicera del sol

The Sun Witch

1^o Mujeres Fyne

Argumento

Las hermanas Fyne viven en la montaña, en la misma cabaña que habitaron las mujeres de la familia durante trescientos años. A pesar de que los aldeanos se mantienen lejos de ellas, temerosos de sus encantamientos, Isadora, Juliet y Sophie suelen usar sus hechizos para el bien.

Sin embargo, todas ellas están signadas -como las Fyne que las precedieron- por una maldición que les impide alcanzar el verdadero amor. Las dos hermanas mayores de Sophie se han resignado a permanecer castas por el resto de su vida, pero ella no está dispuesta a aceptar ese destino. Aunque sus poderes parecen débiles, Sophie se pregunta si el fuego que corre por sus venas no podría ser un indicio de su verdadera fuerza...

Todavía convaleciente de las heridas de guerra recibidas, Kane habría jurado que un ángel se acercó a él para curarlo y hacerle el amor. Ahora lleva un año buscando a esa joven, y hasta duda si fue un sueño o sucedió en realidad. Lo que no imagina es que cuando la encuentre tendrá que apelar a todas sus fuerzas, terrenales y sobrenaturales, para combatir la maldición que amenaza con acabar con su felicidad.

Prólogo

*En el tricentésimo sexagésimo quinto año
del reinado de los Beckyt*

El estrecho sendero había permanecido en penumbra durante toda la noche. En lo alto, el denso follaje ocultaba la luz de la luna y de las estrellas.

Los hombres, que marchaban silenciosamente por el sendero, bien podrían haber estado caminando a través de un largo y oscuro túnel de no ser por los ocasionales claros entre las ramas entrelazadas, que les permitían vislumbrar el cielo nocturno. Tenían que ser cuidadosos y no abandonar la senda, porque hacia la izquierda el bosque era espeso, con viejos árboles que el viento hacía crujir, mientras que hacia la derecha el terreno se precipitaba abruptamente en un profundo barranco tan cubierto de maleza que era imposible advertirlo. Los animales gruñían y chillaban entre las sombras, pero no incomodaban a los caminantes.

El frescor de la noche primaveral atravesaba las capas y pantalones, y se filtraba en las botas. Lo mejor era continuar avanzando, conservar el calor, no detenerse. A veces, un rebelde tropezaba y, en el silencio de la noche, se oía el chasquido de una espada.

El amanecer se aproximaba. Kane comenzó a ver parte del sendero que llevaba al impenetrable bosque del norte. Las ramas caídas mostraban rastros de una tormenta que había pasado poco antes. Los animales, que habían hecho ruido toda la noche, ahora estaban en silencio, como si durmieran. Podía ver la nuca calva de Tresty y la silueta de los hombres que caminaban delante de él, ya que la oscuridad comenzaba a disiparse.

El grupo de exhaustos rebeldes (menos de una docena) avanzaba silenciosamente por el sendero que lo conduciría hasta su líder, Arik, en busca de refuerzos. Habían sido derrotados en la batalla y estaban cansados, pero no vencidos. Hacía cuatro días que el número de sus efectivos se había visto reducido a menos de la mitad por la acción de los soldados del emperador.

Kane Varden era uno de esos once combatientes agotados y hambrientos. Habían sido heridos y golpeados pero no estaban dispuestos a rendirse, eso jamás. No se rendirían mientras el emperador Sebestyen ocupase el trono, escondido en las alturas de su suntuoso palacio mientras mucha de su gente moría de hambre. No estaba bien que un solo hombre tuviera tanto mientras otros tenían tan poco. No era justo que un hombre tuviera cuanto quería a expensas de las gentes de Columbyana. Como su padre antes que él, lo único que había hecho Sebestyen era apropiarse de todo.

Duran, el hermano de Kane, guiaba el grupo por ser quien mejor podía ver en la oscuridad. El viaje duraría aún seis días, aunque sólo se detuvieran para dormirar por turnos y comer lo que consiguiesen cazar, recoger o robar. De hecho, quizá quedasen todavía siete días de camino. Se encontrarían con Arik en la zona más septentrional de la Provincia del Este. Esperarían a que las heridas curasen, engrosarían las filas del líder y se dispondrían de nuevo a acosar a los soldados imperiales. Duran era joven, apenas tenía veintidós años, pero, como le ocurría a su hermano Kane, su apoyo a la causa rebelde era sincero.

Algún día tendrían la fuerza suficiente para marchar sobre el palacio y Arik, hijo bastardo del difunto emperador Nechtyn y hermanastro del emperador Sebestyen, ocuparía el trono. Kane quería estar allí para cuando eso sucediese. Era lo que más deseaba en la vida.

Duran se detuvo de pronto y levantó una mano, y el resto del grupo dejó de andar. Kane llevó la mano a su espada y otro tanto hicieron los hombres que venían detrás y los que lo precedían.

Al acallarse todos los sonidos, Kane percibió el ruido que había alertado a Duran. Era diferente del susurro de los animales que había oído durante la noche en el bosque. Procedía de las ramas al partirse y del metal al golpear contra el metal.

Con un estruendo escalofriante, los soldados de la infantería imperial irrumpieron con las espadas en alto, atacando desde tres direcciones. Surgieron de la profundidad del follaje, vestidos con el uniforme verde oscuro que les había permitido mimetizarse con el entorno. Sintiéndonse tan fatigados por la marcha como los mismos rebeldes, rodearon a Kane y a sus hombres.

La única vía de escape era hacia el sur, en dirección al barranco. En instantes, los rebeldes lo tenían a sus espaldas, mientras se enfrentaban a un número muy superior de soldados imperiales.

El poder de las fuerzas imperiales era intimidatorio. ¿Cuántos soldados habían surgido del bosque? Treinta al menos. Y detrás venían más. Kane y los suyos tenían pocas posibilidades, pero no era la primera vez que se enfrentaban a un enemigo más poderoso.

Un soldado imperial blandió la espada y lanzó un grito aterrador, como el de un animal salvaje. Kane paró el golpe con la hoja de la suya y atravesó al soldado con una estocada mortal. Tras eliminarlo, Kane hizo frente a otro, y luego a otro. Aunque era hijo de un pobre campesino, era extremadamente hábil con la espada. También lo eran Duran y todos los demás. Arik se había ocupado de su adiestramiento, sabedor de que habría momentos como ése. No blandían las espadas para impresionar, sino que ensayaban golpes tan sencillos como mortales. No eran magos, no hacían uso de hechizos para protegerse. Sólo eran hombres.

Los soldados del emperador caían, pero también caían los rebeldes. Aquéllos continuaban llegando. Uno era abatido y dos lo reemplazaban. Era como si una corriente sin fin de hombres armados fluyera de entre los árboles.

Un grito, entre muchos otros, llamó la atención de Kane. No era ni más alto ni más insistente, sino sencillamente conocido. Miró hacia atrás y vio caer a Duran. Un soldado delgado y alto, que vestía el tradicional uniforme verde esmeralda, estaba de pie sobre el hermano pequeño de Kane. Levantó de nuevo la espada y le asestó un golpe mortal.

—¡No! —exclamó Kane.

Corrió frenéticamente, matando a un soldado enemigo, luego a otro, para despejar el camino hacia Duran y hacia el soldado imperial que ya se dirigía a combatir con otro de los rebeldes. Parecía que todos los soldados enemigos estaban decididos a impedir que Kane llegara hasta su hermano. Kane olvidó su habilidad con la espada para favorecer la fuerza y la brutalidad. Se abrió paso a través de la pelea, intentando no sólo mantenerse vivo sino alcanzar al asesino de su hermano.

El sonido implacable de acero contra acero se debilitaba mientras los rostros de los otros soldados se volvían borrosos. La punta de una espada manejada torpemente lo sorprendió por la espalda, pero antes de continuar se volvió, enterrando la hoja de su propia espada en el pecho del soldado atacante.

A medida que se iba acercando a su meta, Kane se concentró en la cara del asesino de su hermano. Era enjuta y bronceada, de ojos oscuros y rasgados como los de un gato.

Mientras esto sucedía, más soldados se aproximaban. Los rebeldes no conseguirían resistir por mucho más tiempo. Con el barranco a sus espaldas, la retirada era imposible. No había más opción que rendirse y entregarse como prisioneros, o morir.

Kane dirigió un golpe contra el cuello del soldado, pero éste presintió el golpe y saltó hacia atrás. Ni se alejó ni fue lo bastante rápido para evitar que la punta de la espada de Kane le hiciera un corte en la mejilla. Luchaban como si no hubiese nadie más en el campo de batalla, como si no se oyese otro sonido que el de sus ásperos alientos y el de sus espadas. Lo que quedaba del combate, la pena por la muerte de Duran y todo lo que la rodeaba, se esfumó de los pensamientos de Kane. Sostuvo la espada protegiéndose del soldado enemigo. Lucharon como hombres experimentados, dejándose llevar por el instinto, sin prever los movimientos. Cada golpe era el resultado de una habilidad innata y de años de práctica.

El combate estaba igualado, hasta que la hoja de Kane se partió en dos. Su arma era sólida y eso no debería haber sucedido, pero así fue. Se arrojó al suelo y rodó hacia la derecha tratando de alcanzar el arma de Duran. Alargó la mano, cogió la empuñadura, levantó la espada del suelo y se puso de pie, todo en un único y veloz movimiento. Sin embargo, fue suficiente para dar ventaja al soldado vestido de verde, que golpeó a Kane furiosamente en el pecho y le hizo un corte profundo en el brazo.

Kane advirtió que él y el soldado que había matado a Duran, eran los únicos que aún batallaban. El camino, antes tranquilo y silencioso, estaba ahora cubierto de heridos y muertos, en su mayoría soldados del emperador, aunque eso no era consuelo suficiente; la batalla, como tal, había terminado y Kane Varden era el único que seguía en pie.

—Sucio paleta —masculló el soldado con el acento de quien nunca ha salido de Arthes, la capital. Arrancó el arma de la mano de Kane de un golpe certero y, mientras apuntaba a éste en el pecho, se tocó la mejilla ensangrentada—. Me has marcado, maldito rebelde. Pues yo te marcaré diez veces antes de matarte.

—Has matado a mi hermano, hijo de puta —replicó Kane sin alejarse del acero que lo amenazaba. Su familia había desaparecido y su casa le había sido arrebatada, ya no poseía nada.

El soldado imperial miró el cadáver de Duran, que yacía inmóvil sobre la tierra en medio de un charco de sangre. Presentaba un tajo en la garganta y la camisa desgarrada mostraba un corte profundo en la carne.

—¿Este? Ni siquiera peleaba bien, aunque con mucho gusto clavaré su bonita cabeza en una pica en la muralla de Arthes hasta que no sea más que una calavera. Ya que me has dicho que eres su hermano, me aseguraré de que tu cabeza se exhiba junto a la suya.

Tocó con indiferencia el cuerpo de Duran con la punta de la espada. Aprovechando la distracción, Kane desarmó a su adversario de un golpe. Forcejearon y Kane intentó arrebatarse el pequeño cuchillo que el soldado había sacado de una funda que llevaba en el cinto.

Los otros soldados imperiales contemplaban divertidos el combate cuerpo a cuerpo. A pesar de estar heridos y sin aliento, se reunieron para mirar y cerrar cualquier vía de escape.

Kane, que había conseguido arrebatarse el arma a su rival, estaba perdiendo mucha sangre y las fuerzas lo abandonaban por momentos. El soldado imperial lo acosaba, manteniendo la distancia.

«Si consiguiese matarlo antes de que sus compañeros acabaran conmigo, podría morir en paz», pensó.

El soldado se movía con rapidez, giraba en torno a él y le lanzaba patadas. Con una de ellas consiguió dar en el pecho herido de Kane, que a punto estuvo de caer hacia atrás. Pero consiguió reponerse, consciente de que si caía al suelo todo habría terminado, con cuchillo o sin él.

De pronto, el suelo desapareció bajo una de sus botas. Perdió el equilibrio y se encontró rodando por el barranco. Fue a estrellarse contra una roca, y sintió que se le cortaba la respiración. Rebotó y continuó cayendo. Sólo veía maleza y tierra, cuando finalmente aterrizó de bruces con un ruido sordo y vislumbró el resplandor del amanecer antes de que todo se oscureciera a su alrededor.

Sophie creía que todos los seres eran propietarios de una parte del día, de esas preciosas horas en que se sentían más vivos, más completos, como ella y sus hermanas.

Isadora era una criatura nocturna. Siempre buscaba el momento para estar a solas por las noches, a la luz de la luna o en completa oscuridad.

Juliet encontraba la calma al atardecer. En general tenía más energía en las horas tempranas de la tarde y casi todos los días se la podía ver sentada en la colina, sonriente y feliz, mientras miraba cómo el sol se ponía al oeste.

Sophie, la más joven de las hermanas Fyne, amaba la mañana. Adoraba el despertar del día y del mundo, la suave luz del sol naciente, las sensaciones que le transmitía.

Sus dos hermanas dormían cuando ella se dirigió hacia la laguna que estaba cerca de su hogar en la cumbre de la montaña. Aún no había amanecido, pero el verano ya había llegado y el aire era templado y apacible. El agua estaría fresca al sumergirse, y Fyne contemplaría y sentiría nacer el día desde allí.

Sophie amaba a sus hermanas, pero a veces sentía que no la entendían. La trataban como a una niña, aunque pronto cumpliría veintitrés años. Parecían no comprender que no quería ser como ellas, que no estaba de acuerdo con muchas de sus ideas, sobre todo en lo que a los hombres se referían.

Su madre nunca había desafiado al amor, y su abuela había estado casada durante casi treinta años. Había sido fácil para las hermanas dejar de lado la maldición de Fyne como si de un mito se tratara. Tal vez en el pasado algunas de las mujeres de la familia habían tenido mala suerte en el amor, pero eso no significaba que la maldición de un hechicero pudiera durar más de trescientos años.

Así pues, Isadora se había atrevido a casarse. Se había atrevido a amar. Durante un tiempo todo lo que sucedió fue agradable y adecuado, pero, por supuesto, que algo esté bien no significa que vaya a durar siempre.

Wilym, el esposo de Isadora, murió demasiado joven y dejó a la mayor de las hermanas Fyne con el corazón destrozado y lleno de amargura. Había fallecido hacía cuatro años e Isadora todavía lo lloraba, vestía de luto y raramente sonreía. No paraba de advertir a sus hermanas que el amor no era para ellas, para ninguna de ellas. No estaban hechas para tener algo tan bello y corriente como un marido o una familia. Y si osaban tenerlos, les esperaba el desastre. Todo lo que necesitaban, y tendrían que conformarse con ello, era conservar el vínculo, el apoyo mutuo.

Después de la muerte de Wilym, Isadora había buscado en cada rincón de la cabaña respuestas para sus preguntas. Había encontrado una caja escondida debajo de una tabla del suelo, y en la caja la prueba de la maldición de las Fyne.

La caja estaba llena de cartas, mensajes de aquellos de sus antepasados que se habían atrevido a amar y lo habían perdido todo. Los hombres morían antes de llegar a los treinta años. Con los hombres mayores, que habían superado esa edad, sucedía que un día cualquiera miraban a sus esposas y huían, temerosos de lo que habían visto. Después de haber leído las cartas, muchas de ellas manchadas por las lágrimas, Juliet, que tenía el don de ver el futuro, contó que su abuela se había casado con un hombre a quien sabía que nunca podría amar. El resultado fue una vida de sufrimiento y amargura. Isadora insistía en que no se permitiría la entrada a ningún hombre en la casa de las Fyne.

Juliet no era tan inflexible como Isadora, pero llevaba una vida alejada de los hombres y había jurado que nunca se casaría. Cuando Sophie le sugirió que se buscara un amante, Juliet se mostró horrorizada. Había decidido que ningún hombre la tocaría jamás. Sophie sospechaba que el juramento de su hermana tenía poco que ver con la maldición; lo que ocurría, sencillamente, era que Juliet tenía miedo a los hombres.

Al contrario que sus hermanas, Sophie los adoraba. Había algo magnífico en los hombres, fueran viejos o jóvenes, altos o bajos, lo mismo daba. Tenían una fuerza extraordinaria, y el

rostro cubierto de barba. También eran maravillosamente diferentes, absolutamente fascinantes cuando en raras ocasiones iban con Juliet al pueblo, le gustaba oírlos reír... ¡Con qué fuerza reían!

Según decían, en Columbyana había diferentes tipos de hombre. Había granjeros y ganaderos en cada una de las cuatro provincias y soldados valientes, tanto en las fuerzas imperiales como entre los rebeldes; combatientes distribuidos a lo largo y ancho del imperio. Había seres que se transformaban, de los buenos y de los malos, así como buenos y malos magos para aquellas mujeres que no le tuvieran miedo a la magia. Sophie había oído una historia sobre un grupo de habitantes de la Provincia del Norte, quienes afirmaban pertenecer a la antigua raza de los anwyn. Se mantenían alejados, pero de vez en cuando hacían incursiones en los pueblos que había al pie de las montañas, y aún más allá, en busca de pareja. Las historias acerca de los anwyn habían sido empleadas durante cientos de años para asustar a las jóvenes doncellas y obligarlas a regresar a casa antes de la caída del sol. Por eso, Sophie no estaba segura de si esas historias eran reales o producto de la fantasía. De todos modos, resultaba fascinante imaginar que existiesen hombres tan primitivos.

Para Sophie, los granjeros eran tan esquivos como los anwyn. Las hermanas Fyne no recibían hombres en su hogar, sobre todo desde la muerte de Willym. En ocasiones, las mujeres las visitaban para pedirles hierbas medicinales o algún hechizo capaz de ayudarlas, pero los hombres de la comunidad permanecían alejados de las brujas de Fyne.

La culpa era de Isadora, pensaba Sophie. Los asustaba con su mirada penetrante o al pronunciar una palabra indescifrable. A veces le bastaba con un gesto con la mano. Algunos hombres en el pueblo la culpaban de haber causado la muerte de Willym, y decían que lo había asesinado con sus poderes mágicos. Aún peor, la misma Isadora se culpaba a sí misma... por haberlo amado.

Shandley era la pequeña población donde se llevaba a cabo la actividad social, religiosa y legal de esa región de granjas y fincas. Estaba ubicada al pie de la montaña que Sophie llamaba su «hogar». Al estar alejada de Arthes, la capital, estaba muy lejos de la revolución. Aun así, los miembros más aptos de la comunidad habían ido a pelear por el emperador o en contra de las fuerzas imperiales. Sólo en secreto se hablaba de los rebeldes, pero Sophie no podía menos que admirar a los disidentes que luchaban por sus convicciones, aunque eran muy tontos por enfrentarse a fuerzas militares mucho más importantes. La guerra parecía una inútil pérdida de energía, dinero y hombres, especialmente de hombres.

Sophie no quería un marido, Isadora tenía razón al respecto. El matrimonio no estaba hecho para ellas. Si aceptaba a un hombre en su lecho y en su vida ¿no acabaría aceptándolo también en su corazón? Si eso sucediera, la maldición se cumpliría, y Sophie ya había visto lo que significaba para una mujer enterrar al ser amado. No quería que le sucediese lo mismo.

Las hermanas Fyne no necesitaban casarse, se bastaban a sí mismas. Al mismo tiempo, Sophie no quería evitar por completo a los miembros del otro sexo, como hacía Juliet. Tampoco eso era lo correcto. Ciertamente, constituía un pecado descartar a la mitad de la población sin pensárselo al menos un poco. Le había llevado meses considerar el tema, reflexionar acerca de él, pero ya había decidido que seguiría los pasos de su madre. Amaría según los dictados de su cuerpo, tomaría amantes como una mujer independiente cuando así lo deseara, sin lamentarse por los momentos vividos y sin pertenecer a nadie. Alguien tenía que continuar el linaje de los Fyne, e Isadora y Juliet no lo estaban haciendo.

Una de las razones por las cuales las hermanas Fyne eran tan opuestas, tanto en aspecto como en personalidad, se debía a que eran hijas de diferentes padres. Lucinda Fyne había dicho muy poco a sus hijas sobre sus respectivos padres, pero llevaban igualmente el nombre de quien las había concebido. Isadora Sinnoch Fyne tenía el cabello oscuro como la medianoche y los ojos igual de negros; era bastante alta para ser mujer, tanto, al menos, como muchos hombres.

Juliet Kei Fyne luchaba contra una rebelde cabellera rojiza y se lamentaba de tener pecas, pero aunque era de menor estatura que su hermana mayor, no era baja. Sophie Maddox Fyne era

la más joven y la más baja de las tres. Tenía el cabello tan claro que parecía casi blanco con la luz apropiada, y sus ojos, de expresión vivaz, eran de un azul oscuro. Poseía, asimismo, un atributo del que carecían sus hermanas: según Juliet, estaba «bien dotada». Isadora, que era más directa en su hablar, decía que Sophie tenía «tetas grandes». Sophie no creía que sus senos fueran especialmente grandes, pero cuando se comparaba con la delgadez de junco de sus hermanas, la diferencia era apreciable.

Lucinda Fyne les había contado a sus hijas que antes de conocer a sus respectivos padres había soñado con éstos durante tres noches consecutivas. Ninguno supo quién era esa mujer con quien habían compartido una noche; se había ido llevando una nueva vida en el vientre. Lucinda nunca se había casado ni había lamentado no tener un marido. Había hecho su tarea como la única Fyne de su generación: había dado a luz tres niñas.

En esa montaña había brujas Fyne desde hacía trescientos años. Sophie sabía que sus hermanas y ella no serían las últimas. No pondrían fin al linaje.

Si Juliet e Isadora insistían en llevar una existencia casta, como si fuesen monjas, entonces dependería de Sophie que hubiera más mujeres Fyne por otros trescientos años.

Se le aceleró un poco el pulso cuando llegó a la orilla de la laguna y se quitó rápidamente la sencilla camisola. Llevaba tres noches soñando con un hombre de ojos verdes y tristes. No pudo ver mucho más en sus sueños, pero, a pesar de su tristeza, el hombre de ojos verdes la hizo sentir maravillosamente bien. Despertó temblorosa, deseando de forma desesperada alcanzarlo y tocarlo. No pudo hablar de ello con sus hermanas. Eran tan sobreprotectoras que probablemente la encerrarían bajo llave hasta que los sueños cesaran.

Columbyana estaba atravesando un período de gran agitación y airadas protestas que duraba ya cinco años, desde que los rebeldes comenzaron a perturbar la paz del país. A Sophie no le preocupaba que los soldados imperiales o los rebeldes invadieran la intimidad de su rito matinal. La política no era de su incumbencia ni de la de sus hermanas, aunque Isadora, la más poderosa de las tres, había hechizado la montaña con el propósito de que la guerra se mantuviera a una prudente distancia. Nunca habría derramamiento de sangre en esa tierra.

Sophie movió la cabeza ligeramente mientras entraba en la laguna. El agua estaba apenas fría esa mañana y sabía que no tardaría mucho en calentarse con el sol y perder el frescor de la noche. Una vez alejada de la orilla, se dirigió hacia el centro de la laguna y dejó que el agua lavara su cuerpo.

Si la guerra terminara algún día ¿levantaría Isadora el hechizo que pesaba sobre la montaña? ¿Volverían los hombres?

Sophie sabía que sus sueños eran proféticos como los de su madre: su amante de ojos verdes ya estaba allí, con hechizo o sin él. Llegaba en el momento apropiado, el momento de convertirse en mujer, el momento de comenzar una nueva vida. Sentía esa verdad dentro de su corazón, la sentía en la piel, en la punta de la lengua. Sencillamente, lo sabía.

Nadó mientras el sol salía y la bañaba con su tibia luz de bienvenida. Sophie se sentía nacer junto con el día. Un rayo de sol besó su cara como un amigo esperado. Cerró los ojos mientras el sol entibiaba su rostro y flotó en el agua que refrescaba su piel desnuda. Esos momentos eran normalmente relajantes, pero en esta ocasión sentía una especie de vacío interior, una ansiedad que apenas podía tolerar.

—Un hombre —musitó mientras flotaba en el centro del lago—. Un amante...

Una vez más pensó en el hombre con quien había soñado las últimas tres noches. No recordaba más que sus ojos, la sensación de la boca sobre su mano y un resplandor trémulo debajo de su piel que no conseguía apartar de su mente.

—Ven a mí, hombre de ojos verdes —susurró.

Se zambulló y nadó bajo el agua todo lo que pudo. Salió chapoteando a la superficie, cerca de la orilla opuesta, y respiró profundamente. Su mirada se dirigió a la ribera donde un caballo blanco estaba amarrado en el bosquillo de árboles de *linara*. No había podido ver al animal

desde la orilla opuesta porque el follaje y el ángulo de visión se lo impedían. Los árboles estaban en flor y despedían un perfume fragante y delicado.

De pronto, a Sophie le pareció que allí había alguien. Nadó lentamente hasta la orilla y ya cerca de ésta distinguió un bulto debajo de las ramas floridas. Mientras observaba, el bulto comenzó a moverse.

Respiró hondo y susurró:

—Hola.

El bulto se movió de nuevo. Sophie hundió la barbilla en el agua y su cabello flotó en torno a ella. En ese mismo instante debería de haber regresado a la orilla opuesta y, tras ponerse la camisola, emprender el camino de vuelta a casa. Pero, por supuesto, Sophie Fyne raramente hacía lo que se esperaba que hiciese.

—Hola —repitió, más fuerte esta vez.

La persona que estaba metida en el tosco saco de dormir se incorporó lentamente.

A Sophie el corazón le dio un brinco cuando se dio cuenta de que, sin lugar a dudas, era un hombre, aunque no de la clase que haría que el corazón de una mujer latiese de deseo. Tenía barba y bigote y el pelo largo y descuidado de un color que parecía castaño claro, aunque era imposible asegurarlo, pues estaba demasiado sucio. El hombre entornó los ojos, parpadeó varias veces y buscó la botella que estaba a su lado. Tras beber un largo y lento trago, miró de nuevo a Sophie y dijo:

—Estoy muerto, ¿verdad?

—No —respondió Sophie con dulzura.

—Sí, estoy muerto y tú eres un ángel que ha venido a llevarme al cielo o a enviarme al infierno.

—No, estás vivo y no soy ni un ángel ni una ninfa ni un duende —dijo Sophie con una amplia sonrisa.

No quiso aclarar que sí era una bruja. Esa pequeña información habría hecho que el hombre huyese y, pese a su apariencia, Sophie aún no había decidido si quería que lo hiciera o no.

El hombre se enderezó y Sophie vio que parecía alto y de hombros anchos, y que tenía unos brazos largos y fuertes. Su ropa estaba muy desgastada y sucia, pero las cortas botas de piel debían de haber sido muy buenas en su día, y otro tanto podía decirse de los pantalones anchos que llevaba por dentro de las mismas. Al mirar con detenimiento vio que llevaba un cuchillo, o quizás una navaja, al cinto, y que la capa tenía bordado el escudo de Arik, el líder rebelde que reclamaba para sí el título de legítimo emperador de Columbyana.

—Eres un soldado —dijo Sophie.

—Lo era —repuso él en voz baja.

—Un rebelde... —susurró ella.

El desconocido asintió. Tal vez había abandonado la lucha por encontrarla inútil, pensó Sophie.

—¿Vas de regreso a casa? —inquirió ella.

El soldado negó con la cabeza y, sonriendo amargamente, contestó:

—No me queda ningún hogar al que regresar.

—Si has dejado de ser un soldado y no tienes un hogar, ¿qué eres entonces? —preguntó la hechicera.

—Un ladrón —contestó él sin dudar.

Sophie parpadeó. Una cosa era ser un soldado o un rebelde, otra muy distinta ser un ladrón.

—¿Qué has robado? —quiso saber Sophie.

Él levantó la botella y respondió:

—Este whisky, esta comida y el caballo. Entonces, ni siquiera era un bandido famoso, sino un hombre con poca suerte y nada más.

—¿Estás ebrio? —preguntó ella.

—Al parecer lo estaba antes de dormirme, pero lo remediaré pronto —contestó.

El hombre estaba asquerosamente sucio, tenía el pelo largo y enredado y se le veía muy afligido. Sophie podía sentir su pena. No tenía el don de Juliet, pero sus sentidos le bastaban para saber que ese hombre sufría profundamente.

—¿Tienes los ojos verdes? —preguntó Sophie conteniendo el aliento mientras esperaba la respuesta.

—Sí —contestó él ladeando la cabeza—. ¿Por qué?

—He soñado con un hombre de ojos verdes —respondió Sophie con sinceridad.

Sus sueños no le habían dado ninguna pista sobre la profesión del desconocido, pero lo cierto era que se encontraban solos los dos y que la mañana era hermosa.

—¿Estás...? —El corazón le dio un vuelco nuevamente y se le hizo un nudo en la garganta. Respiró hondo, se sacudió la indecisión y preguntó—: ¿Estás dotado para las artes amatorias?

Se produjo un silencio profundo, y al cabo el soldado preguntó:

—¿Qué? ¿Si estoy qué?

Sophie sonrió. Si tenía que suceder que ella estuviera con ese hombre, ya no había posibilidad de huir. El destino lo había llevado hasta allí y había hecho que soñase con él.

—¿Estás dotado para las artes amatorias? —repitió, esta vez de forma más pausada.

—No lo sé —dijo él—. Hace tanto tiempo desde la última vez..., que no estoy seguro de recordar cómo se hace. —Sonrió, convencido de que ella estaba bromeando, que intentaría provocarlo para luego alejarse rápidamente a nado. Sólo había una forma de averiguar si esas eran sus intenciones.

Sophie se acercó a él. Tocó con los pies el fondo de la laguna y se puso de pie lentamente. La sonrisa del soldado se desvaneció a medida que ella se aproximaba. Examinó detenidamente el cuerpo de la joven, de pies a cabeza, con curiosidad. Ella sabía muy bien la imagen que mostraba: pálida, con el pelo mojado adherido a la piel y el cálido sol matinal bañando su espalda desnuda.

—Si te pidiera que fueses mi primer amante ¿lo serías? —inquirió Sophie mientras se detenía junto a la orilla.

—Ahora sí que sé que estoy muerto —dijo él serenamente—. No puedes ser real.

—Si no quisieras hacerlo conmigo, no me sentiría ofendida —dijo Sophie mientras caminaba hacia el soldado. Se arrodilló delante de él y comenzó a desabrocharle la capa. Podía leer la respuesta en aquellos ojos, bellos y demasiado tristes para alguien tan joven. Seguramente habían visto muchas cosas horribles. Sophie quería librarlo de todas esas penas, y procedió a desabotonarle la arrugada camisa de lino.

Mientras salía de su ensimismamiento, el soldado comenzó a ayudarla a quitarse la ropa. Su mirada recorrió el rostro de la muchacha, estudiando la cara, la garganta y, a continuación, los pechos, antes de evaluar sus muslos pálidos y el triángulo de rizos rubios.

El soldado puso a su lado, con esmero, el puñal de hoja curva que tenía enfundado en la cintura, y lanzó lejos y con impaciencia las botas, pantalones y camisa. En pocos instantes se había desnudado ayudado por ella. Estaban ambos desnudos cuando Sophie le cogió de la mano y lo ayudó a ponerse en pie.

Sophie admitió que el soldado tenía cualidades admirables: era, sin lugar a dudas, alto, por los menos medía un metro ochenta, tal vez más. Como ella apenas sobrepasaba el metro sesenta, la diferencia era notable.

Pero la estatura no era la única diferencia, por supuesto. Ella tenía la piel blanca y suave; él tenía el pelo castaño y su piel era curtida y estaba cubierta de cicatrices y suciedad. Y, sobre todo, era fuerte: su pecho, muslos y brazos eran firmes y sólidos. Ya estaba sexualmente excitado, aunque ella tratara de no mirar para que no la considerase desvergonzada además que inexperta.

Las señales de heridas que aún no habían sanado mostraban el estado lamentable de uno de sus brazos y el pecho; sin embargo, a él parecía no importarle, como si no sufriera dolor alguno. No había delicadeza en el soldado, ni la mínima señal de amabilidad.

Sin embargo, él necesitaba de su dulzura, decidió Sophie. La necesitaba aunque sólo fuera aquella única y mágica mañana.

El cuerpo de ese hombre, su rudeza, serían el complemento perfecto para sus curvas y su delicadeza femenina. Se complementarían muy bien, pensó Sophie mientras lo cogía de la mano y lo guiaba hasta la orilla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Mi primer amante debe estar limpio, ¿no te parece? —dijo mientras entraban en el agua.

—Haré lo que me pidas, lo que quieras —repuso él.

Sophie sonreía alegremente al introducirse en el agua. El soldado la seguía, tratando de alcanzarla con las manos. Ella se alejó nadando, concentrada en la corriente de agua que golpeaba su cuerpo y en el sol de la mañana que se asomaba en el horizonte. Al llegar al centro de la laguna se detuvo en un lugar donde sus pies tocaron fondo. El agua le acariciaba la barbilla mientras el soldado tocaba su cintura por debajo del agua. Rodeándola con el otro brazo, sus dedos le acariciaron los pechos y rozaron suavemente uno de sus pezones. Sophie se estremeció de pies a cabeza, cerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro.

Nunca antes la había tocado un hombre, a excepción de los abrazos paternales de Willym. Esto era nuevo, completamente asombroso y placentero. Se atrevió a tocarlo ella, tímida al principio, con una inesperada sensación de seguridad después, como si fuera tan natural como la propia salida del sol. Pasó la punta de los dedos por la piel endurecida, y vio que el fuego en los ojos del soldado crecía en intensidad.

Sophie se zambulló nuevamente y esta vez el soldado la siguió. Después de una corta persecución, la cogió firmemente, pero con inesperada delicadeza, y la atrajo hacia él. Calientes y fríos..., duros y suaves..., en un cuerpo a cuerpo que hacía que la piel de Sophie se estremeciera de placer cuando él la tocaba. Los remolinos de agua parecían estar vivos cuando pasaban por entre sus piernas, enroscadas en torno al soldado.

Sin separarse de ella, él tomó impulso hacia la superficie. El pelo de Sophie estaba pegado a la cara y el cuello del soldado, sobre cuyo rostro y cuyo pecho el agua caía a chorros.

Sophie se sentía cautivada por esos ojos tristes de mirada maravillosa. Presionó los labios contra el cuello del hombre y saboreó la humedad de su piel. Él era fuerte y no parecía sentir el dolor.

—Ya estoy limpio —dijo de pronto él, volviéndose hacia la orilla.

—Sí, lo estás —confirmó ella.

Nadaron juntos hasta llegar a una zona baja cercana al borde de la laguna.

El rebelde se puso de pie y cogió la mano de Sophie de la misma forma en que ella lo había hecho anteriormente. No se detuvo ahí. Posó los labios sobre el hombro de la joven y besó la piel sensible y húmeda. A continuación la envolvió posesivamente con los brazos y sus manos se hundieron en el agua para buscarle la espalda y acariciarla, mientras con los labios le rozaba el hombro y luego el cuello, estimulando su deseo. Eso era mejor que ningún sueño, decidió Sophie, imitando a su amante y estrechándolo entre sus brazos.

Con un gruñido, el soldado rebelde alzó a Sophie y cargó con ella hasta depositarla sobre su saco de dormir.

—De modo que soy tu primer amante... —dijo con voz áspera mientras se tumbaba a su lado—. Seré delicado, entonces —añadió, para a continuación tomar uno de los pezones de Sophie entre los labios.

—Sí —respondió ella con ansia, al tiempo que se preguntaba: «¿Por qué nadie me dijo lo maravilloso que sería este momento?»

—Pero no demasiado delicado —dijo el soldado, y procedió a lamer y mordisquear el otro pezón. Sus labios eran cálidos; su lengua, ávida, descansaba sin prisa para acto seguido moverse de nuevo con rapidez.

—No, no tan... —Sophie sintió que se ahogaba. Decidió callar y dejar que el soldado colmara de caricias sus senos, su cuello y, luego..., sus senos otra vez.

Él levantó la cabeza a regañadientes para a continuación hundirla entre los pechos de Sophie y seguir lamiendo sus pezones erguidos y firmes. Después le cogió un brazo y lo aproximó a sus labios. Besó la delicada piel donde terminaba la palma de la mano, con la misma perfección que en su sueño. Era hermoso, excitante y tierno, simplemente maravilloso. Acto seguido rozó con los labios la cara interna del brazo hasta alcanzar su pecho; cada beso era más estimulante que el anterior.

Sophie jadeó. Era como si su piel hubiera cambiado, volviéndose más sensible a todo lo que le sucedía, desde la suave caricia que recibía de los labios de ese hombre hasta el soplo de la brisa cálida.

—¿Te puedo tocar, soldado? —susurró Sophie.

—Soy todo tuyo, Ángel —respondió él arrastrando las palabras dulcemente. Se notaba en este cambio de tono de voz que no era de la Provincia del Sur. A Sophie le gustaba esa serenidad de su voz, la miel de sus palabras—. Tócame, bésame, dime lo que quieres —la urgía a continuación.

Ese hombre, amable y dotado, era la pareja sexual perfecta.

Sophie desplazó su mano hacia abajo, poniendo la palma en el vientre liso de él. Lo sintió crisparse ligeramente. Los dedos bailaron ansiosos y finalmente se cerraron alrededor del miembro excitado. Estaba caliente, sedoso y tan duro que ciertamente la sorprendió. Besó el cuello del soldado mientras sus dedos exploraban y él gemía quedamente buscando la entrepierna de ella con ansiedad.

Sophie separó los muslos mientras él la acariciaba con sus manos grandes y firmes allí donde ningún hombre la había tocado nunca.

La luz del sol besaba la piel oscura y extraña de aquel soldado, que contrastaba con la piel lechosa de ella, en una disparidad espléndida.

—No puedo esperar más —le confesó él con voz profunda.

—Entonces, ha llegado el momento —dijo Sophie, y al cabo de un instante lo sintió entre sus piernas.

Sophie cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de cada segundo mientras su amante se convertía, suave y lentamente, en parte de ella misma. Por un momento pensó fugazmente que no podría entrar y fue entonces cuando su cuerpo se abrió para él, y él la penetró dejando escapar un gruñido.

Sophie emitió un grito apenas audible y el soldado, con el pelo mojado pegado a la mejilla y al cuello, movió la cabeza para mirarla fijamente a los ojos mientras las gotas de agua que serpenteaban por su piel caían sobre la piel mojada de ella.

—Decías la verdad —susurró—, he sido el primero.

—Siempre digo la verdad —contestó Sophie—. Pero no te detengas —añadió cuando él comenzaba a retirarse—. Ámame, soldado.

Él le hizo el amor, con movimientos lentos y voluptuosos. Era un encuentro instintivo, primario, la unión de dos cuerpos en busca de una magnificencia que se agitaba más allá de ellos. Cuando Sophie se sintió al borde de algo nuevo y excitante, el soldado comenzó a acelerar el ritmo de sus embestidas. Ella levantó las caderas para incitarlo a continuar mientras él la penetraba tan profundamente que parecía imposible.

¡Por el sol, la luna y todas las estrellas del cielo! Sophie quería más, necesitaba más; todo su cuerpo parecía de fuego. Gritó cuando una onda de liberación la recorrió por entero. Un placer intenso e indescriptible centelleó dentro de ella. El alivio del soldado llegó en el mismo instante

con un estremecimiento y un grito apagado; su cuerpo se puso rígido y dejó el regalo caliente de su simiente flotando en el interior de la joven.

Con los ojos cerrados, Sophie levantó las manos y tocó el rostro del soldado mientras las últimas olas de placer la atravesaban. Ya era una mujer completa y, como siempre había sospechado, los hombres eran criaturas maravillosas.

Su soldado, su rebelde, bajó la cabeza hasta el hombro de Sophie y respirando profunda y trabajosamente murmuró:

—¡Oh!, Ángel.

Sophie le pasó los dedos por entre el cabello mojado y le dijo:

—Sabía que serías un amante extraordinario. Muchas gracias.

—¿Gracias? —le preguntó él levantando la cabeza, para mirarla.

—Eres mejor que un sueño —le dijo ella sonriendo.

Él se retiró con calma, reticente. Ella deseaba detenerlo, aun cuando continuaba sintiéndolo dentro de sí, cálido y potente, aunque sus cuerpos ya no estuvieran conectados. Imaginó que siempre lo sentiría dentro de sí.

El soldado se agachó para tumbarse junto a ella sobre el incómodo saco de dormir y apoyó una de sus manos bronceadas por el sol sobre el vientre liso de la joven. La mano del soldado era poderosa, tan diferente de las de Sophie, con sus dedos largos y con pequeñas cicatrices en el dorso. Ella se preguntó cómo se habría hecho esas marcas, y recordó que no importaban esos detalles. No necesitaba saber nada sobre su vida anterior.

—Duerme conmigo, Ángel —murmuró él mientras colocaba la cabeza en el hombro de ella una vez más—. No he dormido bien desde hace mucho tiempo. Me olvidé de lo que es soñar. Sí que he tenido pesadillas, pero sueños, no. Duerme conmigo y tal vez pueda volver a soñar.

Sophie envolvió sus brazos alrededor de él. El acto de amor carnal estaba terminado pero no sentía que ése fuera el final. Quería sostenerlo entre sus brazos, presionar el cuerpo contra el suyo.

—Me acostaré a tu lado pero no podré quedarme mucho tiempo —dijo la joven.

—Poco tiempo es mejor que nada —respondió él mientras sus ojos se cerraban.

El cuerpo de Sophie resonaba, el corazón golpeaba fuerte.

—¿Soldado? —preguntó con sigilo—. ¿Qué nombre te han dado?

El soldado contestó con un sonido ronco:

—Kane.

—Me gusta ese nombre. Es hermoso —expresó Sophie sonriendo.

Sin abrir los ojos, Kane le preguntó:

—¿Y cuál es el tuyo?

El día había sido magnífico, cálido y maravilloso lo vivido, pero sabía que no quería que Kane, llegado el momento, estuviera husmeando en sus asuntos y se abocara a encontrarla. Había decidido no rechazar a los hombres como sus hermanas lo hacían, pero eso no significaba que se arriesgaría a amar y a perder al hombre amado. Tendría que contentarse con tener amantes a medida que sus sueños se lo dictaran. No le daría su corazón a ningún hombre.

Mientras ahora contemplaba a Kane, imaginándolo todavía dentro de su cuerpo, sospechaba que podría ser demasiado fácil enamorarse de un hombre como ése, algo que no debería suceder nunca.

Finalmente le contestó:

—Ángel, puedes llamarme Ángel.

—Lo sabía —aseveró Kane con una media sonrisa.

Sophie sostuvo a Kane entre sus brazos hasta que estuvo dormido. El sol salió plenamente y era un día brillante. Se levantó con lentitud y se sentó a su lado colocando sus manos sobre el

corazón del soldado. Un hombre que se queda con la virginidad de una bruja y lo hace tan bien merece un regalo, pensó Sophie.

Cerró los ojos y dijo:

—Deseo que las heridas de tu corazón sanen, que tengas hermosos sueños y...

¡Oh! ¡qué mal lo hacía cuando no se preparaba con detenimiento! Isadora era magnífica haciendo hechizos. Siempre sabía qué decir y qué hacer y cuáles no debía hacer.

Sophie tenía que planificar sus hechizos con cuidado, ya que, de otra manera, iban por el mal camino. ¿Qué se le podría dar a un rebelde que había tenido tanta mala suerte?

—¡Y suerte! —terminó de decirle con una sonrisa—. Te deseo buena suerte.

Una brisa agitó las hojas de los árboles de *linara* y retazos de sol y sombra se proyectaron moviéndose sobre sus cuerpos. Un solitario pétalo de lavanda cayó cerca de la mano de Sophie, depositándose sobre el pecho del soldado. Ella murmuró unas pocas pero bien elegidas palabras para completar el hechizo y descansó unos minutos más junto a Kane.

Probablemente era natural sentir afecto por su primer compañero sexual. La calidez que sentía en el corazón era un permanente recuerdo del calor que ellos generaron cuando estuvieron juntos. El rechazo que sentía a abandonarlo era normal en una joven que acababa de convertirse en mujer. Se sintió tentada de despertar a Kane y pedirle que la amara una vez más, sólo una vez más. Pero no, no se aferraría a un solo hombre. Además, el tiempo que habían pasado juntos había sido perfecto. La perfección no se puede mejorar.

Sophie dejó a Kane profundamente dormido. Entró en el agua en silencio, triste por abandonarlo pero con la fuerza interior que le daba el haber empezado una etapa nueva. Al pensar en sus hermanas, su sonrisa se borró por un momento. A Isadora no le gustaría lo que había pasado. Juliet se comportaría como una vieja gallina al cacarear y agitar la cabeza con desagrado. No se sentía con ganas de contar a sus hermanas lo sucedido esta mañana, pero sabía que no podría mantener un secreto de tal magnitud. Además, sabrían la verdad tan sólo con verle la cara. Sophie sentía una felicidad delirante, pese a las discusiones y peleas a las que debería enfrentarse. Esta mañana mística marcaba el comienzo de una nueva etapa en su vida.

Sonreía mientras nadaba con pereza hacia la otra orilla de la laguna. Sin duda, los hombres eran criaturas extraordinariamente maravillosas.

Capítulo 1

Un año después

Kane desmontó y dejó caer las riendas de su hermoso caballo alrededor de unas ramas bajas. Este era el lugar donde su vida había cambiado; en este mismo sitio se había transformado. Había sido un hombre dispuesto a beber hasta morir, un alma perdida sin esperanza de futuro, y se había convertido en alguien preparado para dejar el pasado atrás y hacer algo por sí mismo. Se durmió borracho, lastimado y deseando la muerte, debajo de este mismo árbol de *linara* y se despertó para ver a su Ángel en el agua. Ella sonreía y hacía preguntas imposibles de contestar; había salido del agua más hermosa de lo que ninguna mujer hubiera podido ser. Lo había amado, curado y su vida había cambiado. Con ella entre sus brazos había dormido sin pesadillas por primera vez en mucho tiempo. Luego se había despertado y se halló solo. La pensó como un sueño, pero a la noche siguiente, cuando se había detenido a dormir por unas pocas horas, había encontrado la evidencia de su existencia real. Su saco de dormir estaba manchado de sangre virginal, era la sangre de su Ángel. Desde entonces soñaba con ella.

Intentó volver a este lugar apenas se dio cuenta de que la muchacha era real y no un sueño producto del whisky, pero, de alguna manera, había sido desviado. Había tomado un rumbo errado una y otra vez. Se había perdido totalmente antes de abandonar la búsqueda.

Desde que dejó esta montaña había sido un hombre diferente y había tenido una suerte increíble. No hacía dos días que había dejado atrás las colinas cuando encontró una moneda en el camino. La pieza de oro con la imagen del emperador Sebestyen cuando era niño, estaba allí, cubierta de polvo y recibiendo los rayos brillantes del sol. La cogió, la guardó en el bolsillo y cuando llegó al pueblo más próximo entró en la taberna más cercana con la intención de bebérsela toda. Vio que había un grupo jugando amigablemente a los naipes y resolvió que en vez de gastar en bebida su apenas obtenido tesoro, era mejor intervenir y apostar en el juego. Había ganado, y mucho. Lo había ganado todo.

Kane Varden había jugado y ganado en todos los pueblos que había visitado en el último año sin importar a qué jugaba. Fuera cual fuese el juego o pasatiempo, si *whist*¹ o faro o *slam*² siempre ganaba. No podía quedarse en un lugar por mucho tiempo. La gente tenía la tendencia a desconfiar de un hombre que nunca perdía. Más de una docena de hombres habían tratado de probar que había estado haciendo trampas, pero como no las había hecho, no había nada que probar. En consecuencia, lo más fácil era abandonar los pueblos, los lugares que visitaba, después de unos pocos días de permanencia.

Las mujeres eran proclives a buscar a los hombres con buena suerte y un montón de dinero en el bolsillo y, al principio, Kane sacó ventaja de esta buena suerte encontrada recientemente, con las damas de cierta clase. Pero, en los últimos seis meses, había estado viviendo como el más santo de los sacerdotes del emperador o mejor aún, como un hombre casado y fiel. Sabía que no estaba bien soñar con Ángel mientras yacía con otra mujer en la cama, es más, había comenzado

¹ Un juego de naipes parecido al *bridge*, del que es su precursor.

² Una suerte del *bridge*.

a sentir que la estaba engañando cada vez que miraba a una mujer bonita. Sentía que tenía alguna obligación para con ella. No era posible seguir viviendo de esa manera.

La única forma de terminar con esas ideas descabelladas era verla una vez más. Cuando se diera cuenta que el ángel que evocaba en sus pensamientos era nada más que una mujer real con quien había compartido momentos de felicidad, podría continuar con su vida de una vez para siempre. Era sólo una mujer como cualquier otra.

Le había llevado casi un mes encontrar el lugar. Se había perdido reiteradamente, confundiéndose y dando vueltas hasta quedar atontado. De pronto encontró un sendero estrecho que parecía conocer; otra vez la buena suerte lo ayudaba. Lo había seguido, cabalgando a la luz de la luna hasta que había encontrado la laguna y el bosquecillo de *linara* en flor. El color y la fragancia de las flores lo habían atraído.

Nuevamente estaba aquí, al amanecer, observando la salida del sol sobre la laguna. Sabía que las posibilidades de encontrar a Ángel eran mínimas, pero éste era un buen lugar para empezar.

No era posible que fuera tan hermosa como la recordaba. No podía ser tan apasionada, tan perfecta. Eso... simplemente no era lógico. El sexo siempre es bueno, pero nunca tan bueno. Seguramente, en su memoria había confundido la realidad con los sueños, ésa era la explicación. Había confeccionado un Ángel en su mente y tenía que sacársela de la cabeza. Cuando viera nuevamente a la joven verdadera, con todos sus defectos, podría dejar de soñar con ella. Quizá lograra continuar con su vida sin sentir que había sido hechizado por un ángel de pelo claro y ojos azules. Aceptaba que la mujer había sido real, pero los recuerdos que acudían a su mente, no lo podían ser.

Kane había sido un hombre feliz durante el último año y había obtenido todo lo que un hombre puede querer. No era una persona dichosa cuando conoció a Ángel aquella mañana de hacía un año, es más, estaba muy deprimido y triste. No sabía la razón de su infelicidad, y sinceramente, no le importaba. Pudo haber tenido algo que ver con la guerra, aunque no lograba recordar mucho sobre su vida antes de encontrar a Ángel. Se había mantenido alejado de cualquier situación política; su vida era fácil, una bendición. Si había tenido algún dolor en el pasado, Ángel lo había borrado de su vida.

El movimiento de las hierbas altas en la orilla opuesta de la laguna llamó la atención de Kane. A continuación vislumbró algo azul entre lo verde. Contuvo la respiración hasta que la mujer que caminaba por el sendero detrás de la hierba se aproximara al claro próximo a la laguna. Sonrió.

Era ella, su Ángel.

Era tan hermosa como la recordaba.

Aparentemente había venido hasta la laguna a lavar la ropa. Llevaba un atado entre los brazos, como si hubiera enrollarlo un vestido manchado y planeaba lavarlo en la laguna. Mientras la miraba, deslumbrado, ella se sentó con gran cuidado sobre un lecho de suaves hierbas, aferrando el atado con fuerza.

Ángel levantó el rostro hacia el cielo y cerró los ojos. Su pelo suelto reflejaba los rayos del sol con toques de oro y le caía sobre los hombros hasta la cintura. Era tan claro, que parecía imposible que fuera real.

Kane no se movió. Permaneció de pie a la sombra de los árboles y observó, con el corazón latiendo fuerte. Ésta era la mujer con la que él soñaba. Era real. Si se dejaba ver ¿ella huiría? ¿O se quitaría la ropa, entraría en la laguna y nadaría hasta acercarse a él con la misma sonrisa en su rostro? ¿Nadaría hasta él, saldría de la laguna con el agua cayendo por su pelo y por su cuerpo y le pediría que le hiciera el amor otra vez?

Ángel levantó el atado con un brazo y comenzó a desabrochar el corpiño de su vestido. Llevaba puesto un atuendo muy simple sin volados ni cintas, una prenda larga y vaporosa de tela común sin brillos ni adornos. El azul le sentaba bien, si bien, no era tan azul como los ojos que él

recordaba. Ángel merecía más que un vestido sencillo y él ahora era alguien que podía comprarle regalos. Decidió que le compraría un vestido de fiesta antes de irse. Un vestido acorde con su belleza. Le compraría joyas, cintas y zapatos de satén, todas esas cosas que a las jóvenes bonitas les gusta.

Decidió que la llevaría a un lugar más agradable. Nada de hacerlo sobre la tierra, sino en un lecho como se debe.

Tal vez iría a nadar, pensó Kane mientras la miraba desabrocharse tranquilamente los botones pequeños. Quizá se desvestiría y caminaría hacia el agua, como aquella mañana de un año atrás. Él no esperaría a que ella fuera hacia él, sino que seguiría el ejemplo: se quitaría la ropa, nadaría hasta el centro del lago para encontrarla y así hacer realidad sus sueños. El lecho podría esperar, estimó Kane.

Ángel, con su corpiño desabotonado, dejó salir un pecho redondeado. Con una brillante sonrisa, miró el atado y lo levantó.

El corazón de Kane se disparó, como si quisiera salirse del tórax e invadir su garganta. No, no era el corazón, era el estómago. Ese bulto que Ángel sostenía tan cerca, no era la ropa para lavar. Era..., era un bebé. ¿Su bebé? Las piernas le flaquearon. ¿Si la joven lo viera ahora, se iría? Sí, estaba seguro de que escaparía. Kane caminó, se alejó de la orilla para no ser visto por Ángel. Se hizo a un lado, pero sus ojos permanecieron atrapados mirándola a ella y al bebé que tenía al pecho.

Cada paso estuvo bien calculado, cuidadoso. La suerte lo acompañó cuando rodeó la laguna sin hacer el menor ruido.

Se casaría con ella. Era lo correcto, la idea de tomar una esposa le producía un escalofrío poco placentero. Había jurado que nunca se casaría, sin embargo, no podía recordar bien el porqué. Pero, desde el momento en que había un bebé, no tenía otra alternativa.

Kane avanzó poco a poco por el borde de la laguna. No se le había ocurrido huir, acercarse sigilosamente a su caballo y escapar. Tenía una responsabilidad si ese bebé era de él.

Finalmente pudo ver a su Ángel con claridad. El niño que ella sostenía chupaba del pezón con hambre mientras el pequeño puño descansaba sobre el seno pálido de su madre.

Al salir Kane del amparo de los árboles, Ángel levantó la cabeza tranquilamente, sin mostrar sorpresa al verlo. Había sido muy cuidadoso mientras se acercaba ¿lo había oído a pesar de su precaución? ¿Lo reconocería? Hace un año vestía harapos, llevaba la barba crecida y larga desde hacía meses y el pelo enmarañado. Hoy llevaba puesto un traje fino y ayer se había afeitado. Puede que tuviera una barba incipiente pero no era ni parecida a la barba que ella recordaría. Tenía el pelo limpio y recogido en una pulcra coleta. Él no era el hombre que había acampado hacía un año, ni por fuera ni por dentro. Era un hombre diferente.

—Ángel —dijo con una voz que se resistía a ser más que un murmullo. Sus ojos se encontraron. «Sí, me recuerda», pensó Kane.

—Soldado —dijo ella, serenamente.

Kane se acercó con cautela, temeroso de asustarla con un movimiento brusco. Había algo conmovedor e inesperado en ese bebé alimentándose del pecho de su madre.

Esa visión encogió su corazón de tal manera que no pudo mirar hacia ningún otro lugar.

—¿Es ese... —se detuvo y pasó la lengua por los labios sintiendo un escalofrío—, mío?

Ángel suspiró y contestó:

—Sí, soldado, ésta es tu hija, Ariana. Ariana Kane Fyne.

Sophie no estaba para nada sorprendida por ver al padre de su hija en la laguna. Había soñado con él las últimas tres noches. Él se sentó a su lado, ella suspiró y pensó: «¡Esto lo complica todo!»

Los ojos de Kane brillaron con embeleso mientras miraba cómo alimentaba a Ariana.

¿Por qué tenía que ser tan atractivo sin barba? Parecía muchos años más joven que la primera vez que lo vio, más joven de lo que ella pensaba. Sus rasgos eran mucho más agradables

sin esa barba descuidada y con el peinado más pulcro. Se veía favorecido. El traje negro que lucía parecía hecho a medida y las botas altas eran de la mejor piel. El año transcurrido había sido bueno para él, tal como ella sabía que sucedería.

Sophie vio que no llevaba un cuchillo a mano y si sus deseos para con él se habían vuelto realidad, no había necesitado ningún arma durante ese tiempo. Casi todo había cambiado en él, excepto los ojos.

—Ariana —dijo Kane, estudiando al bebé—, es un bonito nombre.

—Era el nombre de mi abuela —contestó Sophie mientras cambiaba al bebé hacia su otro pecho.

Kane miraba todo el proceso sin pestañear. Ariana se pegó al pezón del pecho lleno y emitió un sonido dulce de bebé satisfecha.

Luego, Kane levantó la cabeza y dijo:

—No sabía. Si hubiera sabido no me hubiera ido nunca.

Sophie sonrió, con una sonrisa dulce y tranquilizadora y contestó:

—No seas tonto. Era imposible que supieras, y aunque lo hubieras sabido, no había razón para que te quedaras.

—¿Ninguna razón? —preguntó con el ceño fruncido y los labios apretados.

Kane debería ser razonable. Sophie lo calmaría con unas pocas palabras bien elegidas y lo enviaría de regreso.

—Tú ya has hecho tu parte. ¡Dios mío! ¿Qué más podrías haber hecho? —manifestó ella.

—¿Casarme contigo? —sugirió él.

Sophie sonrió y repitió:

—No seas tonto.

—¿Tonto? —Por alguna razón estaba irritándose.

Sophie bajó los ojos y pasó un dedo por la pelusa blanquecina de Ariana.

—No deberías haber regresado —susurró ella—. Tu presencia aquí lo complicará todo. Estoy feliz de verte con mis propios ojos y confirmar que te encuentras bien, pero lo mejor será que cojas tu caballo y que olvides que me has encontrado.

—No puedo olvidar —dijo Kane en voz baja por el bien de la niña, pero con furia contenida—. Sueño contigo todas las noches. Por un año he soñado contigo. ¡Un año! Vienes a mí en mis sueños. Son sueños más reales que las horas en que estoy despierto. Y ahora esto: un bebé, nuestra hija. No puedo montar mi caballo e irme y dejarte criar a mi hija sola.

—No estoy criando a tu hija sola —respondió Sophie.

Kane no argumentó. No dijo nada. Quedó tan callado que Sophie levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Estaba más que enfadado, estaba furioso.

—Estás casada con otro —murmuró—, otro hombre está criando a mi hija.

Ella trató de tranquilizarlo con una sonrisa.

—Son mis hermanas quienes me están ayudando con Ariana, no es otro hombre. ¡Por la luna, Kane! Nunca me casaré.

Sophie vio el alivio en los ojos expresivos de Kane y un momento después, el fuego de la determinación.

—¿Nunca? —preguntó.

—Nunca —respondió ella con énfasis.

—¿Por qué? —inquirió Kane.

Sophie respiró hondo y dejó salir el aire lentamente. Debería de haber seguido las enseñanzas de su madre y viajado lejos de casa para buscar amantes. De esa manera no le hubiera sido tan fácil encontrarla. Ella tenía un sentimiento de afecto por Kane, exclusivamente por ser el padre de Ariana, por supuesto. No podía permitir que él fuera algo fijo en su vida, el desastre sobrevendría si se enamorara. Su vida debería continuar sin el estorbo de un vínculo amoroso.

Tenía que convencer a Kane y a sí misma de ese hecho, de una vez por todas. Tenía que convencerlo de que se fuera.

—No necesito un hombre para cuidar de mí. Tendré todos los amantes que quiera, cuando lo desee, y lo haré —dijo Sophie.

—¿Todos los amantes que... quieras? —interrumpió Kane.

—Sí —respondió ella.

Kane respiró hondo.

—¿Y cuántos amantes has tenido hasta ahora? —preguntó con voz ahogada.

Sophie hubiera deseado poder mentir para contestarle, pero no pudo. Tampoco podía Juliet, pero al menos ella podía decir una pequeña mentira sin ponerse roja. Ahora, si ella pudiera urdir una historia con la facilidad de Isadora..., pero no podía.

—Sólo tú —confesó en voz baja—, hasta ahora.

Kane se tranquilizó.

—Así que en este año que ha pasado, no has conocido a ningún otro hombre que te haya gustado, ¿no es así? —quiso confirmar Kane.

—No seas tedioso —dijo Sophie con dulzura—. Por supuesto que no he tenido otro amante durante este año. Sabía desde el primer día que había concebido y no me pareció bien tener otro hombre dentro de mi cuerpo mientras tu hijo crecía en mi vientre.

—Al menos has tomado una decisión sensata —murmuró él.

—Y en los tres meses últimos, desde que Ariana nació, me he dedicado a ella —añadió Sophie.

Mencionar a su hija despertó sus sentimientos maternos y sintió ternura llenándole el corazón. La maternidad era más extraordinaria y absorbente de lo que ella se hubiera podido imaginar. Cada día le mostraba una nueva maravilla. Sophie trató de convencerse de que por más que hubiera soñado con Kane durante tres noches, eso no significaba que tuvieran que estar juntos íntimamente en esta ocasión. Había sido sencillamente un anuncio de que él reaparecería en su vida. Nada más que eso.

Ariana terminó su comida y Sophie la alzó, poniéndola sobre su hombro. Palmeó la espalda del bebé con delicadeza, tratando de estimular el eructo.

—¿Puedo...? —solicitó Kane ofreciendo sus manos a la vez que quedaba la pregunta suspendida en el aire.

—Por supuesto —contestó ella.

Sophie cogió a Ariana y la colocó en los brazos del padre. Parecía que tuviese temor de cogerla, como si sintiera que sus manos eran demasiado grandes para sostener algo tan delicado. Pero como no lo eran, tanto él como Ariana se sintieron cómodos de inmediato, y la niña apoyó la cabeza sobre el hombro de su padre, continuando así su plácido sueño.

—Dale golpecitos suaves en la espalda —señaló Sophie mientras se abotonaba el vestido—, tiene que eructar.

Kane hizo lo que le habían indicado, primero suavemente y luego con más vigor, hasta que Ariana dejó salir un eructo muy poco femenino. Recostó la cabeza sobre su padre y volvió a dormirse profundamente.

—Es hermosa —dijo Kane mientras sostenía a su hija contra el pecho.

Sophie no pudo menos que sonreír y corroborar:

—Es hermosa, ¿no es verdad?

Kane miró a Sophie detenidamente por encima de la cabeza de Ariana. Él no era fácil. No iba a darse por vencido sin luchar.

—Sí que lo es. Odio pensar que has pasado todo este año sola. ¿Has tenido algún problema? —preguntó Kane.

—En verdad, no. No he estado enferma y el parto fue bueno. Doloroso, por supuesto, pero estuve en trabajo de parto sólo durante tres horas. Maldije tu nombre sin querer, una única

vez —contestó Sophie. Si hubiera maldecido a Kane, podrían haber surgido todo tipo de complicaciones—. Y nunca he estado sola. Mis hermanas han estado conmigo todo el tiempo —añadió.

Ella debería estarle agradecida, no sólo por haberle dado a Ariana, sino por haberla ayudado a descubrir cuál era el verdadero don que le había sido otorgado. Había descubierto durante su embarazo que mientras que el poder de Isadora era variado y potente, y el de Juliet era el de la curación y la videncia, ella tenía su propio talento: la fertilidad.

Con una sencilla palabra, un conjuro o expresando un deseo, podía hacer que cualquier cosa creciera. Los campos florecían cuando ella los bendecía, y el jardín de Juliet se volvía más productivo cuando decía un conjuro de pocas palabras con las primeras luces de la mañana. Las mujeres con problemas para concebir se volvían fértiles cuando ella las tocaba. Juliet juraba que así era.

Sophie miró a los ojos de Kane, y le gustara o no, deseaba que él la amara nuevamente. Quería sentir el placer de su cuerpo desnudo pegado al de ella. Pero eso no podía suceder. Si él la tocaba nuevamente, habría otro niño. Lo sabía con tanta certeza como que el cielo era azul. No tenía dudas de que Ariana era una bendición, pero no estaba lista para aceptar otra bendición tan pronto. Para peor, sabía que si viniera otro hijo, Kane no se iría jamás. Insistiría en permanecer allí y posiblemente fuera enojosamente útil. Un día lo miraría y la atracción física que sentía por él crecería hasta convertirse en algo más. No podía permitir que eso sucediera.

—Ariana es un milagro —exclamó mientras depositaba cuidadosamente al bebé en los brazos de su madre.

—Sí, lo es —respondió Sophie. Mientras Ariana se acomodaba, Sophie estudió la cara de Kane. Era tan bello como el rostro que había visto en sus primeros sueños.

—Gracias —le dijo.

—Cásate conmigo, Ángel —le pidió Kane con tono determinado. Su rabia había desaparecido.

Sophie movió la cabeza negativamente y trató de mantener la calma. Su corazón saltaba y bailaba sintiendo todo tipo de cosas inesperadas.

—No puedo —respondió ella.

—¿Por qué no? —interrogó él.

—Nunca me casaré —aclaró ella.

—Esa razón no basta —argumentó Kane.

El matrimonio venía acompañado del amor, y éste, de la muerte. Isadora y Willym habían tratado de negarse a reconocer la existencia de la maldición de Fyne, y al final pagaron con sufrimiento por ello.

—Apenas te conozco —quiso explicar Sophie—, además creo que no somos compatibles.

—Tener una hija es una razón suficiente para casarse —arguyó él.

—No —interrumpió Sophie—, no lo es.

Ella podía ver claramente el futuro que Kane le ofrecía. El corazón le brincaba y su cuerpo se estremecía de deseos con su mera presencia. Ella podía contestar afirmativamente, con toda facilidad, a su pregunta. Podría casarse con Kane y tener una docena de hijos. Y los tendría, pensó, dejando salir un suspiro. ¡Una docena! Quizá más. Si él durmiera con ella todas las noches, no podría permitirse rechazarlo. Al final, más temprano que tarde, ella terminaría enamorándose de él. Su corazón se sobresaltó. Recordaba lo que había sido llegar a casa una tarde, luego de haber recogido bayas, y encontrar el cuerpo de Willym sobre el suelo de la pequeña cabaña, caído, muerto. Había sido como un padre para ella, el único padre que alguna vez conoció y de pronto, un día, ya no estaba ni estaría más. Juliet dijo que tenía algo malo en el corazón y que nada podría haberlo curado o evitado su muerte. Ellas habían intentado pensar que la maldición de Fyne no había tenido nada que ver con la muerte de Willym, pero sabían la verdad. Esta estuvo clara en el

momento en que tuvieron que sepultar a un hombre magnífico antes de que tuviera la edad para morir.

Ellas no podrían amar. Nunca.

Vendrían otros hijos en el futuro, sospechaba Sophie, pero, al igual que su madre, elegiría con esmero. Iría de hombre en hombre de acuerdo a los dictados de su cuerpo y de sus sueños, y nunca cometería el error de enamorarse.

—Soy una mujer aventurera y libre de las ataduras de las convenciones sociales —dijo Sophie desafiante e intentando así enviar a Kane lejos de una vez por todas—. No quiero estar atada a un solo hombre. Cuando llegue el momento de tener otro amante, elegiré a alguien nuevo y excitante. Ya te he tenido a ti. No veo la razón para tenerte nuevamente.

A Kane no le gustó nada esta negativa. Los ojos se le empequeñecieron y su mandíbula se cerró con firmeza.

—La niña necesita un padre —manifestó.

—Nunca conocí a mi padre —refutó Sophie.

—Y mira qué ideas tan retorcidas tienes —contestó él.

Ariana se estiró y se estrujó la nariz con la manita.

—No despiertes a la niña —dijo Sophie quedamente.

—Lo siento —respondió Kane, mientras miraba fijamente hacia la laguna—. Debemos casarnos por el bien de la criatura, te guste o no te guste. No quiero que mi hija sea una bastarda.

—Así lo quise —manifestó Sophie.

—Quiero lo mejor para mi hija y también para ti. Puedo daros mucho, a ti y a la niña. Permíteme que os cuide —pidió Kane.

—Es muy amable por tu parte ofrecernos esto —dijo Sophie al mismo tiempo que levantaba la mano y tocaba levemente la mejilla de Kane. Al no haberse afeitado esa mañana, tenía una barba incipiente. La piel debajo de la barba era cálida.

Pensó Sophie: «Sería tan bueno sentarse así por un rato, continuar tocándolo y permitir que me tocara y...» Dejó caer la mano.

—Cásate conmigo —dijo él con la mirada fija en ella.

Sophie negó con la cabeza. Se levantó despacio con Ariana contra su pecho.

—Agradezco tu voluntad de hacer tal sacrificio, Kane. De verdad. Pero sería mejor que volvieras a coger tu caballo y cabalgaras lo más lejos posible de aquí —pidió Sophie. Hizo un ademán con la mano indicando el caballo que estaba atado en la orilla opuesta de la laguna—. Por favor, vete —suplicó.

Kane se puso de pie y le contestó:

—No puedo.

Sophie se dio media vuelta. ¡Santo cielo, parecía que estaba dispuesto a seguirla! Isadora y Kane no se deberían encontrar nunca.

—¿Quieres saber la verdadera razón por la cual no puedo casarme contigo? —le preguntó ella con agudeza.

Kane asintió con un gesto de cabeza.

—No soy una mujer común.

Kane sonrió de oreja a oreja. ¡Tenía una sonrisa tan encantadora y pícar...!

—Eso no me sorprende, Ángel.

—Soy una bruja —dijo Sophie con el mentón levantado y sosteniendo a Ariana con fuerza. La sonrisa de Kane desapareció.

—No digas tonterías —exclamó Kane.

Sophie no quería contarle la historia de la maldición. Era complicada y le llevaría un tiempo explicársela y, además, no quería dar ningún indicio que significara que algún día ella podría enamorarse de él. Mejor decir las cosas con simpleza, sin revelar demasiado.

—No tienes que creerme ahora. Hay un pequeño pueblo al pie de la montaña. Para allí en tu camino de regreso. Pregúntale a la gente lo que piensa de Sophie Fyne. —Su mentón se estremecía mientras hablaba—. Pregúntales si soy una hechicera o no.

—Sophie —dijo Kane, pronunciando su nombre por primera vez con una voz tan dulce que un escalofrío atravesó la espalda de la joven.

—Pregúntales —repitió Sophie, sabiendo el tipo de historias que él escucharía cuando fuera a Shandley y mencionara su nombre—, y luego huye, cuando todavía puedas hacerlo —agregó. —Al decir esto se volvió y comenzó a correr con Ariana bien sujeta y segura entre sus brazos. Las lágrimas caían de sus ojos, inesperadas y cálidas. Se las quitó del rostro. Una de ellas cayó sobre la hierba y antes de que Sophie diera tres pasos, una flor silvestre brotó donde la lágrima había mojado la tierra.

Capítulo 2

Shandley era como otros cientos de pequeños pueblos que estaban distribuidos por Columbyana. Todos los lugares importantes del pueblo estaban ubicados a lo largo de dos calles que se cruzaban frente a una bulliciosa plaza. Los hogares más simples estaban localizados en las calles que estaban por detrás de esa plaza y más allá. Habían crecido desde el centro del pueblo como las piernas largas y delgadas de una criatura de muchas extremidades.

El pueblo tenía todo lo necesario para que la comunidad funcionara bien: una colección variada de tiendas, una taberna grande y otra pequeña, una cárcel, una iglesia y una escuela. El jefe de policía de la Provincia del Sur tenía sus oficinas allí, pero como la zona rural era tranquila, esta oficina auxiliar estaba manejada por dos o tres delegados.

Kane siempre intentaba mantenerse alejado de los agentes de la ley y de los soldados en los pueblos que visitaba, pese a que el juego no estaba prohibido y que la política no le interesaba. Había poca actividad de los rebeldes en la Provincia del Sur por lo que no se había visto enfrentado a las realidades de la guerra con frecuencia. Pero, ver a un soldado con su uniforme verde o a un oficial con sus ropas carmesí, algunas veces le producía un escalofrío.

La taberna de mayor tamaño de Shandley estaba cercana al centro del pueblo y la más pequeña estaba discretamente colocada en el extremo sur de una calle larga. Ambas tenían habitaciones para alquilar por un día o para una estadía más prolongada.

Las tiendas estaban florecientes. Había una que vendía dulces, y otra, vestidos con sombrerería; también, una tienda para que los granjeros y hacendados compraran semillas y alimentos para los animales, así como otra especializada en espadas y armas, más apropiadas para la caza que para la defensa. Shandley era un pequeño pueblo que iba viento en popa.

Kane montaba su nueva yegua gris y estudiaba a las personas y los lugares por donde pasaba, cuando notó algo sorprendente. Había muchas mujeres yendo y viniendo por el paseo entarimado, haciendo la compra o sólo cotilleando. Nunca había visto antes tantas mujeres en la dulce espera en un solo lugar y al mismo tiempo. Tampoco estaban en diferentes etapas de gestación, por lo que podía ver. Muchas de ellas estaban en la mitad de su embarazo, otras parecían un poco más o un poco menos, pero no era mucha la diferencia entre ellas. Parecía como si una gran cantidad de mujeres de este pueblo hubiera quedado encinta al mismo tiempo. Raro, sin lugar a dudas.

No desmontó apenas llegado al pueblo, ni fue en la búsqueda de alguien que le confirmara que Sophie era una hechicera. Sophie, un hermoso nombre para una hermosa mujer. Cuando soñara con ella esta noche, la llamaría por momentos Ángel y en otros, Sophie.

No dudaba de que oiría comentarios ridículos de la gente del pueblo sobre Sophie. Había visto el temor en el rostro de ella cuando le había pedido que viniera hasta aquí y mencionara su nombre. Lo que la joven no podía entender era que nada podía ahuyentarlo y hacerlo desistir. Ni la obcecada insistencia en que ella tendría otros amantes a su antojo ni la historia ridícula de que era una hechicera.

La magia no era ilegal ahora, como lo fue durante los primeros años del reinado del emperador Nechtyn y anteriormente, en el reinado de su padre, pero la gente no confiaba en lo que no comprendía, especialmente aquellos que vivían una vida sencilla y fácil. Ellos establecían

sus horas de sueño y de vigilia por el sol y sabían muy poco de la vida que existía más allá de Shandley.

Las hechiceras eran viejas brujas que vivían en cuevas o ejercían su oficio entre los ricos y poderosos, no eran hermosas mujeres como Sophie Fyne. Además, las verdaderas hechiceras eran criaturas raras, nunca había pensado que pudiera encontrarse con ninguna. Una mujer poseedora de magia verdadera no se escondería en esa pequeña comunidad rural. Buscaría la forma de ir a la ciudad donde podría amasar una verdadera fortuna con sus habilidades. Unos meses atrás había pasado por un pueblo donde había oído que un general del ejército imperial tenía una hechicera como consejera.

De pronto, un súbito y severo dolor de cabeza invadió a Kane desde las sienes hasta la base del cráneo. El fuerte dolor hizo que olvidara todo a su alrededor: todos los pensamientos y todos los recuerdos. Su cerebro y sus ojos ardían, sus manos temblaban. El mundo se empequeñeció y luego desapareció y no había nada más que dolor, pálidas sombras, depresión y agonía.

Nunca le había dado dolor de cabeza pensar en Sophie. Kane trató de pensar en ella e inmediatamente el dolor desapareció. El alivio llegó rápidamente, dejando paso al retorno de la felicidad y de la tranquilidad.

Enganchó su caballo al frente de la mayor taberna de Shandley y entró en el salón principal. No estaba nada mal para un pequeño pueblo, pensó mientras recorría el lugar con la mirada. El sitio era limpio y el aroma que venía de la cocina era prometedor, y la rolliza mujer con aspecto de matrona, que barría el suelo de tablones, lo recibió con una sonrisa. Devolvió la sonrisa y se acercó al mostrador.

—Me gustaría disponer de una habitación. La mejor que haya, si está disponible —pidió Kane.

Este pedido hizo brillar los ojos de la mujer, quién preguntó:

—¿Con la comida incluida?

—Por supuesto —respondió Kane.

—¿Por cuánto tiempo? —quiso saber la tabernera.

«Tanto tiempo como sea necesario», pensó Kane, pero respondió:

—No lo tengo decidido aún.

La mujer dejó su escoba en un rincón y se dirigió hacia la barra larga en uno de los lados de la habitación cuadrada. Cogió el libro de huéspedes y se lo ofreció a Kane. Kane la siguió y puso su rúbrica.

—Señor Varden —dijo la mujer mientras miraba el nombre escrito hacía unos momentos—. Yo soy Eurneid Driskell. Mi esposo y yo somos propietarios de esta taberna. ¿Me permitiría que le preguntara qué hace que un hombre tan elegante y evidentemente culto quiera quedarse en Shandley por un período largo de tiempo?

—La mujer con quien espero casarme me ha traído hasta aquí —respondió Kane.

La señora Driskell, que estaba cercana a los sesenta, frunció los labios y pestañeó.

—¡Qué encantador! ¡Qué suerte tiene la joven! ¿Es posible que la conozca? —quiso saber.

—Tal vez. Su nombre es Sophie Fyne —respondió Kane.

La sonrisa amigable de la señora Driskell se desvaneció. Palideció y exclamó:

—¡Oh, mi querido!

—¿La conoce? —preguntó Kane, junto a la barra.

—Sí, la conozco —respondió la señora Driskell.

—Entonces —continuó Kane—, estará de acuerdo en que no existe mujer más bella, dulce y amable en toda Columbyana y más allá.

La verdad es que Kane no tenía ni idea de si Sophie era dulce y amable. No la había conocido lo suficiente como para estar seguro de ello.

—Ella es... muy bonita —dijo la mujer, y apretó los labios.

—¿Bonita? —dijo Kane enarcando las cejas—. ¡Qué manera más inadecuada de describir a una mujer extraordinaria!

—Señor Varden —dijo la señora Driskell, con precaución, alejándose—. Usted parece un joven agradable y normal. Con seguridad no sabe en lo que se está metiendo. Sí, admito que Sophie Fyne es bastante hermosa. No es usted el primer hombre que la busca y es tentado.

Kane trató de persuadir con la mirada a la tabernera para que no siguiera hablando. No fue suficiente.

—Sophie Fyne es una bruja —continuó diciendo la señora Driskell—. Es una mujer soltera que tiene un bebé y no le dice a nadie quién es el padre. Podría ser cualquier hombre de este pueblo —dijo con desprecio—. Se ve que es una licenciosa por la manera en que mira y cómo se mueve. Cuando camina por la calle los hombres babea como si sus cerebros hubieran dejado de funcionar. Todo lo que tiene que hacer es sonreír y los hombres le darían cualquier cosa que pidiese.

—¿De verdad? —preguntó Kane en tono bajo y casi amenazante.

La señora Driskell movió una mano con indignación.

—Ella arrancó del hogar a uno de nuestros hombres inocentes para sus propósitos y..., y..., bueno, considérese avisado, señor Varden. —La boca de la tabernera se frunció como una pasa de uva para mostrar su desaprobación y continuó—: Sophie Fyne es una ramera y una bruja. ¡Una bruja, señor Varden!

»Tiene el buen tino de mantenerse arriba, en esa montaña, la mayor parte del tiempo con esas dos hermanas que tiene y eso me parece aceptable. No las queremos aquí, ni a ella ni a su hija. Este es un pueblo respetable donde vive gente decente.

Kane suspiró y contestó:

—Muchas gracias, señora Driskell, por compartir su opinión conmigo antes de que tuviera la mala fortuna de hacer negocios con ustedes.

Ella asintió y continuó:

—Si yo fuera usted, me alejaría de esa montaña embrujada tan rápido como me fuera posible. No sé lo que le ha hecho, pero...

Kane interrumpió para decir:

—Usted no lo entiende... No me iré de este pueblo, aunque llevaré mi dinero a otra parte. Como verá, Sophie podría no querer decirle a este montón de personas criconas, desagradables y entrometidas, quién es el padre de su hija, pero a mí no me importa en absoluto. Lo están viendo —dijo, mientras sonreía.

—Oh —dijo la señora Driskell mientras su cara regordeta palidecía.

—Definitivamente, no puedo quedarme en una posada donde la propietaria tiene tan mal concepto de mi futura esposa y madre de mi hija —explicó Kane.

—No quise...

Kane interrumpió la frase y afirmó:

—Por supuesto que quiso.

Kane dio media vuelta y apoyándose en el tacón de sus botas enfiló hacia la puerta de salida. La otra taberna menos importante estaba ubicada al final del pueblo. No era tan buena como ésta, pero prefería dormir en la calle que darle un céntimo a esa arpía.

Al llegar a la puerta inclinó la cabeza moviéndola para mirar el rostro ceniciento de la señora Driskell e interrogó:

—¿Una bruja? ¿De dónde ha sacado usted una idea tan ridícula?

La mujer asintió y dijo:

—No es una idea ridícula. Las tres mujeres Fyne son hechiceras, como la madre y la abuela antes que ellas.

Kane pisó la plataforma de madera que se hallaba a la salida de la taberna y dejó a la mujer mascullando sus amarguras.

Sophie no lo quería a él ni a otro como marido. Por lo visto estaba bien atendida. Ella era muy bonita, eso sí, pero había otras muchas mujeres bonitas en la Provincia del Sur. Kane la deseaba, pero no la amaba. Tal vez amaba a la mujer de sus sueños, pero no podía amar a la verdadera Sophie. Ni siquiera la conocía bien.

Pero, sin lugar a dudas, la niña lo ataba a Sophie. No podía negarlo. Otros hombres se hubieran alejado con agrado de esa responsabilidad, pero no lo haría Kane Varden.



Sophie se las arregló para evitar a sus hermanas durante la mañana mientras estaban ocupadas con las tareas de la casa, pero no podría evitar el contacto durante la comida del mediodía.

Ariana dormía, como lo hacía siempre a esa hora, y era tarea de Sophie cocinar. Podría sugerir que se iba a la cama porque estaba muy cansada, pero eso no serviría como excusa, ya que Sophie nunca se sentía agotada o enferma.

Cocinó pollo con empanadillas, el plato preferido de Isadora y deseó con todo el corazón que esa comida distrajera a sus astutas hermanas.

La cabaña de Fyne había estado en este mismo sitio durante más de trescientos años y aunque, mirada desde el exterior, aparecía como desaliñada o poco aseada, el interior estaba más finamente compuesta de lo que se podría esperar de una vivienda de ese tipo. A través de los años la habían agrandado, y ahora era más que el simple hogar que alguna vez fue. Cada hermana disponía de una habitación espaciosa, había dos salones con buen mobiliario y una cocina grande y bien equipada.

La cocina era el territorio de Sophie, aun cuando sus hermanas trabajaban en ella en alguna ocasión. Isadora se ocupaba de los animales. No tenían caballos, pero sí pollos y gallinas, unos pocos cerdos y algunas cabras. Juliet atendía el jardín y el invernadero. Eran autosuficientes como la mayoría de las granjas y compraban muy pocas cosas en el pueblo. Sophie cuidaba de la casa más que las hermanas, pero las tareas eran compartidas. Se ayudaban mutuamente, pero cada una tenía un lugar específico en los quehaceres domésticos. Ninguna de las hermanas era adepta a la vieja cocina de leña que funcionaba cuando quería, como lo era Sophie.

Isadora y Juliet entraron una detrás de la otra con una diferencia de pocos minutos y fueron inmediatamente a la pila de la cocina para lavarse las manos antes de comer. Vestían sus trajes de faena, con faldas que habían sido remendadas varias veces y camisas comunes con las mangas alzadas. Llevaban el pelo atado con un pañuelo de manera que las hebras de los cabellos no les cayeran sobre la cara. La vestimenta de trabajo de Isadora era completamente negra, a pesar de que había terminado el luto por la muerte de Wyllim hacía mucho tiempo. La falda de Juliet era verde oscuro con pequeñas flores amarillas.

Sophie continuaba atareada trenzando la parte superior de un pastel de bayas para ser horneado más tarde. Respiraba de forma acompasada y decía muy poco, a la espera de que sus hermanas no se dieran cuenta de los sucesos trascendentales de la mañana.

Hacía un año, en el día preciso en que Sophie había conocido a Kane, Juliet había sabido casi instantáneamente que algo había cambiado. No había sido necesario ni siquiera que la tocara para que supiera lo que había pasado, esto no sucedía habitualmente. Juliet no veía todo, podía intentarlo pero no controlaba totalmente lo que podía ver. No había tenido una visión de la muerte de Wyllim por anticipado, y decía que las visiones de futuro que concernían a las tres hermanas eran imposibles de ser descifradas, demasiado confusas y enloquecedoramente imprecisas.

Ese día, Juliet la había tocado y había sabido que Sophie esperaba un hijo. Isadora se había enfurecido tan pronto lo supo, y las dos hermanas, con serenidad, lograron prevenir que ubicara a Kane y ejercitara una venganza a su estilo.

Si ellas supieran que él había regresado...

—¿A qué se debe esta comida fuera de lo común? —preguntó Isadora, mientras estudiaba los alimentos extendidos sobre la mesa de la cocina.

—Pollo con empanadillas, alubias del Tarot, un pan distinto... ¿y ese pastel de especias? —preguntó Isadora con la sospecha de que algo sucedía.

—Habéis estado trabajando tan duro que merecéis daros el gusto de una comida diferente —aclaró Sophie con ojos brillantes que no se separaban de la masa del pastel que estaba preparando—. Desde que la niña nació he estado tan ocupada que siento que he dejado de lado mis obligaciones en las tareas domésticas.

Isadora y Juliet se habían sentido consternadas cuando se enteraron del embarazo de Sophie, pero amaban profundamente a Ariana y eran las tías más maravillosas que el mundo pudiera imaginar. Habían sido hermanas extraordinarias, también, y habían mimado mucho a Sophie en los últimos meses de su gestación y en las primeras semanas después del parto.

—Siempre has hecho más de lo que te correspondía —aseguró Juliet, con dulzura.

Sophie sonrió y miró el pastel. Sus hermanas no sospechaban nada.

Su plan había tenido éxito. Había logrado distraerlas con la tarta, el pastel, el pollo y las empanadillas. Paró de sonreír para pensar en Kane.

En ese momento, él ya habría oído una o dos historias escandalosas. Alguien debería de haberle confirmado lo que ella le había contado: que era una hechicera.

Estaría, al fin, abandonando el pueblo. Tendría que estar contenta, pero no lo estaba. Para olvidarse de Kane trató de pensar en su próximo amante. Podrían pasar meses o inclusive años, antes de que eligiera a otro hombre. Quizás alguien no tan alto, alguien que no fuera tan marcadamente guapo. Ni un ex rebelde, ni un ladrón, sino un hombre que riera con ella y no mencionara el casamiento, uno que no la amenazara ni la persiguiera ofreciendo lo que ella no podía tener.

El cielo sabía que la próxima vez, ella se aseguraría que ese amante no supiera dónde vivía. Este dato estaba causando demasiadas complicaciones.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie moviendo la cabeza para mirar a sus hermanas—. ¿Me he olvidado algo?

Las dos hermanas la miraron con fijeza. Juliet la miraba consternada e Isadora, con curiosidad.

—Él ha regresado —afirmó Juliet colocando dentro del pañuelo, con gesto displicente, un rizo dorado de su cabello que se había escapado y añadió—: Él ha venido a buscarte. Ha visto a la niña y quiere... casarse.

Siempre había sido increíblemente molesto tener una hermana clarividente. Sophie nunca sabía qué era lo que Juliet podía ver, pero era imposible guardar secretos de cualquier índole sin que Juliet se enterara. ¡Y con lo cuidadosa que había sido al mantenerse alejada de su hermana hoy! Pero había tocado el tenedor y el plato que su hermana estaba usando y había preparado la comida. Apparently, no había posibilidad de esconder nada a Juliet y sus poderes.

Sophie levantó el mentón y dijo:

—Sí, Kane estuvo en la laguna esta mañana, pero no hay de qué preocuparse. Lo he enviado lejos.

—Tengo el presentimiento que no ha ido demasiado lejos —insistió Juliet.

—¿Puedo matarlo ahora? —preguntó Isadora con calma.

—¡No! —contestaron las hermanas al unísono. Aunque Sophie sabía que su hermana no le haría daño a ningún ser viviente, le preocupaba el posible enfrentamiento cara a cara entre Isadora y Kane. Nada bueno podría salir de ese encuentro.

—No hay nada de qué preocuparse —repitió Sophie, mientras se sentaba a la mesa junto a sus hermanas—. Tal vez el padre de Ariana todavía esté en esta zona, pero se irá pronto.

Tan pronto como se enterara de que ella era una bruja, tan pronto como entendiera que no tenían un futuro. Todo lo que había era un fugaz y encantador momento compartido hacía un año y, concedió Sophie, una hija.

—¿Cuándo conoceré a ese hombre de ojos verdes? —preguntó Isadora mientras cogía una abundante ración de pollo con empanadillas.

—Nunca —contestó Sophie, intentando demostrar seguridad—. No hay necesidad de ello.

—No sería tan horrible estar casada. —Juliet señaló con dulzura.

Isadora resopló. La opinión que tenía sobre el tema del matrimonio era clara.

—No para mí —añadió Juliet—, sino para Sophie. El casamiento sin amor es posible. Sucede continuamente, ¡por el amor de Dios! Siempre he sabido que Sophie estaba destinada a tener muchas hijas y un hogar, inclusive hasta un marido.

—Tus visiones no son claras —insistió Isadora—. Sophie ya tiene un hogar y una hija. El casamiento es imposible. Ella tiene el corazón demasiado blando para mantener una relación en que el amor sea dejado a un lado.

—Para aclarar este asunto —precisó Juliet—, no tuve una visión sobre el futuro de Sophie. Sólo sé que tengo una intuición de hermana de que ella ha sido hecha para tener una vida feliz.

—Si Sophie espera la felicidad, no puede casarse —replicó Isadora.

—Ya que es mi vida la que estáis discutiendo, ¿podría tener derecho a dar mi opinión? —dijo Sophie apoyando ambas manos sobre la mesa.

—Por supuesto, querida —contestó Juliet—. ¿No querías hijos, un esposo y un hogar?

Sophie sonrió y dijo:

—Isadora expresa lo correcto cuando indica que tengo un hogar aquí. No pretendo irme de esta cabaña, nunca. Con respecto a los hijos, sospecho que tendré más. Sería mi deseo tener tres hijas —dijo Sophie y Juliet asintió—. Y los hombres —añadió—, son muy interesantes. Pueden llegar a ser verdaderamente fascinantes, pensándolo bien. Los hombres son diferentes. Me gustan, pero eso no significa que cometeré la tontería de enamorarme.

Una imagen mental de Kane surgió fugazmente, clara y asombrosa. No como lo había visto esa mañana, sonriente y alegre, sino como había estado hacia un año atrás. Estaba harapiento y triste, melancólico y desesperado. Hubiera sido fácil enamorarse de un hombre como ése, pero no podría suceder nunca. Ella sabía lo que vendría a continuación: la muerte para Kane, el sufrimiento para ella. Sophie sintió un escalofrío. Ningún hombre sería el propietario de su cuerpo, de su alma o de su corazón, de esa manera ella estaría a salvo.

Sin anunciarlo, Juliet colocó su cuchara sobre la mesa y suspiró.

—¡Santo cielo, Sophie! ¿Qué has hecho?



No le costó mucho a Kane encontrar un grupo de hombres con quienes jugar a los naipes en la taberna donde estaba alojado. La habitación, en la primera planta, era sencilla y pequeña, y la carne con alubias que le habían servido al mediodía había estado desabrida y dura. Pero eso sería suficiente por el momento. Las apuestas no eran altas, en relación con lo que se jugaba normalmente en un juego de naipes, pero era una forma de pasar el tiempo.

Ganó, por supuesto, y pronto se encontró sin compañía. Los hoscos jugadores siguieron su camino algo más pobres que antes, dejándolo solo en la taberna. Únicamente quedaba en la taberna Gudny, el hombre que servía las copas en el mostrador.

Kane dejó la mesa donde había ganado para acercarse a la barra, donde pidió una medida de whisky. Nunca se había preguntado el porqué de su suerte en este año que había pasado. ¿Cómo se puede cuestionar la buena suerte?

Si la suerte le había cambiado cuando conoció a su Ángel, Sophie, era pura coincidencia.

Este año se había deslizado dentro de una dichosa neblina. Disfrutaba de esta recién encontrada riqueza, tenía un corazón libre de ansiedades y soñaba con una mujer hermosa. Había podido dejar su vida anterior completamente atrás, más en la neblina que este último año.

Mientras estaba sentado allí, en la taberna de Shandley, se preguntaba hacia dónde seguir y otras preguntas le afligían. ¿Por qué no podía recordar de dónde provenía? Tenía recuerdos vagos de una niñez tumultuosa y pobre, de una joven bonita con el pelo oscuro que decía que lo amaba y de una batalla que apenas podía evocar.

No había examinado esto en el último año porque no había querido preguntárselo. Ahora le estaba ocasionando uno de esos dolores de cabeza agudos, así que dejó las preguntas para otro momento. Todo lo que tenía que hacer era concentrarse en Sophie. La propietaria de la otra taberna, la señora Dreskell, estaba celosa de ella, sin lugar a dudas, ya que los hombres babeaban cuando Sophie paseaba por el pueblo. Era una criatura sensual, eso era evidente por la forma en que se movía y por la belleza que poseía.

Todo en ella era curvo: su cuerpo, sus labios carnosos, hasta la inclinación de sus ojos y sus mejillas eran sensuales. Y ella era de él, en todo sentido, o pronto lo sería.

Si la suerte lo ayudaba, y estaba plenamente seguro que así sería, ella sería su esposa en cuestión de días, tal vez semanas. No, eso no podía ser posible, no podía esperar semanas para que Sophie fuese su esposa. No podía borrar de su mente la imagen de Sophie y de su hija como las había visto esa mañana. Una visión hermosa por la que cualquier hombre desearía vivir: verdadera y suya. ¿Amaba a Sophie? No, por supuesto que no, aunque creía que un día lo haría. Era increíblemente bonita, asombrosamente apasionada y su sonrisa...

—¿Otra? —preguntó el tabernero con voz áspera y ronca.

—¿Por qué no? —respondió Kane.

Empujó su vaso hacia el hombre, que sonreía. Una sola bebida más y bastaría. Necesitaba estar con la cabeza despejada de manera de poder planificar cómo cortejar y conquistar a Sophie. No pensaba que esta conquista fuera a ser terriblemente difícil. Después de todo era la madre de su hija, ¿y qué mujer no querría que un hombre cuidara de ella? Él era medianamente rico, con algunos negocios prósperos que había ganado el año pasado. Una taberna por allí, una tienda de alimentos por allá, una bonita posada en un pequeño pueblo al oeste de Shandley. Había ganado estas empresas con los naipes, por supuesto, y aunque los había dejado en manos de empleados, ellos continuaban haciendo dinero para él.

No, la tarea no era difícil; imaginaba que en menos de una semana Sophie estaría de acuerdo en casarse con él.

Su memoria no andaba bien estos días, pero sí la recordaba bien a ella. Recordaba la forma en que había salido de la laguna como un ángel, el contacto de su piel, su cuerpo, su sonrisa... Podía verlo todo como si la hubiera conocido ayer. Era real, no el sueño de un borracho. No podía recordar porqué estaba tan perdido antes de conocerla. El dolor de cabeza había vuelto, como una palpitación que embotaba los sentidos. Dejó las preguntas para otro momento. Todo lo que importaba era el presente, el día de hoy.

—¿Conoces a Sophie Fyne? —preguntó al cantinero que estaba ocupado limpiando el brillante mostrador de madera que los separaba.

La cabeza de Gudny se levantó de golpe.

—¿Por qué lo pregunta, señor?

—Es una amiga —respondió Kane.

El hombre paró de limpiar.

—Una amiga, dice.

Para evitar otra discusión, Kane añadió prontamente:

—Pretendo casarme con ella.

El hombre, que era de buen tamaño, se movió mientras los ojos revoloteaban aquí y allá, aunque no había mucho para ver. Era el mediodía y la taberna estaba vacía. Luego, se acercó a Kane y dijo:

—Parece usted una buena persona. Si ella le ha hecho un maleficio...

Kane se echó a reír.

—¿Un maleficio?

«Otra vez esta absurda historia de la brujería», pensó Kane.

—Quisiera decirle, señor, que estas mujeres Fyne son un mal negocio —añadió el cantinero.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kane.

El cantinero echó un vistazo a la puerta, como si quisiera confirmar que nadie más escuchaba la historia.

—Sepa que son tres. A la señorita Juliet la vemos con frecuencia en el pueblo. Ella es la menos... —Gudny buscó las palabras correctas, apretando los labios y cerrando los ojos mientras reflexionaba—. Ofensiva —concluyó.

El primer impulso de Kane fue darle un puñetazo, pero su curiosidad pudo más que su ira.

—¿Menos ofensiva? —preguntó.

—Juliet ayuda a las mujeres en asuntos de salud, y nunca la he visto perder la calma, irritarse o hacer algo que resultase... extraño, aunque oí un rumor hace algunos años según el cual ella tenía el don de la clarividencia.

—La clarividencia... —repitió Kane.

Gudny bajó la voz y explicó:

—Ella ve cosas que aún no han sucedido.

Más disparates, pensó Kane.

—Luego está Isadora. Es la peor del grupo. Mató a su marido hace unos años. Le hizo un maleficio y murió siendo aún muy joven. Si Isadora lo mira y le desea el mal, señor, no tendrá otra oportunidad.

—¿Y qué sucede con Sophie? —quiso saber Kane.

Una vez más, Gudny miró hacia la puerta.

—Es una mujer muy bonita y parece amistosa. No se me ocurre que pudiera hacerle el mal de ojo a nadie como esa hermana suya; pero... —El hombre tragó saliva y pestañeó.

—¿Pero? —lo urgió Kane.

—Hace algunos meses vino al pueblo con su hermana Juliet. No con Isadora, gracias a Dios —dijo el tabernero mirando a Kane—. La morena no baja al pueblo desde que mató a su marido. De todas formas, mientras Juliet iba de compras como siempre, Sophie entró en varias tiendas del pueblo, saludó a la gente, se sentó en la plaza y sonrió a todos los que pasaban por allí.

—Bueno, entonces debe de ser una bruja —dijo Kane con aspereza.

—Ella hizo algo —susurró el tabernero—, no sé qué exactamente, pero todos los caballeros que la encontraron cerraron sus tiendas y volvieron a casa a prestar especial atención a sus esposas, no sé si me explico. Después de que Sophie saludara a las mujeres, éstas, que pasaban olímpicamente de sus maridos, se pusieron muy nerviosas y fueron a buscarlos para...

—Prestarles una especial atención —apuntó Kane.

—Exactamente —corroboró el hombre.

—Aún no veo cómo... —dijo Kane.

—Ya fue bastante malo que, como consecuencia de la visita de Sophie Fyne, los hombres perdieran la razón y las mujeres se comportaran como animales hambrientos, pero las cosas no terminaron ahí. Las mujeres, todas, quedaron preñadas —añadió en voz baja—. Hasta Juno McTanni, a quien los médicos le habían dicho que nunca iba a poder tener un hijo; y Brenna Finn, que tiene más de cincuenta años y también...

—Entiendo lo que me has querido decir —lo interrumpió Kane.

Sophie había provocado, con su mera presencia, que la mitad del pueblo procrease. Era ridículo.

—Antes de que se supiera que todas esas mujeres estaban en camino de convertirse en madres, sabíamos que algo andaba mal —continuó el tabernero.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Kane.

—El sitio donde la señorita Sophie se sentó, allí en la plaza del pueblo, había cambiado.

—¿Cómo había cambiado? —volvió a preguntar Kane, esta vez con impaciencia.

—Alrededor del lugar donde ella había estado sentada, las flores que no podrían haber florecido tan temprano, lo habían hecho. Eran de mayor tamaño y más brillantes y con un aroma más dulce, como si hubieran sido embrujadas.

—Las flores habían sido embrujadas —repitió Kane.

—Créame, señor —advirtió—, debe mantenerse bien alejado de las hermanas Fyne.

Y como si hubieran sido llamadas por las palabras de advertencia de Gudny, aparecieron tres mujeres. Una morena con ojos fieros iba por delante. Fue ella quien irrumpió en la taberna a través de la puerta y miró con fijeza a Kane. Por unos instantes, él pensó que sería una esposa furiosa buscando a su malvado esposo. Una pelirroja delgada estaba de pie detrás, y más allá estaba Sophie, acunando al bebé, su hija, en sus brazos.

—Isadora, no lo hagas... —pidió Sophie.

—Por la luna, hermana. Puedo ver el conjuro desde aquí. Flota alrededor como una nube de lavanda. ¿Cómo has podido hacer esto? —recriminó Isadora.

Las infames hermanas Fyne entraron en la taberna y Gudny se retiró rápidamente y se puso de cuclillas detrás de la barra, para no verlas ni oírlas, no sin antes decir:

—¡Un maleficio! Ojos que no ven, corazón que no siente —dijo esperando que al no mirarlas pudiera protegerse mucho mejor.

Sin prestar atención a todo este sin sentido del maleficio, Kane se adelantó y dijo con una amplia sonrisa:

—Deben de ser las hermanas de Sophie.

Ninguna de ellas pareció inclinada a devolver la sonrisa. Sophie había llamado a la morena Isadora, por lo tanto, la pelirroja debía de ser Juliet.

—Soy Kane Varden. A decir verdad esperaba ansioso poder conocerlos.

—No estamos aquí para conocer a nadie —dijo Isadora abruptamente—. ¡Santo cielo!, Sophie —exclamó—, ¿cómo has hecho para hacerlo sola?

Sophie se puso delante de su hermana y contestó:

—Deseé que tuviera buena suerte. No es demasiado diferente a lo que tú haces...

—Es muy diferente —interrumpió Isadora con aspereza, moviendo una mano delicada hacia Kane pero manteniendo sus ojos fijos en Sophie—. ¿Había un árbol de *linara* en las cercanías? —preguntó, pero no esperó la respuesta—. Lo había. Esto es... es... es demasiado —dijo bajando la voz.

La sonrisa de Kane se evaporó e inquirió:

—Demasiado ¿de qué?

Isadora entornó los ojos y dijo:

—Esto es más que buena fortuna.

Sophie se mordió el labio inferior y confesó con un susurro:

—Le quité el dolor...

Las otras dos hermanas gimieron.

Kane se sentía profundamente confundido.

La morena levantó una mano y sin ninguna advertencia puso dos dedos sobre la frente de Kane. Dijo unas pocas palabras que él no entendió, un idioma que desconocía o un puro sin sentido, y entonces dejó caer la mano y retrocedió.

—¡Marchaos a vuestra casa! —bramó Isadora, antes de volverse y caminar rígidamente hacia la puerta.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Sophie con gesto preocupado, persiguiendo a su hermana hasta la puerta. La pelirroja y Kane iban detrás.

—Le he quitado el conjuro —dijo Isadora mientras pisaba el entarimado ubicado a la salida de la taberna.

—No puedes hacer esto —insistió Sophie.

—Puedo y lo he hecho —dijo Isadora, mientras sus zancadas se hacían más lentas.

—Pero él... —quiso empezar a decir Sophie.

Kane paró la persecución porque un dolor de cabeza lo cegó, como si pedazos de cristal le partieran el cerebro. Este no era como los dolores anteriores que había sufrido. El padecimiento era tan intenso que se había quedado completamente ciego. No podía ver nada y cayó sobre las rodillas.

Fue la pelirroja la que lo alcanzó primero. Fue Juliet, recordaba. La que curaba. Una curandera. Era clarividente, podía ver, le había dicho Gudny. ¡Qué basura! Todo lo que podía ver era una mancha de pelo rojizo y piel blanca, a medida que recobraba su vista.

—No podemos dejarlo aquí —dijo Juliet.

—¿Por qué no? —respondió Isadora sin sentir ninguna pena.

—Vete a casa —le contestó Sophie—. Juliet y yo cuidaremos de él.

Tal vez la mujer que había tocado su frente y provocó el comienzo de esa angustia hizo lo que su hermana le había solicitado, porque Kane vio una imagen nebulosa y gris de Sophie y de la pelirroja. A nadie más. Cuando el dolor comenzó a desaparecer y su visión mejoró, se concentró en el rostro de Sophie.

—Eres tan bonita... —le dijo con un suspiro—. La primera vez que te vi...

De pronto recordó todo. La primera vez que la había visto él estaba tratando de beber hasta morir. Su corazón estaba dolido, de la misma forma que ahora lo estaba; no desaparecían de su cabeza los rostros de los amigos que había enterrado, los rostros de los hombres que había matado, el hogar y la familia que ya no estaba, que se había ido.

Lo recordaba ahora, con este dolor que lo inundaba todo y que había estado sumergido durante un año, muy enterrado y olvidado. ¿Cómo era posible que eso sucediera? ¿Cómo pudo haber olvidado? El dolor volvía nuevamente, partiendo la cabeza y sus ojos, cegándolo, obligándolo a recordar.

Les habían preparado una emboscada. Aunque habían eludido a los soldados imperiales y se habían cuidado de viajar a través de caminos intrincados, de alguna manera los hombres de la infantería del emperador supieron exactamente la ruta que tomarían y estaban esperando. Habían tenido que luchar con una fuerza superior de diez contra uno cuando todavía no se habían podido recuperar de una batalla anterior que los había lastimado y desalentado. Alguien los había traicionado, alguien en quien ellos confiaban. Y lo que había sucedido a continuación no había sido una batalla, sino una masacre.

—Duran —dijo Kane.

—Oh, mi querido —dijo la pelirroja con suavidad, justo antes de que Kane perdiera el sentido y cayera de bruces sobre la plataforma de madera.

Capítulo 3

Kane necesitaba la ayuda de Sophie y de Juliet para caminar. El objetivo era llegar hasta la habitación de la segunda planta en la taberna donde lo habían encontrado. Si se desmayaba otra vez, antes de que lo subieran a la cama ¿qué harían? No podrían subirlo solas, y Sophie sabía bien que no obtendrían ayuda de nadie en Shandley.

Mientras Sophie y Juliet volvían sobre sus pasos con un Kane que se tambaleaba, las mujeres que pasaban, ocupadas en sus quehaceres, tomaban distancia rápidamente de ellos. Una joven madre cogió a su bebé contra el pecho y corrió para alejarse lo antes posible de las dos hermanas, de Ariana y del indefenso paciente. En el momento en que llegaron nuevamente a la puerta de la taberna, la calle estaba desierta.

Sophie no tenía ni el tiempo ni la paciencia para explicarles que, como no estaba esperando un hijo, su sola presencia no las afectaba en el día de hoy.

El tabernero se incorporó lentamente cuando entraron en la taberna, pero volvió a esconderse tan pronto vio quién había abierto la puerta.

—¿Cuál es la habitación del señor Varden? —preguntó Juliet.

Detrás de la barra se oyó a Gudny responder:

—Arriba, segunda puerta a la derecha.

Juliet cargaba a Ariana y ofrecía un brazo como apoyo. Sophie llevaba ambos brazos por debajo de Kane, y lo conducía hacia arriba por la escalera.

—¿Por qué Isadora haría esto? —dijo Sophie con severidad—. El hechizo no hacía mal a nadie, ni siquiera era un verdadero hechizo, sólo un..., un...

—Un deseo del corazón —completó Juliet mientras llegaban a la entrada de la segunda planta.

—Así fue —respondió Sophie.

Juliet abrió la puerta de la habitación y Sophie guió a su amante..., no, a su ex amante hasta la cama.

—No hay hechizo más efectivo que el deseo expresado con sentimiento por una verdadera y poderosa bruja —explicó Juliet.

—¡No soy poderosa! —exclamó Sophie.

Kane estaba cayendo hacia atrás en ese momento y rebotando sobre la cama.

—Por supuesto que lo eres —dijo Juliet mientras le entregaba a Ariana—, especialmente si estás embarazada. Sospecho que el deseo fue expresado después de haber estado con Kane, no antes, de ahí la potencia y también que os encontrabais debajo de un árbol de *linara*.

Sophie sostuvo a su hija entre los brazos ¿Qué debería hacer? Kane estaba sufriendo. Podría poner una mano sobre él y desear su mejoría, tal como lo había hecho hacía un año. Pero no sería lo mismo. No estaba esperando un hijo, no había árboles de *linara* y aunque pudiera hacer un hechizo que funcionara adecuadamente, cuando Isadora se enterara lo desharía y tal vez el dolor de Kane fuera aún mayor.

Sophie miró cómo Juliet examinaba a Kane sin tocarlo, con las manos flotando sobre el rostro y el pecho. La hechicera pelirroja cerró los ojos momentáneamente para atraer todo lo que necesitaba saber.

—Puedo darle una poción para ayudarlo con los dolores de cabeza. Si toma las hierbas tal como le digo, le aliviarán algo el dolor y lo ayudarán a dormir. Me temo que es todo lo que puedo hacer —dijo Juliet.

—Logré empeorar las cosas, ¿no es así? —preguntó Sophie dulcemente.

—No..., no sabías —contestó Juliet.

—Hice todo mal ¿no es así? —preguntó nuevamente—. El dolor que Kane sufre ahora es aún mayor que el que sentía hace un año.

—Sí —respondió Juliet con dulzura y abrió los ojos al contestar.

En vez de experimentar un año de curación, como debería haber sido, Kane había enterrado su dolor. No, Sophie había enterrado el dolor por él, con su deseo. Ahora, que el dolor había regresado, tendría que empezar la cura desde el principio. ¿Qué opción tenía ella sino ayudarlo?

—Me quedaré con Kane hasta que se recupere.

—No puedes. —Juliet protestó—. Llevará días, tal vez semanas antes de que su recuperación sea completa. No sería correcto que te quedaras sola con él, sin otra compañía, aunque sólo fuese por una hora. —Se mordió los labios y dijo—: La verdad es que podría ser que nunca se curase completamente.

Sophie no podía aceptar esa posibilidad. Si Kane permanecía lesionado por la repentina interrupción del hechizo, era por su culpa.

—Bueno, no podemos dejarlo aquí solo...

Los ojos de Sophie se encontraron con los de Juliet, quien siempre se había preocupado más que ella sobre lo propio o impropio de las situaciones.

—No tengo reputación que cuidar —recordó Sophie—. Puedo estar aquí todo el tiempo que quiera.

Juliet sabía que no había otra opción, pero no le gustaba esa situación y tampoco la solución de Sophie.

—Isadora no estará feliz al verme llegar sola —objetó Juliet.

—No le tengo miedo a Isadora —aclaró Sophie.

Temblaba ligeramente pensando que la ira de su hermana podría llegar a ser tremenda, pero sabía que no le haría daño a nadie. Bueno, definitivamente, no lastimaría a sus hermanas, y tendría que tener un motivo muy importante que la impulsara a causar algún daño físico a alguien. Después de haber visto los ojos de Isadora enfrentando a Kane, Sophie tendría que admitir que aquellos que temían a su hermana mayor podrían tener una buena razón para hacerlo.

Juliet buscó en un bolsillo y extrajo un bolso de tela que había sido atado fuertemente con un trozo de cuerda roja.

—Dale media cucharadita de una infusión con este preparado mezclado con agua. Hazlo cada media hora hasta que notes su mejoría.

Sophie tomó lo que su hermana le ofrecía, sin sorprenderse porque Juliet tuviera la mezcla de hierbas necesarias en esta ocasión.

—¿Cuánto tiempo tardará esta medicina en hacer efecto? —preguntó Sophie.

—Desde unas pocas horas hasta dos días como máximo. Después necesitará dormir y comer alimentos nutritivos para poder completar su proceso de curación —contestó Juliet, quien comenzó a juntar todo lo que su hermana podría necesitar. Cogió una taza de latón que estaba guardada en la alforja de Kane junto con una jarra de agua que había sido dejada en la mesita de noche y ayudó a administrar la primera dosis del medicamento antes de despedirse.

Desde unas pocas horas hasta dos días. ¿Y cuántos días hasta que estuviera verdaderamente curado? Sophie cogió la única silla de la habitación y la aproximó a la cama. Se sentó, decidida a quedarse con él todo el tiempo que fuera necesario.

Mientras dormía no parecía ni el hombre triste que se había convertido en su amante de hacía un año, ni el sonriente caballero que le había ofrecido matrimonio esa mañana.

Había algo duro en él, irradiaba enojo, contrariedad, incluso en ese momento en el que no era consciente de lo que lo rodeaba.

Sophie no entendía la ira. Su carácter era apacible. Nunca gritaba o se enfadaba y aunque había tenido momentos de tristeza en su vida, especialmente cuando su madre había muerto y luego cuando Willym había fallecido tan repentinamente, la mayoría de sus días habían sido dichosos.

Ella sabía muy bien que era capaz de sentir un amor verdadero. Peor que eso, ella ansiaba, desde el fondo de su alma, un amor verdadero. Sólo eran esas ansias de lo que no podía obtener lo que hacía que su vida no fuera perfecta.

Kane parecía como si hubiera tenido que luchar por la supervivencia cada día de su vida, como si nunca hubiera tenido un momento de paz. Bueno, con excepción de este último año. Si esos días habían sido los únicos días de tranquilidad de la vida de Kane, ella no podía sentirse apenada por habérselos dado con su deseo.



Kane abrió los ojos y vio a Sophie observándolo, todavía. La única vela que ardía al lado de la cama iluminaba sólo un costado de la hermosa cara. Se podían oír los sonidos amortiguados de la diversión, que provenían de la planta baja y que estaban fuera de lugar en aquella estancia. La risa no pertenecía a aquí, a este lugar, en esta noche.

Sophie trató de hacerle tragar un horrible brebaje, tal como venía haciéndolo con regularidad. Esta vez él cogió su muñeca y la detuvo antes de que la taza llegara a su boca.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó Kane con voz áspera y dolida.

—Esto te hará sentir mejor —sonrió Sophie, pero no era una sonrisa verdadera. Él había visto a la verdadera Sophie riendo y ésta no era la misma risa.

—No quiero que me hagas sentir mejor —dijo. No pensaba que fuera posible que algo o alguien lo hiciera sentir mejor. Tal vez si pudiera olvidar este último año, pero no podía. Recordaba todo. Recordaba cómo sonreía, reía y vivía una vida relajada, mientras sus hermanos y muchos de sus amigos yacían bajo tierra. ¡Dios! Esperaba que yacieran bajo tierra. El soldado que había matado a Duran había amenazado con poner la cabeza de su hermano en una pica. ¿Sería que todavía estaba allí, puesta sobre un muro en la capital? ¿Habría estado la cabeza de su hermano pudriéndose bajo la lluvia mientras él seducía a mujeres fáciles, se alimentaba con buena comida y dormía en camas cómodas y mullidas? Él había bebido y comido en demasía mientras los restos chamuscados de su hogar permanecían allí, sin haber sido vengados. Recordaba a mujeres. Mujeres que reían y que habían sido felices calentándole la cama, de la misma manera que la mujer que una vez había amado calentaba la cama de otro hombre. Y ahora la recordaba.

—¿Qué me hiciste? —preguntó otra vez Kane.

—Juliet dijo que esto te haría... —dijo Sophie.

—No, ahora no —aclaró Kane. Se sentó y su cabeza comenzó a golpear con un ritmo atronador—. Ahora no —dijo con más calma—. Cuando nos conocimos por primera vez hace un año, ¿qué me hiciste?

Ella ahora parecía sentirse culpable, dedujo Kane.

—Solamente quería que fueras feliz y pensé que era lo menos que podía hacer. Te veías tan acongojado... —explicó ella.

—Sophie —la interrumpió él—. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo hiciste para que olvidara?

Y él había olvidado. Había olvidado todas las tristezas anteriores a conocer a Sophie Fyne: la batalla, la muerte, volver a casa para no encontrar nada.

—Fue un... —Sophie se sonrojó, mordió su labio inferior y miró hacia la ventana oscura—, deseo, nada más que un deseo.

Si eso fuera verdad, entonces era realmente una bruja, como decía que era, y lo mejor que podía hacer era salir de esta cama e irse. Debía olvidar a Sophie Fyne y a la niña que ella había dado a luz. Como si supiera lo que estaba pensando, su hija, que descansaba sobre un capazo a los pies de la cama, comenzó a emitir sonidos propios de un bebé que quiere ser arrullado.

—Y el resto, ¿qué fue? —continuó Kane.

—Buena fortuna —dijo en voz baja Sophie—. No pareció un regalo desmesurado en aquel momento, pero mis hermanas no piensan lo mismo.

Buena suerte, felicidad, esas cosas tan simples. Cosas a las que él no tenía derecho.

—¿Por qué no te alejaste nadando tan pronto como habías acabado conmigo? —continuó él, con furia.

Los ojos de ella se abrieron.

Aunque apenas estaban iluminados por la intermitente luz de una vela, Kane pudo ver cómo los ojos azules de Sophie se sobresaltaban.

—No pude hacer eso —contestó mansamente. Ella había sentido pena por él y le había dado los regalos que habían proporcionado color y regocijo a su vida en este año.

Ahora Kane quería una sola cosa: el cuerpo que le había ofrecido cuando la conoció. La calidez que le había quitado el dolor por unos instantes, el contacto de la piel contra la piel y el sonido de la respiración de ella en su oído. Nada más podría hacerlo olvidar, nada más podría aclarar su mente y hacerlo sentir bien otra vez, aunque sólo fuera por un tiempo corto.

—¿Quieres hacer que me sienta mejor? —susurró Kane, mientras sus dedos apretaban la muñeca de Sophie.

—Sí, por supuesto. Debes beber esto.

Cogió la taza que ella le ofrecía y volcó su contenido derramándola por toda la habitación. La taza de metal rebotó en la pared con un golpe sordo y el agua infundada se desparramó por el suelo.

—No, no quiero más pociones de bruja, Ángel. No quiero más de vuestra maldita magia. Lo que me puede hacer sentir bien es tu cuerpo debajo del mío.

Kane había soñado todo este último año con eso. Ni con casamiento, ni con bebés, ni con un hogar. Solamente sexo. No quería nada más con ella, nunca más. Sophie era perfecta en la cama. Sus recuerdos del momento en que estuvieron juntos eran borrosos e imprecisos, pero recordaba cómo ella lo había buscado, las suaves curvas de su cuerpo y la forma en que se movía, gemía y sonreía cuando él la tocaba. Descansó su cabeza sobre la almohada y la empujó tan cerca que Sophie quedó tendida sobre él.

—No puedo —dijo ella.

—¿Por qué no? —quiso saber él. Recordaba sus palabras: Sophie quería amantes, no un esposo, pedía placer sin compromisos. Ahora, él necesitaba que ella lo ayudara a sacar el dolor que ninguna medicina podría curar.

—Sólo... que no puedo —volvió a decir Sophie.

Kane inclinó la cabeza y presionó los labios sobre el cuello de la joven, sintiendo con la boca el pulso de la sangre y la suavidad de la piel. Él podía ser un amante más, si eso es lo que ella quería. Podía perderse dentro del cuerpo de ella y luego marcharse por la mañana, sin ningún compromiso entre ellos, sin ofrecimientos de una vida en común o ni siquiera de una semana juntos.

El cuerpo de Sophie tembló y trató de escapar, pero él no la soltaba. La boca de Kane seguía presionando su cuello y la mano la cogía fuertemente por la muñeca.

Sophie quiso poner su mano sobre el pecho de Kane, pero la retiró rápidamente, como si tuviera miedo de tocarlo.

Kane no tenía ningún temor. Tocó el seno de Sophie con la mano que tenía libre, recorrió la tela tosca para dar paso a la suavidad de la piel. Sophie era una mujer completa. Era pasión,

belleza y placer; además, la necesitaba para que lo ayudara a olvidar. Sus dedos acariciaron el pezón. Sophie jadeó ligeramente y el pezón se endureció.

—Antes me has dicho que te hice feliz —afirmó Kane con su boca sobre el cuello de satén de la joven, mientras buscaba con la punta de la lengua un punto sensible detrás de la oreja—. Te puedo hacer muy feliz una vez más.

—No..., no te quiero —afirmó Sophie.

Era una mentira y Sophie Fyne no era buena mintiendo. Él podía sentir el deseo de ella en cada bocanada de aire que respiraba, en el temblor de su cuerpo con la respuesta incontrolable que él estaba experimentando con sus dedos.

Ella sí lo deseaba, pero él no iba a poder hacer que ella cambiara de opinión ahora. Él no tenía la paciencia necesaria para seducirla, ni el deseo de persuadirla con gentileza para que se acostara con él.

—Sé por qué estás sufriendo. Hablaste entre sueños —explicó Sophie, para tratar de cambiar el tema—. Hablaste de personas a quienes amaste y perdiste luego.

La mano de Kane cogió con más fuerza la muñeca de Sophie, pero ella hizo como si no le importara. Mantuvo su cara, con los labios carnosos y encendidos, cercana a la de Kane y se apartó ligeramente para decir con dulzura:

—Siempre que echo de menos a mi madre o a mi cuñado, Juliet me cuenta historias que me hacen sentir mucho mejor. Me dan esperanzas.

—No te vas a sentar ahí a contarme historias —contestó Kane con dureza.

Ella pasó la lengua por los labios voluptuosos y aclaró:

—Las historias no son ficción, son verdaderas. Debes creer a Juliet. Ella sabe muchas cosas que los otros no saben.

—Eso me han dicho —precisó Kane.

Sophie reclinó la cabeza levemente y continuó:

—Cuando era pequeña y lloraba por mi madre, Juliet me contaba que hay muchos mundos como éste. En esos mundos vivimos otras vidas, vidas que toman la forma y que dependen del lugar donde vivimos, de la gente que nos rodea y de las decisiones que tomamos. También de las que hemos tomado anteriormente. En algunos de esos mundos existe mucha magia, en otros, no. Algunos son oscuros, otros no, la mayoría son lugares felices.

Kane agitó la cabeza y preguntó:

—¿Realmente piensas que esos cuentos chinos me harán sentir mejor?

—Estos no son cuentos chinos. Es verdad. Dice Juliet que esos mundos no están lejos, están más cerca de nosotros de lo que podemos imaginar. Son un sueño, una señal, un susurro de la magia, y en algunos de esos lugares viven nuestros seres queridos. Cierra los ojos e imagina... —intentó explicar Sophie.

—Vete —ordenó Kane, y retiró la mano del pecho de Sophie para empujarla fuera de la cama—, y llévate esas ridículas fantasías.

Sophie retrocedió, pero no abandonó el lecho. Se sentó en el borde del colchón, cerca aún, pero no tan próxima como para tocarlo y le dijo:

—Quiero quedarme junto a ti hasta que estés mejor.

—Pienso que no mejoraré nunca —afirmó Kane.

—Me aflige esto. Desearía... —comenzó a decir Sophie.

—Mejor no expreses tus deseos, Ángel —interrumpió él—, no funcionó tan bien la última vez que lo hiciste.

Sophie se mordió el labio, miró a Kane fijamente y se puso de pie, con rapidez, abandonando el lecho. Levantó a la niña del cesto y la aproximó a su pecho como si fuera un escudo.

—Supongo que te marcharás pronto de Shandley —manifestó Sophie.

—No hay motivos para que permanezca aquí —respondió Kane.

—No, no los hay —afirmó Sophie.

Un recuerdo le vino a la memoria a Kane y pasó por su mente como un relámpago. La visión de sangre derramada y del grito que lo había llevado a la bebida estaba allí en su mente como si fuera el primer día. Trató de no estremecerse.

—Márchate —ordenó a Sophie.

—Deberías tomar el remedio de Juliet —recomendó Sophie con rapidez—. Desearía preparar otra taza antes de marchar.

—Ya he tenido demasiados remedios de brujas, y demasiado de brujas, también —dijo Kane, con pocas palabras.

No le preocupaba Sophie, para nada, pero no quería que su hija cruzara por una taberna llena de borrachos e indicó:

—Vete por la escalera de atrás.

Sophie salió de la habitación, y si la cabeza no le doliera tanto, Kane podría haber sentido una punzada de culpa viendo el dolor en los ojos de la joven. Pero no tenía tiempo para culpas, no esa noche.



Sophie trató de no llorar mientras iba corriendo por el costado de la calle que la llevaría a casa. Todas las lágrimas que podía verter debían ser derramadas antes de llegar. Isadora haría lo peor si sospechaba que Kane la había hecho llorar.

Kane tenía razón al estar enfadado. Después de todo lo que había sucedido, él no querría verla nunca más y no lo haría. No lo haría y ella debería estar feliz por ello. Sería lo mejor que pudiera pasar: que Kane se fuera y que nunca más se vieran. Por lo menos había aprendido de sus errores con este amante. La próxima vez iría lejos de casa para sus citas amorosas, como lo hiciera su madre, y la próxima vez no habría regalos, ni deseos de curación, ni ningún uso de sus dotes. La próxima vez... De pronto pensó que no podía ni imaginarse una próxima vez. ¿Es que cada encuentro amoroso luego traería dolor y sentimiento de culpa? Si fuese así, tal vez un amante y una hija habrían sido suficiente.

Cuando recordaba la forma en que su cuerpo había reaccionado con la mano de Kane en su muñeca, su boca sobre su cuello y los dedos sobre su pecho, sabía, sin lugar a dudas, que habría otros amantes, algún día. Pero sólo después de que hubiera arrancado los recuerdos de Kane Varden de la cabeza.

—¿Sophie? —llamó alguien.

Asombrada, Sophie se volvió para mirar el rostro del hombre que la había llamado por su nombre. Galvyn Farrell caminaba hacia ella con una sonrisa en la cara. Él era, debía confesar, más agradable de mirar que la mayoría de los hombres de Shandley, y era un comerciante respetado, dueño de algunas empresas en el pueblo. Había mostrado interés por ella en más de una ocasión, inclusive le había ofrecido matrimonio cuando ella estaba embarazada de Ariana y había repetido esta petición después de nacida la niña.

Ella había declinado el ofrecimiento enérgicamente.

Galvyn era atractivo y estaba francamente interesado en ella ¿Por qué no había nada en él que la impulsara a querer tocarlo? Tenía el pelo espeso y oscuro, ojos también oscuros; lo miró, pero no sintió nada.

Galvyn afirmaba tener lazos familiares que lo vinculaban al emperador. Era algo así como un primo político lejano. Siempre usaba esta relación para sacar partido de ello. Nombraba a este ministro o a aquel otro general o hasta al mismísimo emperador para, de esa manera, aparentar ser importante delante de la gente.

—No deberías andar sola después de que ha oscurecido —le sugirió a Sophie, con cierto tono de preocupación en la voz—. Por favor, permíteme acompañarte.

Sophie contestó negando con la cabeza:

—No, gracias, es demasiado lejos.

—La buena compañía haría que el tiempo pasara más deprisa —afirmó Galvyn.

—No quiero que se tome la molestia —respondió Sophie, quien necesitaba estar un rato en soledad para sentirse fuerte, y poner sobre su rostro una sonrisa falsa cuando afrontara a sus hermanas al llegar.

—Insisto —manifestó Galvyn.

Sophie acunó a Ariana que dormía y respondió:

—Es muy amable de su parte, pero a Isadora no le gusta ver personas extrañas en la montaña, especialmente si ya es de noche.

La sonrisa fácil de Galvyn desapareció, tal como sabía Sophie que sucedería. Galvyn le tenía miedo a Isadora, como todos los demás en el pueblo. Ella sospechaba que ése era el motivo por el que las amabilidades exaltadas de la cuales era objeto, sólo sucedían cuando ella iba a Shandley, y eso no ocurría con frecuencia.

—Quizá te pueda acompañar una parte del camino —insistió él.

Sophie aceptó, al considerar que era un arreglo justo.

Por un rato discutieron sobre el tiempo y la política local, especialmente hablaron del alcalde. Luego hicieron un trecho que se convirtió en un largo período de incómodo silencio.

Ya se veía el pequeño sendero que subía hasta el hogar de Sophie. Con seguridad que ése era el sitio donde Galvyn se volvería.

—Tengo entendido que un conocido vuestro ha llegado al pueblo —dijo el hombre con brusquedad. Sophie se sobresaltó, sorprendida ante la alusión—. Un caballero —continuó diciendo Galvyn—. Espero que no tomes una decisión apresurada. Ya sabes que tienes amigos en el pueblo. Quisiera considerarme uno de ellos. No necesitas buscar un marido fuera de la comunidad, aunque éste sea... —Y miró hacia Ariana. Por lo tanto, Kane había estado hablando con gente del pueblo en sus pocas horas de estadía. ¿Cuánto les habría dicho? Parecía que lo suficiente.

—No está entre mis planes casarme con nadie. Ni ahora, ni nunca. Ya se lo he dicho anteriormente —le recordó Sophie.

—Toda mujer necesita un marido —refutó él.

—Yo no —aseguró Sophie.

—No sabes lo que necesitas —dijo Galvyn en tono condescendiente y superior—. Seré un buen marido, Sophie.

Sophie negó con la cabeza.

—Creedme, no me casaré nunca —reiteró la joven.

—No te entiendo —dijo él con cierto enfado—. Te he ofrecido todo lo que una mujer podría querer. Un hogar, un marido atento, un lugar honorable en el pueblo, un nombre para el bebé.

—Mi hija ya tiene un nombre —interrumpió Sophie.

Galvyn pareció arrepentido de sus palabras y aclaró:

—No quise parecer insolente. Sólo te pido que consideres mi ofrecimiento. Es todo lo que quiero.

Ya se encontraban en el angosto sendero, y Sophie dijo:

—Tengo que ir más deprisa. Gracias por haberme acompañado hasta aquí.

Antes de que Galvyn pudiera responder, ella comenzó a correr por el camino que la conducía a su hogar en la montaña, con Ariana prendida de su pecho y con los sonidos de la noche que hacían eco en sus oídos.

Kane estaba de pie frente a la ventana y miró hacia abajo donde se veía una calle oscura y desierta. Todo era silencio. La taberna ya había cerrado y los clientes se habían ido a casa o habrían subido hasta sus habitaciones alquiladas.

El cuerpo le tembló con sutiles pero profundos estremecimientos. No sabía bien si era por los recuerdos que continuaban llegando a su mente, por lo que quedaba de una noche de pesadillas, o por la poción de la bruja que lo hacía estremecer y sentirse tan tremendamente débil, como si sus huesos se pudieran convertir en líquido en cualquier momento.

A través de la confusión, el dolor y el horror, un pensamiento lo obsesionaba: quería su espada, necesitaba sus cuchillos. Se sentía desnudo, vulnerable sin sus armas. ¿Qué había sucedido con ellas? Se rio ásperamente mientras recordaba. La espada la había quebrado el soldado que había matado a Duran. Había salido del barranco llevando el cuchillo del maldito bastardo y otro, de hoja pequeña, que siempre llevaba en su bota derecha. Ya no los tenía. Se había desprendido de ellos cuando se dio cuenta que no los necesitaba. ¿Cómo había podido sobrevivir este año pasado sin una manera de protegerse? Buena suerte debido a la magia, sin lugar a dudas. Un hombre tocado por la magia no necesitaba armas para defenderse. Por suerte, todavía tenía dinero, mucho, y cualquier herrero forjaría una espada nueva para él.

Podría irse de Shandley ahora mismo. En medio de la noche, podría ensillar su yegua gris y dirigirse hacia lugares desconocidos donde trataría de olvidar de una vez por todas. Pero ¿hacia dónde se dirigiría? Su hogar ya no existía. ¿Tal vez hacia los negocios que había ganado en este año pasado? La verdad es que no eran, por derecho, suyos. Debería devolvérselos a sus dueños legales, a cada uno de ellos. Sus ganancias y su buena suerte no habían sido naturales. No estaba bien que se los apropiara. Nada, en este año que había pasado, era real. Ni la serenidad, ni la buena suerte, tampoco el consuelo de su corazón.

Esto no era completamente cierto. Sophie era real. Todavía podía recordarla cuando salió de la laguna iluminada por la luz temprana de la mañana, con el pelo liso, el agua que caía por el cuerpo desnudo mientras se formaba en su rostro una brillante sonrisa que iluminaría la vida de cualquier hombre. Los sueños de ese año que pasó ¿eran todos sueños causados por los trabajos de hechicería? ¿O eran sueños propios? Probablemente nunca lo sabría.

Su bebé era real, no podía negarlo. Su bebé, su hija, Ariana. Nada de lo que hubiera pasado podría cambiar eso, ningún dolor, ninguna pesadilla, ni los recuerdos. Y por más que lo quisiera, no podía marcharse, abandonando a la niña porque su madre había trastocado su vida.

Sophie había dicho que no quería casarse con él. Muy bien, en estos momentos el matrimonio era lo último que se le podía ocurrir. Pero no se marcharía dejando a su hija sin mirar atrás. Antes de abandonar este lugar tenía que asegurarse de que Ariana iba a estar bien cuidada. Era la única familia que le quedaba.

La madre de Ariana era una bruja, y también sus tías. Vivía rodeada de asuntos poco naturales ¿Estaba Ariana a salvo? ¿Sería que las hermanas Fyne transformarían a su hija, su única hija, en hechicera? ¿Era ya demasiado tarde?

Aunque estuviera desesperado por marcharse de este sitio, no podía irse sin tener respuestas a estas preguntas. ¿Y si la niña no estuviera a salvo? ¿Y si su hija estuviera en peligro? No tendría otra opción que llevarla consigo cuando se marchara. Si hiciera eso ¿cómo cuidaría del bebé? Había sido un granjero, luego un soldado y finalmente, un jugador. Era un rebelde que durante cinco años había luchado por una causa condenada, y volvería a hacerlo. Ninguna de estas actividades lo habían preparado para ser padre. Un hombre no se suponía que debía criar a un hijo, especialmente a una niña, solo. Una niña pequeña necesitaría de una madre. Ella iba a necesitar la orientación de una mujer en el futuro.

Ahora, Kane no podía pensar en los años por venir, tampoco se atrevía a pensar en el pasado. Tenía que pensar en el aquí y ahora. Su hija, la única persona de su sangre que existía en el mundo, no era una mentira. La mujer que lo había ayudado a soportar este año con su

recuerdo, había hecho que mediante un sortilegio no pudiera sacarla de su mente ni de su corazón.

Su instinto le decía que huyese, pero ésa no sería la solución. Tenía que estar seguro de que la niña iba a estar bien cuidada, que estaría a salvo y que sería amada. Era lo menos que podía hacer por su propia hija. Y debería sacarse a Sophie de la cabeza de una vez por todas. Tendría que aprender a verla como lo que realmente era: una mujer como cualquier otra, una bruja que haría muy mal el papel de esposa; todo una mentira.

Tan pronto como estuviera seguro de que Ariana estaría bien y sacara la presencia de Sophie de su cabeza, se marcharía de Shandley, bien lejos de las hermanas Fyne y nunca más miraría atrás.

Buscaría a Arik. No sería fácil. El jefe de la revolución y emperador de Columbyana por derecho permanecía fuertemente custodiado e intentar acercársele podía ser peligroso, sobre todo, para un soldado que había sido el único en sobrevivir a una emboscada y que luego había desaparecido por un año.

Cuando escaló el barranco y encontró nada más que sangre sobre el camino, instintivamente había tomado el rumbo hacia su hogar. Había tenido una mujer allí, una casa, amigos que lo esperaban con las comodidades que sólo el hogar puede ofrecer. ¿Cuántos kilómetros hubo de recorrer para que el aturdimiento desapareciera y la realidad hubiera regresado? La mujer se casó con otro hombre, su hogar había sido incendiado hacía varios años. Los amigos, casi todos muertos o luchando lejos de casa. Desde hacía mucho tiempo no había nada suyo en aquel pequeño pueblo que él llamaba hogar. Herido interior y exteriormente, había planeado buscar la forma de llegar hasta Arik. ¿Qué había sucedido? Por un tiempo se había perdido en la bebida. La herida de su brazo se había infectado y una simpatizante de la causa rebelde, de un pequeño pueblo al oeste, lo había curado. Había pasado semanas entre la vida y la muerte, en una pequeña habitación al fondo de una taberna. Una noche se había alejado sin siquiera agradecer a la mujer que lo había salvado.

Entonces fue cuando la encontró a ella, a Sophie.

Desaparecer por más de un año después de la emboscada, sin una explicación creíble de lo que había sucedido, ayudaría muy poco. Aunque pudiera probar ante Arik que él no había traicionado a su unidad, ¿cómo podría explicar lo que había estado haciendo este último año? Tendría que ingeniárselas de alguna manera para hacerlo. La revolución era todo lo que tenía, y hoy más que nunca ésa era la verdad.

El emperador Sebestyen tenía que ser sacado del palacio de Columbyana, y Arik era una opción adecuada para reemplazarlo.

Arik reclamaba el derecho al trono por ser el hijo mayor, aunque ilegítimo, del emperador anterior. Arik y Sebestyen eran medio hermanos, los únicos hijos varones del emperador Nechtyn, siendo Arik solamente seis meses mayor que Sebestyen. Hacía diecisiete años que Sebestyen había reemplazado a su padre, después de su muerte. El emperador Nechtyn y la emperatriz habían tenido cuatro hijas y un solo hijo. Las hijas se habían casado con dignatarios o habían sido enviadas a un convento en la Provincia del Este, donde la emperatriz madre se había retirado después de la muerte de su esposo.

A Kane no le interesaba quién reemplazaría a Sebestyen, sólo quería que ese hombre y todos sus soldados estuvieran muertos.

Habían desangrado el pueblo donde Kane se había criado, pidiendo más impuestos cada año que pasaba, exigiendo más y más productos de unas cosechas que tanto esfuerzo costaban a los granjeros. Quemaban las casas de aquellos cuyos impuestos y productos entregados no eran considerados suficientes. Recordaba el hambre de cuando era niño y recordaba el miedo.

Algunas veces, los soldados tomaban más que comida y dinero, se llevaban consigo a las jóvenes y también a mujeres casadas. Cada tanto, alguna mujer que había sido secuestrada, volvía y contaba la historia de su audaz huida. La mayoría de las veces no regresaban.

La verdad es que no había visto que estas atrocidades sucedieran en todos los pueblos que él había visitado desde que se había ido de casa y se había unido a la causa.

Muchas personas ignoraban las injusticias que ocurrían en otras partes. Los impuestos altos se aplicaban en todos los lugares, pero las crueldades de los soldados de confianza de Sebestyen eran, en su mayoría, desconocidas. Esas historias ocurrían en el Oeste, donde Kane había nacido y crecido, donde estaba ubicada la capital, Arthes; donde ver a los soldados en la calle se había convertido en un temor diario.

Habían incendiado su casa. Habían sacado a su hermana de la cama por la fuerza y se la habían llevado cuando la joven tenía quince años y él, doce.

No sabía si Liane estaba viva o muerta, pero, a decir verdad, había abandonado la esperanza de volver a verla. Si estuviera viva tendría treinta y un años ahora. Teniendo en cuenta el estado de las jóvenes que habían regresado al pueblo a los pocos días de haber sido raptadas, había pocas esperanzas de que Liane sobreviviera todo este tiempo.

En este último año se había olvidado de Liane. No había cruzado por su mente ni un solo pensamiento ni había soñado con ella. Había estado perdido en un mundo que no existía. Otras cosas, otras personas también habían sido olvidadas. Amigos, como Stepan y Valdis, hermanos que se habían ido hacía tanto tiempo que casi había olvidado sus rostros. Duran ¡mi dios!, parecía que Duran se había ido ayer. Pero su rostro no se le había olvidado, tampoco aquel grito.

Kane cerró los ojos y, por un instante, deseó para sí el olvido que Sophie ya le había regalado.

Todos y todo lo que él llamaba hogar había desaparecido, pero a pesar de ello todavía era un soldado. Seguía siendo un rebelde. Volvería a la lucha de alguna forma. Probaría su inocencia y cogería la espada otra vez, aunque tuviera que asaltar el palacio él solo.

Su hija y la rebelión eran todo lo que tenía. Sin eso, bien podía estar muerto.

Capítulo 4

*Arthes.
El palacio del emperador*

Liane sonrió al emperador de Columbyana. Los centinelas que la habían buscado exhaustivamente por el palacio cerraron la puerta tras ella. Había quedado sola con el soberano.

Mucho tiempo antes había aprendido a ignorar las náuseas que le bullían en la boca del estómago cuando lo miraba. También hubo una época en la que ella le había temido más que a ningún otro hombre, pero ahora sentía repugnancia y una forma rara de lealtad. El deseo, también, formaba parte de esas sensaciones dentro de su alma. Había tratado de no prestar atención a ese aspecto de la relación, pero a Liane no le gustaba mentirse a sí misma. Les mentía a todos los que la rodeaban por necesidad, pero al menos podía ser decente consigo misma.

El emperador podía haberla hecho matar mucho tiempo atrás o, peor aún, hacerla desaparecer en el Nivel Trece, pero no lo había hecho. Él la había valorado en la única forma que sabía: le había permitido libertades que nunca hubiera pensado que podía tener cuando fue capturada.

La habitación imperial del Nivel Uno del palacio era la más grandiosa de todas las habitaciones. El emperador Jahn Sebestyen Alixandyr Beckyt disfrutaba de todas las comodidades, grandes y pequeñas, y su alcoba no podía ser la excepción.

Los techos tenían tres metros y medio de altura y estaban pintados de azul oscuro como la noche, con estrellas plateadas y una luna dorada, así Sebestyen podía tenderse y pretender que era lo suficientemente valeroso como para abandonar la protección del palacio. Las paredes estaban empapeladas y su diseño representaba remolinos azules y dorados. Los muebles de este aposento extravagante eran de una madera oscura y reluciente, con tapicería bordada en azul noche, muy apropiados para un hombre de linaje real. El aroma fragante del aceite preferido del emperador, proveniente de recipientes de cerámica ubicados en los cuatro rincones de la habitación, navegaba en el aire. La única manifestación artística sobre las paredes era un favorecedor retrato del emperador, pintado hacía un año.

Dominaba la alcoba, una gran cama cubierta con una tela azul brillante que estaba iluminada desde arriba, por una trémula luz artificial. Altas y gruesas columnas se elevaban desde cada esquina de la cama, adornada por sedosas almohadas de todas las formas y tamaños.

El emperador vestía una túnica carmesí de mangas largas, que llegaba hasta el suelo y estaba reclinado en la cama con la cabeza apoyada en una mano mientras miraba cuidadosamente a Liane.

Sebestyen, emperador de Columbyana, era un hombre alto, delgado pero no descarnado, elegante, si se lo miraba con la luz adecuada, pero que no estaba dotado de belleza. Su rostro era demasiado anguloso. Pero era masculino, llamativo y memorable. El emperador era, definitivamente, notable. Sus ojos azules tenían la habilidad de ver a través de una mujer. No había transcurrido ni una sola noche en los pasados dieciséis años sin que Liane hubiera visto, recordado esos ojos, o soñado con su poder.

Unos pies desnudos, largos y bien formados aparecían por debajo del dobladillo de la túnica del emperador. No escondía músculos voluminosos y atléticos como algunos de sus soldados, pero era fornido y más fuerte de lo que parecía a primera vista.

—¿Lo habéis hecho? —preguntó suavemente Sebestyen.

—Por supuesto —respondió Liane mientras se dirigía lentamente hacia el hombre pálido.

Llevaba una túnica de un color rojo profundo igual que la de él. La falda larga bailaba alrededor de sus piernas mientras caminaba. Esta túnica simple era el símbolo del esfuerzo y de su lugar social en el palacio. Después de años de ser esclava y una de las muchas concubinas, había arañado su camino hasta una posición de poder, posición nunca antes conseguida por una mujer como ella.

—¿Confesó sus delitos en contra de mí? —demandó Sebestyen.

—Por supuesto que no —respondió Liane.

Nunca lo hacían. Sólo un tonto confesaría que había conspirado contra el emperador. En este caso ni siquiera había pedido que admitiera la culpa, la evidencia presentada por el ministro Sulyen, ministro de Defensa del emperador, había sido de por sí condenatoria.

El ministro de Finanzas había estado reuniéndose con representantes de los mayores clanes de Tryfyn, el país que está al occidente de Columbyana. El líder de este clan en particular había estado ansioso por expandirse hacia Columbyana desde muchos años atrás, pero siempre se había detenido antes de declarar la guerra. Los clanes de Tryfyn eran un puro fastidio, tanto como los rebeldes liderados por el advenedizo Arik. De todas formas, el emperador temía más una rebelión interna que a los rebeldes o los tryfynianos.

Detrás de la cama donde el emperador Sebestyen estaba reclinado, había unas cortinas pesadas que aparentemente cubrían totalmente una gran ventana, pero allí no había ninguna abertura hacia el mundo exterior o en ninguna otra parte del Nivel Uno.

El grandioso y macizo palacio imperial tenía diez plantas y en ésta, la más alta, no había un solo orificio que la conectara con lo que sucedía en el exterior.

Las ventanas originales del Nivel Uno, así como también el enorme tragaluz de la sala de baile principal, habían sido sellados con argamasa y ladrillo hacía mucho tiempo.

Muy poco después de que el emperador subiera al trono a la edad de trece años, un vidente le había dicho que cuando el sol tocara su cara sería la señal del principio de su fin. Ese cálido toque del sol predeciría el final de su poderío, de su felicidad y de su vida. Sebestyen podría haber dejado de lado con arrogancia dicha predicción, pero como el mago Thayne había anunciado correctamente el deceso del emperador Nechtyn, unos meses antes de que ocurriera, él tomó esta advertencia como cierta.

Era ésa la razón por la cual el hombre reclinado en la cama estaba tan pálido.

No había visto la luz del sol durante diecisiete años, y no abandonaba el Nivel Uno casi nunca, y cuando lo hacía era mucho después de la puesta del sol.

—¿Suplicó por su vida? —quiso saber Sebestyen.

Siempre quería saber los detalles, y Liane siempre se los daba. Le ofrecía una mezcla de hechos reales e imaginarios, dado que sus métodos simples no eran suficientemente diabólicos para satisfacer al emperador. No tenía motivo para hacer sufrir a su presa sólo para entretenimiento del soberano. Sus víctimas habían cometido el error de molestar al emperador, personal o políticamente, y debían pagar el precio, pero ella se negaba a jugar con esas víctimas. Liane no se sentía culpable por el lugar que ocupaba en el gobierno de Columbyana. La muerte era mejor que el Nivel Trece, la otra opción del emperador Sebestyen para con sus enemigos.

Se sentó en el borde de la cama y preguntó:

—¿Qué desea saber, mi señor?

—Has de llamarme Sebestyen cuando estamos solos —le indicó mientras tocaba el rostro de Liane. Sus dedos estaban muy fríos, lo que no era natural en una noche cálida—. ¿Cuántas veces debo decírtelo? Quiero oír cómo dices mi nombre —repitió.

—Sebestyen —dijo ella, obediente, al dejar que las sílabas del nombre se deslizaran por la lengua como si las estuviera saboreando.

El emperador la premió con una sonrisa.

—Quiero saberlo todo, cada detalle, cada palabra. Pero primero, quítate ese vestido —ordenó.

Ella se puso de pie y se desabrochó la única prenda que la cubría. Los abultados botones anudados resbalaron por los dedos desde el primero, a la altura de la garganta, hasta el que estaba debajo de la cintura. Al terminar dejó caer con descuido la pesada prenda sobre el suelo de piedra.

Hubo un tiempo en el que ella se encogía de miedo al estar desnuda frente a este hombre. Se estremecía y temblaba, había pedido morir cuando la tocaba. Pero eso ya no sucedía. Había aprendido a lo largo de los años que su cuerpo era un instrumento, como los cuchillos que usaba por orden del emperador. No había hombre que la hiciera sentir miedo. No le temía a nadie.

Liane era un año mayor que el emperador y la mayor de las concubinas. Su cuerpo estaba firme aún, con los pechos altos y la cintura breve. Tenía un tinte dorado en la piel tostada y aunque permanecía siempre dentro, no perdía el color miel del cuerpo. Mientras el emperador la observaba, Liane sabía que a él le gustaba lo que estaba viendo.

Llegaría el día en que él confiara tanto en ella que le permitiría entrar en esa habitación con uno de los cuchillos en la mano, y cuando cometiera ese error, lo mataría. No tan rápido como había asesinado hacía apenas unas horas al ministro que había traicionado al emperador con palabras sediciosas, sino lentamente, para que sintiera dolor. Pero eso no sucedería esta noche.

Se arrastró por la cama hasta poder desabrochar la túnica del emperador.

Sebestyen tenía el pecho cubierto por algunos vellos oscuros que hacía parecer su palidez aún más notable. Aunque su piel no había visto el sol por muchos años, estaba saludable y mostraba músculos pulidos que insinuaban su fuerza. Su cara no era de una belleza tradicional, pero su cuerpo tenía todo lo que una mujer podía pedir. Eso hacía que el trabajo de Liane fuera fácil algunas noches. En otras ocasiones, no ayudaba en absoluto.

Ella delineó un músculo de su pecho con un dedo.

—Pensó que era un regalo imperial —susurró Liane mientras la mano resbalaba hacia abajo, por dentro de los límites de la vestimenta del emperador—, y cuando entré en su habitación a través del pasaje secreto fui recibida con los brazos abiertos.

Sebestyen sonrió.

—Ni siquiera pensó en registrarte, ¿no?

Ella negó con la cabeza y respondió:

—Por supuesto que no.

—Un error tonto —afirmó el emperador.

Ese hombre, tan despreciado por Liane, cogió un mechón del cabello de ella y la atrajo de manera tal que las caras y las narices casi se tocaban. La cogió con tal fuerza que el cuero cabelludo de Liane ardió de dolor, pero no gritó. Los dominantes ojos azules la aprisionaron como si sólo con la mirada pudiera retenerla.

—¿Te pasó sus dedos gordos por el cabello? —preguntó Sebestyen.

—Por supuesto que no —respondió ella con calma—. Ése es un privilegio reservado para usted y sólo para usted, Sebestyen.

Él siempre insistía en que ella llevara el pelo suelto, sin trabas, porque lo fascinaba la mezcla de mechones dorados y castaños y la forma en que éstos se entretrejían en el cabello. Ninguna otra mujer en el palacio tenía el pelo así. Lo había dicho la primera vez que la había visto, pero Liane intentaba no recordar el pasado.

El pelo del emperador era castaño oscuro, liso y grueso y lo llevaba generalmente largo y suelto hasta los hombros, como en esa noche. Cuando lo ataba en la nuca, con una coleta, como

muchos hombres lo hacían en esos días, se acentuaba la dureza del rostro y le daba un aspecto severo.

—¿Le diste a mi ministro traidor a probar algo de la concubina preferida del emperador antes de matarlo? —quiso saber Sebestyen.

—Sólo un poco —respondió Liane. Era una mentira, pero era lo que Sebestyen quería oír. Había matado al pobre hombre rápidamente antes de que tuviera siquiera tiempo de quitarse la túnica carmesí. ¡Cómo deseaba tener el cuchillo ahora! Pese a las palabras de Sebestyen respecto a su situación como favorita, él no confiaba en Liane. No confiaba en nadie, por eso aún estaba con vida. Pero un día...

—Hacía años que él te deseaba —mencionó Sebestyen en forma distraída—. En más de una ocasión pidió permiso para llamarte a su alcoba.

Liane se estremeció. Con razón el ministro había sonreído con tanta complacencia cuando ella se le apareció.

—Y usted ¿se negó? —preguntó Liane.

—No te comparto con cualquiera, Liane. No te merecía. No te ganó hasta esta noche. Odio pensar que le has dado aunque sólo fuera un momento de deleite antes de eliminarlo.

—Fue tan sólo por un momento —susurró ella.

Él sonrió. Por alguna razón enfermiza disfrutaba al pensar en los diferentes papeles que ella cumplía en palacio. Se combinaban el sexo con la muerte y el amor con el odio.

Liane cumplió la orden del emperador y le quitó la túnica, dejó deslizar con lentitud la fina tela por los brazos musculosos y la retiró por debajo del cuerpo. La lanzó al suelo donde quedó cerca de la ropa de ella.

Cuando ambos estuvieron desnudos, Liane lo tocó de la manera que a él le gustaba. Acarició la piel, suavemente al comienzo y luego, más fuerte. Le recorrió el pecho con las uñas, cuidando de no dejar huellas sobre la piel y siguió hacia abajo, hasta continuar la línea de pelo oscuro entre el ombligo y los genitales. Pasó la mano por la parte interna y más sensible de los muslos fornidos, para estimular el deseo en él. Continuó hasta que vio los ojos semicerrados del emperador y su pene en completa erección. Así que lo envolvió con los dedos, y acarició el miembro duro y caliente.

Él la había entregado como un favor a muchos hombres, desde que había sido capturada, por eso sabía que no todos los hombres eran como el emperador Sebestyen, ni físicamente ni en el temperamento. Algunos tenían cuerpos que podían muy bien rivalizar con el del emperador. Unos eran hermosos; otros, feos pero felices; otros, fuertes y robustos o delgados; se reían en la cama o podían ser muy serios en la tarea de hacer el amor. No todos eran crueles. Pero ella los odiaba a todos, inclusive a algunos más que a otros, hasta los pocos que podría llamar amigos, algunas veces despertaban su odio. Había convertido ese odio en una ventaja, aprendió a usar el placer para controlar a los hombres que la llevaban a la cama. Aprendió a simular que quería estar tendida debajo de ellos, aplastada e indefensa. Las viejas arpías y los maestros del Nivel Tres que cuidaban y entrenaban a las concubinas le habían enseñado bien.

El sexo era poder, y el placer, un arma.

—¿Gritó? —continuó preguntado el emperador, mientras tiraba de Liane, de tal modo que los senos de ella quedaban fuertemente presionados contra su torso. Una vez más fue empujada con demasiado vigor, pero Liane no emitió ni un sonido de queja. Sólo sonrió y dijo:

—Sí, mi señor, él gritó.

—¿Tú también gritaste, Liane?

Ella pasó su lengua por los labios y mintió de nuevo:

—Lo hice, señor.

Sebestyen nunca besaba. Lo consideraba indigno y rastroso para una persona de su condición. Liane había sido besada, tanto por los maestros empleados para entrenar a las concubinas del emperador, como por los hombres a los que había sido enviada como

recompensa por sus fieles servicios, o sencillamente para saber si hablaban en sueños. No había besado a quienes debía matar por orden del emperador, pero sí a aquellos que debía entretener. En una o dos ocasiones, esos besos habían sido placenteros, en otras, repulsivos. A veces deseaba que le dieran un beso experimentado, pero no que lo hiciera este hombre. Estaba contenta de no tener que soportar esos labios sobre los de ella.

El emperador no besaba ni siquiera a su esposa, la emperatriz, tampoco la tocaba con frecuencia. La emperatriz Rikka residía en sus propios aposentos en el Nivel Cinco.

Sebestyen hacía que la más nueva de las emperatrices fuera traída en ocasiones para intentar engendrar un heredero, pero hasta ahora no había tenido éxito. Si Rikka no le daba un heredero pronto, seguiría los pasos de las otras emperatrices: el camino hacia el Nivel Trece. Sería una caída devastadora.

Sebestyen empujó y forzó a Liane a tenderse de espaldas sobre la cama. Ella depositó la cabeza en la almohada azul brillante e inventó una historia sobre el asesinato, que era lo suficientemente sórdida y violenta como para complacer al emperador.

Respondió él como siempre lo hacía: acariciándola, tocándola y escuchando con atención, mientras ella narraba la historia. Buscaba excitarla sexualmente.

—¿Le has dicho, mientras él estaba dentro de ti, que había ordenado su muerte? —inquirió el emperador.

—Por supuesto, mi señor —respondió ella.

—Sebestyen —ordenó—, cuando estás en mi cama no quiero ser emperador. Dilo.

—Sebestyen —musitó Liane.

—¿Obtuvo su placer antes de que lo mataras? —indagó él.

—No. Yo no deseaba recibir el semen de él. Sólo el tuyo, Sebestyen.

—¿Me amas, Liane? —preguntó mientras apretaba con sus dedos con fuerza la muñeca de la mujer.

Ella respiró con profundidad, exhaló y respondió:

—No.

El emperador sonrió.

—Por este motivo eres mi preferida. Tengo muchas mujeres en el Nivel Tres, todas ellas más jóvenes y algunas de ellas más bonitas que tú. Todas han sido entrenadas en los placeres carnales y están ansiosas de poder complacerme. Si les preguntara si me aman, responderían que sí, sin duda alguna. Pero eres tú a quien deseo. Tal vez porque eres más parecida a mí que nadie. Eres despiadada y apasionada, cálida y fría al mismo tiempo.

Liane deseó gritar: «¡No soy como tú!», pero no lo hizo. Hubiera sido un error imperdonable mostrar sus emociones delante de Sebestyen. Si las mostrara, como otras lo hacían, él se cansaría de ella y perdería la posición que ocupaba en el Nivel Uno. Ella no había terminado aquí, no todavía.

Continuó tocándolo, buscó acariciarlo con dedos que sabían cómo llegar, como excitar.

—El amor es para los débiles. ¿Piensas que soy débil? —interrogó Liane.

—Nunca —aclaró él.

—Bien —contestó ella. Acto seguido se relamió y apretó con fuerza el miembro largo y duro de él y continuó—: No soy una niña pequeña que se enamora porque tienes una verga y sabes cómo usarla. Soy una mujer que se ha convertido en soldado porque me lo has pedido. Lucho en tu nombre. Mato por ti. Hago lo que se me ordena, aquí, en la cama, y en todas partes.

El emperador rodó por encima de ella y le abrió las piernas con las rodillas. Tenía la respiración jadeante y la cara, enrojecida.

—Tú eres un soldado, Liane. Mi soldado, y esta noche has hecho lo que te he ordenado. Como siempre, perfecta en la ejecución de mis órdenes. ¿Qué quieres como recompensa? —manifestó con un tono ronco y con ojos casi cerrados.

Liane respondió de la forma que él esperaba.

—Sólo a ti, Sebestyen, te quiero sólo a ti.

Sebestyen entró en ella rápida y bruscamente, y fue entonces cuando Liane pudo cerrar los ojos. Detestaba al emperador Sebestyen, lo despreciaba desde el fondo de su alma, pero hacía tiempo que había aprendido que no lo podía engañar, especialmente en la cama. Una vez había fingido el placer y él se había dado cuenta. Le había pegado una bofetada y la había enviado al Nivel Tres. Pasaron meses antes de que volviera a llamarla. Fue en ese momento cuando ella supo lo fuerte que él era, pese a su complexión delgada. Había pasado mucho tiempo pero no olvidaba.

No podía dejar que la cogiesen diciendo una mentira, no ahora, cuando estaba tan cerca, junto a los ministros, los generales o los sacerdotes. El emperador no confiaba en ella pero la mantenía incluso más cercana que a todos los demás. Cuando las cosas anduvieran mal para él, y eso sucedería tarde o temprano, ella estaría aquí. Sería a ella a quien él acudiría cuando llegaran los tiempos turbulentos. Y cuando eso ocurriera, estaría lista.

Pero ahora, mientras Sebestyen se movía dentro y sobre ella, cuando la tocaba íntimamente, cuando perdían el aliento, comenzaban a sudar y alcanzaban el placer físico supremo, pasaban por la cabeza de Liane otros pensamientos.

Pensaba en la mujer que podría haber sido si no la hubieran capturado. Pensó en el esposo que pudo haber tenido y en los hijos que pudo haber llevado en el vientre, en el hogar simple en el que pudo haber vivido. En su imaginación, no era Sebestyen el que estaba en esos momentos junto a ella, sino ese otro hombre, el esposo que pudo haber tenido. Podría haber estado en pareja con un hombre común, que nunca la hubiera compartido y menos prestado a otros por un capricho, y no con un gobernante cruel. Quizás un artista o un granjero, un hombre que la amara de verdad y la protegiera.

De pronto dejó de pensar y comenzó a sentir el cuerpo de Sebestyen y el de ella, los corazones latiendo apresuradamente y la respiración candente. El cuerpo de Liane pedía satisfacción, y el hombre que ella odiaba más que a la vida misma, se la dio.

Gritó de placer, envolviendo con las piernas y los brazos al hombre que estaba sobre ella. Cogió un mechón del cabello de él y lo mantuvo sujeto mientras una ola tras otra de alivio le recorría el cuerpo arqueado, palpitante y pegado al de Sebestyen. Vibraba y jadeaba, asida a él con desesperación. Volvió a la realidad y vio los ojos fríos que la miraban mientras seguía montado sobre ella.

—Y ahora, ¿me amas? —interrogó Sebestyen por segunda vez.

—No —contestó Liane sin aliento, mientras él continuaba moviéndose.

Sebestyen cerró los ojos y se estremeció. Liane sintió el semen infiltrarse en ella, corrompiéndola, envenenándola.

Cuando el emperador hubo terminado, se retiró y se apartó hacia un lado de la cama. Era tarea de Liane limpiarlo y vestirlo. Así lo hizo sin decir una palabra.

Cogió el cántaro con agua y los paños finos de lino que habían sido dejados para uso del emperador, y los depositó sobre la mesa cercana a la cama. Lo bañó pasando la mano por su cuerpo con un roce leve y delicado, mientras él, reclinado y en completa satisfacción y con pereza, se dejaba hacer.

No sabía qué pensamientos cruzaban por la cabeza del emperador mientras ella hacía su tarea, pero no pronunció una palabra ni siquiera la miró.

Por último, Liane recogió la túnica del suelo y lo ayudó a ponérsela. Se arrodilló sobre la cama y le enlazó los botones trenzados.

Pensaba en ir a tomar un baño, vestirse y volver a su habitación para dormir toda la noche, ya que no había dormido mucho la noche anterior, pero Sebestyen se sentó en la cama y le indicó que se acercara.

—Desearía que fueras mi emperatriz —dijo al cogerle un mechón del cabello y atraerla hacia él. Nunca había dicho algo semejante y Liane no sabía cómo responderle—. Rikka es una joven sin alegría, que encuentra que el sexo es sólo una tarea y no un placer.

»Cuando está tendida en la cama es tan apasionada y exangüe como un atado de harapos y dice: “Lo amo, mi alteza imperial. Lo quiero tanto mi señor y soberano. Oh, oh ¡cuánto lo amo!” —Mientras explicaba esto, Sebestyen imitó la voz aguda de la pobre chica—. Es joven y tonta. Pero si no me da un heredero pronto no tendrá la opción de convertirse en vieja y tonta.

Liane envolvió su cuerpo alrededor de Sebestyen, sus brazos le rodearon el cuello, las piernas encerraron la cintura. Le cogió los cabellos y lo mantuvo quieto para mirarlo profundamente a los ojos fríos y decirle:

—Una concubina no puede convertirse en emperatriz, ambos lo sabemos muy bien.

—Las leyes son mías —afirmó Sebestyen—. Las puedo quebrantar si así lo decido.

—¿Y quién dispondrá de tus enemigos si estoy encerrada en el Nivel Cinco teniendo hijos? —razonó ella.

Liane sospechaba que Sebestyen era quien no podía tener hijos ya que habían sido tres las emperatrices que habían sido enviadas al Nivel Trece, después de no poder concebir. La segunda esposa había quedado embarazada inmediatamente después de la boda, acallando los rumores sobre la habilidad del emperador para dar un heredero. Pero ese embarazo no había llegado a término y no había habido otro. Liane se había preguntado, algunas veces, si la joven no tendría ya un hijo en el vientre en el momento de casarse con el emperador.

—Te puedo servir mejor desde mi posición actual, mi señor —afirmó ella.

—Supongo que estás en lo cierto —concedió él.

Lo tenía, finalmente, muy cerca de donde ella quería. Un día podría ir y venir a su antojo. El Nivel Uno estaría a su disposición: las oficinas y las habitaciones del emperador, la sala de baile donde daba audiencias a sus súbditos y sirvientes. Ningún guardia osaría detenerla o inspeccionarla. Tendría la total confianza del emperador.

—Disfruto de mi lugar en el palacio, Sebestyen. Seré tu esclava, tu amante, quien mata por ti. No quiero nada más —aclaró Liane.

El sonrió complacido con la respuesta y ordenó:

—Quédate conmigo, mi hermosa vengadora. Rikka ha sido convocada y vendrá esta noche, pero no estoy de humor para soportar declaraciones de amor con gimoteos y hacer expiación con una esposa fría.

Liane se relamió y lo tocó por debajo de la túnica carmesí: el miembro estaba endureciéndose otra vez.

—Cuando ella llegue puedes decirle que no te sientes bien —sugirió Liane.

—Haré que alguien le lleve ese mensaje —confirmó Sebestyen—. Le molesta ver que estás aquí, y aunque no me importa lo que afecte a Rikka o no, no puedo tolerar oírle gimotear y quejarse.

Liane quería dormir, escapar del olor de esta habitación, de la sonrisa cruel de Sebestyen, pero no podía dejar pasar esta oportunidad. Lo que sucediera entre ahora y el momento en que lo matara no importaba, nada le preocupaba más que llegar al final de ese juego: ni lo que tenía que hacer para lograrlo ni lo que le podría pasar a ella una vez que terminara todo.

Si alguna vez él era lo suficientemente tonto como para dormirse mientras ella estaba en la alcoba, le partiría la cabeza con el horroroso busto de su imagen que se hallaba en el otro extremo de la recámara. Ataría un trozo de cuerda, de la cortina que decoraba la ventana falsa, alrededor del cuello y la apretaría hasta que él dejara de respirar. No era tan fuerte como para hacerlo ahora, con él despierto y atento, pero si ella pudiera cogerlo mientras dormía...

Tendría sólo una oportunidad, sabía bien esto. Si fallaba, no habría una segunda vez. Él debía confiar en ella. Liane tenía que hacerle creer que era su única aliada en Columbyana.

Capítulo 5

Sophie pasó la mañana cocinando como normalmente hacía cuando estaba disgustada. La comida del mediodía era algunas veces sencilla: un estofado y vegetales del huerto, o queso y el pan especial. Cuando estaba inquieta, la comida era más elaborada: una carne asada y finamente condimentada, tres o cuatro vegetales fritos o cocidos, o ambos, el pan especial y dos postres opcionales. Esta mañana, mientras cocinaba, sollozó una o dos veces, y tan sólo se le cayeron dos o tres lágrimas.

Se permitió este lujo porque estaba sola en la cabaña. Ni Isadora ni Juliet entenderían por qué se sentía tan contrariada. No estaba segura si se entendía a sí misma.

La magnífica pitanza estaba casi preparada cuando golpearon la puerta del frente de la cabaña. Sophie se secó las manos en el delantal y se apresuró a abrir. Posiblemente fuera alguien que vendría a pedirle alguna hierba medicinal a Juliet o algún consejo médico, pensó mientras parpadeaba para asegurarse de que sus ojos estaban secos. Ningún otro visitante venía a la montaña Fyne.

Abrió la puerta. Para su sorpresa, Kane estaba allí.

Kane Varden ocupaba todo el vano de la puerta, a lo alto y ancho, y su enfado parecía en plena efervescencia. Hoy no vestía un traje imponente, sino que llevaba una sencilla camisa negra lisa, pantalones y las finas botas de piel. El pelo largo lo tenía suelto, sin sujetar.

Una daga con la empuñadura de plata en una funda nueva colgaba de su cinturón, y una espada de hoja corta y curva pendía del hombro en una vaina nueva y reluciente, al contrario de ayer, que no tenía ninguna.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con brusquedad—. No deberías estar aquí. No ha sido una buena idea venir. Si Isadora te ve aquí, ella..., ella...

—Ella, ¿qué? —espetó Kane.

Sophie salió de la cabaña y miró hacia el granero donde Isadora trabajaba, y explicó:

—Te he dicho que lo sentía. ¿Qué más te puedo decir? —Y mientras decía esto un pensamiento horrible le vino a la mente—. ¿Tú no querrás todavía...? —preguntó mientras retrocedía hacia la cabaña.

—¿Casarme contigo? —terminó de decir él, y mostró una amplia sonrisa, que por momentos la hizo temblar, muy diferente de la sonrisa de ayer. No había calidez ni buen humor en esa mueca de los labios—. No, Ángel, no estoy aquí para verte y, por cierto, no quiero casarme. Estoy aquí para ver al bebé. Después de todo, ella es mi hija.

—¿Quieres ver al bebé? —preguntó Sophie.

Kane asintió con un movimiento de cabeza.

Sophie sintió la boca reseca. Esto sí que no se lo esperaba.

—Está durmiendo —informó Sophie.

—Esperaré —contestó Kane.

—Si Isadora te encuentra aquí... —insistió ella.

—Me haré cargo de tu hermana —aseguró Kane.

Sophie se mojó los labios y respondió:

—No es una buena idea.

—Has dicho eso con anterioridad —rebatíó él.

—Llevaré a Ariana al pueblo esta tarde tan pronto se despierte —sugirió Sophie.

Era una solución lógica y perfecta.

Aunque Kane no se hubiera quejado, ella sabía que los dolores de cabeza no se habían retirado. Había una arruga en su frente que lo evidenciaba y en sus ojos se podía ver el dolor y la forma en que luchaba contra él.

Sophie dio unos pasos hacia atrás cuando Kane, cansado de esperar la invitación para poder entrar, resolvió hacerlo igualmente.

—Quiero ver dónde vive mi hija, dónde duerme —dijo mientras entraba.

Los tacos de las botas retumbaron en el suelo del vestíbulo, con un sonido fuerte y sostenido. Habían pasado muchos años desde la última vez que se oyeran pasos de hombre en esta casa.

Sophie se dio media vuelta y caminó hacia la habitación donde Ariana dormía en su cuna.

—Muy bien, si insistes, puedes ver al bebé. Después te irás y no volverás nunca más —manifestó Sophie.

—¿Por qué no? —preguntó Kane, y siguió detrás de Sophie con paso lento pero más largo y ruidoso.

—Porque Isadora...

—Esto no tiene nada que ver con Isadora —afirmó Kane.

—Pero ella... —Sophie se interrumpió.

—No tengo miedo de tu hermana.

Sophie arrugó la nariz, caminó hasta la habitación y luego, de puntillas, se acercó a la cuna. Kane se mantuvo detrás de ella y fijó sus ojos verdes en Ariana.

Todos temían a Isadora. Después de lo que le había hecho a Kane, él debería, al menos, estar preocupado, pero no lo estaba. Tal vez porque pensaba que nada podría empeorar, pero no estaba en lo cierto.

Todo el cuerpo de Kane se aflojó cuando miró a Ariana. Los músculos tensos de su rostro cedieron, y su enfado se disipó a ojos vistas. No sonrió, pero su expresión cambió. Cuando llegara el momento apropiado, reiría nuevamente.

—¿Se porta bien? —quiso saber Kane.

—Sí —dijo Sophie con una sonrisa—. Ariana ya duerme toda la noche.

—¿De verdad? —dijo con sorpresa Kane.

—Y, además, es de un temperamento muy dulce —agregó Sophie.

—Debe de haberlo heredado de ti —comentó él con un gesto crispado.

—Tal vez —contestó Sophie.

Kane estudió con detenimiento a Ariana, como si fuera una obra de arte o un valioso tesoro.

—Tiene tu boca —siguió diciendo Sophie.

—¿Te parece? —preguntó Kane.

—Y tu mentón. Pero no estaba segura de eso hasta ayer..., porque antes... —Sophie se interrumpió. No debería recordarle lo que había pasado hacía un año, pensó, y se respondió con rapidez—: La barba.

Kane asintió con un movimiento de cabeza.

Ambos miraron a Ariana en silencio y, acaso, hasta felices. Fue Sophie quien rompió el silencio y dijo en un susurro:

—No deberías haber vuelto.

—No tenía otra posibilidad —aseguró Kane.

—Quería que fueras feliz, y lo hubieras sido si hubieras permanecido lejos —explicó ella.

Kane dejó de mirar a Ariana para detener sus ojos en Sophie de tal forma que las rodillas de ella casi se doblaron.

—¿Por qué? —inquirió Kane.
—Si no hubieras regresado, Isadora nunca hubiera sabido del hechizo, y aún tendrías buena fortuna y felicidad y... —aclaró ella.
—¿Por qué querías que fuera feliz? ¿Por qué te importaba? —preguntó Kane con una inflexión en la voz que no debería haber sonado fiera, pero que ocultaba enfado detrás del tono suave.
Sophie musitó:
—No estoy segura.



Tres sucesos ocurrieron al mismo tiempo: Kane quería besar a Sophie con tantos deseos que casi podía saborearla, Ariana se despertó y la puerta delantera de la cabaña se abrió y se cerró.

Sophie palideció y susurró:

—Son Isadora y Juliet. Han llegado para la comida.

—Ve tú —indicó Kane, que no estaba preocupado como Sophie por la presencia de la mayor de las hermanas Fyne—. Cuidaré del bebé.

No pretendía esconderse, y aunque se le hubiera ocurrido hacerlo, tenía el caballo atado fuera, en la entrada. Las hermanas sabían que había alguien.

—No puedes cuidar al bebé —respondió Sophie.

—¿Por qué no? —pretendió saber Kane.

Si él consideraba llevarse a Ariana consigo cuando se fuera, tendría que acostumbrarse a cuidarla. No es que hubiera visto nada hasta el momento que indicara que la niña no estaba bien atendida. La cabaña era muy bonita: sólida en el exterior, bien amueblada y limpia por dentro. No había duda sobre que Sophie amaba a su hija, pero eso no significaba que fuera una buena madre.

—Tiene hambre —explicó Sophie.

Era verdad. Él no podría alimentar al bebé, al menos, no todavía. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar antes de que pudiera ser destetada? ¿Podría Kane soportar la espera hasta que eso sucediera?

Kane buscó dentro de la cuna y envolvió con las manos a Ariana. El bebé hizo que se sintiera raro y grande, tosco y sin valor.

—Cógela un momento mientras les digo a Isadora y a Juliet lo que sucede. Volveré enseguida. Si llora, mécela un poco, le gusta eso —pidió Sophie.

Ella salió con prontitud de la habitación. Pensaba que podría dar de comer a sus hermanas, a su hija, y luego sacar a Kane por la puerta delantera sin que nadie lo viera.

Kane alzó el bebé contra su hombro, donde Ariana se colocó con comodidad, se retorció y emitió un quejido. No era exactamente un llanto, pero, sin lugar a dudas, el preludio.

—Bueno, bueno —dijo él con suavidad.

Se apaciguó de inmediato y se quedó callada y quieta. ¿Había sido el sonido de la voz masculina? ¿Lo reconocía como padre, o cualquier voz profunda la tranquilizaría?

—Eres tan bonita... —le dijo mientras la mecía con delicadeza tal como había indicado Sophie—. Y tu mamá dice que eres una niña muy buena. ¿Sabes decir «pa-pa»?

La respuesta fue un suave «gu gu» pero un minuto después comenzó a llorar. La balanceó hacia arriba y hacia abajo con más vigor, pero no tuvo ningún efecto.

Kane salió hacia el vestíbulo. Ariana seguía llorando mientras él la mecía y caminaba hacia el sonido inconfundible de las voces de tres mujeres. No se iría hasta saber si su hija estaba segura aquí y no se llevaría a la niña hasta que fuera destetada o él contratara un ama de cría. Si se quedara por algunos meses, no se iba a esconder de nadie y menos de Isadora.

—Tienes razón —confirmó Kane—, tiene hambre.

Las dos mujeres que estaban sentadas a la mesa lo miraron, la mirada de Isadora fue impresionante y dirigiéndose a su hermana dijo:

—Dijiste que el caballo pertenecía a alguien del pueblo que quería ver a Juliet, y que ese alguien había ido a caminar mientras la esperaba.

—Kane... realmente necesita ver a Juliet —puntualizó Sophie en actitud defensiva—. Todavía tiene dolores de cabeza.

Miró a Kane, pidiéndole en silencio que no arruinara la historia que estaba contándole a sus hermanas, aun cuando la delataba la cara enrojecida por la mentira.

—Y él fue a caminar..., hasta la habitación de Ariana —explicó Sophie.

—Lo que también sucede es que es tu habitación —señaló Isadora con un dejo amargo.

—Vino a ver al bebé y a Juliet, no a mí —insistió Sophie.

—Eso es verdad —señaló Kane.

—¿No han mejorado los dolores de cabeza? —preguntó Juliet.

—Se han aminorado, pero no han desaparecido totalmente —precisó Kane.

Había tratado de ignorar el dolor y de esconderlo. Al menos hoy los dolores no lo habían cegado.

—¿Te gustaría comer algo? —ofreció la pelirroja—. Tenemos más que suficiente. Sophie hizo más de lo esperado hoy en la cocina.

Isadora intentó censurar a su hermana con la mirada, pero era demasiado tarde, ya que Kane, que sólo estaba levemente ofendido, aceptó el ofrecimiento y se sentó a la mesa de la cocina ocupando la cuarta silla, la más próxima. Había, sin lugar a dudas, más comida de la necesaria para tres personas y todo lo que se mostraba en la mesa tenía muy buen aspecto. ¿Sería posible que Sophie, además de hermosa y apasionada, fuera una buena cocinera?

Sophie era la más bella de las hermanas Fyne, pero las otras dos eran, sin lugar a dudas, mujeres espectaculares. Isadora tenía facciones más angulares, y tal vez no pudiera ser llamada bonita, pero era atractiva y había algo majestuoso en ella. Juliet sí era bonita. Trataba de aparecer austera y formal, pero su cabello rojizo y rebelde y el destello cálido de sus ojos castaños hacían que esa primera impresión se desvaneciera.

Pero había sido por Sophie por quien él se había sentido atraído y continuaba sintiéndose. Sophie era tan hermosa que bien podría ser la fuente de inspiración de pintores y grandes novelistas y provocar el afecto perpetuo de cada hombre que conociera. ¿Por qué había sido él el primer amante de Sophie? ¿Por qué no había habido otros antes?

Iba a ser mucho más difícil borrar a Sophie Fyne de su cabeza que controlar que Ariana estuviera bien cuidada. Si pudiera descubrir los defectos de Sophie, podría olvidarla con más facilidad. Indudablemente, debería de tener muchos defectos. Las mujeres hermosas siempre los tenían. Eran mentirosas, pisoteaban los sentimientos de quienes no eran tan agradados y su vanidad solía ser irritante. Además eran infieles.

—Comeré más tarde —resolvió Sophie mientras cogía a Ariana en brazos.

Inmediatamente, el bebé paró de llorar y comenzó a hurgar el pecho de la madre en busca de alimento. Sophie se retiró de la mesa y comenzó a desabotonarse el vestido. Kane la miró marcharse hasta que dobló la esquina de la habitación y desapareció de su vista. Cuando Sophie se hubo marchado, Kane se dedicó a estudiar a las otras dos hermanas Fyne. Isadora estaba enojada y Juliet, escéptica.

—Usted no tiene nada que hacer aquí —dijo Isadora en tono bajo.

—Bueno, hermana, el señor Varden es un invitado y es el padre de Ariana. Lo menos que podemos hacer es compartir la mesa con él antes de que se marche —dijo Juliet.

Kane no estaba seguro de si Juliet se refería a cuando él se marchara de la cabaña o de Shandley, o tal vez de ambos lugares. De todos modos, eso no importaba.

—¿Qué les hace pensar que me marcharé? —pretendió saber Kane.

Pasara lo que pasase con Ariana, Kane sabía que tenía que descubrir quién había traicionado a su unidad de combate, llevándolos hasta esa emboscada un año atrás. Sólo después de que averiguara eso podría volver a ocupar sin riesgos su lugar en la revolución. Había estado alejado de la lucha durante el año y dos meses que habían transcurrido desde la emboscada, y en ese tiempo no se había encontrado con nadie que pudiera reconocer su nombre o su cara, fuera amigo o enemigo.

Había sido el regalo de Sophie, la buena fortuna, lo que lo había protegido hasta ahora. Pero su buena suerte había desaparecido y tendría que ser más cuidadoso. Si juzgaba por la expresión del rostro que veía en Isadora, mejor haría en comenzar a cuidarse en ese momento.

Al instante, el rostro de Isadora se suavizó, casi esbozó una sonrisa. Esto hizo que Kane desconfiara de inmediato.

—Tengo una propuesta que hacerle, señor Varden —dijo Isadora con un tono de falsa dulzura.

—Sé lo que quiere de mí. Quiere que me marche —dijo Kane y preguntó—: ¿Qué tiene para ofrecerme a cambio?

—¿Tuvo mucha suerte en este año que ha pasado? —dijo Isadora, manteniendo la voz baja para que Sophie no la oyera. Y añadió—: Le he quitado la buena fortuna pero puedo devolvérsela. Le puedo dar todo lo que tenía y mucho más. Puedo hacer que la pena, el dolor de cabeza y los recuerdos desaparezcan con sólo mover mi mano de esta forma.

Isadora hizo un ademán que indicaba la rapidez con que un nuevo hechizo podría volver a cambiar la vida de Kane.

Él no tenía intenciones de aceptar la proposición, pero preguntó:

—¿Podría recordar a Ariana y a Sophie?

—Por supuesto que no —respondió Isadora con la seguridad de que ya había ganado.

Pero no era tan fácil disuadirlo.

—No, gracias —respondió Kane.

Se levantó sin probar bocado, dirigiéndose hacia el lugar por donde Sophie había desaparecido. Mientras caminaba, una sola palabra cáustica le llegó a los oídos: «problemas».



Kane podía ser muy silencioso cuando quería. Sophie no lo oyó aproximarse por el vestíbulo, hasta que ya fue tarde. Cubrió su hombro rápidamente con una manta, de manera que su pecho y la cabeza de Ariana quedaran ocultos.

—¿Qué haces aquí? No has tenido tiempo de comer —expresó sorprendida.

—Vine a esta casa a ver a Ariana, no a compartir una comida inoportuna con tus hermanas —precisó Kane.

Sophie bajó la cabeza para no tener que mirar a Kane. Nunca se le había ocurrido, en todas las situaciones que había imaginado, que él podría estar interesado en su hija. Ella no había conocido a su padre, ni tampoco Isadora, ni Juliet. ¿Habían sido hombres decentes a quienes les hubiera gustado conocer a sus hijas? Hasta ahora nunca había considerado esa posibilidad.

—No está bien que permanezcas aquí —le recordó Sophie.

—Pensé que no te importaría lo que es apropiado o no —replicó Kane mientras entraba en la habitación.

Sin dudar, y sin mostrar vergüenza alguna, quitó la manta que protegía la intimidad de Sophie.

—Además, he visto todo esto antes —añadió.

Kane se sentó en el borde de la cama, puesto que Sophie y Ariana estaban ocupando la única silla de la habitación. Se puso cómodo como si ese lugar le perteneciera. El sol penetraba por la ventana y hacía brillar las hebras doradas del cabello de Kane.

Para Sophie era un placer estar sentada y mirar a Kane. Tenía muchas cosas admirables: manos fuertes, antebrazos musculosos, piernas largas y hombros anchos. Todo decidida y deliciosamente masculino y potente. Esa fuerza estaba moderada por unos expresivos ojos verdes, un extraordinario pelo y el más bello par de labios.

Ella sabía que Kane era el mejor ejemplo de virilidad que vería: decidido, marcado por la vida, nervioso y fuerte, y, sobre todo, bello. ¿Cómo era eso posible? ¿Cómo podía ser un hombre tan masculino y tan hermoso?

—Nunca pensé que tendría hijos —dijo Kane.

—¿Por qué no?

Él sonrió con amargura.

—Cuando te conocí el año pasado no tenía nada que ofrecerle a una mujer o a un hijo. Pensé que mi vida estaba acabada —explicó Kane.

—¿Acabada? —preguntó Sophie con voz tenue.

—Mi familia ya no estaba, todos habían muerto. Hacía muchos años que la granja donde había crecido había sido tomada por los hombres del emperador. Le dieron la tierra al alcalde y quemaron la pequeña casa, que no era lo suficientemente buena para él —relató Kane con la mandíbula apretada y añadió—: La mujer que se suponía iba a ser mi esposa se cansó de esperar. Después de tres años debe de haber imaginado que nunca volvería. Había esperado demasiado. Menos mal..., y sea cual fuere la razón, se casó con otro.

Había más, Sophie lo sabía intuitivamente, pero Kane había dicho todo lo que quería decir en este momento.

—Lo siento mucho —dijo la joven.

Por la forma en que fruncía el entrecejo, Sophie podía notar que el dolor de cabeza lo estaba molestando otra vez.

—No lo hagas. No necesito que me tengas lástima —dijo Kane con brusquedad.

—Lo que siento no es lástima, es comprensión, solidaridad. Son sentimientos diferentes. Has sufrido mucho y por eso es que siento pena.

La tensión en el rostro de Kane no disminuía y dijo:

—Todos morimos algún día eventualmente. Todos perdemos a quienes amamos. —Sophie abrió la boca para decir algo pero Kane la detuvo y le dijo—: Por favor, no intentes aliviar mi dolor con las historias ridículas de los otros mundos que existen para ti.

—Espero que no sean ridículas —contesto Sophie.

En realidad, ella deseaba pensar que Willym y su madre vivían en otro mundo distinto al de los muertos.

Kane ignoró lo que ella había dicho y continuó diciendo:

—Y en lo referente a la tierra, nunca fui un buen granjero. No ponía mi corazón en ello y con relación a lo otro, las mujeres, aprendí tarde la lección de que todas son veleidosas.

—No todas son veleidosas —se apresuró a decir Sophie a la defensiva.

Kane no pareció convencido y respondió:

—Mírate. Dices que tendrás otros amantes cuando sea el momento o cuando estés de humor para ello. Ningún hombre es lo suficientemente bueno para ti.

—Es así, pero siempre he sido sincera acerca de los planes que tenía para mi vida —afirmó Sophie.

—Ángel, ése no es un plan. Es un intrincado capricho —precisó Kane.

Sophie miró a Ariana para no ver el rostro de Kane. ¿Cómo podría explicar que el plan de vida que él hallaba desagradable y escandalizador era la única opción que tenía? La maldición que pesaba sobre su familia hacía que una vida normal fuese imposible. No podía tener un marido. No era factible. Ante el pensamiento de tener que pasar toda su vida sin ser tocada, sin ser abrazada por un hombre, se encogía y marchitaba por dentro. Necesitaba ser querida, de la misma manera que la tierra necesita del sol.

—No sería una buena esposa —agregó Sophie—. Ni para ti, ni para nadie.
Se hizo el silencio en la habitación. Sophie levantó la cabeza para ver si Kane aún estaba sentado sobre la cama.
—¿Por qué dices eso? —preguntó Kane.
—No puedo negar quién soy, lo que soy —precisó Sophie.
—Una bruja —confirmó Kane.
Sophie asintió con un movimiento de cabeza.
—Si eres una verdadera hechicera, si puedes hacer magia ¿por qué estás escondida en esta montaña abandonada? ¿Por qué no estás sentada en algún palacio, vestida de seda, cubierta de joyas y servida por aquellos que te pudieran adorar o temer? —dijo Kane con mucho encono en la voz y en los ojos. Esos ojos que la habían perseguido en los sueños, antes y ahora.
—Este es mi hogar. No sería feliz en ninguna otra parte —aseguró Sophie.
—¿Has estado en algún otro lugar? —quiso saber él.
—No —respondió ella.
—Entonces, ¿cómo sabes que no serías tan feliz como aquí? —razonó Kane.
Él intentó de convencerla con reflexiones lógicas no prosperó.
—No tengo ningún talento especial. No puedo leer la mente ni manipular objetos y mis artes en la práctica de conjuros y hechicerías no son muy destacadas. Uno de cada diez funciona como es debido. Hago que las cosas crezcan, eso es todo. Aunque tuviera un talento más extraordinario, no querría ser ni el títere ni el arma de nadie. Aquí soy dueña de mí misma y... —Sophie se interrumpió. «Y el conjuro de Isadora mantiene a los hombres alejados de aquí, casi siempre», pensó—. No deberías haber vuelto. Estaríamos todos más felices si no hubieras retornado —continuó Sophie.
—Entonces nunca hubiera visto a Ariana. No hubiera sabido que ella existía —replicó Kane.
Sophie sintió que el corazón le daba un vuelco y que su boca se secaba.
—No ha sido buena idea. Todavía sufres dolores de cabeza y no verás la buena fortuna cruzar en tu camino. Y ahora, recuerdas... —concluyó Sophie.
Ella deseaba que, ahora, no hubiera una inundación de mala suerte para equilibrar en la balanza de la vida, la cantidad íntegra. Era muy pronto para saberlo.
—Ayer perdí algo que nunca debía haber tenido —interrumpió él—. ¿Qué si esto duele? Sí que duele, diablos. ¿Desearía no recordar algunas de las cosas que me han pasado antes? Puedes apostar a que sí. Pregúntame si volvería atrás, si tuviera la oportunidad. Pregúntame si cambiaría el hecho de encontrarte otra vez y ver al bebé por el paraíso irresponsable en el que he vivido este último año.
Sophie tragó saliva. Kane no le podía hacer esto a ella. No podía estar sentado ahí y hacer que se sintiera tan atraída por él. No podía realmente estar diciendo que prefería el dolor físico y mental a perder a Ariana, una hija a quien no conocía hasta ayer. No imaginaba lo peligroso que podía ser todo eso.
—Pregúntame —insistió Kane. Sophie negó con la cabeza y Kane afirmó—: Muy bien, te lo diré de cualquier manera. Ariana es real y es mía.
—Ariana no es tuya. Ella es... —Sophie se detuvo porque iba a decir «mía»—, nuestra —terminó diciendo con suavidad.
Kane hizo un gesto con la cabeza y continuó:
—Cuando os vi a las dos ayer, no me pregunté nada. Nos casaríamos, tendríamos más hijos y... —Se contuvo.
—No seguirás pensando... —dijo Sophie.
—No —respondió Kane con rapidez—, aunque no recordara nada de lo pasado en mi vida, no tendría una esposa cuya intención fuera tener amantes cuando lo considerara necesario.
Sophie se sonrojó y dijo:

—Nunca había pensado en ser tu esposa.

—Lo entiendo —aseveró Kane.

No sería muy prudente hablar sobre la mañana en que se habían conocido. Sería mucho más fácil mantener a Kane a distancia, si ella no recordara en forma tan vivida cómo se sentía el cuerpo de Kane dentro de ella. No podía pretender tenerlo aquí, compartir estos momentos con la hija de ambos y hacer como si lo que había pasado no significara nada.

—No sabía con seguridad, cuando me encontré contigo en la laguna, que haríamos un hijo, pero luego pareció como si lo hubiera sabido de antemano.

—No creía que hubieras sido real hasta uno o dos días después de lo sucedido —le contó Kane.

Sophie cambió a Ariana de pecho, mientras Kane observaba de cerca. Hablar del primer encuentro parecía ponerlo incómodo, tampoco la ayudaba a ella a relajarse.

—¿Cuánto tiempo más te quedarás en Shandley? —preguntó Sophie.

Él levantó la cabeza y cuando sus ojos se encontraron el corazón de Sophie dio un vuelco. No podía permitir que un hombre, ningún hombre, le causara este efecto.

—No lo he decidido aún —contestó—. Necesito unirme a los rebeldes, pero hay un trabajo que debo hacer antes de poder volver a mi puesto.

—¿Qué tipo de trabajo?

Después de un momento de silencio, Kane dijo:

—Creo que no debería decírtelo.

Sophie trató de no sentirse lastimada porque él no confiaba en ella. Después de todo, ¿por qué debería hacerlo? Eran dos extraños: amantes, progenitores y extraños.

—De todas formas, no deberías quedarte por mucho tiempo —aconsejó Sophie.

—¿Preocupada por lo que la gente podría decir?

Sophie sonrió y dijo:

—Dejé de preocuparme por lo que la gente podría decir sobre mí cuando tenía once años. Cuando tu madre, tu abuela y tus dos hermanas mayores son unas hechiceras extraordinarias, las personas no suelen decir cosas buenas de ti.

—¿Y tú? —preguntó Kane—. ¿No eres también una hechicera extraordinaria?

—No —negó Sophie—. Tengo algunas habilidades que he descubierto hace poco, pero no soy tan competente como mis hermanas.

No le contó que esos poderes nuevos habían aumentado cien veces mientras Ariana crecía en su vientre.

—¿Por qué te quedas aquí? —preguntó él en voz baja para que nadie más pudiera oír—. Eres tan hermosa..., cualquier hombre en este mundo estaría feliz al tenerte como esposa. Podrías dejar este lugar, encontrar un hombre rico, tener tu familia.

Sophie no le quiso decir a Kane que la idea de abandonar la montaña Fyne la aterrorizaba y respondió:

—¿Y negar quién soy? Estoy feliz aquí. Tengo un hogar, mi hija y...

—Nuestra hija —corrigió Kane.

—Nuestra hija —respondió Sophie con renuencia, y continuó—: Y tengo a mis hermanas y no quiero ni necesito nada más para completar mi vida.

Kane no quiso discutir con ella, pero Sophie pudo ver con claridad que él no creía lo que ella le había dicho. En realidad, tampoco ella se creía a sí misma.

Había una pregunta que le había rondado por la cabeza en esos dos últimos días. La respuesta no era tan importante, ya que ella no tenía la intención de enamorarse, pero, de cualquier manera, deseaba saberlo.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó con los ojos fijos en Ariana, sin querer mirarlo.

—Veintiocho.

El corazón le dio un pequeño brinco y pensó que tendría que recordar eso cuando sintiera que Kane le gustaba, ya que si ella lo amara, él viviría sólo dos años más.

Capítulo 6

Kane confirmó que su racha de suerte estaba definitivamente acabada cuando perdió en un juego de *whist* en la taberna ubicada debajo de la hostería donde se estaba alojando. Había perdido la noche anterior todo lo que había ganado en anteriores encuentros, y algo más. Para empeorar la situación, estaba casi seguro de que el ayudante del sheriff, que había estado bebiendo en el bar, lo había mirado con ojos suspicaces, en el momento en que él se dirigía hacia su habitación, un poco antes de la medianoche.

En ese año pasado nadie lo había reconocido, pero su suerte mágica se había terminado y tendría que ser más cuidadoso de ahora en adelante.

No más apuestas en el juego, por lo menos, durante un tiempo. Tenía que hacer durar el dinero en efectivo que todavía le quedaba, hasta que se marchara de la Provincia del Sur y se trasladara hacia el norte para encontrar a Arik. Había oído en la taberna que era en esa zona donde se estaba desarrollando la mayor parte de la lucha. Allí estaba la ciudad de Falsha, cercana al Palacio del Norte donde vivían la hermana mayor del emperador y su esposo.

Había tenido mucha mala suerte la noche anterior, y se sorprendió cuando, al responder a los golpecitos dados a la puerta, en vez de encontrar al curioso ayudante del sheriff o a algún jugador que venía a pedir cuentas, vio a Sophie Fyne. Estaba vestida con un atuendo verde pálido que se pegaba a las curvas de su cuerpo, y que mostraba lo mejor de su figura. No tenía un cuello alto, como esos vestidos comunes de uso diario, sino un suave escote, con pliegues verde primavera, que se fruncía alrededor del pecho. No llevaba al bebé con ella esta mañana. No sabía si estaba intrigado o desilusionado.

—Entra —invitó él, y se movió a un lado de la puerta para permitir que ella entrara. Así lo hizo, no sin antes mirar con ojos sospechosos el torso desnudo de Kane.

—No te has vestido —indicó Sophie.

—En alguna otra ocasión me has visto llevando menos ropa —explicó mientras cerraba la puerta tras ella. Aunque era una mujer que proclamaba ser independiente e interesada sólo en los placeres carnales, se había sonrojado demasiado.

—Tenemos que hablar —dijo Sophie, mientras se sentaba en el borde de la silla.

—¿Dónde está Ariana? —preguntó él.

—Con Juliet. Pensé que era mejor que estuviéramos solos unos minutos.

Kane arqueó las cejas a la espera de una explicación.

—Dime...

—Para hablar he venido —se apresuró a contestar Sophie.

Kane, sintiéndose todavía con el estomago revuelto, se sentó en la cama para mirarla, puso las manos sobre las rodillas y le pidió:

—Habla, por favor.

Sophie enderezó la espalda y entrelazó los dedos con cierta lentitud. Apretó tanto sus manos que los nudillos se le quedaron blancos y dijo:

—La próxima vez que quieras ver a Ariana...

—Estaba pensando hacerlo esta misma tarde —interrumpió Kane.

—¿Tan pronto? —preguntó Sophie con ojos de asombro—. La viste ayer. No ha cambiado ni ha aprendido nada nuevo. Pensé que quizá la quieras ver una o dos veces a la semana y podíamos arreglarlo de forma que Isadora no estuviera en la cabaña, o Ariana y yo podríamos venir a verte, para que no tuvieras que subir hasta la montaña.

Él no pudo menos que sonreír ante los argumentos de Sophie. Era tan intensa y determinada...

—¿Qué te parecería si vieras a tu hija una o dos veces a la semana? —sugirió Kane.

—Es diferente. Soy la madre.

—Y yo el padre.

—¡Pero hasta hace unos días ni siquiera sabías de su existencia! —exclamó Sophie.

—Desde luego, pero eso significa que debo ponerme al día —concluyó Kane.

—Pero...

—Además —interrumpió Kane otra vez—, no puedo quedarme aquí de forma indefinida. Me marcharé pronto y no sé cuándo podré volver. Es totalmente inaceptable ver a Ariana una o dos veces por semana.

Ella no tenía argumentos para rebatir esto y respondió suavemente:

—No pensé que Ariana te importara tanto.

—Me importa.

—Ya lo veo —dijo Sophie. Luego detuvo los ojos en el pecho desnudo de Kane y preguntó—: ¿Todavía te duele?

Él bajó la vista y vio que ella se refería a la cicatriz. Rara vez pensaba en eso. ¿Cómo podía haberse olvidado de esa marca reveladora durante un año? Magia, sin duda.

—No, no duele —respondió Kane.

—¿Qué te pasó? —quiso saber Sophie.

La carne pálida y destrozada tan cerca del corazón no era la única cicatriz que tenía en el cuerpo, pero era la peor. No quería contarle a Sophie los detalles. Sabía que a ella no le gustaría escuchar la narración de hechos de guerra y derramamiento de sangre, sino dar el consuelo necesario después. El único botín de guerra que Kane alguna vez quiso era un hogar seguro, una familia feliz y una mujer como ella para que la lucha tuviera sentido. Había abandonado esos sueños hacía ya mucho tiempo.

—Es una historia aburrida, Ángel —dijo Kane—. No es adecuada para tus bellos oídos.

—Soy más dura de lo que piensas —insistió ella, y levantó la barbilla con gesto altivo.

No aparentaba ser dura en absoluto. Se la veía frágil y femenina. Ella era todo lo que él siempre había querido y nunca había esperado tener. Lo había hecho pasar por épocas difíciles, aun antes de haberla conocido, era la mujer soñada, este ángel. ¿Cómo podía mirarla y no pensar en el día en que la conoció?

—No recuerdo haberte besado. ¿Lo he hecho? —preguntó Kane.

Sophie desvió los ojos y contestó:

—Bueno..., no, no..., en la boca.

Él arqueó las cejas preguntándose cuánto de aquel encuentro había olvidado.

—¿Dónde te besé? —quiso saber Kane.

Sophie se puso de pie con brío y la fina tela del vestido bailó a su alrededor.

—No vine aquí para hablar de eso. Si quieres ver a Ariana, tenemos que hacer los arreglos oportunos. No puedes aparecer en cabaña sin previo aviso. Si Isadora está de mal humor...

—No le tengo miedo a Isadora —aseguró Kane.

—Deberías —aconsejó Sophie.

Kane se puso de pie lentamente, respiró hondo y dejó que sus músculos se aflojaran. Quería ver a su hija con frecuencia mientras todavía pudiera, pero ahora estaba más preocupado en llevar a Sophie a la cama. Una sola vez más, un momento en que él pudiera estar con la cabeza más clara, más perceptivo y pudiera recordar cada detalle después.

—¿Y si quisiera verte a ti? —interrogó Kane.

Sophie negó con la cabeza y contestó:

—Estaré allí cuando vayas a ver a Ariana o cuando la traiga, pero...

—Eso no es suficiente —dijo Kane.

Sophie retrocedió hasta que sintió la espalda presionando la puerta, mientras él se iba acercando hasta quedar directamente contra ella. A esa distancia era imposible no sentirse afectada.

—Tendrá que ser suficiente —afirmó Sophie.

Kane bajo la cabeza para poner su cara contra la de ella.

—Admítelo, Sophie, todavía me quieres. Estuvimos bien juntos y la próxima vez...

—No habrá una próxima vez —le recordó Sophie.

Él ignoró la respuesta y continuó:

—La próxima vez será mejor que antes. No estaré con resaca ni herido, no serás virgen. Podemos hacer el amor durante toda la noche, sobre una cama cómoda y suave.

Ella se pasó la lengua por los labios y preguntó:

—¿Toda la noche? Eso no es necesario o ni siquiera posible, ¿no?

—Para una mujer que dice estar interesada sólo en el sexo con los hombres, parece que sabes poco de las posibilidades que el sexo tiene.

—Sé todo lo que necesito saber —afirmó Sophie.

Por más que intentara disimular con una buena actuación, había más que un toque de incertidumbre en la voz.

—¿Lo sabes? ¿Estás segura? —susurró Kane.

Con un dedo cogió la tersa barbilla de la joven para levantar su rostro. Los ojos azules destellaban, las mejillas pálidas se sonrosaban y los labios exuberantes temblaron en el momento en que él los tocó con los suyos.

Al principio Sophie besó como una mujer que nunca hubiera sido besada antes: sin saber lo que hacía, insegura. Contuvo la respiración y no se movió. Luego, los labios se abrieron despacio y con seguridad. Las lenguas se encontraron y ella emitió un sonido raro con la garganta.

No, en aquel día en que se habían conocido, él no la había besado. Con magia o sin ella, debería recordar algo tan placentero y conmovedor. Esta mujer besaba con el cuerpo y con el alma.

Ella lo atraía con cada respiración, con cada sabor. Tenía el olor de la luz del sol.

Kane terminó de besarla porque si no se detenía, la poseería allí mismo, contra la puerta.

Los ojos de Sophie se habían vuelto soñadores, los labios jugosos lucían bien besados. Era una visión a la que los instintos básicos de cualquier hombre permanecerían fuertemente aferrados.

—Tu cabaña, esta tarde —dijo Kane con la voz más ronca de lo que esperaba—. No me importa si tu hermana está allí o no.

—Puedo traer a Ariana al pueblo —sugirió Sophie.

—No —respondió Kane.

Estaba todavía preocupado por ese ayudante del sheriff que lo había vigilado en la taberna la noche anterior. Era mejor mantener a la familia alejada de un posible problema. Su familia.

El corazón de Kane se agitó. Eso es lo que Ariana y Sophie eran. Su familia. Su sangre. Todo lo que le quedaba en este mundo.



¿Lo sabes? ¿Estás segura?

Sophie salió a la calle deprisa, con paso rápido. No corría, pero se movía de tal forma que, definitivamente, se podía ver que no iba de paseo. Estaba ansiosa por ver a su hija, ése era el motivo, razonó, por el cual caminaba con tanta prisa rumbo a su hogar.

Pero sus pensamientos no estaban puestos en su hija en este momento, sino, con firmeza, en el padre de su hija.

¿Cuáles eran las posibilidades sobre las que había estado hablando Kane? ¿Qué era ese sin sentido de hacer el amor la noche entera? La primera y única vez que habían tenido sexo, el acto había sido exitoso en unos pocos minutos. Al pensar en eso, la sangre caliente le corrió por las venas demasiado rápido, y el corazón le latió con fuerza; sólo podía pensar en las palabras de Kane, la forma en que la afectaba verlo, y cómo la había besado.

Se sentía de la misma forma que un año atrás, cuando lo había conocido, llena de fuego. Incompleta. Deseosa. ¡Oh! ¿Por qué había regresado? ¿Porqué todavía podía sentir sus labios sobre los de ella, saborearlos? Todavía sentía esa rara debilidad en las rodillas.

—¡Qué sorpresa verte en el pueblo tan pronto!

Sophie se detuvo y respiró hondo antes de darse la vuelta para ver a Galvyn Farrell. Casi había alcanzado el límite del pueblo y, por lo tanto, la zona de seguridad. La calle principal de Shandley se extendía detrás del hombre que la había hecho detenerse, con el ajetreo normal de un pueblo próspero. Las personas que caminaban, iban de compras y jugaban allí, no le prestaron mayor atención, sólo le echaron una ocasional mirada sospechosa y rápida.

Sabía que le prestarían mucha más atención si ella estuviera caminando hacia ellos en vez de hacerlo en la dirección contraria.

—Te ves especialmente bonita hoy —dijo Galvyn, al recorrer con la mirada el cuerpo de Sophie.

Ella había escogido su vestimenta pensando en Kane, aunque no lo había querido admitir mientras la sacaba del guardarropa. Quería que él pensara que ella era bonita, deseable y merecedora de afecto y admiración.

No se había vestido bien para Galvyn Farrell.

Tenía que sobreponerse a este enamoramiento con el padre de su hija. ¿Había tenido su madre ensueños con un hombre? Por supuesto que no. ¿Había sido tan tonta de enamorarse? Nunca.

—Señor Farrell... —dijo Sophie tratando de que su corazón se tranquilizara—. ¡Qué bueno verlo nuevamente!

Galvyn le sonrió sorprendido y encantado, y señaló:

—Debes llamarme Galvyn, Sophie. Después de todo, somos amigos. ¿No es así?

—Por supuesto —respondió ella.

Él la miró de arriba abajo como si estuviera evaluando lo que veía. Sophie descartó el impulso inicial al insulto que esa acción le provocaba.

—Habrà un baile en el pueblo mañana por la noche —informó Galvyn.

—No lo sabía —dijo ella.

—Me temía que la información no hubiera llegado a todos los que viven fuera del pueblo. Espero verte allí.

En un principio, Sophie no supo qué decir. Nadie la había invitado nunca, ni a ella ni a sus hermanas, a participar en ninguno de los eventos sociales del pueblo.

—Habrà música y baile —añadió Galvyn—. Espero que sabiéndolo de antemano guardarás una pieza para bailarla conmigo.

Sophie negó con la cabeza y dijo:

—Es muy amable de su parte, pero no puedo ir.

Ella sabía qué tipo de recepción recibiría de la gente del pueblo, si fuera tan tonta de asistir.

—Por favor —pidió Galvyn suavemente—. Deseo con todo mi corazón poder bailar contigo.

Sophie miró a Galvyn de forma completamente imparcial. Es verdad que él nunca le había gustado mucho, pero tal vez ella había sido muy irreflexiva. Él tenía algunas cualidades no muy agradables, pero también estaba bien formado: una cara atractiva, el cabello lo llevaba bien cuidado y tenía un cuerpo de aspecto saludable.

Si comparara a Galvyn con Kane, poniéndolos uno al lado del otro, ¿encontraría al padre de su hija tanto más atrayente? Si el latir del corazón y la desazón en el vientre le estuvieran indicando que era el momento de tener otro amante, ¿no podría Galvyn hacerlo tan bien como Kane o como cualquier otro hombre? Si ella enfrentara esta nueva vida, sin prejuicios, ¿sería importante que le gustara el hombre o no?

De alguna manera tenía claro que con este hombre enamorarse no sería un riesgo.

—Quizá podría ir un ratito —acordó Sophie.

—¿Y bailarías conmigo? —preguntó Galvyn.

—Sí —afirmó ella.

Sophie trató de olvidarse del beso de Kane. Era una mujer adulta, demasiado fuerte como para que su voluntad fuera puesta a prueba de una manera tan simple.

—Sé que no has participado en las actividades sociales del pueblo en el pasado. Pero es hora de poner fin a ese descuido, Sophie. En el baile de verano, aquellas damas que están en edad de casarse y buscan un esposo llevan un vestido blanco, para hacerle saber a la gente del pueblo que están listas para dar ese paso tan importante. Si quisieras llevar un vestido blanco...

—No tengo un vestido blanco —respondió con rapidez Sophie—. Y si lo tuviera, no lo llevaría puesto.

—Tengo algunos vestidos blancos de confección en mi tienda, hay uno en particular que creo que se vería hermoso en ti. Puedo hacer que te lo envíen hoy.

—Nadie envía nada a la cabaña. Es demasiado lejos.

—Si yo lo pido, lo harán —aseguró Galvyn. Sophie volvió a negar con un movimiento rápido de la cabeza. ¡Lo último que se le ocurriría sería anunciar que deseaba un esposo cuando no quería ninguno! Galvyn se acercó aún más y le dijo:

—El vestido será un regalo que te hago. Todo lo que quiero es que, como agradecimiento, me permitas acompañarte de regreso a casa.

Sophie sintió un desagradable vuelco en el corazón. Con seguridad que su madre nunca había intimado con un hombre que no le gustara. Además, Galvyn había mencionado el matrimonio en más de una ocasión. No quería estimularlo de ninguna manera.

—Realmente, no estoy segura de poder asistir —respondió Sophie.

A pesar de sus protestas, él parecía estar muy satisfecho.

—Creo que el sheriff Kynyn pasará por el baile mañana por la noche. Como sabes, es un viejo amigo.

—Pienso que lo ha mencionado usted antes —le recordó Sophie.

—Estaría encantado de conocerte. No hay mujer en la capital que pueda rivalizar en belleza contigo, Sophie.

—Estoy segura que eso no es verdad —contestó ella desviando los ojos.

—Y yo estoy seguro de que es así —afirmó Galvyn.

Sophie miró por encima del hombro de Galvyn y pudo ver una de sus tiendas, que estaba ubicada al final del pueblo. Ella había pasado por allí en el camino hacia su casa. Galvyn también era propietario del establo, de la tienda de dulces y de un par de negocios más, aunque no los dirigía él. Se los había comprado a comerciantes a quienes no les iban bien los negocios, y ahora les pagaba a los anteriores dueños una pequeña suma de dinero mensual por atenderlos, mientras que él se quedaba con las ganancias.

—Debo volver a la tienda —manifestó Galvyn—. Cuando te vi pasar, quise invitarte para que vinieras mañana.

Aliviada al saber que el encuentro ya se había terminado, Sophie dijo:

—Estoy segura de que tiene cosas más importantes para hacer, y yo debo volver a casa.
—Mañana por la noche, entonces —dijo el comerciante mientras se retiraba—. Haré que el vestido te sea entregado esta tarde, por si cambiaras de idea.

—Por favor, no. Su gentil invitación es regalo suficiente —dijo Sophie con una sonrisa forzada.

Era ridículo ser tan tímida con Galvyn Farrell. ¿Qué mejor modo para borrar a un hombre de la cabeza que abrazar a otro? Con certeza que su madre había estado con más de tres hombres a lo largo de su vida. No se quedó embarazada cada vez que estuvo con un hombre, ocurriría lo mismo con Sophie. Con algunos hombres, las citas serían solamente para obtener placer.

Sophie arrugó la nariz. Cuando se imaginaba dando ese paso, no sentía nada: ni excitación, ni anhelos. Ahora sabía que a lo único que podía aspirar era a encuentros sin galanteo y sin amor.

Ella tendría que considerar las posibilidades de lo que podría ocurrir después de esos encuentros. ¿Servirían para ella esas hierbas que Juliet le daba a las mujeres del pueblo para evitar los embarazos? No creía eso posible. Era diferente a las otras mujeres en muchas cosas.

¿Importaba mucho eso? Había cuatro años de diferencia entre Isadora y Juliet, y dos entre esta última y ella. No había ninguna razón para que ella siguiera los mismos pasos que su madre. Los hijos que tuviera podrían tener menos diferencia de edad que ella con sus hermanas. ¡Cómo podrían divertirse si se criaran juntos!

El paso de Sophie se volvió más lento a medida que se aproximaba al sendero ondulado y sinuoso que subía por la ladera de la montaña Fyne. Podía engañarse a sí misma sólo hasta cierto punto. No estaba lista para tener otro hijo. Pateó el suelo con fuerza y desagrado. ¿No se había prometido que no tomaría otro amante que pudiera saber el lugar donde encontrarla? Galvyn había expresado el deseo de casarse con ella. ¡Por el amor de Dios! Que él fuera el próximo amante era una verdadera tontería. Nunca había soñado con esos ojos oscuros. Tenía que admitir, con total honestidad, que no estaba lista para yacer con otro hombre, no todavía. Pero si Kane sospechara que estaba dispuesta a dar ese paso, él dejaría de besarla y de hacerle sentir que la ropa pesaba demasiado y que quería quitársela. Tal vez pararía de mirarla como si él supiera algo que ella desconocía y no le hablaría más acerca de hacer el amor toda la noche y de otras posibilidades.

¿Lo sabes? ¿Estás segura?



De alguna manera, Sophie había logrado deshacerse de sus hermanas y estar sola en la cabaña. Kane no preguntó. Ni siquiera le interesaba saber cómo había sucedido eso.

Hoy estaba con su mujer y su hija, los tres juntos, solos, sentados en la amplia sala esta vez y no en la intimidad de la habitación.

—Ariana duerme mucho —comentó Kane mientras mecía a su hija, que dormía.

—Tiene tres meses. Tiene que dormir mucho —explicó Sophie.

Esto es lo que siempre había querido desde que tenía memoria: una cabaña alejada de todo, una mujer, un hijo. Pero la cabaña no era de él, tampoco la mujer. Sin embargo, su hija sí lo era: una prueba hermosa y reconfortante de que no importaba cuán sombrías y sin perspectivas pudieran ser sus circunstancias. La vida continuaba.

Ya se había dado cuenta de que no podía quitarle el bebé a Sophie. Las hermanas Fyne eran brujas, y se hacía magia en esta cabaña, pero Ariana era amada. Además, perder a su hija destruiría a Sophie. No podía hacerle eso.

—He sido invitada al baile del pueblo mañana por la noche —dijo Sophie, en un tono rápido y nada casual—. Un caballero del pueblo me invitó a ir y a bailar con él.

—¿Quién es ese hombre?

Ella se sonrojó y contestó:

—Un importante comerciante local. Es amigo del sheriff.

—¿Y será ese comerciante tu próximo amante? —inquirió Kane.

Sophie dudó unos instantes y respondió:

—Tal vez.

Kane no soportaba pensar que Sophie estuviera con otro hombre. No entendía esta reacción sin sentido, ya que el único lazo que los unía era Ariana. Pero nada tenía demasiado sentido en los últimos tiempos.

—¿Me harías un favor? —preguntó él con gentileza.

—Si puedo, lo haré.

—No empieces una relación con otro hombre hasta que me haya ido. No quiero verte bailando con otro, y mucho menos... —Kane se detuvo. No, no podría tolerarlo—. No te pediré que esperes mucho. Me iré pronto.

Sophie se estremeció al mismo ritmo que los latidos del corazón.

—¿Adónde te irás? —quiso saber.

Él esperaba que la noticia de su pronto alejamiento la haría feliz, ya no la hostigaría más ni molestaría a sus hermanas, pero, por el contrario, su voz sonó decepcionada.

—Tengo que encontrar al líder de la rebelión, a Arik.

—Has desaparecido durante más de un año. ¿No se preguntarán dónde has estado?

Kane se rio y contestó:

—Sí, por supuesto que querrán saber dónde he estado.

Levantó los ojos para mirar a la mujer que estaba sentada frente a él con las manos sobre el regazo y los ojos puestos en el bebé que él sostenía y que dormía en sus brazos. ¿Cómo podía estar tan seguro de que echaría de menos a Sophie Fyne con todo el corazón, cuando la verdad era que apenas la conocía?

—Antes de que partas —recomendó Sophie con rapidez—, quiero que hables con Juliet, que dejes que ella te coja de la mano por un momento. Te podrá decir sobre los peligros que pueden acecharte en el camino. Tal vez Isadora pueda hacer un conjuro que te proteja. Si se lo pedimos con gentileza y le hago algo sabroso para comer, sobre todo si le aseguramos que realmente te vas, es posible que la podamos convencer de ello. No estoy segura de la efectividad del conjuro una vez que te hayas aventurado más allá de la montaña Fyne, pero vale la pena intentarlo.

—¿Por qué? —preguntó Kane.

Sophie levantó la vista para mirarlo de lleno a los ojos y contestó:

—Sé poco sobre la guerra pero entiendo los peligros que representa. Si conoces los peligros que te esperan, los puedes evitar. Un hechizo simple de protección podría devolverte parte de la buena suerte que gozaste durante un año. Si todo va bien, algún día podrás volver. Para ver a Ariana, por supuesto. Nunca conocí a mi padre —añadió—. Ya que nos has encontrado y nada puede hacerse al respecto, podrías muy bien ser parte de la vida de ella.

Sophie no podía admitir, al menos en voz alta, que lo que quería era que Kane sobreviviera. Él deseaba poder decirle a ella que eso era lo más probable.

—Creo que tus hermanas no harían nada para protegerme.

—Lo harían si yo...

—No quiero que pidas por mí, Sophie. He sobrevivido bastante tiempo sin magia. Tal vez pueda sobrevivir un poco más de tiempo por mí mismo.

No pareció convencida y le pidió a Kane:

—Por lo menos pídele a Juliet que te haga una o dos advertencias sobre tu futuro inmediato.

Gudny había llamado a esta capacidad «la visión». Si Juliet Fyne era, sin lugar a dudas, una clarividente, una médium, ¿por qué vivía aquí, en la zona de la montaña, tan alejada de todo y de todos los sucesos importantes? La magia era reverenciada en las grandes ciudades, y no era

temida como entre las personas más simples, que menospreciaban a la hermanas Fyne siempre que podían. Podría hacer una fortuna si se aliara con las personas que debía. Quizá sus talentos fueran débiles, o tal vez ni siquiera era una clarividente.

—Estoy más interesado en el pasado que en el futuro —dijo Kane con cierta distracción. Si pudiera descubrir quién había traicionado su unidad, juntaría evidencias para probar su inocencia y recibiría el agradecimiento de Arik.

—Juliet dice que el pasado es más fácil de ver que el futuro —señaló Sophie—. Algunas partes de lo que vendrá están potencialmente abiertas a cambios, mientras que el pasado, por el contrario, está firme como la piedra. Lo hecho hecho está, dice ella. ¿Pero en qué te beneficiaría mirar hacia el pasado?

—Hay algunas cosas que necesito saber antes de unirme a los rebeldes —contestó Kane—. No se pierde nada con probar y no haría daño alguno.

Sophie palideció. ¿Estaba preocupada? ¿Por qué debía de estarlo cuando manifestaba que él no le importaba nada?

—Cuando te conocí llevabas una capa adornada con el emblema rebelde —recordó Sophie.

—La perdí después de dejar esta zona —aclaró Kane.

La había perdido, sin lugar a dudas, ya que cualquiera que viera ese diseño sabría que él era un rebelde y eso hubiera parado de inmediato su racha de buena suerte.

—¿Por qué quieres volver con los rebeldes? —preguntó Sophie con impaciencia—. La lucha parece estar llevándose a cabo en las Provincias del Norte y del Oeste, así que he oído muy poco sobre la revolución. Pero sé que las fuerzas rebeldes son demasiado pequeñas para vencer al ejército del emperador. Es una causa perdida, Kane. ¿Estás dispuesto a sacrificar tu vida por una causa que no puede ganarse?

Un año atrás, la respuesta hubiera sido un rotundo «sí», ahora, teniendo a Ariana entre sus brazos, Kane dudó antes de contestar afirmativamente.

—Eso..., eso es una tontería —continuó Sophie.

—¿Tontería?

—No pueden ganar —afirmó Sophie con severidad—. Sería una tontería sacrificar tu vida porque el hijo ilegítimo del viejo emperador piensa que debería estar en el trono en vez de su medio hermano, que es el legítimo heredero. ¿En qué cambiaría tu vida si quien se sienta en el trono real del palacio es otro?

—No tienes idea de nada —respondió Kane con suavidad.

—Entonces, cuéntame —susurró Sophie—. Haz que entienda.

Nunca había compartido los momentos oscuros de su vida con nadie. En los últimos años, Duran y él habían dejado de hablar de Valdis y de Stepan. Nunca mencionaron a Liane y la posibilidad de que pudiera estar viva. Había pasado tanto tiempo que ellos no sabrían siquiera si la reconocerían al verla. Nunca más podrían ser «ellos». Duran ya no estaba. Duran, el que peleaba con más bravura y que había llorado cuando enterraron a Valdis después de la batalla de Lyliantha y que, al día siguiente, había peleado como nunca antes. Duran, a quien un soldado de la infantería imperial había cortado la cabeza, para luego poder exhibirla.

—¿Realmente quieres saber? —preguntó Kane. Sophie afirmó con la cabeza—. Prométeme que no tomarás otro hombre hasta que me vaya de aquí, y te lo contaré todo —pidió Kane.

Ella estuvo de acuerdo aun antes de que él terminara la frase.

Él la miró a los ojos azules e intensos, mientras comenzaba a hablar.

Capítulo 7

Sophie observó con horror el monstruoso vestido blanco que se hallaba tendido sobre la cama. Si esto demostraba lo que Galvyn Farrell pensaba de ella, se sentía feliz por haberle prometido a Kane que no iría al baile.

Juliet se acercó y tocó un volado ancho del atuendo como si tuviera serpientes escondidas dentro de los pliegues de la tela pesada y firme. Luego comentó con tono sospechoso:

—Creo que es muy... elaborado.

—Algunas mujeres encontrarían este vestido muy agradable —afirmó Sophie para tratar de ser caritativa. Nadie que ella conociera lo encontraría atractivo, aunque, en honor a la verdad, no conocía a demasiadas mujeres ni sabía lo que a ellas les gustaría.

Isadora se moriría de risa con el solo pensamiento de que su hermana pequeña llevara puesto este sorprendente traje tan adornado, de falda larga, cuello alto y engalanado con puntillas y encajes.

Sophie estaba contenta de que Kane se hubiera ido antes de que el mensajero de Galvyn llegara con el regalo. En realidad, el mensajero no había llegado exactamente, sino que había golpeado fuerte, lanzado el paquete que contenía el vestido en los escalones de la entrada de la cabaña Fyne, y huido a la carrera. Sophie no había querido explicarle a Kane que Galvyn le había sugerido la posibilidad de casarse con ella. No quería que nada, ni un pequeño disgusto, se interpusiera entre ellos en el poco tiempo que les quedaba para estar juntos.

—Lo devolveré mañana, cuando vaya al pueblo a ver a Kane —resolvió Sophie.

Juliet suspiró y le advirtió a su hermana:

—Isadora no está muy satisfecha con la idea de que el padre de Ariana haya venido. Sé que es mejor que te encuentres con él en otro lugar, pero me desagrada que vayas a Shandley con tanta frecuencia, sobre todo si Galvyn Farrell te envía regalos y te invita a los actos sociales del pueblo.

—¿Qué alternativa tengo?

—Recházalo lo antes posible —sugirió Juliet.

Sophie estaría de acuerdo con su hermana, si no supiera tanto sobre la vida de Kane. Sabía más de lo que hubiese deseado saber. Era su culpa, le había preguntado. Es más, había exigido saberlo.

Kane gozó de tan poca felicidad a lo largo de su vida que no podía sentirse apenada por haberle dado ese año de buena suerte. No tenía remordimientos por haberlo encontrado debajo del árbol de *linara* y haberlo seducido. Y, con certeza, no quería apresurar el viaje de Kane, si eso significaba para él un regreso a una vida sin alegrías.

—Si Kane te preguntara algunos datos sobre el pasado, ¿lo ayudarías?

—¿Qué tipo de preguntas? —inquirió Juliet.

Sophie no quería compartir la historia completa con Juliet. Kane no era muy comunicativo ni se brindaba mucho a otras personas, eso lo sabía bien. Hasta no tener certeza de que Juliet lo ayudaría, no contaría nada sobre la vida de Kane, para que no pareciera un cotilleo intrascendente.

—Preguntas sobre acciones de otros que afectaron su vida con profundidad —aclaró Sophie.

—Tal vez. Nunca sé qué es lo que veré. Sabes bien que es así —contestó la pelirroja.

—Sí, lo sé.

Había algo más que Sophie necesitaba saber, preguntar no era nada fácil, pero decidió hacerlo:

—¿Me podrías dar algo para evitar la concepción, para el caso que decidiera... hacerlo con él otra vez?

Juliet suspiró nuevamente, pero no se sorprendió.

—No lo creo. Podríamos intentarlo, pero sospecho que tú necesitarías algo fuera de lo común.

—Sabía que esperaba un hijo después de la primera y única vez que estuve con un hombre. ¿Es normal que eso suceda? ¿Significa que cada vez que...?

—No lo sé —interrumpió Juliet mientras sus labios se fruncían levemente.

—¿Pensarás en ello y me darás una respuesta? —pidió Sophie.

Tenía un presentimiento claro de que estaría otra vez con Kane antes de que se marchara. Cada vez que lo miraba, su cuerpo reaccionaba de una forma muy elocuente.

—¿Lo amas? —preguntó Juliet.

Tendría que haber estado lista para responder a esa pregunta, pero no lo estaba. La respuesta adecuada habría sido un inequívoco «no», pero ésa no fue la que surgió de sus labios.

—Me gusta mucho Kane, pero, como bien sabes, amarlo no es una opción.

Juliet colocó un brazo por sobre los hombros de su hermana y dijo:

—Lo siento mucho. No es justo.

—Para ninguna de nosotras —contestó Sophie con tono estoico.

—A mí me gusta la vida que llevo —añadió Juliet—. Realmente no quiero que ningún hombre forme parte de ella. Isadora echa mucho de menos a Willym, lo sé muy bien, pero al menos conoció el verdadero amor. Pero tú..., Sophie, hay instantes en los que estoy segura de que has sido puesta en este planeta para amar y ser amada.

Era un sueño pensar en ello, un sueño que no podría realizarse nunca.

—Me gusta Kane más de lo que debiera —dijo Sophie apartándose del abrazo de su hermana antes de que Juliet pudiera detectar la incertidumbre que albergaba en su corazón y en su mente—. Y he tenido esos sueños otra vez, sueños largos, hermosos reales y perturbadores. Pero te puedo asegurar que este vínculo que tengo con él no conducirá al matrimonio.

»Es que Kane sólo... sólo me necesita. —No quería preocuparse de lo que le pasaría a él cuando dejara la Provincia del Sur, pero ella sabía hacia dónde iba y a qué tipo de vida retornaba—. Me siento atraída hacia él tanto como hace un año, pero es demasiado pronto para tener otro hijo. ¿Tienes algo que pudiera ayudarme?

—Nada de lo que pueda ofrecerte es fiable —señaló Juliet.

—Tengo algo que funcionará.

Sophie y Juliet movieron la cabeza para ver entrar a Isadora en la habitación.

La mayor de las hermanas Fyne echó un vistazo a la cuna donde dormía Ariana y luego a la cama donde el vestido blanco estaba extendido. Se rió con ganas.

—Si te pones ese vestido dudo de que tengas que preocuparte por usar algún tipo de método anticonceptivo. Es espantoso. ¿Cómo se te ocurrió?

La sonrisa de Isadora se borró mientras escuchaba la explicación que daba su hermana sobre el vestido. Era un regalo de Galvyn Farrell y detalló el significado de llevar un vestido blanco en el baile social del verano.

—Willym nunca tuvo confianza en él —recordó Isadora cuando su hermana terminó de hablar.

Sophie cogió la mano de su hermana y la apretó, pero unos instantes después Isadora retiró la mano con delicadeza. Nunca había estado dispuesta a manifestar sus afectos, pero eso no significaba que no quisiera a sus hermanas.

—¿Es verdad que conoces una poción que me ayude a no concebir, si decido hacerlo con Kane una vez más?

Isadora suspiró y contestó a regañadientes:

—Sí, conozco una.

—¿Qué es? —preguntó Sophie.

Tuvo que inclinar la cabeza para mirar a su hermana a los ojos. Los ojos oscuros de Isadora y los azules propios eran tan diferentes como la noche del día. La verdad es que tenía muy poco en común con su hermana mayor.

—Un poco de magia junto con otro poco de hierbas mezcladas en la proporción adecuada —informó Isadora.

—Entonces, ¿me ayudarás?

Una vez más, Isadora suspiró y contestó:

—No apruebo a Kane Varden, tú lo sabes. Si tienes trato con un hombre como él, puede traer problemas a esta casa. Tú ya eres mayor y capaz de tomar decisiones por ti misma y no detendré tu camino si es a él a quien quieres.

—Sí, es a él —susurró Sophie.

—¿Cuándo entonces?

Sophie pensó en cómo su cuerpo reaccionaba cuando miraba a Kane, en los sueños que había tenido últimamente y de la forma en que se despertaba por las noches sintiéndose vacía, dolorida y a punto de gritar.

—Mañana —le dijo a Isadora—. Mañana por la noche.



Isadora salió de la cabaña que era su hogar mientras sus hermanas y sobrina dormían. Se había puesto la ropa de dormir hacía ya muchas horas. Tenía los pies descalzos y el vestido de lino era tan fino que la fresca brisa nocturna le cortaba la piel. Cuanto más se alejaba de su casa y de su familia, su corazón se sentía más completo y en calma. La esperanza era algo maravilloso y terrible a la vez.

No había ni una nube en el cielo esa noche y la media luna brillaba iluminándole el camino. Anduvo por un terreno rocoso y a través de una espesa área arbolada hasta llegar a un claro donde había pasado tantas noches de inquietud.

Tal vez esta noche él estuviera aquí, pero no podía estar segura. Venía cada vez con menos frecuencia. En este año que había pasado, ¿cuántas noches se había sentado en una roca esperando que viniera? Esperar, esperar y esperar, sin importar la estación o estado del tiempo. Soportaría cualquier cosa con tal de ver a Willym una vez más, aunque sólo fuera por unos pocos instantes.

Se sentó sobre una roca lisa, levantó los brazos, y miró a la luna mientras susurraba el nombre de su esposo. La oscuridad permaneció silenciosa y libre de espíritus, así que comenzó a recitar el conjuro que lo había llevado hasta ella en otras ocasiones. Susurró palabras suaves, pronunció encantamientos extraños en antiguos idiomas que su madre le había enseñado y controló la energía que había creado con el balanceo de sus manos. La forma en que movía las manos para dirigir el flujo de energía era casi una danza. Pidió que su esposo volviera y cuando esto no tuvo efecto, exigió que él se hiciera presente delante de ella.

Al principio, cuando se había sentido tan desdichada, con una pena tan profunda que quería morir, el conjuro había funcionado sin fallas. Pero a medida que los meses y los años

pasaron, era como si Willym estuviera luchando contra ella. No obtenía el resultado esperado del conjuro.

Esta noche no estaba funcionando y se sentó sobre la roca mientras las lágrimas caían por su rostro y el corazón le latía con fuerza.

—Nunca debería haberte amado. Nunca deberías haberme dejado —dijo mientras se enjugaba las lágrimas con ira—. Se suponía que estaríamos juntos para siempre.

Los dos años de su matrimonio se fueron en un abrir y cerrar de ojos, pasaron muy velozmente, y habían estado lejos de ser el deseado «para siempre». Los cinco años pasados desde la muerte de Willym habían sido de un tedio atroz. Isadora se reclinó sobre la roca, miró a la luna y a las estrellas, y susurrando dijo:

—Si hubiera sabido que mi amor te mataría, te hubiera rechazado desde la primera vez que me buscaste, hombre insensato. La mayoría de los hombres saben que es mejor no cortejar a una bruja, pero tú no seguiste la consigna. No tenías miedo de enfrentar al amor.

A Willym no le había importado que usara la hechicería, aunque ella, para satisfacerlo, trataba de emplear sus talentos en raras ocasiones. Durante esos dos valiosos años, él la había amado como mujer, no como hechicera.

—Sophie no entiende por qué no me gusta ese Kane Varden —dijo en voz alta dirigiéndose al cielo, ya que Willym no estaba esa noche—. No se imagina todo lo que puede llegar a sufrir si se enamora y él desaparece de la misma forma que tú me fuiste quitado.

»¿Cómo le explico esto sin perder el control y ponerme a llorar? —Isadora tenía que ser fuerte para sus hermanas y para ella. No sollozaría ni imploraría como una vieja—. ¿Cómo explicar... sin que este sentimiento tan horroroso de dolor profundo vuelva otra vez? —Cruzó los brazos delante del pecho—. Daría cualquier cosa para evitar que ella tuviera la mala experiencia del dolor que sentí cuando me dejaste.

—No llores Izzy —musitó el viento con la voz de Willym.

Isadora se sentó con rapidez y recorrió con la vista el claro del bosque. Al principio no vio nada, luego pudo ver que él estaba allí. Se encontraba de pie a una distancia de aproximadamente cuatro metros, sonriente y vestido como en su último día: una camisa blanca y pantalones de faena color habano, también llevaba puestas aquellas botas viejas que ella odiaba y él adoraba. Por un instante, la visión fue consistente pero inmediatamente comenzó a desvanecerse.

—¡No! —gritó Isadora, corriendo hacia él con paso largo y rápido—. ¡No te vayas!

Pero Willym había desaparecido antes de que pudiera alcanzarlo, como siempre había sucedido. Todo lo que él le había dejado era ese susurro en el viento que se burlaba de sus oídos una vez más: «No llores, Izzy.»



Sophie escuchaba el sonido apagado de la música mientras se acercaba deprisa a Shandley. El baile tendría lugar en el almacén de Elmyr Cadman al otro extremo del pueblo, por lo tanto, esperaba que nadie la viera llegando al pueblo por segunda vez, ese día.

La primera vez fue a devolver el vestido blanco a Galvyn Farrell, quien lo recibió con sorpresa y desagrado. Luego, Ariana y ella habían pasado un rato con Kane. Se habían encontrado en la habitación alquilada sobre la taberna, y cuando la habitación resultó demasiado estrecha, fueron a dar un largo paseo alejándose del pueblo. Encontraron un lugar bonito y tranquilo por donde corría un arroyo burbujeante entre rocas relucientes. Muchas flores silvestres y una espesa gramilla crecían en los márgenes. Pasaron horas conversando, sentados en ese hermoso sitio. Sophie rió mucho por la manera en que Kane jugaba con Ariana. Él amaba a su hija, de eso Sophie no tenía duda alguna.

Esa noche, Sophie volvía sola al pueblo. Isadora y Juliet cuidarían el sueño del bebé.

Sophie tocó con los dedos el pequeño frasco que llevaba en el bolsillo y su corazón dio un vuelco. Había supuesto que la poción era para ella pero, en este caso, era Kane quien debía tomarla. Isadora dijo que debía beberla y luego esperar por lo menos quince minutos antes de poder unir sus cuerpos.

Kane no sabía que Sophie lo visitaría. ¿Y si no estuviera allí? ¿Y si él no la quisiera?, se preguntó. Dejó de lado estos pensamientos. Kane podría no estar en la habitación, pero la quería. Podía notarse en sus ojos, en la manera que la tocaba, en la forma en que su cuerpo cambiaba cuando la veía. Sí, podía afirmar que él deseaba esta noche tanto como ella. Toda la noche y con diferentes «posibilidades», había dicho Kane.

Ella se había vestido para la ocasión, con un atuendo que le iba mucho mejor que el vestido adornado y ridículo que Galvyn Farrell le había enviado. El traje que llevaba era azul pálido y caía en suaves capas hasta media pantorrilla.

La bastilla de la falda era desigual, angular e irregular y flotaba alrededor de las piernas al caminar, mostrando las finas zapatillas que hacían juego. El escote del vestido era pronunciado, y las mangas eran irregulares como la falda. Llevaba el pelo suelto.

Prefirió entrar por la puerta trasera para no pasar por la taberna donde aquellos a quienes la celebración de esa noche no importaba se sentaban a beber.

Mientras subía por la escalera de atrás, podía oír a lo lejos la música del baile. Las cuerdas y las flautas estaban tocando en perfecta armonía, sin que Sophie pudiera distinguir un solo error. De todas formas, ella no sabía mucho de música. No se escuchaba música en la montaña Fyne y nunca antes se había atrevido a bajar a los bailes del pueblo.

Las melodías que se oían eran agradables. Era una noche cálida. Tal vez Kane tuviera la ventana abierta y, de ese modo, podrían escuchar la música mientras hacían el amor durante toda la noche.

Kane respondió rápidamente al toque de la puerta, como si supiera que Sophie iría esa noche, aunque abrió los ojos en señal de asombro cuando la vio.

Estaba vestido de negro: la camisa, los pantalones y las botas. Se notaba que no se había afeitado desde la mañana. Su mandíbula se veía cubierta por una barba áspera. Ella acarició con la palma de la mano esa barba y dijo:

—Pareces sorprendido de verme. Estoy segura de que ya sabías que vendría a ti esta noche.

Él la tomó por la muñeca y la guió hacia el centro de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. La ventana estaba abierta, y los sonidos de suave música surcaban por el aire nocturno entrando en la alcoba.

—Soñé contigo anoche —dijo Kane con voz áspera—. En el sueño había música e ibas vestida de azul, como ahora.

Sophie levantó una mano y la presionó sobre el pecho de Kane, no para apartarlo sino para tocarlo. El calor que despedía atravesó la camisa y se filtró por la mano. La proximidad de su aroma hacía que a Sophie las entrañas le temblaran. Dejó que su mano resbalara por la piel de Kane, y se acercó. La mejilla reposó en el pecho de él, los brazos lo rodearon.

Todo lo que podía darle era su cuerpo, todo lo que podía tomar era el placer físico que Kane prometía cuando la miraba y la tocaba. Eso tenía que ser suficiente, no había otra posibilidad.

Las manos de Kane rascaron con suavidad la espalda de Sophie desde arriba hacia abajo, reconfortándola y excitándola a la vez. De pronto, ella sintió una inesperada timidez. Quería que esta noche fuera perfecta.

Kane inclinó la cabeza hacia atrás y luego, al besarla, sintió que el calor y el placer le recorrían todo el cuerpo. No había precipitación en este beso, había sido lento, pausado. Lo sintió de los pies a la cabeza. Era maravilloso.

Kane retiró los labios, bajó la cabeza y pegó la boca contra el cuello de Sophie. El cuerpo de la joven respondió con un temblor. Un beso de Kane hacía que las rodillas le flaquearan.

—Nunca conocí a una mujer como tú —dijo con la voz casi perdiéndose en la garganta de Sophie—. Nunca imaginé siquiera que una mujer así existiera.

—¿Soy tan diferente de las otras mujeres?

Él levantó la cabeza, la miró a los ojos y dijo:

—¿No te das cuenta, Ángel?

Ella no contestó, pero rodeó la cara de Kane con las manos y lo besó otra vez. Él la empujó contra su cuerpo, tan cerca que ella podía sentir su erección presionándola. Imaginó cómo se sentiría cuando él estuviera dentro de ella, y sintió que el centro de su ser se apretaba de deseo.

Kane la llevó hacia la cama sin dejar de besarla y puso la mano sobre uno de los pechos para jugar con el pezón. Caerían sobre la cama, la ropa se dejaría a un lado, y en pocos instantes estarían verdaderamente juntos.

Sophie alejó su boca y hurgó hondo en el bolsillo hasta encontrar el frasco que Isadora le había dado.

—Quiero que bebas esto y luego esperaremos un cuarto de hora antes de unirnos —indicó Sophie casi sin aliento.

—¿Por qué? —preguntó Kane mientras cogía el pequeño frasco.

—Para evitar otro hijo —susurró ella.

Kane estudió el frasco por un momento, lo destapó y bebió el brillante mejunje verde de un solo trago. No hizo ninguna pregunta sobre el contenido, no tenía reserva alguna. Confiaba en ella.

Dejó el frasco vacío sobre la mesita de noche, y al quitar el cobertor dejó las sábanas blancas de la cama a la vista.

—Un cuarto de hora has dicho.

Sophie asintió y miró el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea.

—No voy a perder ni uno solo de esos minutos, Ángel.

Kane le soltó los botones del hombro, luego desanudó el cordón de seda que tenía en la cintura. El vestido azul cayó al suelo y ella quedó desnuda.

Sophie se deshizo de los zapatos de un golpe y buscó los botones de la camisa de Kane para desabrocharlos.

—¿Realmente soñaste conmigo? —preguntó mientras los botones resbalaban entre sus dedos.

—Tantas veces que no podría contarlas.

—Tal vez tuviste una bruja entre tus antepasados —comentó Sophie—. Los sueños proféticos son muy comunes...

Cuando Kane la levantó en el aire y la depositó sobre la cama, ella emitió un chillido.

—¡Kane! —exclamó, y se puso a reír mientras Kane se tendía a su lado—. No ha pasado ni un minuto de los quince que debemos esperar. Tal vez quisieras contarme más sobre ese sueño que has tenido...

Él se quitó las botas, las lanzó y cayeron sobre el suelo produciendo un ruido sordo. Se tumbó en la cama nuevamente, vestido sólo con los pantalones y dijo:

—Hay mejores cosas para hacer que hablar, para esperar que pasen quince minutos. Besar es una de ellas, dar mucho besos.

Se aproximaron y los labios se juntaron. Los pechos de ambos se tocaban, desnudos sobre el cómodo colchón. Se besaron. Ahora, Sophie no se sorprendió por el poder del beso, y la timidez que había sentido cuando entró en la habitación se esfumó. Cuando Kane introdujo la lengua dentro de la boca de Sophie, ella copió el movimiento. Cuando él chupó su labio inferior, ella hizo lo mismo. Enseguida, Kane envolvió a Sophie con sus brazos y su cuerpo, mientras la sujetaba en su sitio, poniendo la mano debajo, sobre la espalda.

Ella miró el reloj. No, todavía no habían pasado los quince minutos.

—¿Cuánto tiempo te podrás quedar? —preguntó Kane.

—Tengo que volver a casa antes de que amanezca.

Él sonrió y la besó otra vez, luego bajó la cabeza y le chupó los puntos sensibles del cuello.

—Entonces no hay necesidad de ir de prisa —le susurró cerca del cuello—. Ángel, te haré llorar hoy.

—¿Por qué querrías hacer eso? —inquirió Sophie con asombro.

Kane levantó la cabeza, la miró y dijo:

—Confía en mí, será un buen llanto.

Con el pulgar siguió la línea de la barbilla de Sophie sintiendo la piel más sensible que nunca.

Todo el cuerpo de ella se estremecía de pasión, podía sentir el torrente de su sangre correr por las venas. La mano de Kane le acarició el cuello, los senos, deslizándose hasta el vientre y más abajo, hasta separar los muslos. Con esa misma mano acarició los muslos: primero uno, luego el otro, dejando que sus dedos rozaran el lugar donde ella lo deseaba tanto.

—Cierra los ojos —musitó Kane—. Relájate.

Ella obedeció la orden lo mejor que pudo, se mojó los labios con la lengua y cambió de posición su cuerpo un poco dolorido mientras Kane la tocaba excitándola suavemente con los dedos. El colchón se hundió cuando él se movió de su lado. Puso los labios sobre ella, hizo vibrar la lengua dentro de ella como jamás había imaginado que pudiera ser posible. Las sensaciones más intensas y placenteras que Sophie pudo haber soñado tener comenzaron a crecer, a bailar como rayos de sol dentro de su cuerpo. Se agitó, convulsionada, con las caderas levantadas. Su cuerpo fuera de control obedecía a las necesidades carnales y al hombre que continuaba haciendo una fiesta de amor con ella.

Sólo eran los cuerpos, junto a la brisa nocturna y a la insinuante música. Fuera de esto, nada existía para ellos: ni planes, ni cuidados, ni otras necesidades que no fuera esta que estaba satisfaciendo y llevando a cabo Kane.

Sophie lloró de deseo y necesidad, de asombro, tal como Kane le había dicho.

Entonces, la forma en que Kane la tocaba cambió y ella estalló. El llanto se transformó en clamor. Gritó el nombre de Kane y su cuerpo brincó. Emitió sonidos que no había oído antes, gemidos extraños, gritos de asombro, de deleite y complacencia mientras que el gozo más intenso latía con fuerza y arrastraba su cuerpo.

Pero el mundo exterior todavía no se había hecho presente para ellos. Nada había fuera de la cama en esa noche.

Kane se arrastró a cuatro patas como un gato, con una pícaro y simpática sonrisa y dijo:

—Y eso, mi amor, ha sido sólo el comienzo.

Ella lo envolvió rodeándole el cuello con los brazos y mirando hacia el reloj de la repisa observó:

—Tres minutos más. ¿Qué más podemos hacer en estos tres preciosos minutos? —preguntó con voz ahogada.

Sophie deshizo el abrazo y comenzó a quitarle los pantalones. Ciertamente, doce minutos eran casi como un cuarto de hora. Quería a Kane dentro de ella..., quería que él también gritara. Sus manos se entorpecieron y su respiración se agitó. También la de él, pero dejó que Sophie continuara sola desabotonando los pantalones. No la quería ayudar ni apresurar la acción de quitarle la ropa. Pronto, ambos estuvieron totalmente desnudos. Sophie estrechaba con sus piernas las caderas de Kane y lo guiaba para acercarlo.

—Sophie —susurró Kane cerrando los ojos—, algo no está bien.

Nada estaba mal. Nada podía ir mal en una noche como ésta.

Kane se sacudió abruptamente y se desplomó sobre ella, inerte.

—Kane, ¡Kane! —llamó ella mientras lo hacía rodar hacia un lado, dejándolo reposar sobre la espalda, tarea dificultosa dado que él estaba inconsciente.

Lo examinó con detalle, controlando los latidos del corazón y la respiración y comprobó que ambos fueran normales. Sophie no tenía dudas de que había sido su hermana Isadora quien había hecho esto. Todo lo que había expresado acerca de las decisiones propias de su hermana menor habían sido mentiras, mentiras insidiosas y manipuladoras. Puso la mano sobre el pecho de Kane una vez más para detectar el latido del corazón. Continuaba latiendo en forma saludable, con fuerza. Bajó la cabeza para poder escuchar su respiración. Era continua y profunda. ¿Cuánto tiempo más dormiría? Si eso había sido una broma de Isadora, podría estar dormido por unos minutos más o el resto de la noche. Isadora no pudo haber llenado esa ampolla con un veneno, seguro que no. No haría eso.

Se sintió tentada por la idea de vestirse, correr hasta la cabaña y enfrentarse a su hermana, pero no lo hizo. Se echó al lado de Kane y dejó reposar la cabeza en su hombro.

—Lo siento mucho —musitó—. Debería haber sabido que ella trataría de hacer algo como esto.

Pero nunca se le pudo haber ocurrido que la intención de Isadora era otra que no fuera amor de hermana. Sophie no veía el engaño en los otros porque lo desconocía, era algo ajeno a su manera de ser.

Besó a Kane en el hombro y suspiró.

—Tal vez te despiertes en unos pocos minutos o en una hora o dos, y podremos empezar nuevamente. Me mencionaste otras posibilidades y me las has mostrado. Quiero más, Kane Varden. Quiero todo de ti.

Todo, menos amor, ya que arruinaría la vida de ambos.



Galvyn estaba de pie bajo la ventana de la hostería y miró hacia arriba. Enfado no era una palabra que pudiera definir lo que estaba sintiendo en esos momentos. Era algo peor. Apretaba sus puños y los soltaba con deseos de golpear algo, mejor dicho, a alguien. Quería golpear y golpear hasta calmar la rabia.

Cuando había visto a Sophie caminar por la calle, llegar a la taberna y entrar por la puerta trasera, pensó que se había equivocado. Ella le había dicho que no podía ir al baile esa noche. Pero el pelo de Sophie, suelto y reluciente bajo la luz de la luna, era inconfundible.

Galvyn se había aproximado sigilosamente a la taberna, se detuvo bajo la ventana de Kane Varden y escuchó. No podía oír las palabras que decían, pero con lo oído ya le bastaba. Había escuchado más que suficiente.

Ella había mentido. Había sonreído y le había agradecido el regalo que rechazó a pesar de haberle pedido que se lo quedara. También le había dicho que no podía asistir al baile y aquí estaba: había venido al pueblo y estaba con él, con Kane Varden.

Sophie; le pertenecía sólo a él. ¡Con todo lo que había hecho por ella! Y ella no apreciaba su esfuerzo. Siempre había admirado la belleza de la joven, como todos los hombres del pueblo.

Ella había sido proveedora de más de una fantasía erótica en aquellos que nunca arriesgarían el estigma social que significaba casarse con una bruja.

Galvyn siempre había querido casarse con una mujer con conexiones políticas.

Su ambición iba más allá del hecho de poseer mucho en un pequeño pueblo rural. Cuando descubrió el secreto de Sophie, supo que ella era la elegida, la que lo sacaría de una vez por todas de Shandley.

Hizo todo lo posible para asegurarse de que algún día ella sería su esposa. Buscaba encontrarla cada vez que iba al pueblo y cuando hablaba con ella era el más perfecto de los caballeros. Había empezado a defender a Sophie ante numerosas personas del pueblo, haciéndola aparecer como la víctima de sus dos hermanas mayores. De esa manera, cuando él tomara la

iniciativa, nadie en el pueblo se sorprendería. Él iba a ser el salvador de Sophie, su amigo, su héroe.

Si eso no funcionara, y estaba visto que no funcionaría, tendría que buscar otra manera. Y lo haría.

Ella no lo sabía, pero Sophie Fyne era la vía hacia mayor poder, protagonismo y riqueza, mucho más de lo que Galvyn podría jamás encontrar aquí, en Shandley. Ella lo llevaría hasta la ciudad capital, al mismísimo palacio, y allí tendría una posición como la que él se merecía.

Estaba cansado de esperar.

Capítulo 8

Sophie corrió montaña arriba hacia su hogar, tan furiosa con su hermana como cuando se dio cuenta de que Kane había sido drogado.

Faltaba menos de una hora para el amanecer y Kane no había despertado. Durmió profundamente, tan quieto y silencioso que ella había pasado gran parte de la noche asegurándose de que estaba vivo.

Ariana se despertaría pronto y con hambre, por eso Sophie no había podido quedarse en el pueblo junto al hombre, dejándolo inconsciente.

Tan pronto como diera de comer al bebé y recogiera sus cosas, se irían ambas a la habitación de Kane, en la planta superior de la taberna.

¡No sabía si algún día volvería a la cabaña donde había vivido durante toda su vida! Ya no la sentía como su hogar. Isadora la había engañado, no importaba si las intenciones habían sido buenas. Fue una verdadera traición.

Sophie pensaba que Juliet no estaba involucrada pero ella debió de haber sabido que el brebaje de Isadora no era un método inocuo de control de la natalidad. Debió haberla avisado. Las hermanas no deben traicionarse, por ninguna razón.

La sala y la cocina estaban a oscuras, por lo que Sophie tuvo que encender un farol. Había un silencio inquietante en la cabaña. Nadie se movía, nadie roncaba, ningún colchón chirriaba. Sophie no intentó ser silenciosa mientras llevaba el farol hasta su habitación para darle un vistazo a Ariana. Tenía ansiedad de verla después de una noche tan larga y antes de enfrentarse a Isadora. Y se iba a enfrentar a Isadora aunque fuera seis años mayor, mucho más poderosa, más alta e infinitamente más terca. A pesar de todo eso, Sophie sentía que podía defenderse sola si era necesario, aunque ésta fuera la primera vez.

La cuna estaba vacía, pero Sophie no se alarmó demasiado. Tal vez Ariana se había despertado más temprano y estaba en la cama con una de sus tías, aunque ya llevaba durmiendo toda la noche desde hacía un mes. Posiblemente estuviera descansando junto a Juliet. No sería la primera vez que encontrara a esas dos durmiendo juntas, abrazadas cómodamente como si fueran una tibia pelota. Juliet debería superar su miedo a los hombres y tener sus propios bebés.

La cama de Juliet también estaba vacía, aunque se veía que habían dormido en ella. El cobertor estaba arrugado y una de las almohadas había caído al suelo.

Sólo quedaba buscar en la habitación de Isadora, al fondo del pasillo.

Sophie se encaminó en esa dirección resuelta a recoger a su hija y a decirle a su hermana cuatro verdades.

Si las tres habían dormido apretadas en la cama de Isadora, entonces, Ariana no se había portado como siempre. Tal vez el bebé las mantuviera despiertas toda la noche. No se sentía culpable por ello.

Pero en la cama de Isadora no había dormido nadie. El cobertor estaba impecable y todas las almohadas, cuidadosamente en su sitio.

El corazón de Sophie latió con fuerza. Algo no estaba bien.

—Juliet! —llamó mientras regresaba a la habitación del medio—. ¡Isadora! ¿Dónde estáis?

Se detuvo una vez más en el umbral de la puerta de la habitación de Juliet y pudo oír un sonido leve, como una suave y entrecortada queja.

Sophie entró corriendo en la habitación, rodeó la cama y encontró a Juliet caída de bruces sobre el suelo. Tan pronto se arrodilló y acercó el farol, pudo ver un corte profundo y sanguinolento en la cabeza de su hermana.

Isadora no había contestado a su llamada. Sophie se calmó con la certeza de que el bebé estaría al cuidado de su hermana mayor, donde fuera que estuviese. Eso fue todo lo que se permitió imaginar en ese momento.

Juliet se quejó una vez más y Sophie le tocó la cara. Tenía miedo de moverla. Juliet era quien curaba, ella no sabía qué hacer.

—¿Qué pasó? —preguntó Sophie—. Por favor, despierta.

El sonido de la voz de su hermana pareció despertar a Juliet. Trató de levantar la cabeza, dio un grito ahogado de dolor y dejó caer su frente sobre el suelo otra vez.

—Estás en casa —susurró Juliet—. Pensé que nunca llegarías.

—Sí, estoy en casa —dijo Sophie dulcemente—. ¿Dónde están Isadora y Ariana? ¿Cómo te has hecho daño en la cabeza?

La normalmente tranquila y práctica Juliet comenzó a sollozar.

—Se la llevaron —dijo dejando caer las lágrimas en el suelo—. Traté de detenerlos, lo hice, pero uno de los hombres me golpeó en la cabeza con algo y luego... lo vi todo negro.

—¿Se llevaron a Isadora?

—Al bebé —musitó Juliet—. Se llevaron a Ariana.

Juliet continuó hablando pero Sophie no escuchó una sola palabra más. Un ruido ensordecedor llenaba sus oídos, y podía sentir y oír los fuertes golpes de su corazón. Juliet no estaba en su sano juicio. La herida de la cabeza le hacía decir disparates. Tenía que estar equivocada.

Sophie dejó a su hermana acostada sobre el suelo y corrió de habitación en habitación llamando a Ariana. Buscó por todas partes y, a cada paso, se daba cuenta de que su hermana tenía razón. Alguien se había llevado a su bebé. Alguien le había quitado a Ariana.

Sophie continuó buscando en la sala cuando la puerta del frente se abrió con lentitud e Isadora entró sigilosamente. La mayor de las hermanas Fyne sólo llevaba puesto el camisón y el pelo estaba sujeto en una desaliñada trenza. Caminaba descalza, de puntillas, como si no quisiera ser descubierta.

—¿Dónde has estado? —le gritó Sophie.

Isadora se dio media vuelta para mirar a su hermana, parecía asombrada. Después de unos breves instantes de sorpresa, con la barbilla levantada en señal de desafío, contestó:

—Fui a dar un paseo.

—¿Toda la noche?

Isadora se las arreglaba para infundir temor aun llevando sólo un camisón puesto.

—¡Ah! Sí, supongo que tienes un problema grande conmigo que tiene que ser resuelto. ¿Fue algo decepcionante tu noche junto al señor Varden? —Isadora sonrió mientras lo decía.

Sophie negó con la cabeza y contestó:

—Alguien se ha llevado a Ariana y ha lastimado a Juliet. ¿Dónde estabas? ¡Deberías haber estado aquí! —Isadora podía haber detenido a los intrusos. Pudo haber salvado a Ariana y a Juliet con sólo un ademán—. ¿Dónde estabas? —volvió a preguntar Sophie.

La sonrisa desapareció del rostro de Isadora y contestó:

—Si esto es una broma...

En ese momento, Juliet entró en la habitación a trompicones, sosteniéndose con una mano en la pared y con la otra presionando la pegajosa herida de la cabeza.

—Fue Galvyn Farrell y otros hombres..., unos brutos que nunca había visto antes —dijo débilmente—. Sophie, Galvyn me dio un mensaje para ti.

Isadora se movió rápidamente para ayudar a Juliet a sentarse en la mecedora.

Juliet continuó:

—Dice Galvyn que si quieres ver a Ariana otra vez, debes dirigirte al palacio en Arthes y presentarte al ministro de Defensa. Allí deberás pedirle permiso para casarte con Galvyn Farrell.

—¿Por qué debería pedirle permiso al ministro de...? —comenzó a preguntar Sophie.

Juliet levantó una mano para pedir silencio y prosiguió:

—Tendrás que llevar puesto el vestido blanco que te regaló. El mismo lo ha dejado colgado en tu armario.

La cabeza de Sophie daba vueltas.

—No entiendo. Esto no tiene sentido —dijo mientras corría hacia la puerta de salida—. Puedo hacer que Galvyn cambie de opinión. Puedo hacer que razone. Tal vez todavía lo puedo alcanzar si voy aprisa.

—¡Detente! —se oyeron las voces firmes, al unísono, de Juliet e Isadora.

Sophie se volvió para mirar a sus hermanas. Apenas podía ver sus rostros a través de las lágrimas.

—No puedo detenerme. Se ha llevado a mi bebé.

—Y la recuperarás —dijo Juliet—. Pero no de esta manera. Aproxímate —ordenó levantando la mano.

Sophie regresó a la sala y se arrodilló frente a su hermana. Cogió la mano ensangrentada de Juliet y ésta mantuvo su mano apretada con gran fuerza en la de Sophie.

—Ariana estará bien. Él tiene miedo de hacerle daño, no sé muy bien el porqué. Algo que se relaciona con el poder, pero... —dijo Juliet con un movimiento de cabeza—, no debes viajar sola.

—No veo las opciones que pueda tener. Isadora tiene que quedarse a cuidarte y yo estaré bien —insistió Sophie.

Juliet negó con un gesto.

—El padre de Ariana te acompañará. Es un soldado, Sophie. Sabe cómo viajar manteniéndose a salvo en el camino, y lo necesitas junto a ti.

—No puedo.

—No sobrevivirás al viaje si no vas con él —insistió Juliet—. No trates de alcanzar a Galvyn, porque no podrás. No verás a Ariana hasta que llegues al palacio. —Juliet continuaba apretando la mano de su hermana—. Dile a Kane que la respuesta a su pregunta es magia. El general Corann, uno de los soldados de más rango del emperador, tenía una hechicera como amante.

»Durante varios meses fue ella quien lo aconsejó. Fue ella quien le dijo dónde estaban los soldados rebeldes ese día. Los rebeldes saben de esta hechicera y el papel que jugó en esa y otras emboscadas. Ellos la mataron hace unos pocos días..., tal vez unas pocas semanas. El temor que siente Kane de que lo crean responsable es infundado, aunque estarán sorprendidos al verlo. Creen que ha muerto, como todos los demás —concluyó.

Kane tendría la respuesta a la pregunta que nunca le había hecho a Juliet.

—Debemos irnos ahora —insistió Sophie—, y Kane está..., está... —Miró a Isadora con furia y le dijo—: Nunca te lo perdonaré.

—¿Estás esperando un hijo? —le preguntó Isadora con dureza.

—¡Por supuesto que no!

—Entonces el brebaje cumplió su función.

Sophie pasó un mechón de sus cabellos por entre los dedos tratando de organizarse, entrar en razón y hacer lo posible para no venirse abajo.

—Nunca más volveré aquí —dijo poniéndose de pie y dirigiéndose a su habitación para empacar el horrendo vestido blanco y algunas otras cosas que pudiera necesitar.

Isadora atendió la herida de Juliet, y luego la llamó de lejos y le dijo:

—Tú y Kane os iréis directamente desde el pueblo. Será mejor así.

Sophie no contestó hasta que no se hubo cambiado de ropa y juntado sus cosas para el viaje. Se puso unos pantalones anchos dentro de unas botas largas y una camisa de estilo masculino. Se recogió el pelo hacia atrás, con un nudo flojo. Entró en la sala con el equipaje en la mano y dijo con calma:

—No me entendiste bien. No volveré nunca más aquí. Este ya no es mi hogar y tú no eres más mi hermana.

Isadora la miró con hostilidad, pero en esos ojos oscuros Sophie vio algo más: había miedo, tanto como el que ella estaba sintiendo.

—Sólo porque hice que tu pretendiente se durmiera por unas horas...

—Si hubiera estado aquí, podría haber detenido a Galvyn —gritó Sophie—. Mi bebé estaría en mis brazos y Juliet no estaría herida. Y hubiera estado aquí si no fuera por tus resoluciones mezquinas de que todo debe hacerse a tu manera.

Isadora tuvo la cortesía de ponerse pálida y respondió defensivamente:

—Aunque no hubiera interferido en tus planes nocturnos, podrías no haber estado aquí. No te precipites.

—¿Precipitada? ¡Cómo te atreves!

—No se suponía que estuvieras aquí —dijo Juliet con voz débil—. No culpes a Isadora. Esto tenía que suceder..., estaba destinado.

Sophie negó con la cabeza. Necesitaba echar las culpas a alguien, necesitaba gritarle a alguien ahora y era Isadora quien había interferido. Sería la última vez que pasara eso.

—No puedo creer que haya estado destinada a que me quitaran a mi hija —susurró Sophie. Las lágrimas cayeron por su rostro, aunque intentara detener el llanto. Tenía que ser fuerte, por Ariana.

—Silencio —pidió Juliet cuando Sophie comenzó a llorar—. También estás destinada a recuperarla. Confía en mí, querida.

—Necesitarás ciertas hierbas para parar la producción de leche de tus senos hasta que encuentres a Ariana —dijo Isadora con sensatez—. Aunque cogierais la ruta más corta y viajarais a través de la desértica zona central, el viaje a Arthes llevará más de dos semanas.

—¡Dos semanas! —exclamó Sophie.

—Tres —musitó Juliet.

Sophie cerró los ojos. Tres semanas eran toda un vida, demasiado tiempo para estar alejada de su hija.

—¿Y qué pasa con Kane? ¿Cuándo se despertará? —quiso saber Sophie.

—Te daré un antídoto. Con dos gotas sobre la lengua se despertará sintiéndose alerta y lleno de vida. La poción que bebió anoche no le dejará secuelas —dijo Isadora mientras se dirigía al armario donde se guardaban las pocimas.

—Él se sentirá bien hasta que le diga que su hija ha sido raptada y que no sé el motivo —dijo Sophie con amargura.

—Poder... —dijo en voz baja Juliet—. Debes mantener esa idea en la cabeza, Sophie. Galvyn no le hará daño a Ariana. Necesita que la niña esté bien y feliz. La cuidarán bien.

Juliet se presionó ambos ojos con las manos. Una visión normal le daba dolor de cabeza, y ésta se había prolongado durante demasiado tiempo.

Sophie salió de la cabaña pertrechada con el antídoto para la poción que Isadora había preparado para Kane; una mezcla de hierbas para impedir que los senos se le llenaran de leche; llevaba comida suficiente para tres días, agua, y el horrendo vestido blanco. Bajó corriendo por la montaña Fyne con rumbo a Shandley. No sabía lo que haría una vez que tuviera a Ariana nuevamente en brazos, pero sí sabía que no volvería a este lugar. La montaña Fyne ya no era su hogar.

Isadora se aseguró de que el vendaje en la cabeza de Juliet estuviera firme y que la hemorragia hubiera parado.

—Tendría que haberme quedado en casa anoche —murmuró mientras lavaba la sangre seca que su hermana tenía sobre la sien—. Podría haberlos detenido.

—Sí que hubieras podido —dijo Juliet en tono bajo—. Sospecho que es por eso que no estabas.

—Otra vez el destino.

—Sí.

Isadora odiaba la facilidad con que Juliet aceptaba todo lo que sucedía, llamándolo fatalidad o destino. Era poco natural aceptar todo con esa serenidad..., y significaba admitir que ella y Will nunca habían estado destinados a gozar más que esos dos hermosos años.

Isadora ayudó a Juliet a ponerse de pie. Éste no era el momento más adecuado para discutir.

—Vamos a cambiarte ese vestido y a lavar el resto de la sangre, y luego dormirás por un rato.

—¿Cómo puedo dormir? —preguntó Juliet.

—Debes curarte, debes volver a estar fuerte —insistió Isadora—. Necesitas descansar.

Se movieron lentamente por el corredor. Isadora no pudo evitar mirar dentro de la habitación de Sophie mientras pasaban. La cuna vacía; la ropa que Sophie había descartado cuando buscaba entre sus cosas, estaba desparramada por el cuarto. El vestido que había llevado al pueblo esa noche estaba tirado en el suelo, la belleza y el encanto habían sido olvidados en aras de cosas más importantes.

—Tendría que haber estado aquí —repitió Isadora.

—¿Dónde estabas? —interrogó Juliet—. Sé que sueles caminar de noche, pero nunca permaneces fuera hasta tan tarde.

—Me quedé dormida.

Por dos noches seguidas había ido a buscar el espíritu de Willym, y lo había visto. Por poco tiempo, un tanto confuso, pero en esos brevísimos instantes en los que él se veía tan real, ella volvía a sentirse bien, a estar completa, feliz y llena de esperanza. Pero demás está decir que Willym estaba muerto y no había ninguna esperanza para ella.

—No debí haber engañado a Sophie con ese brebaje. No quise herir a Varden. Sólo quería que ella tuviera una noche más para pensar mejor en lo que haría —expresó Isadora con vehemencia.

—¿Cómo es posible pensar mejor el amor? —preguntó Juliet, sentada en el borde de la cama.

Amor. A Isadora se le oprimió el corazón al oír esa palabra.

—¿Es así de serio? —interrogó.

—Me temo que sí. Sophie no se ha dado cuenta todavía de la profundidad de sus sentimientos, pero el amor ya está allí.

Con el amor venía el dolor y la muerte para las mujeres de Fyne. Pero esos dos años con Willym habían sido tan maravillosos... Ella daría todo lo que tenía y lo que tuvo para que él volviera...

Isadora suspiró y dijo:

—Quizá cometí un error. Quería lo mejor para Sophie. Ella es la pequeña, y es mi tarea cuidarla. He sido como su madre desde que tenía catorce años y no quiero que sufra.

—Sé que has hecho lo mejor que has podido por ambas.

—Sophie volverá, ¿verdad? —quiso saber Isadora mientras ayudaba a Juliet a quitarse la camisa de dormir. Por alguna razón, el corazón de Isadora dio un vuelco mientras hacía la

pregunta. No tenía el don de la clarividencia como Juliet pero era como si supiera la respuesta de antemano.

—Nuestra hermana menor no volverá a ver esta casa —aseguró Juliet con lágrimas en los ojos—. Nunca.



Desde su silla de montar sobre el mejor caballo que poseía en el establo, Galvyn miró enfurecido al bebé que chillaba. Si no necesitara a la mocosa..., si no sintiera miedo de hacerle daño a esa suave y pequeña cabecita...

Bors, el ayudante del sheriff que solía aceptar pequeños sobornos y realizar algunos robos o secuestros de vez en cuando, cabalgaba a la par, en su propia montura y transportaba a la niña en un porta bebés que le cruzaba el pecho. El ruido, que taladraba los oídos, no parecía molestarle en absoluto. Es que este hombrón tenía seis o siete hijos en casa.

—¿Puedes hacer que se calle?

—El bebé tiene hambre —respondió Bors mostrando sensatez—. Tan pronto como encontremos un ama de cría, se pondrá bien. Llegaremos a la granja en una hora, más o menos.

—¿No sería más sensato darle el alimento con un odre? —sugirió Galvyn.

Bors lo miró con ironía y contestó:

—Cuando llegemos a ese extenso tramo del camino donde por muchos kilómetros no se encuentra ningún pueblo, ¿dónde conseguiremos la leche?

Galvyn se encogió de hombros. Podían coger por el camino más utilizado, que recorría muchos kilómetros hacia el sur, antes de dirigirse al norte y luego hacia el oeste otra vez. A lo largo de esa ruta habría muchas ciudades y pueblos, así como granjas y haciendas. Pero eso haría que el viaje se extendiera de dos semanas a un mes o más. Lo mejor era viajar por la zona de la tierra árida para que el viaje fuera corto.

El feo asistente miró con atención al bebé que había arrebatado de la cuna después de haber golpeado a Juliet en la cabeza.

Galvyn miraba el camino, pensando en lo sucedido más temprano, en la mañana. Tal vez Juliet estaba muerta. Bors la había golpeado con tanta fuerza como para matarla. Hubiera deseado que Isadora también estuviera allí, como la pelirroja. Si las dos hermanas mayores estuvieran muertas, nadie se ocuparía de Sophie. Sólo él.

Ella era todo lo que alguna vez quiso en una esposa. Belleza, por supuesto. Dulzura, que se transformaría en conformidad una vez estuvieran casados. El cuerpo era seductor, insinuante. Se podía deducir que, como esposa, Sophie sería muy apasionada. Pero eran las conexiones políticas, de las cuales ella no estaba enterada, lo que había sellado el trato para él. Tendría la esposa perfecta y un lugar en el palacio del emperador.

—El ama de cría también se ocupará de tener al bebé limpio..., y tranquilizarlo cuando necesite dormir. ¿Son esas tareas que le gustaría hacer a usted mismo? —dijo el grandullón que cargaba al bebé.

Galvyn respondió un lacónico «no».

El viaje a Arthes sería muy largo llevando un bebé, a un ama de cría y a Bors en el grupo. Pero lo que le esperaba al final del viaje haría que todo ese sufrimiento valiera la pena.



Kane comenzó a abrir los ojos con lentitud. ¿Qué había sucedido? En un minuto era de noche, le estaba haciendo el amor a Sophie, y al siguiente, era por la mañana y ella se inclinaba sobre él llorando.

¿En qué momento se había vestido y había cambiado la forma en que llevaba el cabello?
¿Qué le había sucedido durante la noche?

Dejó de preguntarse cuando Sophie cogió su cara entre las manos y repitió:

—¿Me estás escuchando? ¡Galvyn Farrell ha secuestrado a Ariana!

Se sentó en la cama, presa de un extraño y repentino vigor, al menos físico. Y preguntó:

—¿Por qué haría algo semejante? ¿Qué quiere?

—Me quiere a mí —contestó Sophie con suavidad—. Ha llevado a Ariana al palacio de la capital, y ha dejado instrucciones específicas sobre lo que debo hacer una vez que llegue allí.

—¿Cuándo se marchó? —quiso saber Kane mientras saltaba de la cama y buscaba su ropa—. Podemos alcanzarlo...

Sophie le puso una mano sobre el hombro.

—No podemos —aclaró—. Dice Juliet que no lo alcanzaremos en el camino, que nos llevará tres semanas llegar al palacio, y...

—Dos —interrumpió Kane—. Tal vez dos días más.

Ella lo negó con un gesto.

—No, Kane, debes escucharme. Necesito que me acompañes hasta el palacio en Arthes, pero una vez que estemos allí, haré lo que debo para salvar a Ariana, sola.

—¿Esperas que te lleve hasta el palacio imperial y que te deje allí?

Kane se sentó en el borde de la cama para ponerse las botas.

—Puedes volver con los rebeldes. Sé que quieres hacer eso. Ellos nunca pensaron que eras un traidor, Kane, aunque creen que estás muerto —dijo Sophie sin entusiasmo.

—Juliet, otra vez —dijo él lacónicamente.

—Sí —confirmó Sophie—. Ella dijo que vuestra posición fue descubierta por una hechicera que servía al general Corann como consejera y amante. La bruja está muerta ahora.

—¿Y qué harás cuando yo regrese a la revolución?

—Iré a ver al ministro de Defensa y le pediré permiso para tomar a Galvyn Farrell como esposo.

Movió la cabeza en señal de desagrado. Estaba despierto y alerta, pese a que había perdido la noche, pero nada de esto tenía sentido.

—¿Por qué tendrías que pedir permiso al ministro de Defensa para casarte?

—No lo sé —respondió Sophie.

Kane se puso de pie, tomó el rostro de ella entre las manos y se inclinó para darle un beso breve.

—Iremos a Arthes y te prometo que estaremos allí en menos de tres semanas. Puedes hablar con el ministro de Defensa, si quieres, pero tan pronto como Galvyn Farrell muestre su cara, lo mataré. Luego, tú, Ariana y yo saldremos de ese maldito palacio. Todos juntos, Sophie.

Ella cerró los ojos con lo que pareció ser una expresión de alivio. Aunque lo hubiera dicho antes, no quería hacer este viaje sola.

—Quiero a mi bebé, Kane.

—Sé que así es, Ángel.

Kane sujetó el cuchillo y la espada al cinturón y deslizó otro cuchillo dentro de una funda en la bota derecha. Cogió un arco y un carcaj con flechas que tenía en un rincón de la habitación. Era mejor espadachín que arquero, pero en lo referente a las armas había aprendido que era mejor estar preparado para cualquier necesidad y ocasión.

—Haré lo que sea para recuperarla —dijo Sophie, con los ojos muy abiertos, con determinación y miedo a la vez.

—No tendrás que casarte con un secuestrador de la peor ralea para tener a tu hija nuevamente. Te lo prometo.

Sophie movió la cabeza y se preguntó en voz alta:

—¿Cuál es la conexión entre Galvyn y el ministro de Defensa? Nunca he oído hablar de ese hombre, y con ese título no creo que esté a cargo de ningún matrimonio.

—En realidad, nunca conocí al ministro Sulyen, pero sé que es un cabrón. Ha tenido que sobrevivir a los dos últimos emperadores. El padre de Sebestyen tenía la desagradable costumbre de eliminar a aquellos que estaban en desacuerdo con él, y el hijo ha heredado esa afición.

—El ministro Sulyen... —repitió Sophie mientras miraba a Kane juntar las cosas necesarias para el largo viaje que tenían por delante.

Él sabía cómo empacar con rapidez, cómo borrar cada huella de su presencia en la habitación en pocos minutos. Compraría un caballo nuevo antes de dejar el pueblo, ya que el viaje era demasiado largo para compartir la montura. Tenía su mente puesta en el viaje: cuál sería el mejor camino a tomar, cuándo y dónde parar para que los caballos descansaran.

—¿Piensas que tal vez Sulyen está relacionado con los Farrell? Galvyn siempre ha hablado sobre sus conexiones con personas poderosas y hasta con el emperador.

—Podría ser, pero por lo que he oído sobre Maddox Sulyen, no es exactamente un hombre de familia.

Observó a Sophie mientras decía esto, lista para dejar Shandley atrás. Unos minutos antes se la veía con miedo pero decidida. De pronto se puso pálida y le temblaron las manos, y quiso confirmar lo que había oído:

—¿Maddox Sulyen?

—Sí.

Los bonitos ojos azules se le pusieron en blanco y se desmayó en brazos de Kane.

Capítulo 9

El baño del Nivel Tres era el lugar preferido de Liane para descansar, especialmente cuando ordenaba que se retiraran todos y tenía la enorme y silenciosa estancia para ella sola. Podía flotar en la bañera principal, que era una piscina de mármol, de dimensiones mayores que la primera habitación que tenía cuando llegó al palacio.

Entonces compartía dicha habitación con otras cinco jóvenes cautivas, tan asustadas como ella misma. Era la única que había sobrevivido más de un año.

Cuencos que sostenían una llama tenue flotaban en la piscina junto a ella, y proyectaban una luz suave y parpadeante sobre el agua, sobre las paredes e inclusive sobre el alto techo de este recinto. Las flores que flotaban a su alrededor eran fragantes y hermosas. Liane dejó que sus dedos acariciaran un pétalo blanco y aterciopelado que pasaba cerca de ella.

No pensaba en las otras jóvenes con frecuencia, a pesar de que habían sido sus amigas en aquellos terribles primeros meses. A veces le parecía que todo lo sucedido en esa época le había pasado a otra persona, no a ella. Ahora, ya no podía permitirse el lujo del temor o las lágrimas, y aquella pequeña asustada que había sido raptada de su hogar porque un soldado imperial había puesto sus ojos en ella, estaba muerta desde hacía mucho tiempo.

Cuando miraba hacia atrás en el tiempo le parecía que las otras habían tenido muy poca inteligencia, habían sido unas bobas.

Todas ellas habían estado seguras de que sus familias las rescatarían y las sacarían de ese infierno, incluso Liane. Aunque sabía que su padre era sólo un granjero que no hubiera sabido cómo pelear contra los soldados del emperador, y que sus hermanos eran niños todavía, y que su madre no hubiera podido defenderse ni a sí misma, enferma o no, ella, de alguna manera, había esperado...

Cerró los ojos y se obligó a olvidar todos los pensamientos sobre esa época ya pasada. Esta nueva Liane se había convertido en alguien que no esperaba nada de nadie.

—¿Puedo acompañarte?

Liane abrió los ojos bruscamente, chapoteó en el agua buscando con sus pies el fondo de la piscina. No se puso de pie en el agua, que le llegaba hasta la cintura, sino que permaneció agachada, cubierta hasta la barbilla. ¡Cielos! Se había permitido estar tan inmersa en el pasado que no se había dado cuenta de que otra persona había entrado en el recinto. Se tranquilizó cuando vio quién había venido a hacerle compañía.

—Ministro Sulyen —dijo sin mostrar ni un dejo de sorpresa en la voz—. ¡Qué encantadora sorpresa poder verlo, como siempre!

Él sonrió y comenzó a desabotonarse la túnica carmesí.

—¿Por qué estás tan formal esta tarde, Liane?

Liane dirigió su mirada por detrás de él, hacia la puerta de entrada. Ninguno de los guardias lo esperaba y él había cerrado la puerta. ¿La habría cerrado con llave, también? No podía estar segura y preguntó:

—¿Estamos solos?

El ministro asintió con la cabeza, se deshizo de su vestimenta y se encaminó hacia la piscina. Ella lo había visto desnudo antes, y él a ella, pero habían pasado muchos años desde la

última vez que habían intimado. Él se había convertido en su amigo cuando todavía estaba en el Nivel Tres. Era una de las razones por las cuales había sido la única de esas jóvenes asustadas que sobrevivió.

—Tienes tu propio recinto para el baño, Maddox —dijo ella mientras nadaba acercándose a él.

—Sí, pero no hay hermosas mujeres en él —añadió con una sonrisa en el rostro.

Liane le devolvió la sonrisa. Maddox Sulyen había sido ministro de Defensa desde que tenía treinta y dos años. Había sobrevivido no sólo los diecisiete años del reinado de Sebestyen, sino los tres últimos volátiles años del régimen del emperador anterior.

Los primeros años del reinado de Sebestyen habían sido tumultuosos. El emperador tenía trece años, no era un hombre aún, ni un niño que necesitara un consejero para ayudarlo a tomar decisiones. Los sacerdotes trataron de controlarlo en esos años, pero su dominio nunca había sido completo. Sebestyen siempre había sido obcecado e independiente, no se dejaba influir fácilmente por los caprichos y deseos de las otras personas.

Unos pocos ministros y generales que creían poder manipular a un soberano tan joven, murieron o se desvanecieron en el Nivel Trece. Maddox había sido mucho más inteligente y no había caído en esa trampa.

Era un hombre muy atractivo, no demasiado alto, pero en buena forma y siempre bien vestido. El pelo lo conservaba de un rubio claro, sin muestras de gris o debilitamiento, y sus ojos azules se destacaban porque brillaban como los de un hombre mucho más joven. Siempre había sido exigente con sus necesidades sexuales, y su gusto por las mujeres no se había visto disminuido a lo largo de los años.

—¿Cómo estás? —preguntó él en voz muy baja, al aproximarse a Liane. En el palacio, ser cauteloso daba sus frutos.

—Bien —contestó ella, también con voz muy suave—, ¿y tú?

—He sobrevivido. En estos tiempos que corren, eso ya es una hazaña —expresó Maddox mientras le acariciaba la cara amistosamente.

Ella asintió, comprendiendo bien lo que quería decir, pero quiso saber más:

—¿Por qué estás aquí? Dime la verdad, Maddox.

Él sonrió con esa expresión que había capturado muchos corazones a lo largo y ancho de Columbyana. Parecía alegre e inocente cuando las finas líneas de sus ojos se arrugaban al reír. El ministro Sulyen era cualquier cosa menos inocente.

—Viajaré a la Provincia del Norte a encontrarme con mis generales.

—¿Cuándo?

—Por la mañana. Mi plan es marcharme antes de que amanezca.

—¿Por qué no vienen aquí los generales?

—Porque la lucha se está llevando a cabo allí, por el momento, y no desean abandonar a las tropas.

La guerra parecía más una molestia que un verdadero peligro, mirada desde dentro de las murallas del palacio, pero Liane sabía bien que existían peligros reales.

—Los rebeldes no son tan fieros como para que exijan la presencia de cuatro generales y, además, al propio ministro de Defensa —refutó Liane.

—Se han vuelto más violentos y mejor organizados en los últimos siete meses.

—Matad a Arik y no habrá más revolución —afirmó Liane con certidumbre.

Él sonrió nuevamente.

—Si eres tan experta en los asuntos de guerra, tal vez debería nombrarte general.

—No tengas una actitud paternalista conmigo, Maddox. Arik es la fuerza que respalda todo el movimiento de rebelión. Si lo matan, los rebeldes no tendrán ningún motivo para seguir peleando.

—Si lo pudiéramos encontrar, lo haríamos —concluyó él.

Maddox le quitó a Liane un mechón de cabello húmedo que tenía sobre el rostro. La forma de tocarla era dulce, pero no incitante.

—Me temo que los rebeldes se han convertido en algo más que una molestia, Liane. Hace un mes vencieron en una batalla a un ejército que disponía de fuerzas muy superiores. Capturaron y mataron a la consejera del general Corann, que era una hechicera clarividente, aunque no lo creas, y ahora se han apoderado del Palacio del Norte.

Ella salió del agua y se puso de pie.

—¿Qué? ¿Sabe algo el emperador sobre esto?

Maddox la cogió del brazo y la obligó a agacharse.

—No —susurró—, Sebestyen sabe lo que le digo, y si le informo que Arik ha tomado el Palacio del Norte, querrá mi cabeza o peor. Para cuando regrese, el palacio estará en nuestras manos otra vez, por lo que no hay razón para decirle al emperador nada de esto.

Si ella le contara a Sebestyen sobre esta traición, y retener esta información era, sin lugar a dudas, un delito muy grave, Maddox sería asesinado o enviado al Nivel Trece. Si ella era la encargada de descubrir esta información, sería dar un paso más en el plan de convertirse en la única aliada de Sebestyen. Y estaría más cerca de poder matar al bastardo.

—Entonces, te deseo buena suerte —musitó ella—. Todo esto es muy interesante pero no me has explicado por qué estás aquí.

—Por una mujer, por supuesto. Me gustaría tener buen sexo antes de marchar en este largo viaje.

—¿Estás pensando en alguien en especial?

Los ojos azules de Maddox brillaron un instante y le hizo un guiño, pero ella sabía que estaba bromeando. Desde hacía muchos años eran amigos, no amantes.

—Elige por mí, Liane.

—Entonces tendrá que ser alguien infatigable —sugirió Liane con una sonrisa.

—Envíame a dos —dijo Maddox mientras la besaba en la frente, en un inesperado gesto de afecto.

Ella rió mientras Maddox se alejaba nadando hacia los escalones de la piscina.

—Si alguna vez decides abandonar tu cargo, te conseguiré un puesto aquí, como maestro del Nivel Tres —le dijo mientras reía.

—¡Ah! ¡Esa es mi verdadera vocación! —dijo él al subir los escalones y mostrar los músculos tensos en la suave luz de las llamas.

El ministro Sulyen había sido un feroz general y era un respetado ministro de Defensa. Entendía las artes de la guerra, intelectual y emocionalmente. Sus generales lo adoraban y sabía cómo manejar a Sebestyen.

Al llegar a la plataforma superior se volvió para mirar a Liane. Cogió una toalla gruesa y comenzó a secarse. Ya estaba con una impresionante erección. A su edad, aún podría ser un magnífico maestro del Nivel Tres.

Maddox no se había casado nunca. No le había contado a Liane la razón por la cual permaneció soltero cuando cualquier mujer que él hubiera querido hubiese sido más que feliz de ser su esposa. A ella no le importaba que él no revelara todos sus secretos. Tal vez estaba soltero porque no podía serle fiel a ninguna esposa. Cuando se trataba del placer, disfrutaba en demasía de muchas mujeres como para estar atado a una sola. O quizás, había tenido un gran amor y algo los había separado, o ella se había casado con otro. Esto último era improbable ya que Liane no había conocido a nadie que se comportara con más frialdad en asuntos del corazón que Maddox Sulyen.

Liane nadó hasta acercarse a los escalones. Elegiría dos mujeres para Maddox y luego se retiraría a pasar la noche en su habitación. Había visitado a Sebestyen más temprano y él le había permitido marcharse.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó él.

—Por supuesto —contestó Liane mientras buscaba su toalla—. Tengo todo lo que una mujer puede querer: sirvientes, ropa, buena comida, un aposento lujoso. —Hizo un gesto señalando la piscina y continuó—: Esto y más, y todo por hacer nada más que lo que se espera de cualquier esposa.

Se estaba terminando de secar con cuidado cuando Maddox la sorprendió inclinándose a darle un beso en la mejilla. Y le susurró al oído:

—No está sano, Liane. Tal vez nunca lo estuvo, pero está peor. Estás muy cerca de él, debes de haberlo visto. Ten cuidado.

Ella contuvo la respiración. Si ocultarle a Sebestyen la captura del Palacio del Norte no era una traición, esto que acababa de escuchar, sin duda, lo era.

—Haz que sean tres —le dijo mientras se alejaba.

—¿Tres?

—Tres mujeres y que ninguna sea principiante.

Aunque había pasado la edad de poder alcanzar la satisfacción tres veces, en un corto período de tiempo, él se ocuparía de que las tres mujeres estuvieran bien satisfechas. Maddox siempre había recibido intenso placer del goce sexual de sus acompañantes, como del suyo propio.

—Sé exactamente qué trío de damas te enviaré —le comunicó Liane.

El ministro se había vestido y salido del recinto antes de que ella pudiera ponerse la túnica roja. Se tomó su tiempo, se cepilló el pelo mojado, se lo recogió hacia atrás y alisó las arrugas de la vestimenta.

Fue directamente al salón de la residencia del Nivel Tres y eligió a tres jóvenes para Maddox. Una era alta; la otra, baja, y la tercera, con mucho busto. Estaban muy entusiasmadas porque adoraban a Maddox y se sentían felices por haber sido elegidas para él. Empezaría el viaje bien satisfecho, tal como deseaba.

De allí, Liane se dirigió hacia sus aposentos privados. Era la única de las concubinas del emperador que tenía su propia alcoba. Se la había ganado, como se había ganado todo lo que podía considerar de su propiedad.

La habitación estaba decorada en plata y azul, como los aposentos del emperador, y estaba adornada con un mínimo de ostentación femenina. Los lujos eran un colchón mullido, un espejo de cuerpo completo, un tocador donde poner los aceites y lociones y una silla tapizada con su otomano haciendo juego. Tenía un cubrecama para el invierno y otro más ligero para el verano. El suelo era de piedra, por supuesto, pero tenía un buen número de lujosas alfombras que impedían que los pies descalzos pisaran la superficie fría. Su ropa llenaba no uno, sino dos armarios enormes. Uno de esos guardarropas estaba reservado para las túnicas color carmesí de variadas telas y estilos.

Si ella hubiera deseado un sirviente para ayudarla a prepararse para la noche, podría haberlo tenido con sólo decir una palabra. Pero esta noche, como la mayoría de las noches, prefería estar sola.

El sueño no llegaba con la facilidad esperada. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza con planes y secretos, recuerdos y posibilidades. Daba vueltas en la cama, dormía por breves períodos que nunca eran suficiente descanso, y se levantaba antes del amanecer.

Dejaba abierta la ventana para que entrara la brisa nocturna. Liane se acercó y miró hacia la ciudad que estaba a sus pies. Hacía tanto tiempo que no salía del palacio que la ciudad le era totalmente extraña. Había sobrevivido aquí, no estaba segura de poder sobrevivir allí abajo.

Respiró hondo y contuvo la respiración. En el Nivel Uno no había aire fresco. Los ventiladores funcionaban día y noche para subir aire hasta el nivel donde vivía el emperador, pero no era igual al aire que ella estaba respirando mientras se asomaba por la ventana. Algunas noches de verano había podido convencer al emperador para que viniera a esta habitación con ella, para que el calor no fuera tan sofocante cuando sus cuerpos se juntaban, pero no lo había hecho

durante este verano. Había pasado más de un año desde la última vez que él la había visitado en su cuarto.

En las noches que él había permanecido aquí, había mirado con insistencia hacia la ventana como si el sol pudiera aparecer en el cielo nocturno para que se cumpliera la profecía del mago. No había importado que ella le hubiera asegurado que la ventana estaba totalmente cubierta con las cortinas oscuras que, en este momento, estaban plegadas para permitir que entraran las ráfagas de aire.

¿Sería tan sólo cuestión de tiempo hasta que Sebestyen ordenara tapiar todas las ventanas del palacio? Si lo hiciera, este lugar quedaría inhabitable, aun cuando siguiera funcionando la máquina del Nivel Once que daba energía para la luz y los ventiladores.

No, eso no sucedería. Maddox se había equivocado. El emperador no estaba loco. Era cruel y frío, pero sus acciones no eran las de un trastornado.

Permaneció de pie junto a la ventana, dejando que sus pensamientos vagaran y disfrutando del aire fresco, hasta que vio a Maddox marcharse junto a su séquito.

Montaban los caballos más rápidos y fuertes. Él tenía los mejores hombres como guardianes de su seguridad. Liane observó cómo Maddox atravesaba la ciudad, valiente y sin prisa.

Maddox Sulyen era la única persona en este mundo a quien ella consideraba amiga. Si no hubiera sido por él, estaría muerta hacía ya mucho tiempo. La aleccionó sobre cómo sobrevivir, cómo ser la mujer que necesitaba ser para mantener su posición en los niveles altos del palacio. Los maestros del Nivel Tres se lo habían enseñado todo acerca del placer: el propio y el que debía dar a los hombres que ella tenía que entretener. Maddox la había instruido sobre cómo separar la idea del amor juvenil romántico del sexo. Él le había indicado cómo hacer que su cuerpo fuera un arma como cualquier otra y que si aprendía a usarlo convenientemente, sobreviviría.

También le había enseñado cómo hacerse indispensable. Ella se había convertido en el símbolo por excelencia de lo que el Nivel Tres representaba. Era decadencia y, a la vez, placer. Y nunca, jamás, confundía sexo con amor.

Algunas veces deseaba que los soldados la hubieran matado y que no la hubieran traído aquí, pero hoy no era uno de esos días. Ahora tenía una razón para estar aquí. Tenía una meta que era tan importante que nada podía interponerse en el camino. Nada podría detenerla.

—No tengo opción —musitó mientras miraba cómo Maddox cabalgaba alejándose.

El día pasó como cualquier otro. El lugar que ocupaba Liane en el Nivel Tres era importante. Las brujas hacían las cosas bien y los sirvientes, que en su mayoría eran jóvenes que se estaban entrenando, atendían a las concubinas cuya ocupación era dar placer y entretener. Se esperaba que Liane se hiciera presente para guiar y dirigir las tareas siempre que fuera necesario. Las otras mujeres la envidiaban o la temían, y no tenía ninguna amiga entre ellas, pero ella trataba de asegurarse de que entendían las verdades que la habían salvado de una muerte segura.

Temprano en la tarde, Liane durmió una larga siesta. Sebestyen la esperaba esa noche y no estaría bien que llegara hasta su puerta con ojeras y bostezando. Necesitaba hablar con él, pero como Maddox ya se había ido, no había ninguna urgencia. Hablaría con él durante la noche.

No se permitió considerar que tal vez le estaba dando a Maddox la posibilidad de alejarse de Arthes de manera que Sebestyen no pudiera perseguirlo y alcanzarlo.

Se tomó su tiempo preparándose para Sebestyen. Eligió ponerse un diáfano vestido verde oscuro y no una túnica roja. ¿Por qué pretender que iba a los aposentos del emperador por otro motivo que no fuera el sexo?

Se adornó el cuello con cadenas de oro de largos variados, se colocó finos aros, también de oro, en las orejas, una diadema en el pelo y la tela verde del vestido de primera calidad que le cubría el cuerpo.

Todo iría sin prisas esa noche. Sebestyen debía compartir con su esposa parte de la noche, con la única intención de fecundarla. Rikka ya llevaba dos años siendo emperatriz y todavía no

había procreado. La paciencia de Sebestyen estaba llegando al límite. La primera esposa había durado casi cuatro años; la segunda, tres; y la tercera, aun menos. El tiempo de Rikka se acabaría pronto, si ella no se esforzaba en encontrar una razón para que el emperador la mantuviera con vida.

Rikka no permanecería en la alcoba real más de lo necesario, y Sebestyen esperaba que Liane estuviera aguardándolo cuando él estuviera listo para ella.

Tan pronto como Liane terminó con los preparativos para la noche, bebió el elixir que había sido colocado cerca de la cama. Todas las mujeres sexualmente activas tomaban la misma poción todos los días para evitar que el palacio se llenara de hijos ilegítimos. Sebestyen deseaba desesperadamente un heredero, pero lo quería legítimo. Le había denegado el derecho al trono a Arik, porque la madre venía del Nivel Tres y, por lo tanto, era inepto para servir al país. Pensaba que su propio hijo no podía ser hijo de una prostituta.

Liane había tomado el elixir durante tantos años que estaba segura de que nunca podría tener un hijo. Su flujo mensual era tan ligero y esporádico que a veces pasaban meses sin tener muestras del ciclo menstrual. Ella nunca tendría un hijo, y, a pesar de que no le importaban los niños y no soñaba con ser madre, ésa era una razón más para odiar a Sebestyen.

Estudió la imagen que reflejaba en el espejo, buscando algún defecto en su apariencia. A los labios les faltaba un poco de color, así que los oscureció con un poco de colorete. Se cepilló el cabello otra vez, porque sabía que Sebestyen esperaba que el peinado estuviera perfecto.

El ascensor la llevó al Nivel Uno. Antes de llegar al palacio no sospechaba que pudiera existir este tipo de artilugio. Había muchas cosas maravillosas en el palacio del emperador. Las luces no provenían de las llamas, sino de barras de cristal alimentadas por la máquina ruidosa que estaba en el Nivel Once. El ascensor que permitía viajar del Nivel Diez hasta el Uno dependía también de esa máquina. Los ventiladores que hacían que el Nivel Uno fuera habitable también eran movidos artificialmente.

Salió del ascensor y se encontró con tres centinelas a quienes conocía. Dos jóvenes y otro ya mayor, todos ellos vestían los uniformes de un color verde esmeralda penetrante y estaban bien armados. Liane les sonrió y abrió los brazos en toda su extensión. El vestido verde transparente no les dejó dudas de que venía sin armas.

Taneli, uno de los centinelas jóvenes, que había ascendido a una posición de poder, insistió en revisarla más a fondo, haciéndola dar vueltas y palpándola en lugares donde era claro que no podía esconder nada.

—¿Usted cree que es necesario que me inspeccione de este modo? —le preguntó Liane con una sonrisa.

—Son las órdenes del emperador Sebestyen. También revisamos a la emperatriz cuando viene de visita —aclaró el centinela mientras hacía un gesto con la cabeza, señalando la puerta cerrada para indicar la presencia de Rikka en los aposentos imperiales.

—¿Aún está allí? —interrogó Liane. El centinela asintió.

Liane escuchó con esmero, pero todo estaba silencioso detrás de la puerta.

Le dirigió una brillante sonrisa al joven centinela y dijo:

—¿Examina usted a la emperatriz tan concienzudamente como a mí antes de dejarla entrar?

Los ojos del joven permanecieron fijos en el pecho de Liane y contestó:

—Mmm..., por supuesto.

—¿Por qué será que no le creo? —dijo Liane al dar un paso para aproximarse al joven soldado—. Probablemente le dará unas someras palmaditas aquí y allá, pero nunca en las tetas. Y no me puedo imaginar que le pida a la emperatriz que abra las piernas para meter sus manos torpes entre ellas.

El soldado enrojeció y su ojo izquierdo se movió con un tic nervioso.

—Bueno, ella es la emperatriz —se justificó.

Liane respiró hondo. En los últimos dieciséis años, ella había sobrevivido a tres emperatrices.

—Eso no me interesa —dijo sutilmente antes de volverse, abrir la puerta y meterse de lleno en la alcoba de Sebestyen.

Esperaba poder cogerlos en el acto sexual, pero todo, en apariencia, había terminado. La emperatriz estaba abotonándose la túnica y Sebestyen, estaba desnudo, reclinado sobre la cama, con expresión de aburrimiento en la cara.

Esa expresión se iluminó cuando Liane le sonrió.

Ignoró a la emperatriz, caminó hacia Sebestyen y dijo:

—Me cansé de esperar.

—Nunca has tenido paciencia —afirmó Sebestyen ofreciéndole la mano—. Estoy contento de que estés aquí. El trabajo está hecho, ahora es momento de darme el gusto en uno de los pocos verdaderos placeres que tengo.

Liane pretendió no ver la mirada de odio que Rikka le había lanzado. Es más, hizo todo lo que pudo para simplemente ignorarla. ¿Amaba Rikka a Sebestyen? Si era así, es que era una tonta.

Una vez vestida, Rikka caminó con premura hacia la puerta, con la cabeza en alto y la espalda erguida. Allí se detuvo y miró hacia la cama.

Liane estaba sentada al lado de Sebestyen y buscaba tocarle el pecho desnudo. Los ojos de Sebestyen examinaron el cuerpo ligero de ropa de Liane y la respuesta física fue exactamente la que ella esperaba.

—Una vez más, me dejas sin aliento —le susurró él.

Le envolvió uno de los pechos con la mano fría y le acarició el pezón, bien visible a través del verde transparente. Liane puso la cabeza sobre el hombro del emperador y los labios en el cuello.

—Merezco vuestro respeto —dijo Rikka con voz tenue. Con un suspiro, Sebestyen miró a su esposa y le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—He dicho... —comenzó a decir la emperatriz.

—¿No puedes ver que estamos ocupados? —interrumpió Liane con impaciencia y miró a la emperatriz con desprecio. No le gustaba esa joven tan boba, pero si Rikka comenzaba a hacerle frente y a exigirle cosas al emperador, se encontraría muy pronto en el Nivel Trece con lo que aún quedara de sus predecesoras.

Sebestyen empezaría a buscar una nueva y adecuada esposa entre las familias importantes de Columbyana. Era siempre una búsqueda agotadora y afectaba el humor del emperador de manera adversa. No quería esa complicación por ahora. Y menos estando tan cerca de obtener todo lo que quería.

La emperatriz se marchó corriendo de la alcoba y uno de los centinelas cerró la puerta tras ella.

Liane se reclinó sobre la cama, se acercó y puso la boca cerca del oído de Sebestyen y musitó:

—Estoy feliz de que se haya marchado.

—También yo.

Sebestyen introdujo los dedos en el cabello de Liane y tiró con fuerza.

—Si no queda embarazada este mes, me voy a deshacer de ella. Voy a...

Liane lo interrumpió poniéndole la mano sobre la boca.

—No quiero hablar de ella y no quiero que hables de ella. Es insignificante y tú eres un hombre joven y viril que tiene muchos años por delante para engendrar un heredero.

Él retiró el cabello de Liane hacia atrás y le besó el cuello.

—Tienes razón, por supuesto, siempre tienes razón. ¡Santo cielo! ¡Qué hermosa estás hoy!

Ella suspiró y sonrió, pero antes de que Sebestyen fuera más allá, le cogió la cara con las manos y lo miró a los ojos.

—Tengo algo muy importante que decirte.

Las palabras que debía pronunciar las tenía atascadas en la garganta. Ella había matado a traidores, había espiado a hombres que confiaban en ella, había usado hombres por placer y les había permitido usarla. ¿Qué importaba una infracción más?

Capítulo 10

Llevaban tres días viajando cuando Sophie comenzó a llorar. El llanto había llegado sin previo aviso. Primero lágrimas lentas, luego sollozos para volver a las lágrimas otra vez. Era un llanto triste e incesante.

Kane era un soldado: sabía de espadas y cuchillos, cómo atacar furtivamente a un enemigo sin ser oído, cómo matar sin hacer ruido, y además cómo vivir del cultivo de la tierra. No tenía la menor idea de cómo consolar a una mujer con un dolor profundo, a una mujer que quería a su hija con urgencia.

Sophie lloró durante casi toda la semana, pero cuando Kane sugería parar por el bien de ella, no se lo permitía.

Paraban en los pueblos para aprovisionarse de lo necesario, dejar que los caballos descansaran y, de vez en cuando, dormir unas pocas horas. Pero el corazón destrozado de Sophie no era una razón para detenerse.

El ciclo menstrual había hecho más lenta la marcha, y aunque trató de evitarlo debieron parar con cierta frecuencia para permitir esos cuidados femeninos de los cuales Kane no quería saber nada. Sophie parecía enfadada con su cuerpo por enlentecer el viaje, como si éste la hubiera traicionado.

A primera vista, Sophie Fyne era una hermosa joven que podría pasar el resto de su vida al cuidado de otra persona: sus hermanas, un esposo comprensivo, o un amante atento, ya que había insistido en no casarse. Pero tras esos ojos azules, el hermoso rostro, ahora bañado en lágrimas, y el cuerpo seductor, se escondía una fuerza de acero que la respaldaba, y también la determinación de un soldado. Ella era un guerrero, como él.

Kane trató de convencerse de que la ilusión de que amaba a Sophie era producto de la compenetración con su dolor y la pena que sentía, sumados a la frustración sexual. Tan pronto como tuviera al bebé entre los brazos nuevamente y él pudiera pasar una noche en la cama con ella, esa necesidad dolorosa de cuidarla, consolarla y estar a su lado para siempre desaparecería. Tenía que desaparecer.

Sophie creía que el ministro Sulyen era su padre, aunque Kane todavía no estaba convencido de que fuera así. Las evidencias eran escasas: el nombre compartido y la insistencia de Galvyn Farrell para que ella se presentara ante Sulyen apenas llegada a la ciudad. Ella decía que sabría la verdad apenas se enfrentaran cara a cara. La madre le había dicho, en más de una ocasión, que tenía los mismos ojos que su padre.

Si Sophie era la hija del ministro Sulyen, tal hecho explicaría la reciente obsesión de Farrell.

Si se casaba con la hija de un ministro tan respetado y en tan buena situación, sería un paso adelante en la carrera de ese comerciante ambicioso.

Sophie merecía mucho más que estar casada con alguien sólo por ambición.

—Ya es hora de que hagamos un alto para pasar la noche —anunció Kane.

Sophie se había adelantado por el camino, como solía hacerlo. Acicateaba a la yegua con frecuencia para ir más rápido, con los ojos puestos en el horizonte como si esperara ver aparecer el palacio imperial en cualquier momento.

—Todavía no —respondió ella sin mirar hacia atrás—. Podemos avanzar un poco más antes de que la oscuridad sea total.

Desplazándose a esa velocidad les llevaría al menos otra semana llegar a la capital, pero no demorarían las tres semanas completas que Juliet había vaticinado.

A pesar de que Kane no creía en todas las palabras que la bruja había dicho, había estado alerta ante la eventualidad de que algún problema los hiciera detenerse. Hasta ahora, el viaje había transcurrido con total normalidad. Quizá Juliet se había equivocado.

—Aquí hay un buen sitio para acampar —indicó Kane—. Hay hierba para los caballos y una cueva pequeña donde hallar refugio durante la noche. —Miró hacia el cielo gris y añadió—: Estará oscuro en menos de una hora y va a llover esta noche.

Sophie también miró hacia arriba, como si el cielo la estuviera traicionando.

—El mal tiempo hará que vayamos más lentos, ¿no te parece?

—Tal vez —contestó Kane.

—¿Nos detendrá por una semana entera? —inquirió Sophie.

—No lo creo —afirmó él.

Aunque la lluvia fuera más intensa que lo que podía presagiar el cielo gris, no los retrasaría más de un día o dos.

Sophie no mencionaba cuánto echaba de menos a Ariana, pero él podía ver el sufrimiento reflejado en su rostro. Si él pudiera, sufriría gustoso todo ese dolor en lugar de ella. Sus propios dolores físicos habían disminuido con el pasar de los días. Los dolores de cabeza todavía iban y venían, pero eran de menor duración y no tan intensos como antes. El malestar que sentía ahora era parecido al de Sophie. En los últimos días, un dolor en el pecho lo atormentaba, como si una piedra lo estuviera aplastando.

¿Sería posible que perder a su hija le causara ese dolor? Apenas la conocía. Trató de olvidar su propio sufrimiento para concentrarse en Sophie y ayudar a aliviarle la pena. Era más fácil que enfrentarse a su propia congoja.

Galvyn Farrell moriría. Él se ocuparía de que así sucediera. Era el único pensamiento que lo ayudaba a sobrellevar el lento transcurrir de los días.

Cuando llegaron al sitio donde acamparían, Sophie pidió disculpas y se ausentó un momento para lavarse la cara en la laguna, mientras Kane desensillaba los caballos. Él sabía que Sophie había dado una excusa para poder llorar a solas. En los últimos días había tratado de no llorar delante de él, pero cuando permanecía sola por unos instantes, al volver tenía los ojos enrojecidos y la cara, hinchada.

Le hubiera gustado detenerla antes de que se fuera a la laguna a llorar. Le hubiera gustado abrazarla y decirle que todo iba a estar bien, consolarla con una caricia. Ni besarla ni tocarla con deseo, quería tan sólo cogerla en sus brazos para intentar aliviarle la pena. Ese sentimiento era una necesidad totalmente nueva en él. Tampoco estaba seguro de que le gustara sentirse así. En toda su vida se había sentido tan indefenso.

En definitiva, no había detenido a Sophie y le había permitido ir hasta la laguna a llorar, tal como quería.

Mientras ella lloraba, los pensamientos de Kane estaban llenos de deseos de venganza o, como él pensaba, de justicia. No sólo quería matar a Farrell por haberse llevado a Ariana, aun siendo razón más que suficiente para hacerlo, quería hacer que ese hombre sufriera y pagara por lo que estaba haciendo sufrir a Sophie.

Tal vez ella no llegaría a ser su mujer para siempre. Había demasiados obstáculos entre ellos para ni siquiera pensar en un futuro en común. Pero ella era su mujer en ese momento, y eso significaba que él tenía todo el derecho a protegerla de hombres como Farrell.

Oyó el grito cuando había terminado de desensillar el segundo caballo. Fue corto y agudo, como si Sophie hubiera empezado a gritar y la hubieran interrumpido. Kane corrió en dirección a la laguna. Tal vez había visto una serpiente, o se había visto sorprendida por algún otro encuentro

propio de las zonas agrestes. No habían visto a ningún otro viajero desde hacía más de dos días, y no había ningún pueblo en los alrededores. No podía haber nadie más allí, pero ese grito había sido alarmante. Todo estaba silencioso ahora.

—¿Sophie?—llamó Kane.

El silencio era más inquietante que el grito repentino que había oído. Comenzó a correr más rápido.

—¡Sophie! —exclamó.

Se abrió paso a través de las hierbas altas, alcanzó el borde de la laguna y vio cómo una onda suave atravesaba las que, hasta ese momento, eran aguas tranquilas. Se dio la vuelta y miró en todas las direcciones con detenimiento. Sophie no podía, simplemente, haber desaparecido, fuera bruja o no.

El corazón comenzó a golpear con fuerza dentro de su pecho y ahora respiraba con dificultad. Había estado en batallas y perdido a seres queridos. Había desafiado a la muerte, pero nunca se había enfrentado a nada que le diera tanto miedo como verse solo de pronto, sin ninguna explicación, frente a esa laguna, mientras desaparecía la última onda que agitaba la superficie.

—¡Sophie!



Sophie abrió los ojos todavía confundida. Estaba oscuro y no podía moverse. Tenía las manos atadas a la espalda y los tobillos, amarrados. Se hallaba tendida sobre la piedra dura y fría. Se dio cuenta, a medida que recobraba la conciencia, de que un trozo de paño suave le cubría los ojos y por eso la oscuridad era total.

Recordaba haber rociado su rostro con agua fresca, luego se dio media vuelta y se encontró con un ancho pecho desnudo. Había gritado pero una mano grande, masculina, había puesto algo de olor dulzón frente a su nariz y luego... nada.

Sophie se quejó. Esto no era justo. Ella necesitaba llegar hasta su hija ahora. Cada minuto que pasaba sin Ariana era excesivo.

Una voz suave y tenue le dijo:

—Pensé que no te despertarías nunca.

Sophie dirigió la cabeza hacia la voz que hablaba. Debería tener miedo, pero no tenía ni tiempo ni paciencia para temer a nada en esos momentos.

—¿Quién es usted? ¿Qué ha hecho? Kane no dejará que me haga daño, así que mejor me deja ir ya mismo. Si hace eso, tal vez pueda convencer a Kane de que no le haga daño cuando nos encuentre. —Trató de mostrarse segura mientras decía estas palabras diciendo «cuando nos encuentre», y no, «si nos encuentra». No era «si» sino «cuando».

Sophie dio un grito ahogado cuando el hombre la arrastró hasta sentarla y le puso la cara sobre el cuello para olerla bien. No lo podía ver pero, con certeza, podía sentir su presencia y su aliento.

—¡Deténgase ya!

—Tal vez tú no eres quien espero —dijo el raptor con decepción en la voz dulce y aterciopelada—. Cuando he olfateado tu presencia, pensé que eras ella, pero podría estar equivocado.

—¿Has olfateado mi llegada?

—Desde hace dos días.

Es verdad que tomar un baño no había estado en la lista de prioridades desde que se marchó de casa, pero esto era realmente insultante.

—Te quitaré la venda de los ojos ahora —dijo el raptor—. No tengas miedo.

Sophie asintió con la cabeza mientras él le desataba la tela sedosa. Tenía que estar alerta, aguzar los sentidos y convencer a ese hombre de que la liberara de inmediato. Kane debía de estar desesperado. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la habían capturado? No sabía si habían transcurrido unos minutos u horas desde el momento en que se lavó la cara en la laguna para esconder las lágrimas.

La luz del sol le lastimó los ojos y también le contestó la pregunta: habían transcurrido horas.

Era casi de noche cuando se habían detenido cerca de la laguna y Kane había pronosticado lluvia para la noche, y hasta ahora nunca se había equivocado. Ahora no se veían ni nubes ni lluvia, sólo el cielo azul y el sol. Parpadeó una, dos veces, y luego fijó los ojos entrecerrados en el hombre que la estaba reteniendo. Todo había sucedido con tal rapidez que lo único que había podido ver de ese hombre era el pecho y una mano grande. Ahora que lo estaba viendo en su totalidad, podía notar que era mucho más corpulento de lo que había imaginado. Posiblemente midiera casi dos metros y era muy ancho de hombros. Tenía buenos músculos y era fácil verlos ya que sólo vestía un tipo de faldilla corta, por llamarla de alguna manera, que parecía estar hecha de piel curtida. Tenía la cara angulosa y, cosa rara, estaba bien rasurado. Quizá no era que se hubiera afeitado, puesto que tampoco tenía vello en el pecho ancho y musculoso. Era probable que, simplemente, no le crecieran pelos, ya que no tenía el aspecto de un hombre que pasara la mañana frente a un espejo cuidando su apariencia. Se veía atractivo pese a lo anguloso y templado de su rostro. Tenía labios carnosos y nariz bien formada. Si bien no tenía pelos en el cuerpo, los tenía en la cabeza. Lo llevaba largo como el de Sophie y era casi igual de claro, pero más dorado. Lo tenía muy descuidado, con mechones enredados que caían sobre los hombros y algunos de esos mechones le tapaban la mitad de la cara.

Poseía unos ojos de un profundo y extraordinario color oro, y parecía que la estuviera atravesando con la mirada. No había miedo en esos ojos dorados ni preocupación por Kane o cualquier otra persona que pudiera encontrarlos aquí.

—No puedo dejarte ir hasta no saber exactamente si eres quien espero o no —dijo el hombre.

Con el corazón en la boca, Sophie respondió:

—Puede dejarme ir, por supuesto. No diré a nadie lo que ha pasado. A decir verdad, no tengo tiempo. Debo llegar a la capital tan pronto como sea posible.

¿Tenía este hombre salvaje algo de compasión en su corazón grande? Si así fuera, no impediría que se marchase a buscar a su hija.

—Tengo una hija —explicó Sophie.

—Lo sé —dijo olfateando el aire a su alrededor—. Puedo oler la leche que tienes, y el miedo.

—Fue secuestrada hace más de una semana y voy a reclamarla —dijo Sophie mientras le temblaban los labios.

—¿Quién es el hombre que viaja contigo?

—El padre del bebé —explicó ella—. Me estará buscando. Si permite que me vaya, puedo encontrarlo y alejarlo de usted.

—No tengo miedo de enfrentarme a ese hombre.

Sophie miró con detenimiento las grandes manos del raptor y sus músculos prominentes. Indudablemente, no tenía motivos para sentir mucho miedo. Tal vez la amistad lo motivaría más que el temor.

—¿Cómo se llama?

—Ryn.

—Soy Sophie. ¿Podría, por favor, desatarme las manos y los pies? Dudo que pudiera correr más rápido que usted, aunque lo intentara.

Ryn reconoció lo acertado de aquel razonamiento y comenzó a desatar las cuerdas que ataban los tobillos de Sophie. No había usado una soga dura, sino algo de una textura suave como la seda.

Esta captura no había sido un error, sino una fechoría bien planificada. ¿Qué habría querido decir cuando explicó que tenía que asegurarse de que ella no era la elegida?

—¿Qué ha usado para desmayarme? —preguntó Sophie a la vez que él daba vueltas a su alrededor para desatarle los lazos de las muñecas.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó él.

El hombre hablaba en un tono decididamente cultivado, para ser una criatura con una apariencia tan salvaje.

—Si lo recuerdo bien tenía una hoja delante de mi nariz antes de que me desmayara. Estoy interesada en las plantas y sus usos —respondió Sophie, que estaba aún sentada y miraba a Ryn. Se masajeó las muñecas y estudió la cara completamente masculina. ¿Podría asustarlo diciéndole la verdad?—. Lo que sucede es que soy una bruja.

—Lo sé —dijo Ryn, y se puso de pie tomando a Sophie de la muñeca con la mano y tirando de ella para que se levantara—. Puedo oler la hechicería en ti.

Sophie trató de desprender la mano con un movimiento brusco, pero no lo logró.

—¿Podría dejar de hacer comentarios sobre cómo apesto? He estado viajando, y durante el trayecto no he tenido tiempo para parar y darme baños con esencias.

La boca de Ryn se torció con una media sonrisa.

—No he dicho que apestaras, sino que olías. Hay una diferencia, ¿sabes?

—La planta —dijo Sophie con tono seco—. ¿Cuál era?

Él abrió una pequeña bolsa que colgaba de su cintura, hecha de la piel de un animal, la abrió con una mano y metió los dedos largos dentro para sacar una hoja. Era pequeña, de color verde oscuro y brillante, y con una forma rara. Dijo:

—He oído que el árbol de *tanni* sólo crece en las montañas del norte. Tal vez es por eso que nunca oíste hablar de él. Cuando la hoja se quiebra y se inhala la fragancia, causa un período breve de inconsciencia.

—¿Breve? ¡Estuve inconsciente toda la noche!

—El efecto varía según las personas —aclaró Ryn.

Sophie estudió el aspecto inocente de la hoja y se inclinó sobre la mano de él, para tocar el borde rugoso. Sin darle aviso, le arrebató la hoja, la quebró con dos dedos y buscó alcanzar la nariz del grandullón.

Él le sonrió y le quitó la hoja quebrada, arrojándola al suelo.

—La hoja del *tanni* no tiene efecto sobre los anwyn.



Kane llevaba los caballos por las riendas mientras estudiaba las huellas. Sophie y el hombre que se la había llevado estaban a varias horas de distancia. No había podido seguir el rastro durante la noche, y durante esas horas ellos se alejaron de él.

Durante un largo trayecto había sólo un par de huellas de unos pies grandes, espaciadas, que comenzaban en el borde de la laguna y se dirigían hacia las colinas del norte.

La llovizna que cayó durante la noche hizo que se moviera con lentitud, pero no lo había detenido ni había eliminado totalmente las huellas.

Pudo ver que Sophie y el secuestrador habían descansado en una roca que sobresalía, antes de continuar su camino. A partir de ese lugar distinguió con claridad dos pares de huellas. No había encontrado ningún signo de violencia, pero ese dato no lo tranquilizó. Las huellas hubieran sido imposibles de seguir por alguien con menos experiencia que la que él tenía en búsqueda y exploración con las fuerzas rebeldes.

Unas semanas atrás, sólo recordaba a Sophie como un sueño, y no conocía a Ariana. Ahora se sentía inútil y sin valor si no las tenía consigo. Había perdido todo lo demás, no podía, también, perderlas a ellas.

Miró el cielo sin nubes. Había llovido durante la noche pero había parado pronto. Él y Sophie deberían estar recorriendo el camino hacia la capital, sin embargo, aquí estaba, internándose en el desierto, lejos del palacio y de su hija.

En la distancia se vislumbraban las montañas grises, azules y, por cierto, difíciles.

Si pensara escalarlas, sus laderas parecían algo interminable, aun a la distancia. Un hombre podría esconderse durante años en un lugar como ése. Y una mujer podría perderse quizá para siempre.

A medida que avanzaba el día, la tierra se volvía más rocosa, y por lo tanto se hacía más difícil rastrear las huellas. El pensamiento de que podía perder las huellas lo hizo sentir pánico. Si perdiera el rastro ¿qué haría? ¿Continuar la búsqueda en las montañas? ¿O ir a Arthes a rescatar a su hija? Estaba seguro de que Dios no lo pondría en la situación de tener que elegir.

En el momento en que estaba perdiendo toda esperanza, lo vio: un punto de color donde no debería haber ninguno. Corrió en esa dirección y sonrió cuando encontró el trozo de tela. La última vez que vio a Sophie, ella vestía una blusa amarilla por dentro de unos pantalones color habano. El pedazo de tela retorcido podría haberlo preocupado si no hubiera estado atado en un cuidadoso lazo.

Miró hacia el suelo, y allí, abajo, se veía una marca en el polvo, parecía un surco, tal vez hecho con el talón de una bota. Era una flecha, dibujada, que apuntaba en dirección norte.

—Ésa es mi chica —dijo con suavidad, mientras montaba en el caballo y proseguía.



—Por favor —imploró Sophie una vez más—. Debe permitir que me vaya.

—Aún no he decidido qué haré contigo.

Esas palabras tan reales hicieron correr un escalofrío por la espalda de Sophie.

—No tiene necesidad de hacer ninguna otra cosa que no sea dejarme marchar —insistió.

Ryn la guiaba usando las cuerdas de seda que ataban las muñecas de Sophie otra vez. Había olvidado el intento fallido de dormirlo con la hoja de *tanni*, pero aún sentía rencor porque ella le había tirado del cabello y luego había tratado de huir. Había sido un acto tonto.

Sophie nunca había estado en ningún otro lugar que no fuera Shandley o la montaña Fyne y ese paisaje se veía muy diferente al de su hogar. Hacia el norte, una imponente cadena montañosa los esperaba; y hacia el oeste las planicies eran llanas, inclementes y parecían interminables.

Sophie había oído hablar del centro desértico del país de Columbyana, esa áspera extensión de tierra tan poco adecuada para granjas y haciendas. Ningún intento de asentamiento en esa zona había prosperado más que unos pocos años. En el último siglo nadie trató de hacer habitable esa área central del país. La tierra se veía dura, en verdad, era áspera y poco acogedora, pero no esperaba que fuera tan magnífica como paisaje.

Sophie miró el pelo enredado de Ryn. ¿Qué tipo de magia le permitiría quedar en libertad? Un deseo profundo del corazón, quizás un conjuro, no podía estar segura. Debería haber estudiado con Isadora con más asiduidad y diligencia. No conocía ningún conjuro que la pudiera ayudar en estas circunstancias.

Si Juliet no había podido detener a Galvyn, ¿qué posibilidad iba a tener Sophie? Nunca habían estudiado la magia para ser usada contra la violencia, porque nunca habían pensado que esa situación pudiera presentarse.

—Tú aroma me inquieta aún, pero si tú eres la elegida, entonces éste es el momento —dijo Ryn.

—¿El momento para qué? —preguntó Sophie.

—Haces demasiadas preguntas.

—¡Tal vez deberías haber secuestrado a otra! —exclamó la joven.

Ryn prefirió ignorarla.

A Sophie las lágrimas le lastimaban los ojos. Juliet debió haber sido más específica cuando le advirtió que no debería viajar sola. Debió haber buscado con más profundidad para averiguar por qué el viaje duraría tres semanas y no dos. Hubiera sido muy útil saber de antemano sobre ese anwyn tan testarudo y grandote.

Juliet le habría avisado sobre ese peligro si lo hubiera visto. Sophie sabía bien eso. Pero...

—Lloras demasiado —dijo Ryn sin mucho interés y sin necesidad de mirarla para saber que estaba nuevamente al borde del llanto.

—No quiero recibir críticas de un... una criatura que me ha secuestrado.

Ryn, que tenía mucho talento para ignorarla, comentó:

—Tienes los sentimientos muy a flor de piel, como si se agitarán en el cuerpo en vez de encontrar descanso dentro de ti como deberían.

—Ha hablado como un hombre que, indiscutiblemente, no sabe lo que es un sentimiento —murmuró Sophie.

—Los sentimientos debilitan —continuó Ryn—. Hay fuerza en las pasiones, y tú las derramas a través de gotas de agua que salen de tus ojos. Un día tendrás que aprender a retener esa fuerza y usarla de una manera más útil. Te ayudaré —añadió con dulzura.

—No quiero ni necesito su ayuda —replicó Sophie con los ojos secos por el enfado.

Ryn la ignoró de nuevo y caminaron infatigablemente hacia delante. ¿No le dolían nunca las piernas? ¿No necesitaba comida, agua o descanso? Ryn se movía con mucha facilidad, mostrando los músculos de las piernas y de la espalda desnuda, bajo la piel bronceada por el sol. El pelo se le levantaba ligeramente al caminar, cuando el viento lo agitaba.

Sophie no podía entender por qué la había raptado, pero por la manera en que habló sobre ayudarla a controlar las emociones, era obvio que no tenía intenciones de liberarla. ¿Y si Kane nunca la encontraba?

—Necesito quedarme sola unos momentos —dijo Sophie muy seria.

Él se detuvo, se volvió con lentitud, y con una mirada furiosa le preguntó:

—¿Otra vez?

—Estoy nerviosa —contestó ella a la defensiva—. Todo es por su culpa.

Sophie había pedido detenerse por necesidad personal cinco veces desde el comienzo del viaje. Tal vez ese hecho era una indicación de que había cierta delicadeza en ese hombre, ya que nunca se había negado a la petición, aunque había comenzado a refunfuñar.

La miró con sospecha, pero finalmente la soltó y le señaló un pequeño promontorio rocoso y la instó a hacerlo deprisa.

Sophie anduvo en la dirección indicada y oyó cómo él le decía:

—¡Si tratas de huir, me enfadaré!

Sophie no se imaginaba cómo podría llegar a ser alguien, con el tamaño de Ryn, al mostrar enfado. Hasta entonces, él se había molestado por algunas cosas y tal vez se había mostrado algo confundido, nada más. Al llegar al promontorio, Sophie se soltó la blusa y rasgó un pequeño trozo, tal como lo había hecho con anterioridad cinco veces, en ese día que había sido tan largo. Fue difícil romper la tela la primera vez, tuvo que hacer una incisión con la punta filosa de una roca, y luego torcerla para rasgar un largo y fino fragmento. Después había sido más fácil, ya que el borde de la blusa estaba hecho jirones.

El paisaje era más desolado cada vez, ya no había ni siquiera una rama para atar el pedazo de tela. Hizo un pequeño lazo y lo puso sobre una roca. Rezó para que Kane pudiera verlo. Ella y el gigante habían caminado sin detenerse, y se dirigían hacia una montaña que se veía a cercana distancia. Sophie usó el talón de su bota para dibujar una flecha que apuntara en esa dirección.

Sonrió, caminó alrededor del promontorio de rocas y casi tropezó con el enorme torso desnudo de Ryn. La barbilla de Sophie apenas sobrepasaba la mitad del pecho del anwyn.

—Esperaba que respetara mi reserva —dijo ella tan pronto como el corazón empezó a latir nuevamente a su ritmo normal.

Ryn emitió un sonido que se asemejaba sospechosamente a un gruñido y caminó alrededor de la roca dirigiéndose al sitio de donde Sophie venía.

—¡Esperel —gritó Sophie.

Demasiado tarde, ya que Ryn había encontrado el lazo amarillo y la flecha dibujada sobre el terreno.

Durante algunos minutos permaneció en silencio, estudiando el lazo y el signo dibujado, sin mirarla.

—¿Cuántas veces? —preguntó con cautela Ryn.

—No sé qué quiere decir.

Ryn se aproximó y con manos demasiado rápidas para un ser tan grande le soltó la blusa. Estudió el dobladillo, de donde ella había ido sacando los trozos de tela que podrían señalarle a Kane el camino para encontrarla.

No sin extrañeza, Sophie vio cómo Ryn colocaba el lazo nuevamente en su sitio y luego, destruía la flecha que estaba dibujada en la tierra.

—Haz otra —ordenó—. Hacía aquel lado —dijo apuntando hacia el oeste.

Sophie negó con la cabeza y dijo:

—No.

Si Kane tomara la ruta de las planicies solitarias, nunca la encontraría.

Ryn la miró a los ojos con furia, como si pensara que podía hacerle cambiar de idea con sólo mirarla. Ella volvió a negar con la cabeza con disgusto. El estómago se le revolvió y la boca se le secó. Estaba bien sostener su posición, pero eso significaba enfrentarse a un hombre que, sin lugar a dudas, era el doble de su tamaño y tenía más del doble de fuerza.

Ryn esperó a que ella se aplacara, pero Sophie no lo hizo. Cuando él se dio cuenta de que no iba a hacer que cambiara de idea tan sólo con la mirada, se agachó y cogiéndole la pantorrilla le quitó la bota. Usó el tacón para hacer una flecha que apuntara hacia el oeste. Se puso de pie lentamente y miró hacia la llanura. Sonrió.

Con la otra bota, Sophie le pateó en la espinilla y le gritó:

—¡Miserable! ¡Déjeme marchar ahora mismo! Se arrepentirá. Kane hará que se arrepienta. Me encontrará, de todos modos, a pesar de sus trucos.

Ryn se inclinó para acercarse al rostro de Sophie. La sonrisa se le había borrado de la cara.

—Podría matarlo, lo sabes, sólo por la razón de haberte tocado. Está permitido.

Sophie sintió un mareo. No, no se suponía que Kane pudiera ser lastimado.

—Eso no tiene sentido —dijo ella tratando de mostrarse tranquila pero con la voz temblorosa—. ¿Cómo que está permitido, qué es lo que está permitido?

—Es hora de continuar —dijo Ryn con calma.

Sophie se plantó, un pie con la bota y el otro llevando nada más que un calcetín sucio, y dijo:

—No.

Él la levantó y la cargó al hombro como si no pesara más que una pocas hojas de *tanni*.

—Esta noche sabré si eres la elegida o no. Si eres quien yo espero, estaremos casados antes de que tu antiguo amante nos encuentre.

—¿Casados? Nunca me voy a casar. Y si lo hiciera, no sería con un salvaje medio desnudo que secuestra mujeres —incredó Sophie.

—Si eres la elegida, nos casaremos —repitió Ryn con voz mansa.

—La elegida ¿la elegida para qué?

—Mi pareja.

—Yo no soy..., eso es ridículo... ¡Qué absurdo!

—Los anwyn reconocemos a nuestras parejas por el olfato.

Él olfato una vez más.

—Bien, entonces algo anda mal con su nariz, caballero.

—Lo sé —contestó él con suavidad—. Eres quien debes ser ya la vez no lo eres. Esta noche sabré con certeza si eres mi pareja o no.

—No lo soy —contestó Sophie lacónicamente, aunque con el corazón latiéndole con fuerza.

—Debes aprender a aceptarme, Sophie, porque es correcto que lo hagas.

Miró hacia atrás, hacia la roca donde la señal falsa esperaba a Kane. ¿Por qué no podía ella hacer algo? ¿Por qué no podía liberarse? ¿De qué le servía la magia si no podía escapar de ese enorme y tosco monstruo? Era un verdadero fracaso como bruja. Todo lo que podía hacer era... Sophie levantó la cabeza y estudió la planicie rocosa e infértil con nuevos ojos. ¿Sería posible? Se concentró en una pequeña extensión de terreno y musitó unas pocas palabras, pero no pasó nada.

Intentó nuevamente, incluso haciendo gestos con la mano y concentrándose en forma tan intensa que todo lo que había a su alrededor se borró. Pero nada sucedió.

Después de unos minutos de ser cargada a hombros, Sophie suspiró y dijo:

—Póngame sobre el suelo. Me da dolor de cabeza ir colgada en esta posición.

—Dame tu palabra de que no huirás —dijo Ryn.

—Lo he comprendido con claridad —refunfuñó Sophie.

Ryn la depositó sobre el terreno y ella se despejó la cara de los cabellos que le caían enredados sobre el rostro. Podría tratar de razonar con él una vez más.

—No me casaré pase lo que pase, y, aunque me fuerce a algún tipo de matrimonio primitivo, no me quedaré con usted —insistió Sophie.

—Por supuesto que te quedarás. Los anwyn se unen para toda la vida —replicó Ryn con calma.

—¡No soy una anwyn! —exclamó Sophie—. ¿Por qué deben secuestrar a mujeres para hacerlas sus esposas? ¿No pueden casarse con su misma especie?

Él le sonrió y dijo:

—Los anwyn engendramos una hembra sólo cada cincuenta años. Pero eso no importa ahora. Reconocemos a nuestras parejas por...

—El olor —terminó de decir Sophie—. Ya lo sé. Odio tener que ser yo quien lo diga, pero creo que su nariz está averiada, Ryn. No soy su pareja.

—Lo sabré esta noche —dijo él de forma aciaga.

—¿Cómo? ¿Qué pasa esta noche?

—Es luna llena.

Justo cuando Sophie pensaba que la dejaría continuar sin ataduras, Ryn le cogió las muñecas y rápidamente volvió a atárselas.

Capítulo 11

Casi no lo vio. El trozo de tela no estaba atado a una rama, sino que reposaba sobre un promontorio de rocas. El color amarillo llamó la atención de Kane, que desmontó para averiguar de qué se trataba.

Oscurecería en unas pocas horas y Sophie empezaría su segunda noche como rehén. Kane sintió pánico cuando se dio cuenta de eso, pero no podía permitírselo.

Ya debería haberlos alcanzado, a ella y a su captor, ya que ellos iban a pie y él, a caballo; pero había pasado por un tipo de terreno difícil, por el cual era más viable caminar. Él no sólo llevaba su propia montura sino que guiaba el caballo negro comprado en Shandley antes de la partida.

La flecha dibujada apuntaba al oeste y, por unos instantes, miró en esa dirección.

La flecha era similar a las otras que Sophie había dejado para indicarle el camino, pero algo no estaba bien. No sólo sintió, sino que vio algo diferente. En vez de galopar deprisa en dirección oeste para encontrar a la mujer que había perdido, Kane se puso en cuclillas y estudió el surco. La profundidad no era la misma que en las otras, era más honda y no tan recta. Levantó la cabeza y contempló las llanuras delante de él, miró de soslayo y permaneció quieto, tratando de ver no sólo con los ojos y la mente, sino con el corazón. No había nada en esa dirección. Nada.

Su presentimiento le dijo que Sophie no había dibujado esa flecha, lo que significaba dos cosas: tenía problemas y el hombre que la había capturado sabía que Kane los perseguía.

Miró en la dirección opuesta, buscando algún indicio... y allí lo vio. La tierra era árida allí, tal como en los pasados kilómetros, pero un pequeño grupo de flores silvestres de lavanda habían nacido siguiendo un diseño especial. Caminó hacia ellas y pudo ver que era como si las flores dibujaran... una flecha.

Kane continuó su viaje en la dirección que la flecha de flores le indicaba. Encontró huellas de pisadas unos metros más allá. Un solo par, pero más hondas, como aquellas que había descubierto cerca de la laguna.

El muy sinvergüenza la estaba cargando.



Liane tomó el ascensor hasta el Nivel Siete, donde vivía la bruja que preparaba las pociones para evitar la concepción y los elixires para aumentar el placer, junto con otros brujos y brujas. El padre del emperador Nechtyn había prohibido todo tipo de magia, pero su hijo hizo caso omiso de la prohibición, permitiendo el uso de la magia durante su reinado. Los beneficios sobrepasaron ampliamente los riesgos.

A Liane no le gustaba el Nivel Siete. Estaba oscuro, casi como el Nivel Uno, y siempre había un olor raro en el aire. La fetidez del hervido de los preparados y de las hierbas secas era almizclada y misteriosa, y le recordaba los tiempos en los que ella no había tenido los privilegios de los que gozaba hoy día.

Allí fue forzada a tomar la primera dosis de la poción para evitar la concepción de un hijo, y la primera pizca del líquido pestilente la hizo atragantarse y llorar.

Ahora, sólo daba un respingo mientras lo tragaba. Liane se dirigió a buscar a Gadhra con rapidez. Ella era la que proveía las pociones para el Nivel Tres. Tan pronto como todo lo que necesitaba estuviera listo, sería feliz volviendo a su nivel. Gadhra tenía varias habitaciones, lo que señalaba su importancia dentro del palacio. Había una recámara, que Liane no tenía interés en visitar, una sala grande donde recibía a los visitantes y a los aprendices, y algo parecido a una cocina, donde la bruja hacía su tarea. Era la cocina lo que hacía que ese nivel apestara. Liane se tapó la nariz cuando entró en la cocina. Tendría que bañarse, tal vez hasta dos veces, para quitarse ese olor, antes de ir a ver a Sebestyen.

Una mujer poderosa como esta bruja debería vestirse mejor, pensó Liane mientras Gadhra la saludaba. Aunque el aspecto de la anciana era sencillo como el de cualquier hombre o mujer corriente, sería deseable que vistiera algo mejor que harapos en su metro y medio de altura. Era imposible decir si lo que la vieja bruja llevaba puesto era un vestido, una blusa y una falda, o tan sólo un tipo de envoltorio. Lo que fuera que vestía era algo suelto, a jirones y sucio.

Liane fue directa al grano:

—El emperador no se siente bien. Necesita algo que lo ayude con su mal humor.

Gadhra levantó una ceja y respondió:

—Sebestyen no toma mis preparados. Nunca. Tiene miedo de que olvide mi lealtad y que lo envenene, o que otra persona pueda dejar caer un ingrediente indeseado en el líquido de mi poción antes de beberla. Estoy segura de que no ha cambiado de idea sobre esto:

—Muy bien —dijo Liane con brusquedad—. Soy yo quien necesita algo que me levante el ánimo.

La vieja bruja sonrió y movió la cabeza.

—No es por ser tonta por lo que he sobrevivido tanto tiempo. Puedo, por supuesto, darte un elixir que levante tu ánimo, pero si tratas de convencer al niño de que lo beba, sabrá que estás tratando de engañarlo y se enfadará mucho.

—El emperador Sebestyen no es un niño —contestó Liane con la más fría de las voces.

La bruja no pareció preocuparse o estar sorprendida por el enfado de Liane.

—Él siempre será un niño, de la misma forma que tú eres una niña para mí.

Liane no le quiso decir a la anciana que desde que tuvo quince años no había vuelto a sentirse joven.

—Sólo deme algo para mí.

Sebestyen había estado deprimido o enfadado desde el mismo momento que Liane le había contado la traición de Maddox. Había sido su mano derecha en la época en la que él era aún demasiado joven para gobernar solo y sin consejo. Las noticias de que su aliado más fiable le había mentado estaban haciendo mella en su ánimo.

Sebestyen se sumía en largos períodos de silencio y cuando su humor emergía y explotaba, era impredecible.

Ella no podía controlarlo cuando actuaba de esa manera. Todo lo que Liane necesitaba era algo que lo ayudara a calmar los nervios.

—¿Te lo envío o esperarás? —preguntó Gadhra.

—Esperaré —dijo Liane.

Rápidamente, la bruja mezcló la poción que Liane le había solicitado. Mientras trabajaba tarareaba, mostraba placer al efectuar la tarea. Volcaba y rociaba con un poco de esto y sazonaba con otro poco de aquello, dentro del pequeño cuenco de plata. Revolvió la mezcla con una cuchara de madera y la estudió por un momento antes de añadir una pizca de una hierba seca que cogió de la repisa. Una vez terminada vertió un delgado chorro de líquido ambarino en una pequeña botella, la cerró y con un brinco se la entregó a Liane.

—Aquí la tienes —dijo la bruja mientras se la daba.

Liane la cogió con prontitud, lista para irse. Podría haber pedido que se la enviaran al Nivel Tres, pero cuantas menos personas la asociaran con Gadhra, mejor sería.

Mientras Liane se daba media vuelta para alejarse, Gadhra dijo:

—El niño no la beberá de tu mano, pues no te tiene confianza.

Liane se volvió y contestó:

—Confía en mí.

Gadhra movió la cabeza y sus grises mechones de pelo salvaje se movieron en todas direcciones.

—No, pero tal vez un día lo hará. Pienso que sí —afirmó la anciana.

Liane dio un paso hacia delante, acercándose.

—¿Puede ver algo del futuro? —preguntó.

La bruja se encogió de hombros y contestó:

—Ver lo que sucederá no es mi don. Hago pociones y enseño. Eso es todo.

Con indignación, Liane se dio media vuelta para marcharse. Mientras cerraba la puerta oyó que la anciana decía:

Pero algunas noches tengo sueños muy vividos...



Ryn apuró el paso a medida que el crepúsculo se aproximaba, dirigiéndose sin equivocarse el camino hacia una pequeña colina, el preámbulo de un paisaje de otras pequeñas colinas que se extendían sin que parecieran tener fin.

Las montañas que se vislumbraban en la distancia eran mucho más cabales y majestuosas que las que Sophie conocía y eran su hogar. Había algo atemorizador en las montañas que contemplaba en esos momentos.

La joven echó una mirada hacia arriba cuando doblaron y cogieron un estrecho sendero que subía. Habían caminado en las últimas horas por una zona que no estaba totalmente desierta: árboles nudosos y matorrales achaparrados crecían aquí y allá, y se podía observar a lo lejos señales de bosques verdes que marcaban el final de la zona desértica central. La colina que Ryn estaba escalando con tanta facilidad mostraba indicios de ser bastante verde en algunos lugares.

—¿Es éste su hogar? —preguntó Sophie.

—No, vayamos más deprisa —urgió Ryn.

—Me estoy alejando del lugar donde debo recoger a mi hija. ¡Me está llevando cada vez más lejos de la ruta que necesito coger! Además, estoy cansada —protestó Sophie—. Mis pies están lastimados, me duelen los hombros y tengo hambre.

Era la primera vez que sentía hambre desde que descubriera que Galvyn Farrell se había llevado a Ariana. Kane había tratado de estimularla para que comiera, incluso la había forzado a comer una noche en que ella se sentía muy desmoralizada. Ahora notaba que tenía ganas de comer.

—Comeremos después —dijo Ryn con brusquedad.

Sophie detuvo el paso y preguntó:

—¿Después...?

—¡Deprisa! —conminó Ryn.

El hombretón tiró con fuerza de los lazos que ataban las manos de Sophie y ella tuvo que correr detrás para no caer de bruces. Si se cayera, ¿la arrastraría? Tal vez, dada la premura con la que se estaba moviendo ahora. Cogió por una senda aún más angosta, que serpenteaba por la colina hacia arriba, parecida al sendero que Sophie había tomado tantas veces para volver a su casa. Pero ésta no era la montaña Fyne, no había una cabaña ni hermanas esperándola al final del largo camino.

No fueron hasta la cumbre de la colina, sino que abandonaron la senda que subía, en medio de la ladera. Ryn parecía saber con exactitud hacia dónde se dirigía.

Se metía por debajo de las ramas y separaba las espesas matas para que ella pudiera pasar. Iba con paso rápido y certero, mostrando prisa. No le decía que se apresurara, pero ella podía sentir la urgencia en cada movimiento.

Nada le preocupaba tanto como la manera segura en que él había dicho que comerían «después». Ryn estaba convencido de que era su pareja, y ella bien sabía lo que eso significaba.

Hacer el amor con un anwyn podría llegar a ser interesante, el tipo de situación que una mujer de pasión desenfrenada encontraría apetecible. Ryn no sabía dónde vivía ella, por lo tanto no sería un problema en el futuro. Era un hombre atractivo a su manera decididamente primitiva. Pero ella no sentía deseos de que él la tocara. Su hija se hallaba en peligro. Ryn no le había dado opciones..., y también estaba Kane. No había cambiado de idea respecto a la vida que quería vivir en el futuro, pero, en ese momento, Kane era de ella y ella le pertenecía a él. Sabía que el vínculo no iba a durar, no podía prolongarse pero, por ahora, se había comprometido con él de forma imprevista.

Se encontraron con la entrada a una gran caverna y Ryn la empujó hacia dentro.

—Por favor, Ryn, no —suplicó Sophie, mientras él iba detrás. Las últimas luces del atardecer se desvanecían y todo estaba oscuro dentro de la caverna. Miró hacia arriba para tratar de ver el rostro de Ryn, pero sólo encontró dos ojos que resplandecían con un brillo amarillento en la oscuridad.

Sophie emitió un grito sofocado.

—No temas —dijo Ryn. Su voz, que era bastante hermosa, así lo había notado Sophie con anterioridad, era más profunda y ronca. El ritmo de la respiración le cambió, volviéndose más agitado y fuerte.

»No te haré daño —le prometió. Esa promesa fue seguida por un sonido bastante parecido a un gruñido—. Siéntate —ordenó.

Estaba tan sorprendida por lo que estaba sucediendo que hizo exactamente lo que Ryn le ordenaba. Apoyando la espalda en la piedra fría de la caverna, vio cómo los ojos dorados que brillaban con claridad se movían hacia ella. Era lo único que podía ver: esos ojos que se cernían directamente sobre su persona.

Ryn respiró hondo y se inclinó sobre Sophie. La olió, tal como lo había hecho temprano esa misma mañana, olfateándole el cuello, la cara y a lo largo del brazo. De pronto hizo algo inesperado: le pasó la lengua por la garganta lentamente, sin prisa, con tranquilidad y con algo más, algo tan indescriptible como extraño. Los dientes la mordisquearon en la piel que recién había saboreado. Esos dientes no lastimaban, pero sin lugar a dudas sorprendieron a Sophie. Ella comenzó a temblar y no era un temblor placentero, como el que experimentaba cuando Kane la besaba.

—Por favor, Ryn —dijo Sophie con intención de calmarlo, pero su voz tenía un tono de pánico.

Él continuó mordiéndole suavemente el cuello, entonces Sophie trató de empujarlo para que se alejara. La mano tocó el pecho de Ryn, un torso muy peludo. Hasta ese momento había visto que el pecho era suave, musculoso y que apenas lo cubría algo de vello. Ahora, también tenía pelo en la palma de la mano. Era espeso y sedoso aunque, definitivamente, ese pelo no era humano.

Estaba atrapada allí, en esa caverna, con la espalda pegada a la pared rocosa y con un... un..., no sabía bien qué era..., delante de ella.

Levantó la mano para tocar el rostro de Ryn, preguntándose qué cambios notaría, pero, de alguna manera, él supo lo que ella quería hacer y la detuvo, sosteniéndole la muñeca con una mano fuerte que parecía no ser tal. También tenía muchos pelos y algo que sólo podían ser garras se clavó ligeramente en la carne de Sophie, mientras él impedía que le tocara la cara.

—No eres la elegida —gruñó él.

Ella deseó poder decir que ya se lo había dicho, pero no le salieron las palabras.

—Pero estás tan cerca, tan cerca —susurró él.

Ryn volvió a lamerle el cuello, llevando la punta de la lengua de un lado a otro de la garganta, y terminó la exploración con un mordisco en la curva del hombro.

—Recuerda —le dijo, con una voz tan ronca que era casi irreconocible—, no llores.

Y luego se marchó.



La luna llena en un cielo sin nubes le permitió a Kane continuar viajando de noche. Ahora estaba usando el caballo de Sophie y guiaba el propio. Cambiaría monturas a lo largo de la noche y al día siguiente.

Por primera vez se había hecho la pregunta que había evitado desde que descubrió la desaparición de Sophie. ¿Qué pasaría si no la encontrara o si no la encontrara a tiempo? La sola idea de la posibilidad de hallar el cuerpo sin vida de Sophie sobre el suelo rocoso hizo que se estremeciera como un niño que nunca antes hubiera enfrentado el peligro. Era una idea imposible de imaginar, un pensamiento intolerable que no podía siquiera considerar. Había perdido seres amados en el pasado, había enterrado a amigos, pero nunca había sentido tanto miedo como ahora.

Sophie era la vida misma, y la idea de que alguien pudiera quitársela era impensable. Ella debía vivir hasta llegar a ser anciana, tener arrugas alrededor de los ojos y mechones grises y color oro mezclados en el cabello. Debía tener más hijos y también nietos. Sophie amaba a los niños, tenía que vivir hasta una edad madura rodeada por ellos. Pero si muriera...

No podía imaginar cómo continuar viviendo sin tener a Sophie; pero ¿cómo podría abandonar a Ariana en las manos de Galvyn Farell? No podía. El fantasma de Sophie lo perseguiría para siempre si no terminaba la búsqueda que habían comenzado juntos.

Hubo un tiempo en el que había considerado quitarle Ariana a Sophie, pero eso había sucedido antes de que él la conociera bien, antes de que se diera cuenta del tipo de persona que era. Fuera bruja o no, era una mujer excepcional que amaba a su hija. No podía pensar que él podría terminar criando a la niña solo, porque la madre se había ido.

No había localizado ni una sola señal desde que había dejado la zona rocosa donde había visto la flecha falsa en el suelo y la extraña mata de flores silvestres. Después de todo, tal vez la flecha no había sido dibujada para que errara el camino, y ahora se estaba dirigiendo en la dirección equivocada. Tal vez las flores habían sido nada más que flores que crecían con un diseño raro. Antes de que la oscuridad llegara totalmente, ya había perdido las huellas de Sophie y el raptor. El suelo era más rocoso y había pequeños arroyos por donde su presa podía continuar sin dejar rastros. También cabía la posibilidad de que volvieran sobre sus pasos para ocultar las huellas. Kane dudaba en cada vuelta del camino, ante cada decisión.

Un poco antes había encontrado una angosta senda rocosa que aparentaba haber sido alterada recientemente y esa senda lo había llevado hasta el lugar en que se hallaba en esos momentos. La senda llevaba hacia las colinas verdes cercanas y hacia las grises montañas que se encontraban más allá. Un hombre podría esconderse allí durante años sin ser encontrado.

La había perdido. Esa verdad le golpeó duro y profundo como si fuera un arma. Continuó hacia delante, el caballo que cabalgaba y el que guiaba iban a paso lento. Sería un milagro que la encontrara. Un milagro o... magia. Sophie era poseedora de dotes de encantamiento, pero él no. Sólo se tenía a sí mismo, a su ingenio y a sus habilidades y éstos le habían fallado como cuando Duran y los otros habían muerto.

Oyó un suave sonido inesperado que se acercaba por la senda, hizo que el caballo se detuviera y se esforzó para escuchar nuevamente.

Por un momento hubo sólo silencio, y a continuación pudo oír un ruido débil y dulce que llegaba a sus oídos.

Era una voz, una voz de mujer. En todo el día no había encontrado nada que estuviera con vida, con excepción de unos pocos pájaros, algunos insectos y unas criaturas parecidas a las ratas. Cerró los ojos y escuchó, ubicando la voz e identificándola.

Estaba muy cerca y era Sophie.

Kane desmontó y llevó los caballos a un lado del camino, donde con rapidez los ató a la rama baja de un arbusto retorcido. La voz de Sophie no sonaba asustada, lo cual era un alivio, pero Kane no esperaba que el hombre que la había raptado se sintiera feliz al ser capturado. Sacó la espada y esperó a un costado del camino, en silencio. Por los sonidos parecía que Sophie estaba acercándose en dirección a Kane y no alejándose, pero todavía estaba muy lejos y no podía verla. El camino daba vueltas y vueltas, y unos árboles viejos y frondosos impedían que pudiera ver más allá.

Se sentía tan aliviado al oír la voz de Sophie que casi sonreía. Era todo lo que podía hacer para evitar salir corriendo por el sendero e ir a su encuentro. Pero hacer eso hubiera sido temerario y una tontería. Él era muchas cosas, pero no un imprudente.

Ella estaba tan cerca que podía oír su voz, sólo su voz. O hablaba consigo misma o su raptor la escuchaba sin responder.

—Juliet tenía razón —dijo Sophie. Podía oír los pasos en el camino, firmes y seguros—. Este retraso nos costará más días de viaje, más días sin mi bebé, no es justo.

Luego oyó el sonido que le había llamado la atención anteriormente: ella comenzó a cantar. Era una canción infantil, tal vez alguna tonada que le había cantado a Ariana en alguna ocasión. La voz sonaba dulce, sin enfado ni miedo, y los pasos concordaban con la armonía de la amable canción que hablaba de pájaros, mariposas y rayos de sol.

Cuando Sophie estaba aproximándose, Kane se internó en las sombras para permanecer escondido entre los árboles. La empuñadura de la espada se ajustaba cómodamente en su mano derecha. La mano izquierda descansaba lista y hábil sobre el cuchillo enfundado en la cintura, por las dudas.

No se podía mover hasta que no viera a Sophie y al hombre que la había llevado. El muy maldito debía de estar detrás de Sophie o a su lado, a la espera de que Kane se dejara ver. Esperaría allí hasta que pasaran y atacaría por la espalda.

Sophie llegó caminando desde la curva del sendero, con un andar equilibrado y, por momentos, cantando la canción. El pelo le brillaba a la luz de la luna. Aparentemente estaba ilesa y de buen ánimo. Kane esperó a que el astuto y silencioso secuestrador apareciera detrás de ella, pero Sophie pasó y continuó por el camino y nadie más se presentó.

Kane salió de su escondite y la llamó. Sophie se detuvo con rapidez y lo miró. Quedó en silencio por unos instantes, con el asombro de haberlo visto salir de entre la maleza sin aviso, pero luego corrió hacia él y cuando lo alcanzó lo abrazó con tanto ímpetu que él apenas pudo respirar.

Kane puso el brazo alrededor de Sophie y la alzó, acercándola a él.

—Sabía que me encontrarías —expresó Sophie con júbilo—. ¡Lo sabía! Le pedí a la luna que me encontraras y lo hiciste. Lo has hecho.

—Pensé que te había perdido —admitió Kane mientras la abrazaba con frenesí.

—¡Fui secuestrada! ¡Por un anwyn! Pensé que no eran nada más que una leyenda, pero son reales, Kane. ¡Son reales! Y él..., él... —dijo Sophie con voz apresurada y alegre.

—¿Te lastimó? —preguntó Kane con suavidad.

Sophie negó con la cabeza.

—No, pensé que yo era su pareja, pero, por supuesto que no y... y no puedo explicártelo, no ahora. Sólo quiero abrazarte ¿Puedo? ¿Puedo sólo abrazarte?

Esto era lo que Kane también quería: mantenerse abrazados, asegurarse de que Sophie estaba aquí, segura, acunarla entre sus brazos y no tener que imaginar nunca más lo que sería vivir sin ella.

—Encontraremos un lugar para acampar, para pasar la noche. Los caballos no están lejos. Mañana por la mañana regresaremos a la ruta principal que nos llevará a Arthes.

Ella asintió y se separó ligeramente de Kane, pero rodeándolo con los brazos. Kane tomó distancia suficiente para enfundar la espada, pero se acercó otra vez para abrazar a Sophie.

—Nunca dudé de que me encontrarías —afirmó Sophie mientras caminaban por el sendero. Rodeaba con el brazo la cintura de él, mientras que Kane apoyaba el suyo en el hombro de ella.

—Tampoco yo —mintió Kane.

Era un pequeño embuste, ya que había sido en las últimas horas que había empezado a dudar. Fueron horas terribles y sin esperanza.

La luna iluminaba el camino y, de pronto, Kane advirtió la belleza de ese lugar: los árboles, el cielo nocturno, hasta el camino polvoriento. Todo era hermoso porque Sophie estaba allí y a salvo. ¿Qué tipo de persona era él? No tenía un hogar, ni una vida real, no tenía más que aquel dinero que había obtenido gracias a la magia de Sophie. No tenía nada para ofrecerle a una mujer, pero no podía imaginarse vivir sin esa mujer formando parte de su existencia.

—Sophie —llamó Kane, mientras doblaban una curva del camino y podían ver ya los caballos—. Creo que te amo.

Ella suspiró, lo cual no se acercaba a la respuesta que él esperaba. ¿Qué había esperado él? ¿Una sonrisa? ¿Una declaración como respuesta?

—El amor es algo peligroso —musitó ella—. Además, no me conoces lo suficiente como para saber si me amas de verdad. Podría no ser la persona que tú crees que soy. Quizá te he mostrado los rasgos de mi persona que deseo que tú veas. A una mujer y a un hombre les lleva años entenderse bien y saber si el verdadero amor es posible. Además, cuando dices «amor» podrías estar pensando en la pasión física únicamente y, si bien sabemos que es maravillosa y emocionante, no se puede comparar con un duradero amor romántico.

—Has dedicado mucho tiempo a pensar en este tema —murmuró Kane.

—Por supuesto que he pensado. —Sophie suspiró una vez más—. Yo también creo que te amo.



Liane se bañó antes de visitar a Sebestyen. Se cambió de ropa y se perfumó la piel con lociones y aceites y pese a ello el hedor del Nivel Siete la molestaba y le quemaba la nariz.

Mientras se preparaba para la noche, echaba frecuentes miradas al frasco que estaba depositado sobre el tocador. Lucía inocuo desplegado entre las cremas y las lociones, como si perteneciera a ese lugar. Estaba ubicado cerca del cepillo de pelo, con aspecto sencillo y benigno. ¿Por qué, entonces, esa presencia la molestaba?

Podría simplemente decirle a Sebestyen lo que había en la pequeña botella y pedirle que lo bebiera, pero él no lo haría.

Podría engatusarlo, pero teniendo en cuenta el humor con el que se encontraba, no pensaba que fuera fácil hacerlo y el solo intento podría dañar la posición que ahora Liane ostentaba.

Si la pócima no olierá tan mal, ella se la untaría en todo el cuerpo con la esperanza de que en el transcurso de la noche Sebestyen hubiera lamido lo suficiente como para que le hiciera bien.

Olía mal y si él sospechaba que ella había querido engañarlo, no viviría ni siquiera el tiempo suficiente para conocer cómo era el Nivel Trece.

Si ella pensara que Gadhra le podría haber dado veneno, entonces sí, se untaría el cuerpo y dejaría que Sebestyen lamiera la mezcla letal hasta la muerte. Pero la vieja bruja nunca haría algo así. Sentía afecto por el emperador, aunque él detestaba el trabajo que ella hacía y, en los últimos diez años, siempre se había negado a recibirla. Él odiaba la magia y la temía. Gadhra había

insinuado que un día Sebestyen confiaría en Liane. ¿Podría ella confiar en los sueños de esa anciana?

El emperador estaba irreconocible desde que Liane le había informado sobre la traición de Maddox. El mayor miedo que tenía, una rebelión desde dentro, estaba latente y Liane lo sabía. Sebestyen se sentía viviendo una pesadilla, y lo estaba carcomiendo por dentro. No iba a tomar esa pócima si ella se la ofrecía, y no se animaba a tratar de engañarlo, ni siquiera para su propio beneficio mental y físico.

Liane cogió la botella y la acercó a la ventana. Antes de que tuviera tiempo de cambiar de idea, la tiró lejos y se perdió en la noche. Oyó cómo se rompía emitiendo un sonido distante, como un mudo crujir de cristal roto.



Acamparon en el bosque cerca del lugar donde Kane había dejado los caballos y durmieron unas dos horas. Lo hicieron juntos, recostándose el uno en el otro, como si temieran que los separaran otra vez si no estaban conectados. Sophie durmió con la cabeza sobre el pecho de Kane y con el brazo que colgaba alrededor del cuerpo. Él se mantuvo pegado a ella y aprisionó las piernas de Sophie entre las suyas.

No volvieron a hablar sobre el amor mientras establecían el campamento para pasar la noche. Aunque la sola mención de la palabra había permanecido en el aire como un eco silencioso que los rodeaba. Habían pronunciado las palabras de amor, y las llevarían consigo por el resto del viaje e incluso más allá en el tiempo. Aunque a Sophie las perspectivas del futuro le daban más temor que el enorme anwyn que había cambiado durante la luna llena y le había mordiscado el cuello como si lo encontrara sabroso.

Ahora no podía decirle a Kane que el amor que sentía por él lo llevaría a una muerte prematura. Si ella pudiera dejar de amarlo y salvarlo, lo haría; pero ese amor era demasiado profundo para negarlo y no había nada que pudiera hacer para cambiar lo que sentía.

Dudaba de que pudiera salvarse, aun cuando dejara de amarlo. Sólo lo lograría si rompían la maldición. ¿Cuántas brujas Fyne habían intentado hacer exactamente eso? No era posible romper una maldición que tenía una antigüedad de trescientos años. O tal vez sí. Nada era imposible.

Todavía estaba oscuro y Sophie se sentó. Había dormido profundamente durante dos horas. Estaba lista para continuar la marcha. ¡Habían perdido tanto tiempo...! El bosque se veía todavía oscuro, pero hacia el este había un toque de gris en el cielo.

Algo que relumbraba en el bosque llamó la atención de Sophie. La luz que bailaba era pequeña, intensa y amarilla. Observó cómo se acercaba, y no pasó demasiado tiempo antes de que se diera cuenta de que las luces eran dos y que eran ojos. ¿Los ojos de Ryn?

Un enorme lobo dorado se acercó al claro donde Kane y Sophie habían dormido. El animal era más grande que cualquier otro lobo que alguna vez pudiera haber visto, aunque, en realidad, sólo una vez había visto un lobo en la montaña que era su hogar. Ese lobo era mucho más pequeño que esta criatura que veía ahora. Este tenía el pelo más largo y blondo que el que había visto cerca de la montaña Fyne. No era nada común esta bestia.

Si ella no hubiera tocado a Ryn en la oscuridad de la caverna, si no hubiera sentido sus garras, no creería lo que estaba viendo ahora. Tampoco tenía miedo.

—No te muevas —susurró Kane.

Sophie oyó el ruido del choque de metal contra metal de la espada de Kane. Ryn la oyó también y gruñó, pero no se movió, ni hacia atrás ni hacia delante.

—No nos hará daño —aseguró Sophie.

—No lo puedes saber...

—Créeme. Lo sé —indicó ella.

De mala gana, Kane bajó el arma pero no la enfundó. La mantuvo, lista para el ataque, en la mano.

El lobo caminó hacia ellos, con pasos lentos y elegantes. Los músculos se movían cadenciosamente bajo la piel rubia y los ojos los mantenía enfocados directamente en la cara de Sophie. Ella sonrió y los ojos dorados centellearon. Sophie sabía que estaba en presencia de una magnífica criatura, grandiosa y mítica, con características que iban más allá de la hermosura.

—Sophie —musitó Kane—. Quiero que te pongas justo detrás de mí.

—No puedes matarlo —determinó Sophie.

Kane se levantó muy despacio.

—No será fácil, pero lo puedo hacer. —Ryn volvió los ojos hacia Kane y gruñó—. Una hoja de metal en el cuello lo haría —insistió Kane.

Una vez más, ella oyó el sonido del metal contra la piel de la funda, mientras Kane sacaba un cuchillo de alguna parte del cuerpo. Llevaba tantos que no pudo saber cuál de ellos había sacado, pero sí sabía que tenía la espada cogida con una mano y en la otra, un cuchillo.

Ryn detuvo su paso.

—¿Ves? —protestó Sophie—. Ahora lo has asustado.

—No puede entender lo que estoy diciendo y dudo mucho de que haya algo que pueda asustar a este monstruo.

—No es un monstruo, es sólo... diferente —aclaró Sophie.

Kane no tenía la más mínima sospecha de cuan diferente era este animal. Sophie le ofreció la mano, con la palma hacia arriba, y otra vez Ryn caminó hacia ella.

—¡Sophie! —gritó Kane.

Ignoró los deseos de Sophie y levantó la espada interponiéndose entre ella y Ryn.

Antes de alcanzar la mano que Sophie le ofrecía y la amenazante hoja protectora, el lobo había mirado con sus ojos dorados hacia el este, donde el cielo se tornaba paulatinamente más claro. Pareció transfigurarse por un instante, y luego se dio media vuelta, corrió como una saeta y desapareció en el bosque.

Un rato después de que el lobo se fuera, Kane devolvió las armas a sus fundas y abrazó a Sophie. La besó en el cuello y emitió un suspiro de alivio.

—Sé que eres una mujer confiada —dijo Kane con gentileza—. Pero, Sophie, nunca debes ofrecer la mano a un lobo. Esa criatura pudo haberte mordido o peor.

Ella estaba segura de que Ryn no le habría hecho daño, pero ¿cómo podía decirle a Kane que esta criatura del bosque y el hombre que la había secuestrado eran el mismo ser? Esa explicación le tomaría mucho tiempo y ella estaba ansiosa por volver a la ruta. Ariana la necesitaba.

—Tal vez hay una bestia en el corazón de todos los seres humanos —explicó Sophie.

—Pero eso no quiere decir que haya docilidad en el corazón de cada bestia... u hombre —se opuso Kane.

Muy pronto, la luz del día les permitió ver el claro donde habían pernoctado. Sophie se puso de pie y estiró sus músculos doloridos.

No estaba acostumbrada a montar y a caminar todo el día, ni tampoco a dormir en el suelo. Aunque, por supuesto, el cansancio no haría que su marcha fuera más lenta. El viaje era difícil, pero lo que la esperaba al final del camino valía la pena de cualquier sacrificio.

Kane se levantó también, estirando las largas extremidades. Se veía muy poco atractivo por la mañana, con el pelo desordenado, la barba crecida y los ojos soñolientos.

—Anoche no quisiste hablar sobre el hombre que te secuestró —dijo Kane.

—Estaba muy cansada —explicó Sophie. Y también tan feliz de ver a Kane que lo único que deseaba era estar junto a él y abrazarlo.

—Si no fuera por Ariana, trataría de perseguirlo hoy y lo mataría, pero no podemos perder tiempo.

—No, no podemos —confirmó Sophie.

Kane se tomó un instante para controlar todas sus armas: los cuchillos, la espada, el arco y las flechas en su sitio.

—Pero tengo que saber si ese hombre va a causar otros problemas. ¿Tratará de raptarte otra vez? —preguntó Kane.

Sophie negó con la cabeza.

—No, el rapto fue un error. Ryn no será un problema, pobrecito.

—¿Cómo puedes llamar «pobrecito» a tu raptor?

Kane estaba enfadado y confundido, y Sophie podía entender el porqué.

—No tenemos tiempo ahora para largas explicaciones. Nuestra hija nos necesita —aclaró Sophie.

La expresión de Kane era tensa, su cuello se endureció como si la tensión de los tendones le atravesara el cuerpo.

—Fuiste muy inteligente cuando dibujaste una flecha con las flores silvestres. Lo hiciste tú ¿no es verdad? Allí, cerca de las rocas con la señal errónea —quiso saber Kane.

—¡Pensé que no había funcionado! Si lo hubiera sabido, habría dejado más señales a lo largo del camino —comentó Sophie.

El suelo era duro y las flores debieron de haber crecido cuando el sector de terreno estaba fuera de la vista de Sophie.

—Desearía que lo hubieras hecho —dijo con suavidad Kane—. Pensé que...

—¿Pensaste qué? —inquirió Sophie cuando él quedó en silencio.

—Nada.

Sophie imaginó que Kane no quería compartir con ella los pensamientos pasados. No lo obligaría a hablar del tema, no por ahora.

—Déjame cabalgar contigo por un rato —sugirió Sophie—, y mientras cabalgamos para rescatar a Ariana te contaré una historia increíble.

—¿Los dos cabalgando el mismo caballo? —preguntó él con escepticismo.

—Sólo por un rato. Se me hará más fácil contarte la historia de esta manera.

Además, ella necesitaba tenerlo cerca, descansar la cabeza sobre el hombro de Kane, tocarle el cabello y abrazarlo, como si la única forma de estar a salvo y rodeada de afecto fuera teniéndolo muy cerca.

Le contaría todo acerca de Ryn, pero no estaba muy segura de que él la creyera. Ese hombre a quien ella había comenzado a amar era muy testarudo. Tenía la inclinación a creer sólo en lo que veía y podía ser explicado. Era un hombre racional, pero era tan atractivo y noble que bien podía ella olvidar este defecto.

Capítulo 12

Liane miró cómo Sebestyen se movía en el enorme salón de baile. El lugar parecía aún más inmenso cuando sólo estaba ocupado por ellos dos, como en ese momento. Nunca debería haberle reseñado el delito de Maddox. Sebestyen estaba furioso desde que había sabido que el ministro que había estado junto a él desde el comienzo de su reinado le había mentido. Esto lo había vuelto más paranoico que antes. Lo que está hecho, hecho está, pensó Liane.

Liane se negaba a considerar que haber informado al emperador sobre la traición de Maddox había sido un error. No podía dar marcha atrás sobre la decisión de haber traicionado al único verdadero amigo que tenía en el palacio. Tenía que tratar de obtener los mejores resultados de esta nueva situación.

Liane y el emperador se encontraban solos en la sala de baile. En ése lugar, Sebestyen presidía grandes fiestas y escuchaba las peticiones de quienes querían algo de él, también era el lugar de reunión con aquellos que le servían: ministros del Nivel Cuatro y sacerdotes del Nivel Dos, entre otros. Él le había pedido que estuviera allí esa tarde, tal como lo venía haciendo últimamente. Le había solicitado que estuviera con él en esas circunstancias molestas. No era su esposa, ni un ministro ni un sacerdote, pero era ella con quien él quería compartir esos momentos.

Liane caminó hacia él y mientras lo hacía, la túnica carmesí le flotaba detrás. Era más liviana que la que llevaba Sebestyen y, por lo tanto, era posible que el emperador tuviera un golpe de calor llevando esa prenda que se ajustaba más a los tiempos invernales que al actual verano. Liane le tendría que indicar esto último, y cuanto antes, mejor. Ese consejo demostraría el cuidado especial que Liane brindaba a la salud y a la comodidad del emperador.

—Sebestyen, querido, por favor, siéntate —dijo ella con gentileza.

Habían pasado ya varios días desde que el emperador se enterara de las mentiras por omisión de información de Maddox y aún seguía irritado.

Había sido sensato que Liane no le hubiera dicho que Maddox pensaba que el emperador estaba loco.

—No deseo sentarme —dijo mientras continuaba dando pasos por la sala.

—Pediré que nos sean enviados algo de vino y pan. Creo que no has comido lo suficiente durante el almuerzo —le propuso Liane.

—No debería comer nada —insistió él—. Alguien trata de envenenarme, lo sé bien.

—Probaré el vino y el pan yo misma —prometió Liane.

Centinelas leales vigilaban al personal de las cocinas imperiales y cuidaban al máximo las posibilidades de envenenamiento, por lo que el riesgo que corría Liane era mínimo. Alcanzó a Sebestyen y le puso una mano sobre el hombro. Cuando sintió la mano de ella, el emperador detuvo el paso.

—Permíteme que te cuide, Sebestyen —dijo ella suavemente.

Él la miró y en los ojos reflejaba el enojo y la desesperación de la pérdida.

—¿Por qué? —preguntó el emperador—. Tu tarea principal no es cuidarme. Tengo asistentes que se ocupan de esos asuntos mundanos.

Eran asistentes que no gozaban de toda la confianza de Sebestyen y eran llamados sólo cuando él lo consideraba estrictamente necesario.

—¿No he dado pruebas de mi lealtad, mi señor? ¿No te he dado todo lo que un hombre le puede pedir a una mujer?

—Lo has hecho —admitió en voz baja.

Se notó que estaba menos tenso y permitió que Liane lo guiara hasta el estrado ubicado al fondo de la sala. Un trono llamativo, donde el emperador se sentaba para atender a sus subordinados, dominaba la extensión vacía donde en raras ocasiones la gente bailaba, y en otras los súbditos de Sebestyen pedían favores o gracias especiales. Había habido pocos bailes en esa sala en los últimos años, y aún menos favores y misericordia.

Las cuatro ceremonias de bodas reales se habían llevado a cabo en esa sala, la primera cuando ambos cónyuges sólo tenían quince años. Liane no asistió a ninguna de ellas.

Ella lo cogió de la mano mientras se sentaba, luego se inclinó y le besó la frente como si fuera un niño. Con una sonrisa le ordenó que se quedara sentado en la silla.

Una vez que Sebestyen estuvo listo, Liane se dirigió deprisa a la puerta para abrir las dos enormes hojas dobles. Le dio a Taneli la lista de pedidos mientras el joven centinela escuchaba atento. Pidió una túnica liviana para el emperador, un cuenco con agua, un paño y el peine de las habitaciones reales. También pidió vino y pan. A Taneli no le gustaba Liane y desconfiaba de ella, pero no protestó. Otras personas, dentro del palacio, habían comenzado a notar que la cortesana Liane era una de las más favorecidas por el emperador en los últimos tiempos.

Cuando ella estaba terminando de hacer el pedido, apareció un hombre que cargaba a un bebé y que traía escolta oficial. Ella lo había visto algunas veces en días anteriores. Había estado insistiendo reiteradas veces para ser recibido en audiencia por el emperador. El momento para solicitar ver al emperador no podía haber sido peor.

El hombre entrecerró los ojos y pidió:

—Por favor, señora, debo ver al emperador.

Liane ignoró al hombre y comenzó a cerrarle la puerta en la cara. Pero unas palabras hicieron que se detuviera.

—Por favor, dígame cuándo regresará el ministro Sulyen.

Liane se recostó contra el vano de la puerta y miró al hombre con furia. Era bastante atractivo, pero demasiado bajo y pequeño para que llamara la atención y demasiado común para que resultara interesante. ¿Por qué un hombre como éste estaría preguntando por Maddox?

—¿Por qué quiere ver al ministro Sulyen?

El hombre levantó al bebé, así Liane podía mirar la cara, bonita y pequeña, y un mechón de pelo claro.

—Esta es su nieta —indicó el hombre.

El corazón de Liane dio un vuelco. ¿Era ese bebé la nieta de Maddox? Imposible.

—El ministro Sulyen no tiene familia —aclaró Liane con tranquilidad.

—No tiene familia legítima —respondió el hombre—. Mi nombre es Galvyn Farrell. Vengo de un pequeño pueblo de la Provincia del Sur, llamado Shandley. Dudo de que alguna vez haya oído hablar de él ya que no es importante. Hace poco tiempo he descubierto que Sophie Fyne, una joven que vive en las cercanías de dicho pueblo, es la hija ilegítima del ministro Sulyen.

»Este bebé es la hija de Sophie y yo quiero casarme con Sophie. —Farrell dijo todo esto con mucha rapidez, como si temiera que Liane le cerrara la puerta si paraba de hablar para tomar aliento. Continuó—: Sophie está en camino para presentarse ante su padre y pedir permiso para casarse. Dado que el ministro no está actualmente en el palacio, era mejor que viniera para aquí ya que el emperador debería acceder al pedido de matrimonio. Quisiera que la boda se celebrara de inmediato.

Liane entornó los ojos para mirar la carita inocente de la nieta de Maddox.

—Regrese a casa —musitó ella—. No vuelva al palacio.

Trató de cerrar la puerta, pero el hombre se lo impidió poniendo la bota. Por detrás, un centinela levantó la espada. Liane, con un gesto de la mano, impidió que Galvyn fuera atacado. Ella podía hacerse cargo de este pequeño hombre, si era necesario, y un derramamiento de sangre en la puerta de la sala de baile no haría otra cosa que enfadar más al emperador.

—Mi madre es prima de la tía política de la madre del emperador —dijo Farrell con premura.

Liane miró a Farrell con los ojos entrecerrados. Columbyana estaba plagada de primos lejanos de un tipo u otro.

El hombre no se daba por vencido con facilidad.

—¡Estoy seguro de que al ministro Sulyen le gustaría saber que tiene una hija y una nieta!

Liane cerró los ojos cuando a sus espaldas oyó los pasos del emperador que se acercaba. ¿Por qué Sebestyen no se había quedado sentado en el trono como le había pedido?

—¿La hija de Sulyen? —dijo Sebestyen con entusiasmo.

—Y nieta —añadió Farrell con energía.

A esto le siguió un momento de pesado silencio. Farrell no se animaba a seguir divagando ante la presencia del emperador y Sebestyen tampoco hablaba.

Liane estaba a punto de echar al molesto hombre y al bebé por la fuerza, cuando Sebestyen dijo:

—Quiero a las dos —dijo en voz baja. Era la primera vez en días que la voz del emperador cobraba vida.

—Espere un momento —le dijo Liane a Farrell y le dio un suave empujón que lo hizo retroceder un paso. Cerró la puerta y se volvió para mirar a Sebestyen. Al emperador le brillaban los ojos y las mejillas se le veían nuevamente con un ligero color. ¡Maldición! Ella era quien tenía que infundir nuevos bríos a la vida de Sebestyen, no la noticia de esa hija ilegítima que le llenaba el corazón de deseos de venganza. Y, con certeza, lo que él quería era venganza. Si Maddox no estaba aquí para sentir en carne propia la ira del emperador y sufrir la venganza, ¿qué mejor sustitución que la propia familia del ministro?

Liane colocó una mano tranquilizadora sobre el pecho de Sebestyen. Le latía el corazón con fuerza y rapidez.

—La hija no ha llegado aún, y, en todo caso, para desquitarte lo mejor sería esperar el regreso de Maddox, ¿no lo crees así?

—¿Cuándo llegará ella, esa hija, aquí?

—No lo sé —respondió Liane.

Sebestyen sonrió y le tocó la mejilla con ternura.

—Lo dejaré todo en tus manos, Liane. Haz que ese hombre y el bebé estén con custodia todo el tiempo. No quiero que se me escapen de las manos.

Ella suspiró, molesta por esta nueva complicación.

—No lo harán —aseguró Liane.

—Y cuando esa hija llegue, quiero que me la traigan de inmediato.

—Por supuesto, Sebestyen.

Liane acompañó al emperador hasta el trono; estaba muy excitado por los planes de venganza. Regresó para hablar con Farrell e instruir al centinela para que llevara a esos nuevos invitados a una de las suites del Nivel Cinco. Farrell estaba complacido ya que no tenía la menor idea de lo que significaba permanecer alojado en el Nivel Cinco cerca de la emperatriz.

Farrell y el bebé fueron llevados a sus nuevos aposentos, y pocos minutos después ya habían llegado las cosas que Liane había pedido anteriormente.

Cuando estuvieron solos, ella lo desvistió, lo bañó y lo volvió a vestir con una túnica más apropiada para la temperatura de verano. Se puso de pie detrás de él y lo peinó con cuidado para no tirar de los mechones que estaban enredados, mientras él discutía las formas en las que se podía tomar venganza del ministro Sulyen, y hacerlo en la confiada hija del traidor.

—Pero debes ser paciente —le aconsejó Liane.

A ella no le preocupaba que hubiera otra mujer en la cama de Sebestyen, y tampoco le preocupaba que otra mujer pudiera robarle el corazón del emperador. Él no tenía corazón. Tampoco Liane, por eso eran la pareja perfecta, una pareja constituida en el infierno.

—Puedes convertir a la joven en concubina, puedes atarla con una cadena a tu cama, puedes degradarla de mil maneras; pero si Maddox no está aquí para verlo, habrás perdido una brillante oportunidad. Debes ser paciente, querido.

Él suspiró y se distendió.

—Me gusta cuando me dices «querido».

Ella probó el vino y el pan, y cuando estaba claro que no habían sido envenenados, los compartió con Sebestyen. El emperador vio grandeza en el gesto de Liane, ya que creía firmemente que había alguien en el palacio que quería envenenarlo.

El ánimo de Sebestyen había mejorado mucho después de haber encontrado nuevos planes de desquite. Sonrió por primera vez, después de muchos días de no hacerlo. Mientras comían, le tocó los pechos a Liane y la acarició con sus dedos largos. Luego la arrastró hasta sentarla sobre sus rodillas con tanta fuerza que la copa de vino que ella tenía en la mano se derramó. En los últimos tiempos no había sido un amante obsequioso, pero ahora, mientras estaba sentada en sus rodillas, él le prometió que esta situación cambiaría muy pronto. Sería esta noche.

Sebestyen tenía otros planes para la tarde, planes excitantes que no quería compartir. Sería una sorpresa, le dijo, mientras abandonaba el estrado para dirigirse a la puerta y darle una orden a uno de los centinelas.

Hecho esto, Sebestyen se sentó en el trono una vez más y puso a Liane sobre sus rodillas nuevamente. Le desprendió algunos botones de la túnica dejando al descubierto el cuello, y uno de los senos, para así poder besarlos. El cuerpo de Liane respondió, como siempre lo hacía, y, de inmediato, ella le pasó los dedos por el cabello y lo empujó hacia ella. Él guió el pezón hacia dentro de su boca caliente y húmeda para chuparlo.

Liane no lo odiaba cuando la tocaba de esa forma, no podía odiarlo. Era como si fuese un hombre distinto, como si en esos momentos pusiera de lado todo lo que tenía de diabólico. Liane sentía placer, no amor. No era un sentimiento del corazón o del espíritu, sino una sensación puramente física. Nunca había conocido un placer tan especial con ningún otro hombre.

Sebestyen le levantó la túnica y puso sus dedos sobre ella, buscando excitarla, pero no permitió que ella lo tocara. Quería ver cómo Liane gozaba, así le decía él mientras tocaba los pliegues húmedos y la protuberancia de la entrada de su sexo. Quería que ella gritara y se estremeciera de placer en sus manos. Y lo logró.

Había momentos en que Liane imaginaba que Sebestyen era el hombre común que ella nunca tuvo como esposo, un amante normal que no la ofrecería a otros hombres cuando le complaciera hacerlo.

Si ellos se hubieran conocido en otro tiempo y en otro lugar, si él no fuera el emperador y ella una de sus concubinas ¿lo odiaría de esa manera? ¿Soñaría con matarlo?

Estaba reposando en los brazos del emperador, todavía temblorosa, cuando las puertas se abrieron y dos centinelas guiaron a la emperatriz Rikka dentro de la sala. Liane trató de ponerse de pie, abandonando las rodillas del emperador, pero él no la dejó. La cogió con ambos brazos y se aseguró de que la túnica de Liane permaneciera de la misma forma, de manera que mostrara las piernas desnudas y el seno al descubierto. Mientras su esposa miraba, él puso los labios sobre el cuello de Liane y la besó casi con ternura.

Rikka se dio media vuelta y trató de retirarse, caminando airadamente, pero, a una señal de Sebestyen, un centinela se interpuso. Era Taneli, el mismo que la revisaba de forma insolente. El otro centinela, Ferghus, estaba de pie detrás de Taneli, tratando de disimular el impacto que le estaba produciendo la escena que se estaba desarrollando en estos momentos. Era nuevo en el palacio.

Cuando Rikka trató de marcharse, Taneli la levantó en volandas y la llevó hasta el estrado donde se hallaba el trono. Los pies de ella se sacudían con furia y los talones golpeaban las piernas del centinela. Él no se echó atrás y ni siquiera enlenteció el paso.

Rikka era una mujer pequeña, demasiado joven e inocente para la tarea de satisfacer a Sebestyen. También era una rara combinación de sumisión y vehemencia. La mayoría del tiempo era dócil, pero algunas veces tenía arrebatos de ira y su genio explotaba. Había sido un milagro que hubiese durado tanto.

—¿Cómo te atreves a hacerme venir para ver cómo juegas con tu puta? —preguntó Rikka con indignación real, pero con rubor en las mejillas.

Sebestyen sonrió y le ofreció una mano con la palma hacia arriba al segundo centinela. Ferghus depositó un pequeño frasco en la mano del emperador. El frasco de vidrio tenía menos de dos centímetros de diámetro y cerca de seis de largo, tenía un pequeño agujero en un extremo y un émbolo en el opuesto. Contenía un polvo granuloso marrón con una apariencia perfectamente benigna. Era Panwyr.

Liane ahogó una protesta de horror. Era muy tarde para Rikka. Nada de lo que ella pudiera decir haría cambiar de idea a Sebestyen, y suplicar por la emperatriz sólo la haría parecer débil.

—Has sido una desilusión para mí, Rikka —dijo Sebestyen.

—No habéis cumplido con mis expectativas vos tampoco —contrapuso la emperatriz.

Esa afirmación dicha en otro momento hubiera hecho que Sebestyen montara en cólera, pero no sucedió así en ese momento. Simplemente, él sonrió. Era una discusión que Rikka no ganaría y él lo sabía. Liane sintió pena por la ingenuidad de la joven.

Sebestyen permitió levantarse a Liane de sus rodillas, no sin antes darle al seno desnudo un amistoso apretón.

La concubina y confidente del emperador ignoró la mirada de odio que le envió Rikka.

—Mi señor —sugirió Liane con suavidad mientras se arreglaba la ropa, cubriéndose—, tal vez éste no es el momento adecuado para...

—Tengo un plan —interrumpió Sebestyen—. Un grandioso plan. Pero hay un problema que tengo que solucionar antes de proceder con él.

Rikka era el problema.

Sebestyen abandonó el trono y el estrado, y dejó a Liane allí.

La esposa, en actitud desafiante, se paró delante de él mientras los centinelas permanecían detrás, no para protegerla sino para evitar que huyera.

Quizá Rikka se dio cuenta de que era su última oportunidad, porque mientras Sebestyen se acercaba lo miró con fijeza y, con palabras que estaban dirigidas únicamente a él, musitó:

—Sólo he tratado de amaros, mi señor. ¿Por qué no me permitís hacer lo que una esposa debe hacer?

Sebestyen cogió la barbilla de Rikka, presionó su rostro hacia arriba y sonrió. No le respondió ni una palabra y empujó con rapidez el frasco dentro de la nariz de la emperatriz. Sorprendida, ella trató de retirarse, pero él la sujetó con un brazo mientras apretaba el émbolo del frasco para enviar el Panwyr hacia arriba y, por lo tanto, hacia dentro de su organismo.

El cambio fue instantáneo. Rikka relajó el rostro y el cuerpo. Desenroscó los dedos de las manos, y suavizó el gesto de los labios. Las pupilas se le dilataron tanto que los ojos se veían completamente negros. Esbozó una sonrisa.

El corazón de Liane se encogió. La emperatriz parecía mucho más joven cuando sonreía.

—¡Qué bien me siento! —susurró Rikka—. ¿Qué es este regalo que me habéis dado, mi señor? Lo puedo sentir a través de mi cuerpo, como... como..., oh, ¡qué bien!

—El Panwyr tiene una gran variedad de efectos, dependiendo del individuo que lo tome —explicó Sebestyen—. Algunos se sienten imbuidos de una fuerza como jamás conocieron antes, otros experimentan una abrumadora tristeza y luego euforia. Otros sienten placer sexual, algo que

tú nunca te permitiste disfrutar —le dijo a Rikka mirándola a los ojos—. Esto es lo que te perdías cuando insistías en tenderte debajo de mí como un pedazo de carne inerte.

Rikka echó atrás la cabeza y respiró hondo. Un estremecimiento le recorrió el pequeño cuerpo.

—Es fantástico, mi señor. Es...

Ella se tambaleó. Sólo la forma en que Sebestyen la mantenía aferrada le permitía permanecer de pie.

—Mis rodillas se aflojan —dijo con una renovada risita tonta.

Liane colocó una mano en el brazo de Sebestyen y dijo:

—Mi señor, deja que los centinelas se la lleven ahora.

En todo caso, ellos decidirían abusar de ella antes de arrojarla al Nivel Trece. No conocía a Ferghus bien, pero Taneli era muy capaz de un acto así de vil.

Eso le daría tiempo a Liane para abandonar la sala con alguna excusa y acompañar a Rikka. No le gustaba la odiosa joven, que se reía y lloriqueaba a la vez, como una boba, pero era apenas una niña, y no se merecía ser enviada al Nivel Trece.

—Creo que acompañaré a mi esposa a sus nuevos aposentos —dijo Sebestyen con una sonrisa.

—¿Nuevos aposentos? —preguntó Rikka—. ¡Qué amabilidad de vuestra parte! Estoy aburrida de los viejos.

Ella miró más allá de Sebestyen, hacia una pared desnuda detrás del estrado, y sus ojos se dilataron.

—¡Mirad! ¡Qué bonitos colores! ¿Tendré colores tan hermosos en mis nuevos aposentos? —continuó divagando Rikka.

—Sí —contestó Sebestyen con alegría, mientras presidía el camino hacia las puertas dobles de la sala.

Liane permaneció en el estrado. Se sentía mal, temblaba.

Al llegar a las puertas, Sebestyen volvió la cabeza y le dijo:

—Ven con nosotros, querida.

Liane movió la cabeza y respondió:

—No puedo. No... —mientras se mordía los labios.

La había llamado «querida». Por lo que sabía, nunca antes Sebestyen había llamado a nadie de esa manera. Abandonó el estrado y anduvo hasta las puertas donde estaban los centinelas, la emperatriz drogada y el emperador. Liane caminó con la espalda erguida y olvidó las náuseas que la atormentaban.

—Nunca me llama «querida» —protestó Rikka mientras hacía una mueca que podía ser hasta graciosa—. Nunca, ni siquiera una vez..., oh ¿es ésa una mariposa? —Apuntó hacia el lado opuesto de la sala de baile y comentó—: Cientos de mariposas. ¿No son hermosas, mi señor? ¿No son encantadoras?

Liane pasó por alto las divagaciones de Rikka. Sebestyen se estaba deshaciendo de la emperatriz y la había llamado «querida» a ella. No podía permitirse siquiera imaginar el significado de todo esto.

Tomaron el ascensor privado hasta el Nivel Diez. Rikka se reía neciamente y hablaba durante todo el trayecto. Su cháchara era más fuerte que el zumbido del ascensor. Miró a Liane por un momento y le sacó la lengua, riéndose luego de su propia niñería. Trató de coger las partes privadas de Ferghus, lo cual fue festejado por Sebestyen, pero el centinela se las ingenió para mantenerse lejos del alcance de la emperatriz y ella no lo intentó más. Antes de llegar al Nivel Diez, Rikka se desabotonó la túnica carmesí y se desnudó hasta la cintura, quejándose del calor. A Taneli le resultó difícil mantener la vista alejada de los pequeños y turgentes senos de la joven.

Salieron del ascensor en el Nivel Diez, y atravesaron un portal que estaba ubicado a la derecha. Había unas escaleras empinadas que bajaban al Nivel Once y desde allí, como siempre,

se podía oír el permanente ruido, como un zumbido, característico de ese nivel. Luego volvieron a descender otra empinada escalera de caracol hasta el nivel inferior. En el Nivel Doce caminaron por un corredor largo que parecía, por momentos, estar desierto. Pero, cerca del final del pasillo, había cuatro guardias bien armados, a la espera.

Dos de ellos se sorprendieron al ver al emperador y a la emperatriz, pero los otros dos no. Uno de los guardias, un hombre con una fea cicatriz que le cruzaba la mejilla, sonrió, como si ese momento hubiera sido arreglado para que él tuviera un rato de diversión.

Sebestyen ordenó a Taneli y a Ferghus que esperaran en el hueco de la escalera.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Rikka—. ¿Están mis nuevos aposentos aquí? ¡Es todo tan bonito...! ¡Hay colores tan maravillosos...!

No había colores dignos de mencionar en el Nivel Doce. Había frías paredes, suelos y techos grises y el verde de los uniformes de los oficiales. Nada más.

Pero Rikka veía otras cosas. Se volvió para mirar a su esposo y le sonrió. Tenía la túnica suelta y le colgaba, dejando ver la mitad de su pequeño cuerpo. Las mejillas las tenía sonrosadas y las pupilas, dilatadas. ¿Qué veía? Rikka levantó la mano con delicadeza para tocar la mejilla de Sebestyen.

—Pensáis que miento cuando digo que os amo, pero no. Os amo. Os he amado desde el primer momento que os vi, cuando caminaba del brazo de mi padre y estabais allí, esperándome con ese sacerdote gordo. —Una vez más, prorrumpió con una sonrisa tonta—: Pensé que erais el hombre más apuesto del mundo, y estaba segura de que tendríamos una hermosa vida, juntos. —La sonrisa le desapareció del rostro y añadió—: ¿Qué sucedió?

Sebestyen hizo un movimiento de cabeza para indicarle algo al hombre de la cicatriz e inmediatamente éste se arrodilló para abrir un candado que estaba en el suelo. El centinela lo abrió y lo dejó a un lado, luego, dos guardias y él mismo levantaron una puerta trampa que se encontraba allí. Esa puerta era tan pesada que hacían falta al menos tres hombres para moverla. Una sola persona no hubiera podido levantarla nunca.

El olor que provenía del Nivel Trece era horrendo, nauseabundo, y los ruidos, aún peores...

—¿Qué es esto? —preguntó Rikka mientras estaba de pie al borde del agujero y se asomó para sólo ver oscuridad.

Unas voces débiles y quejidos atormentados se elevaban desde el fondo, a través del hueco en el suelo, y desde algún lugar del Nivel Trece. Liane oyó algo que no esperaba oír. El llanto de un bebé se mezclaba con los plañideros lamentos de los desdichados que habían sido enviados a ese hoyo infernal.

Para algunas personas, Sebestyen consideraba la muerte como demasiado benigna. Aquellos que habían sido expulsados al Nivel Trece debían sufrir y estaban allí para hacerlo. Al principio se les daba una dosis de esa droga poderosa llamada Panwyr. Esa dosis no los mataría, pero se convertían, con total seguridad, en adictos. Luego eran lanzados al Nivel Trece, donde reinaba una completa oscuridad y debían pelear por vivir o sucumbir.

Todos los días, los guardias arrojaban por el hueco comida rancia y pequeñas dosis de Panwyr, pero nunca suficiente para todos.

Rikka se volvió a mirar a su esposo. No tenía idea de lo que sucedería a continuación. Una vez más, Liane oyó un apagado llanto de bebé. Las otras personas que estaban con ella estaban acostumbradas a ese sonido o no lo habían oído. Se le secó la boca y el corazón le latió con fuerza. Con seguridad, ese bebé había nacido allí abajo, porque ni siquiera Sebestyen lanzaría a un bebé al Nivel Trece. ¿O lo haría?

Mientras que Rikka miraba a Sebestyen a los ojos, aturdida e inocente, él le dio un ligero empujón que la hizo tambalear al borde del pozo. Paró la risa tonta y, finalmente, se mostró alarmada. Intentó asirse a la túnica de Sebestyen, pero él retiró la mano con fuerza y después de unos momentos de lucha ella cayó.

Liane cerró los ojos mientras oyó a Rikka golpear contra el suelo más abajo y gritar.
—¡Me he caído! —exclamó luego de lanzar un alarido—. Creo que me he torcido el tobillo, mi señor.

Se oyó un grito sofocado, un aullido y luego dijo con horror:

—Vete de mi lado, tú...

Sebestyen dio la orden a los guardias de reponer la puerta trampa en su lugar, lo que cortó el grito de Rikka y cualquier esperanza de vida.

Liane no vio al centinela de la cicatriz poner el candado, pero oyó el sonido metálico cuando era nuevamente colocado en su sitio y el chirriar de las llaves al dar vuelta.

—Entonces, está hecho —dijo Sebestyen.

Tomó del brazo a Liane y la guió hacia la única salida del Nivel Trece, donde Ferghus y Taneli estaban esperando.

—Tendrías que haber dejado que la matara —le dijo Liane, tratando de mostrar calma en la voz.

Una muerte rápida hubiera sido más amable, más expedita que la que tendría allá abajo, aunque posiblemente no durara mucho tiempo con vida.

En lo profundo de su mente, Liane no cesaba de oír el llanto de ese bebé del Nivel Trece. La mayoría de los habitantes de ese lugar eran hombres, pero también estaban las emperatrices que habían sido descartadas y algunas otras mujeres a quienes habían hecho desaparecer allí. Esas mujeres habrían dado a luz en ese agujero, en esa suciedad, rodeadas de adictos muertos de hambre. Probablemente, la madre de ese bebé era también una adicta, ¿cómo había podido sobrevivir ese niño?

Liane enderezó la espalda. Tal vez no había oído a ningún bebé. Había sido un grito de tono agudo de algún prisionero, o quizá su propia imaginación.

Nadie dijo una sola palabra en el camino de regreso al ascensor que estaba en el Nivel Diez y que los llevaría hasta el Nivel Uno. Los centinelas se veían solemnes, mientras que Sebestyen tenía una expresión de ensoñación en el rostro a medida que el ascensor se elevaba continuada y lentamente.

No regresaron a la sala de baile. Fueron escoltados por los guardias hasta las habitaciones del emperador. Sebestyen solicitó que les trajeran una comida abundante una hora y media más tarde y luego cerró las puertas.

Liane mantuvo la barbilla en alto. Podía notar, por el brillo de los ojos y la mueca de la sonrisa, que condenar a Rikka había excitado al emperador. Ella hubiera deseado que él la hubiera matado directamente. Deseaba que ya estuviera muerta, mientras estaba bajo los fuertes efectos de la droga y no se diera cuenta de lo que estaba sucediendo.

Liane respiró hondo y alejó los pensamientos de conmiseración y horror. No podía permitir que nada, ni siquiera esto, interfiriera con sus planes. Había matado, había traicionado al único amigo que tenía en este mundo, no podía dejar que la compasión la detuviera ahora. Entonces sonrió y dijo:

—Has mencionado que tenías un plan grandioso.

Sebestyen introdujo los dedos en el pelo de Liane y la sostuvo con fuerza.

—Sí, lo he hecho, querida —dijo sonriendo—. Aun estando dragada, Rikka se puso lívida cuando oyó que te he dado ese trabamiento cariñoso.

A Liane el corazón le dio un vuelco. Él la había llamado «querida» solamente para molestar a Rikka. Debería haberlo sabido.

Las últimas palabras de Rikka resonaban en su mente. Podía entender a la perfección cómo una joven impresionable podría mirar a Sebestyen y enamorarse. Hubo momentos, cuando Liane se imaginó que estaba algo enamorada de él, que se situaron entre el amor y el odio, hace ya mucho tiempo. Ahora, ya no sentía nada. Lo conocía demasiado. No era un hombre común ni lo

sería nunca. Dentro de ese cuerpo frío y delgado no había nada del hombre que ella imaginaba que era.

El amor y el odio eran fuertes pasiones, ambos. Ella debía admitir que estaba apasionada por Sebestyen.

—Me gustaría saber algo sobre tu plan —expresó Liane.

Tal vez él quería casarse con ella como lo había sugerido en el pasado. Si se lo ofreciera ahora, quizá diría que sí. ¿Qué mejor manera de ganarse su confianza?

—La hija de Maddox tiene un bebé, por lo tanto, sabemos que no es estéril —explicó Sebestyen. Los dedos del emperador jugaban con el pelo de Liane con una inesperada delicadeza—. Me casaré con ella antes de que Maddox regrese. ¿Qué mejor pareja que la formada por el emperador y la hija del ministro más leal?

Liane no dejó que la sonrisa de su rostro se desvaneciera y confirmó:

—La mejor pareja, sin lugar a dudas.

—Esa mujer me dará un heredero, Liane, y después que lo haga, me desharé de ella.

—¿De la misma manera que te has deshecho de Rikkar?

—Tal vez.

—¿Es ése tu grandioso plan? —preguntó Liane.

El emperador continuó explicando:

—Le daré la bienvenida a Maddox, cuando regrese. No le diré que conozco las palabras desleales que pronunció, al menos, no de forma inmediata. A medida que pase el tiempo aprenderá a amar a su hija y a su nieta. Me ocuparé de ello. Seremos una familia feliz.

—Durante un tiempo —susurró Liane.

—Durante un tiempo. Quiero que Sulyen ame mucho a su hija, antes de que vea cómo muere. Quiero que sienta el mismo dolor que sentí cuando supe que me había mentado.

Liane no permitió que se notara en su rostro o en su voz la desilusión imprevista que le había producido el plan del emperador.

—¿Y si la hija de Maddox es una mujer fea con cara de caballo?

—Entonces la preñaré a oscuras e imaginaré que eres tú quien se haya debajo de mí.

La sonrisa en la cara del emperador y el ritmo alegre de la voz daban la sensación de que él estaba jugando, pero Liane sospechó que decía la verdad.

—Se supone que esa joven deberá casarse con ese hombrecillo, Farrell.

—Farrell irá pronto a encontrarse con Rikka en el Nivel Trece, por lo que la hija de Maddox estará sin novio muy pronto.

—¿Y el bebé? ¿La nieta de Maddox? —preguntó Liane.

—El bebé vivirá mientras lo considere útil, pero imagino que la criatura desaparecerá junto con la madre.

Sebestyen no quería en el palacio ningún niño que no fueran los propios. Esa fue la razón por la cual sus hermanas se habían casado con poderosos hombres que vivían lejos de Arthes. Por ese motivo, también, la hermana que se había negado a casarse se había convertido en hermana de la Orden de Orianan y expulsada a un convento en uno de los extremos del país de Columbyana, tan lejos de Arthes como fue posible, sin que fuera necesario que cayera al mar, convenientemente empujada. El bebé de cara dulce que Farrell había traído hasta las puertas de la sala de baile, no viviría más que el tiempo que el emperador lo encontrara útil para sus propósitos, siempre y cuando sus planes se cumplieran.

Liane recordaba con mucha claridad el llanto de bebé que había oído, proveniente de las entrañas del Nivel Trece, pero una vez más borró el recuerdo de su mente. Lo enterró a tal profundidad que casi pudo convencerse de que el llanto no había sido real. Era demasiada espantoso imaginar que había un bebé allá abajo. No podía soportarlo.

Sebestyen suspiró. El aliento tocó el cuello de Liane y ella se relajó. Él podría tomar otra esposa, inclusive una docena más de ellas, pero nadie ocuparía jamás su lugar.

—A veces pienso que todos en este mundo, sin excepción, llegado el caso me traicionarán
—dijo Sebestyen mientras aproximaba el cuerpo de Liane cerca de sí.

—Todos, menos yo —musitó ella.

Sebestyen dudó, pero luego corroboró:

—Todos, menos tú.

Capítulo 13

Después de varios días de marcha, Sophie y Kane, finalmente, llegaron a una cima con una exuberante pradera, desde la cual se podía divisar la ciudad de Arthes. Primero, ella vio las plantas más altas del palacio, con sus piedras grises contrastando con el azul del cielo matinal. Al ver la totalidad de la ciudad extendida a sus pies, Sophie refrenó el caballo y observó maravillada. Arthes era enorme, nunca antes había contemplado nada igual. La ciudad se ensanchaba como un ser viviente, desde el alto edificio del palacio ubicado en el centro hacia los costados. Podía verla agitarse como si fuera un cuerpo que respirara.

Miró el palacio imperial, de arriba abajo, con detenimiento. No era un edificio bonito. Era demasiado austero, no tenía adornos que mostraran ningún tipo de belleza. Las plantas inferiores eran ligeramente más grandes que los niveles de arriba. El cambio de tamaño era gradual, descendía en forma leve y parecía una suave montaña de granito que se elevaba en el medio de la ciudad. El palacio impresionaba como un macizo escarpado y tenía un aspecto algo atemorizador con paredes gruesas y muy altas.

—Nuestro bebé está allí, Kane.

—Sí, allí está.

Habían pasado tres semanas desde que se había alejado de sus hermanas. Todavía no sabía si alguna vez volvería a la montaña Fyne. El profundo enfado ya no era tal, pero aún no había perdonado a sus hermanas. Ahora sólo quería encontrar un lugar seguro para ella, el bebé y el hombre al que amaba. Kane guiaba su caballo detrás de ella y le sonreía.

—Ariana está bien —dijo con voz que irradiaba seguridad—. La recogeremos, mataré a Farrell, y después nos iremos de la ciudad y nunca volveremos.

La miró de soslayo, mientras tenía la vista puesta en el palacio. La sonrisa se desvaneció pronto en el rostro de Kane, pero a Sophie no le importó. No había sido una sonrisa genuina. Él estaba tan tenso como ella o más, si eso fuera posible.

—El palacio no es un buen lugar —dijo Kane—. No es un buen lugar para una dama como tú y, decididamente, impropio para mi hija.

Kane podía prever que el peligro los acechaba, pero Sophie tenía la esperanza de que pudieran recoger a Ariana con facilidad.

—Me gustaría ver al ministro Sulyen por unos instantes, si es posible. Tal vez recuerde a mi madre. Quizá le gustaría saber que tiene una hija.

Kane apretó la mandíbula y dijo:

—Esa no es una buena idea.

A él tan sólo le interesaba entrar y salir de la ciudad lo más rápido posible. Ella compartía esa intención, pero también quería conocer y compartir unos minutos, unos momentos, con el hombre que la había engendrado.

—Nunca se me había ocurrido, hasta conocerte, que tal vez a mi padre le importaría saber que tiene una hija. A lo largo de mi vida nunca consideré injusto que mi padre no supiera que yo existía, pero últimamente he cambiado de opinión —explicó Sophie.

Miró a Kane. Mirarlo era mucho más reconfortante que mirar hacia la gran ciudad, y la idea de tener que dejarlo marchar, cuando todos estos sucesos terminaran, le destrozaba el corazón.

No de la misma forma que perder a Ariana, pero era una idea dolorosa e inesperada pensar en separarse del hombre al que amaba.

Una ráfaga de viento levantó un mechón de cabello dorado por el sol, y lo dejó caer sobre el hombro de Kane.

Él la miró y en ese instante Sophie supo que nunca más estaría sola, no porque tuviera a Ariana o a sus hermanas, sino porque sentía que ese amor hacia Kane crecía y se fortalecía dentro de ella.

Había estado tan segura de que no podía ni quería amarlo..., pero ¿por qué era tan maravilloso sentir este amor, aun ahora? El futuro era incierto, y, aun así, no podía opacar el brillo del amor.

—Trataremos de ver al ministro Sulyen, si podemos —dijo Kane con gentileza—, pero tendrás que hacer que esa visita sea breve.

—Gracias —respondió Sophie.

—Sea lo que sea que hagas, no menciones mi nombre —pidió Kane.

Ella asintió y espolearon los caballos para seguir el camino rápidamente.



Kane había estado en la ciudad en una ocasión hacía muchos años. Era tan sucia, ruidosa y desagradable como la recordaba. La gente se amontonaba en casas pequeñas y rebosaban los mercados y las tabernas. Las risas de los transeúntes, demasiado estridentes, se escuchaban por las calles.

Había encontrado a un cuidador de caballos en un establo que merecía su confianza y le había pagado para hacerse cargo de los animales mientras ellos procedían con el asunto que los había traído hasta Arthes.

Sophie quería irrumpir en el palacio y reclamar a su hija, pero Kane había sugerido un plan más artificioso de rescate.

Encontraron una taberna que parecía prometedora muy cerca de la entrada norte del palacio. Kane odiaba la idea de tener que llevar a Sophie a un lugar como aquél, pero era mucho peor pensar en dejarla sola en otro sitio. Iba vestida con ropas de hombre y botas desgastadas, tenía el pelo enmarañado y sin lavar, recogido hacía atrás, y la cara sucia. Aun así se veía bonita y los hombres la miraban. Kane no podía perderla de vista ni un instante.

Había otras mujeres en la taberna, algunas trabajaban allí, otras eran clientes, pero todos los ojos se enfocaron en Sophie tan pronto la vieron. Estaba claro para todos que ella no pertenecía a ese lugar como las otras.

Algunos soldados del emperador ocupaban una mesa en un rincón de la taberna, reían con alharaca. Kane trató de mantener su rostro fuera del alcance de la vista de los hombres del emperador. Había pocas posibilidades de que alguno de ellos lo reconociera, pero no era improbable que, en los cinco años que llevaba peleando en la causa de Arik, se hubiera enfrentado a más de uno de los que estaban allí. Trataría de encontrar la información necesaria, luego buscaría un lugar más seguro para permanecer hasta que rescataran a Ariana.

Pidió whisky para él y cerveza para Sophie y le pagó al tabernero con una moneda de oro. Aún tenía mucho dinero producto de su año afortunado como jugador y, providencialmente, era en la Provincia del Sur y en la del Este donde lo había ganado, por lo que no era probable que alguna cara le fuera familiar dentro de esa taberna llena de gente. Ese tipo de encuentro podría resultarle tan peligroso como una pelea con los soldados.

La mayoría de los clientes retornaron pronto a sus tareas. Sophie y Kane continuaron tomando sus bebidas y dejaron de ser el centro de atención. Él mantuvo un brazo sobre el hombro de ella para indicar a los presentes que ella no estaba ni en venta ni en alquiler. Sophie reconoció los peligros de la situación, pese a no haber estado nunca en un sitio como ése, y se

mantuvo muy cerca de Kane. Pegó todo su cuerpo al de él y mantuvo la vista fija en la cerveza que estaba bebiendo.

Kane llamó con un movimiento de cabeza al tabernero y el hombre se inclinó para escucharlos, con los ojos desviados hacia Sophie con marcado interés.

—¿Desea otra ronda? —preguntó el tabernero.

—No —dijo Kane mientras ponía una moneda sobre el mostrador y la empujaba en dirección al hombre. Éste encontró la moneda más interesante que Sophie y sus ojos se encendieron.

—Necesito información —manifestó Kane.

El hombre sonrió mientras cubría la moneda con la mano carnosa.

—Ha venido al lugar indicado, amigo. ¿Cómo puedo ofrecerle ayuda?

—Necesito información sobre el palacio.

La sonrisa del tabernero se disipó al instante.

—Siempre puede preguntarle a los centinelas —indicó, señalando con la cabeza hacia la mesa de la esquina, donde los soldados imperiales bebían y se reían. Hablaban de mujeres en esos precisos momentos y, por fortuna, no les importaba para nada el tipo de mujer que podía ser encontrado habitualmente en una taberna, como ésa.

—¿Y si quisiera evitar hablar con los centinelas? —preguntó Kane con la voz apenas audible.

El hombre dudó y, por un momento, Kane pensó que le devolvería la moneda y llamaría a los soldados. Era potencialmente fatal conspirar contra el emperador o contra alguno de los soldados, pero al final la codicia pudo más que el temor.

—¿Qué es lo que desea saber con exactitud? —preguntó.

—Un hombre ha llegado hace poco a Arthes y ha ido directamente al palacio a buscar al ministro Sulyen —explicó Kane.

—El ministro Sulyen no está en la residencia ahora. Ha viajado a la Provincia del Norte —respondió el tabernero.

Sophie suspiró y Kane le apretó el brazo con suavidad. Se sentía desilusionada, pero Kane pensó que sería mejor no tener que buscar al ministro para tener la conversación que Sophie esperaba.

—Estoy muy interesado en el hombre que vino aquí a buscar al ministro Sulyen. Su nombre es Galvyn Farrell y viajó con un bebé.

—¡Ah! Sí, el hombre con el bebé —respondió el tabernero—. Oí que todavía vivía en el palacio, como invitado del emperador. ¿Es amigo vuestro?

—No —respondió Kane.

El hombre movió la cabeza y luego miró a Sophie otra vez, de reojo y con suspicacia. La estudió concienzudamente y añadió:

—He oído que se está quedando en el Nivel Cinco, y que son los únicos ocupantes de ese nivel desde que la desafortunada emperatriz falleció hace pocos días.

—¿Está bien el bebé? —preguntó Sophie en voz baja.

Kane no quería darle demasiada información al tabernero, por lo tanto, hizo otra pregunta:

—¿Qué le sucedió a la emperatriz?

—Oí que había tenido algún tipo de ataque y que murió inmediatamente. —El hombre hizo un chasquido con los dedos y Sophie se movió impresionada—. El emperador Sebestyen tiene una tremenda mala suerte con las esposas —añadió.

Kane dudaba de que la suerte tuviera mucho que ver con el número de esposas que Sebestyen había sepultado, pero mantuvo la boca cerrada y preguntó:

—¿Cómo se puede llegar al Nivel Cinco sin ser visto?

Sophie estaba casi brincando por la alegría de estar tan cerca. Kane sabía que no debía alegrarse sólo por estar cerca. No podría celebrar nada hasta que Sophie y Ariana estuvieran a salvo lejos del palacio y que Galvyn Farrell estuviera muerto.

—Un momento —dijo el tabernero, y arrebató la moneda dorada. Caminó hasta el final de la barra, se ocupó en arreglar unos vasos y en secar algunas gotas derramadas sobre el mostrador. Luego se inclinó y habló con un hombre que se hallaba sentado allí en el fondo.

Kane se echó hacia delante para poder ver mejor al cliente con quien el tabernero estaba hablando. Era un hombre grande con cara simple y expresión jovial. Estaba vestido de paisano, pero eso no significaba nada para Kane. Dejó caer la mano sobre el cuchillo que llevaba a un costado, por si acaso.

El tabernero volvió de manera casual, tal como se había ido, parando durante el trayecto para hacerse cargo de algunas pequeñas tareas sin importancia. Cuando llegó donde estaba Kane, secó con un paño algunas gotas inexistentes.

—Si nos entregas, te mataré —susurró Kane.

El tabernero no aparentó tener ninguna preocupación ante la amenaza y dijo:

—Bors tiene conexiones en el palacio, y no siente mucho amor por el emperador. Él os llevará hasta el Nivel Cinco, pero tendréis que darle una de esas monedas de oro. —Kane asintió y el tabernero añadió—: Bors os encontrará en la parte trasera una vez que haya terminado con la bebida; debéis esperar allí. Bors no tiene paciencia, por lo que sugiero que os marchéis rápido.

Les dio instrucciones sobre cómo abandonar la taberna por la puerta delantera y, luego, atravesar un callejón ubicado al costado. Bors se marcharía por la puerta trasera, para que los centinelas no los vieran irse usando la misma salida.

—No me gusta —dijo Kane mientras seguían las instrucciones del tabernero y se encontraban en la calle tras cerrarse la puerta de la taberna detrás de ellos. Ya había caído la noche y había demasiadas esquinas oscuras en esta ciudad, demasiada gente desesperada al acecho en esos rincones sombríos. Shandlely era un paraíso si se la comparaba con Arthes.

Durante el día, la ciudad bullía con tiendas prósperas, vendedores llenos de color y actividades propias de la clase media. Pero el aspecto de la ciudad había cambiado después del atardecer. Sophie no se podía imaginar lo oscura y peligrosa que la ciudad podría llegar a ser, y si fuera por él, nunca llegaría a saberlo, aunque era difícil mantenerla lo suficientemente lejos del peligro.

Ella estaba entusiasmada y se lo hizo saber.

—Puedo entender el desinterés de un hombre en seguir los dictámenes del emperador. Él nos llevará hasta Ariana. ¡Puedo sentirlo! —exclamó Sophie con una brillante sonrisa.

Kane paró a la entrada del callejón, la tomó del brazo y la miró a la cara.

—Ten cuidado —susurró él.

—Tú también.

—Si este Bors resulta ser quien no es, lo distraeré mientras tú huyes. Busca al hombre que está cuidando los caballos, parece ser del tipo de fiar y creo que te podrá guiar hasta un lugar seguro. Tengo algunas monedas escondidas en un compartimento secreto, que está debajo de la solapa que tiene el grabado en la silla de montar.

La sonrisa de Sophie se esfumó.

—¿Me pides que huya y te deje enfrentándote al peligro?

—Uno de nosotros tiene que ir a buscar a Ariana —razonó Kane.

Sophie asintió y luego puso la mano sobre el rostro de Kane. No había nada más que decir y él la besó. Durante tres semanas habían viajado con premura para llegar pronto hasta allí. No habían tenido tiempo de pensar en lo que podría ocurrir después, ni tampoco si habría un después.

Él deseaba ese beso en esos momentos, porque tal vez nunca más tendría la posibilidad de besarla nuevamente. Necesitaba de ese beso aunque todo fuera bien.

Sophie era tan suave, tan dulce...

Ella lo besó con el corazón y con el alma, atrayéndolo. Sólo un suspiro, un beso y la mano de ella sobre él eran más que suficientes para transportar a Kane hacia lugares nunca soñados. Había pura bondad allí, en ese beso y en todo lo que ella era.

Terminó de besarla y con el pulgar limpió una mancha que Sophie tenía en la mejilla.

—No dudes —le recordó—, si te lo ordeno, huye.

Ella asintió con la cabeza y le cogió de la mano. Continuaron andando por el callejón oscuro, con los dedos entrelazados y los corazones latiendo al unísono.

Un minuto después de que llegaran hasta el patio de piedra ubicado detrás de la taberna, la puerta se abrió dejando ver las piedras húmedas por unos instantes. Luego, Bors cerró la puerta y una única luz provenía de unas pocas ventanas deslucidas que había en el camino.

El hombre robusto se dirigió a Kane y ofreció la mano. Kane le puso una moneda allí y Bors sonrió.

—¿Estáis seguros de querer entrar en el palacio? El Nivel Cinco puede ser un lugar peligroso, especialmente para una dama —dijo mirando a Sophie.

—No tenemos opción —contestó Kane.

Bors asintió. Había muy poca luz en ese patio pero en ese momento, un haz de luz proveniente de la taberna iluminó a Bors.

Kane miró bien el rostro del hombre que había prometido ayudarlos. Lo tenía curtido, con una espesa barba y sus ojos eran pequeños. Tal vez tuviera una razón para odiar al emperador y estaba deseoso de ayudar a quienes querían entrar furtivamente en el palacio.

Un borracho comenzó a cantar en voz muy alta y discordante. Se podían oír sus cánticos a lo largo del callejón que desembocaba en el patio.

Se distinguía el sonido de la orina golpeando la pared de la taberna, lo que era una buena explicación para que estuviera allí.

Bors estudió a Sophie con detenimiento.

—Es muy parecida al ministro Sulyen —comentó.

—¿Lo soy? —preguntó Sophie.

—Sí. Nadie podría dudar de que sea su hija.

Kane desenfundó la espada y la apuntó al corazón de Bors.

—Nunca dije que Sophie fuera la hija del ministro Sulyen.

Bors sonrió, sin sentirse amenazado por el arma de Kane.

—Baja la espada, chico. No tienes ninguna posibilidad —dijo el hombre e hizo un gesto con la cabeza por encima del hombro de Kane.

Los soldados que habían estado bebiendo en la taberna se desplegaron y los rodearon. Los sonidos de la cancioncilla del borracho se hicieron más altos mientras éste se terminaba de enderezar los pantalones, y más soldados se sumaron. La canción había sido planeada como forma de cubrir los sonidos de las pisadas de los hombres caminando por el callejón, y funcionó. Kane y Sophie habían sido cogidos por sorpresa.

Kane comenzó a hacer círculos tratando de crear un espacio para que Sophie pudiera huir, pero eran muchos soldados en un espacio demasiado pequeño y estaban todos bien armados. Habían sido rodeados por ocho soldados borrachos.

—Matadlo —dijo Bors—, pero no lastiméis a la joven. Después de todo es una madre. Además, el emperador ha ofrecido una muy buena recompensa por ella.

Cogió a Sophie del brazo con fuerza y los soldados atacaron a Kane.

Él desenfundó un cuchillo y los enfrentó con un arma en cada mano. Las posibilidades no eran buenas, pero los hombres del emperador habían estado bebiendo durante largas horas y pensaron que esto sería fácil dado que ellos tenían mayor fuerza numérica.

Kane agitó la espada frente al centinela que tenía más cerca. Si sólo le quedara un toque de la buena suerte que le había dado Sophie...

Sophie hubiera querido cerrar los ojos, pero no podía. ¡Eran tantos soldados...! Kane no tenía ninguna posibilidad. En los primeros momentos se defendió, sorprendiendo a los soldados. Tiró al suelo a dos de ellos, luego a otros, haciéndolos perder sangre en todos los casos.

Un soldado quiso acercarse a Sophie pero Kane se giró y lanzó un cuchillo como si hubiera conocido el momento preciso en que el peligro se aproximaba a ella. El cuchillo se le clavó al soldado en el muslo y lo hizo caer al suelo dando un alarido.

Había demasiados hombres armados en un espacio pequeño y cerrado, pero Kane seguía defendiéndose. Giraba sobre sí mismo dando cuchilladas y haciendo tajos con la espada, manteniendo a los soldados a raya y mostrando que nada de esto era nuevo para él. Se inclinó y sacó otro cuchillo de la bota, de manera que, otra vez, tenía dos armas en la mano. Los soldados, sorprendidos por la forma de pelear de Kane, comenzaron a replegarse, aunque luego, en un estallido de rabia al ver que un solo hombre los estaba obligando a retirarse, avanzaron nuevamente con renovadas ansias de venganza.

Los movimientos de Kane eran rápidos, bien sincronizados y precisos mientras los atacaba. Sophie estaba sobrecogida, no sospechaba que él pudiera moverse de esa manera, con velocidad, exactitud y fuerza. Por unos instantes pensó que tal vez tendrían alguna posibilidad de vencer a los soldados.

Pero entonces, mientras Kane estaba en combate con un centinela que parecía ser más habilidoso que los otros con la espada, uno de los soldados que había caído al suelo con anterioridad se levantó detrás de él. Este soldado había perdido su espada, pero sorprendió a Kane dándole un golpe en medio de la espalda que lo hizo caer de rodillas.

El soldado con el que Kane había estado combatiendo hasta unos segundos atrás, le alcanzó la espada al que había derribado a ese hombre que se había resistido por mucho más tiempo del esperado. Un solo movimiento y todo estaría acabado.

—¡Parad! —ordenó Sophie, tratando de desprender el brazo de la mano con la que Bors la tenía cogida. El corazón le latía con tanta fuerza que hasta ella misma podía oírlo, pero se aseguró de que nadie se diera cuenta del miedo que sentía. Miró a los dos soldados, primero a uno, luego al otro.

—¿Sabéis quién soy? ¿Tenéis algún indicio? Soy la hija del ministro Maddox Sulyen. —Se movió hacia un haz de luz que cruzaba el callejón de manera tal que pudieran ver bien su rostro y la seguridad de que no les tenía miedo—. Si herís a este hombre, pediré vuestras cabezas. Si no nos tratáis con los honores que debéis como invitados del ministro más respetado de Columbyana, pasaréis el resto de vuestra patética carrera militar limpiando establos.

Bors se mantuvo detrás en silencio y seis de los soldados se alejaron de Kane. Uno permanecía en el suelo porque estaba herido, y uno de los valerosos centinelas, que había estado a punto de cortarle la cabeza a Kane, bajó la espada y sólo mantuvo la punta del arma cercana a su cuello.

Sophie lo miró con ferocidad y le dijo:

—¿Quieres continuar manejando la espada? ¿O preferirías manipular una pala con estiércol?

—Él no se ha rendido aún —insistió el soldado.

—¿Nos escoltaríais sin armas hasta el palacio? —preguntó Sophie.

—Sophie... —protestó Kane.

—Si él deja las armas... —manifestó el soldado de forma escueta.

—Lo siento —dijo Sophie, con los ojos puestos en Kane—. No huiré de ti ni de Ariana. Sé que ésta no es la forma en que habíamos planeado llegar al palacio, pero tendrá que ser de esta manera.

Él pelearía y moriría allí, bien lo sabía ella, pero no quería que muriera.

—No quiero ir al palacio sola —le susurró Sophie a Kane.

Kane se desprendió del cuchillo y de la espada maldiciendo, y el tenaz soldado levantó la espada alejándose del cuello de Kane. Sophie intentó acercarse a Kane pero, una vez más, Bors la asió por el brazo y la arrastró hacia él impidiendo que se tocaran las manos.

Sophie debería haber sabido que Kane no iría por voluntad propia.

Mientras se levantaba le dio un codazo en la panza a un soldado y le pegó a otro en la mandíbula, haciéndolos tambalear. Estaba a punto de atacar a otro, cuando el centinela que había tenido el papel de borracho melodioso quebró una botella de whisky sobre la cabeza de Kane. Éste se desplomó, y el whisky se le derramó por el cabello, la cara y la camisa.

Sophie trató de desasirse de la mano de Bors nuevamente, pero esta vez el hombre la cogió con más fuerza. Ni siquiera se atrevió a llamar a Kane por su nombre. No había olvidado la advertencia de no nombrarlo.

—Os advertí que no debíais hacerle daño —dijo Sophie en un murmullo.

—El ministro de Defensa permite que los soldados desarmen a quienes los atacan —explicó un centinela con aspereza.

Bors tiró de Sophie haciendo un movimiento hacia atrás, para obligarla a permanecer de pie a un costado.

—Llevad al prisionero al Nivel Doce y retenedlo allí, hasta nueva orden. Llevaré a ésta al emperador —indicó Bors.

Sus órdenes sonaban como las de un soldado, aunque no llevara uniforme. Los centinelas lo escuchaban obedientes.

Dos soldados levantaron a Kane del suelo y lo cargaron en andas. Otros dos ayudaron al hombre que había sido acuchillado. El centinela que había puesto su espada en la garganta de Kane dio un paso al frente y dijo:

—No se olvide de nuestra parte de la recompensa, Bors.

—No me olvidaré.

—Tampoco os olvidéis de que el hombre que están llevando es un invitado del ministro de Defensa, no es un prisionero —dijo Sophie con suavidad.

—No se preocupe, jovencita —dijo el centinela dando algunas palmaditas en el hombro de Sophie—. Por ahora estará a salvo, hasta que su papá regrese a casa y me diga que debo cortarle la cabeza. —El soldado esbozó una amplia sonrisa y añadió—: Si usted lo quisiera, le llevaría la cabeza personalmente.

Capítulo 14

El estado de ánimo de Sebestyen había mejorado mucho desde que tenía preparado su plan de venganza, pero durante las últimas semanas, meses tal vez, no le había dedicado demasiado tiempo a las cuestiones de Columbyana.

Liane había tenido que presionar para que se hiciera cargo de los asuntos más triviales como reunirse con los ministros o mantener a los sacerdotes conformes y felices. Las tareas de gobernar el país habían sido dejadas en manos de otros, especialmente de aquellos ministros que él había escogido cuidadosamente para servirlo, pero había algunas cuestiones que demandaban su atención.

Esta tarea era, para Liane, un escalón más para asegurarse la confianza de Sebestyen. Le daba indicaciones tal como si ella fuera un ministro. Y cuando estaban solos, ella le daba consejos, lo ayudaba y, además, lo mimaba.

Pese a eso, los soldados todavía continuaban registrándola cada mañana en la que ella acudía a encontrarse con el emperador luego de haber dormido en su propia habitación, y cada noche, cuando ella iba a ocuparse de asuntos más personales. Fuera cual fuese la razón de la visita, los soldados no mostraban más respeto que en el pasado, aunque ella se hubiera convertido en alguien importante para el soberano. Para ellos, Liane continuaba siendo una prostituta y siempre lo seguiría siendo. Aun si Sebestyen decidiera hacerla emperatriz, los centinelas continuarían registrándola como si ella no fuera más que una ramera que trabajaba en las tabernas de las calles de la ciudad.

Un día, Liane haría que cada soldado pagara por ello.

Sebestyen reposaba en la cama y Liane se sentó a su lado. En ese momento, la mente del emperador estaba ocupada por asuntos de Estado, por lo que ambos se hallaban totalmente vestidos. El sexo vendría más tarde, cuando Sebestyen se hubiera cansado de las preocupaciones mundanas. Estaba preocupado y distraído, pero más tarde la buscaría como una manera de olvidar todo eso.

Liane disfrutaba del tiempo que pasaba junto al emperador, más de lo que quería admitir. Ella se había convertido en los oídos del emperador. Él quería conocer su opinión y confiaba en su instinto. Ella sabía que merecía estar en esta posición. Había yacido con muchos de los ministros a lo largo de los años y todos habían hablado con ella. Había escuchado atentamente lo que le confiaban y había aprendido acerca de los matices de la política, absorbiendo cada palabra que ellos decían con la única intención de aumentar su importancia delante de los ojos de Liane.

Muchos de esos ministros se habían ido o estaban muertos, pero ella permanecía. En realidad, ella era más importante que lo que ninguno de ellos había sido nunca.

Liane le dio a Sebestyen unos golpecitos suaves en la cabeza mientras discutían sobre las posibilidades de una tregua o de la guerra con los clanes de Tryfyn. Tenía una entrevista prevista con el embajador de uno de los clanes más importantes en un pocos días, del mismo clan con el que el fallecido ministro de Finanzas había sido acusado de conspirar. El emperador no podía decidirse si pedirle a Liane que lo matara o, mejor aún, impresionarlo con la riqueza y la hospitalidad de Columbyana.

—Podrías convertirlo en un aliado, por ahora —sugirió Liane—. He oído que algunas veces los rebeldes se han refugiado en Tryfyn.

—Entonces deberías matarlo.

Liane negó con la cabeza. Sebestyen solía ser precipitado en sus decisiones. No pensaba con proyección de futuro como debería.

—No quieres que la gente de Tryfyn y los rebeldes se unan, ¿verdad? Haz que Tryfyn sea nuestro aliado, que nos ayuden a derrotar a los rebeldes y cuando Arik no sea más un problema, podrás tomar Tryfyn, si así lo quisieras —sugirió ella.

El emperador casi sonrió y dijo:

—Expandir las fronteras de Columbyana durante mi reinado sería un gran legado.

—Sí, lo sería —susurró Liane.

—Es un país rico —caviló él—. Sus recursos naturales son abundantes: plata, oro y cobre, y aun así pelean entre ellos constantemente. Tan pronto me quite de encima al bastardo de Arik, los conquistaré. Será bueno para Columbyana hacerlo.

—Pero por ahora harás que el embajador de Tryfyn sea nuestro aliado —sugirió Liane.

—Sí —añadió él con suavidad—, será lo mejor por ahora.

Liane se recostó al lado de Sebestyen y puso la cabeza sobre su pecho. Podía oír los latidos del corazón del emperador. Él puso una mano sobre el cabello de ella y lo mantuvo sujeto casi con ternura.

El soberano de Columbyana podía ser cruel, ella sabía eso mejor que nadie. Podía ser irrazonable y petulante, y tal vez en algunas ocasiones rayaba en el borde de la cordura. Pero había otros momentos en los que ella podía ver algunas buenas cualidades en él. Tal vez debía apelar a esas cualidades para que cumpliera con sus deberes de soberano. Algunas veces él se cansaba de los detalles y siempre tenía miedo a ser traicionado, pero a la vez quería ser un emperador valioso para Columbyana.

La gente de su país, gente a la cual rara vez veía, era importante para él. Quería que ellos lo amaran y de alguna manera elemental los consideraba como sus hijos.

Había creado un Ministerio de las Artes hacía algunos años, dándole vida a una inquietud que había sido desatendida en los tiempos del reinado de su padre. Había un museo nuevo en Arthes y ella había oído que tenía cuadros y esculturas que era un placer contemplar. Ella nunca había estado en un museo, y era probable que nunca fuera a estarlo, pero sabía que eso era algo bueno que Sebestyen hubiera logrado. También había restablecido los festivales que su abuelo había prohibido en sus últimos años de reinado. La gente de la ciudad bailaba, cantaba y reía, durante esos días que acompañaban a cada estación. Liane los había mirado con frecuencia desde lo alto del palacio, preguntándose cómo sería estar allí abajo, en medio de la jarana.

Sebestyen tenía gran interés en máquinas que Liane no entendía muy bien, como, por ejemplo, la que hacía funcionar el ascensor, las luces artificiales y los ventiladores del palacio. Por ahora, él mantenía en secreto y para su propio uso esas novedades avanzadas y a los hombres que las habían ideado, pero Liane imaginaba que algún día compartiría las maravillas con el resto del país.

Incluso había terminado, calladamente, con la costumbre de su padre de secuestrar a mujeres para el Nivel Tres, aunque en el caso de Liane ese cambio había llegado muy tarde.

De vez en cuando, él hablaba sobre el futuro y lo que podría ofrecer, y había expresado interés por convertir su país en un mejor lugar de lo que era al comenzar su mandato. Ése sería su legado. Después de su muerte, sería bien recordado.

Podía ser cruel y lo era, pero había algo de gentileza en su persona. Le regalaba flores, perfumes y joyas siempre que lo complaciera. Últimamente, le había hecho un regalo de ese estilo casi todos los días, y cuando ella se sentía feliz, él se mostraba igualmente feliz. Era como si no pudiera encontrar alegría por sí mismo, sino que la apreciaba y saboreaba a través de ella.

La idea de que Sebestyen realmente se casara con la hija de Sulyen era ridícula. Sin duda, ella era una campesina tonta como Farrell, y una vez que la viera cambiaría de idea y no la haría su esposa. Podría con total facilidad convertirla en concubina y hacerla servir a los ministros y a los sacerdotes que habían obedecido a su padre. ¿No sería ésa una venganza suficiente?

Liane todavía odiaba a Sebestyen, pero también sabía que hacían una buena pareja de almas gemelas. Si él le pedía que fuera la emperatriz, ella aceptaría. Podrían gobernar juntos por muchos años y lo harían bien. Podría llegar a ser la mujer detrás del trono, la voz de la razón cuando Sebestyen no tenía ninguna. Juntos podrían gobernar el mundo.

Existían algunos breves y brumosos instantes en los que se cuestionaba la decisión de matarlo, especialmente lo hacía con más frecuencia cuando su cuerpo respondía al del emperador. Había días y noches en que todo lo que él tenía que hacer era tocarla y la respuesta de su cuerpo era inmediata. Había comenzado ahora, con ardor y dolor.

Ella lo rodeó con un brazo y lo mantuvo apretado, tal vez más fuerte que lo necesario. Tenían los cuerpos tan cerca que no pudo evitar sentir la respuesta de él, dura y caliente. Sebestyen apretó el puño dentro del pelo de Liane.

Las conversaciones sobre la guerra habían terminado, al menos por esa noche. Ella puso los labios en el cuello de Sebestyen y los detuvo con suavidad. Sabía a sal y a jabón, y su aroma era completamente masculino.

Algunas noches él la había tomado con rapidez, casi sin tocarla ni cogerla, sin la cercanía que solía ser rara para ambos. Esa noche él no tenía prisa. Las manos exploraron y excitaron, y los labios acariciaron la garganta de ella. Esa noche no le ordenó que se desvistiera, sino que comenzó a hacerlo él mismo. Desabrochó los tres botones superiores de la túnica y le quitó la tela que cubría la piel caliente.

Si él le pidiera que fuera su emperatriz le diría que sí, sin dudarlo.

Si él le preguntara si lo amaba...

El golpe en la puerta hizo que Liane saltara. Era muy tarde, tan tarde que nadie con algo de sentido común osaría perturbar al emperador. Sebestyen suspiró mientras daba una vuelta sobre el lecho, y la dejaba sola preguntándose cuándo volvería. Ella esperaba que lo hiciera pronto.

En realidad, no esperaba. Ella no podía esperar. Todo ese tiempo pasado había querido y anhelado que Sebestyen la necesitara. Nunca había esperado necesitarlo también.

Sebestyen abrió una de las puertas dobles y permitió que Taneli entrara en la habitación. El soldado echó una rápida mirada hacia el lecho donde se encontraba Liane y susurró algo en el oído del emperador.

Liane se sentó y miró al centinela con enfado. ¿Cómo se atrevía?

No había necesidad de secretos en su presencia y el centinela bien lo sabía.

Ella oyó la respuesta de Sebestyen.

—Traedla aquí —dijo mientras le sonreía a Liane.

Ella no le había visto una sonrisa así desde que se había librado de Rikka.

Sebestyen caminó hasta la cama y ofreciéndole una mano a Liane dijo:

—Ella está aquí.

Liane cogió la mano de Sebestyen y se puso de pie. El corazón le dio un vuelco pero se cuidó bien de no permitir que esa reacción se notara.

—¿La hija de Maddox? ¿Tan pronto?

—Sí. Ella y su acompañante estaban tratando de sobornar a alguien para que los ayudara a entrar en el palacio para rescatar al bebé.

—¿Un acompañante? —preguntó Liane.

Sebestyen se encogió de hombros y respondió:

—Él está en el Nivel Doce ahora. Decidiré qué hacer con él más adelante, después de que tome a mi nueva esposa. No puedo pensar en otra cosa en este momento —dijo con la sonrisa cada vez más amplia.

Liane sonrió, pero con esfuerzo. Hacía apenas unos momentos él estaba acostado a su lado y ella sabía que, sin lugar a dudas, toda la atención la tenía puesta en ella. Hasta había pensado que le preguntaría si quería ser la emperatriz. Ahora, le estaba hablando de su nueva esposa.

—¡Qué raro es ver en ti esa excitación por una mujer a quien ni siquiera has visto! —expresó Liane mientras se ajustaba los botones de la túnica—. Generalmente, discriminas más, Sebestyen.

—¿Estás celosa? —preguntó él con las cejas arqueadas.

—No seas ridículo —contestó ella con voz penetrante—. Ha habido mujeres en tu cama desde que te conozco. ¿Por qué tendría que estar celosa ahora?

—Porque algunas cosas han cambiado —susurró él.

—Una cosa no ha cambiado —replicó ella con el mismo tono de voz suave—. Ninguno de los dos es capaz de sentir amor, y sin amor no puede haber celos.

Él la besó en la frente y en ese momento las puertas de los aposentos reales se abrieron nuevamente.

El corazón de Liane dio un vuelco cuando la mujer fue arrastrada adentro de la sala por un hombre grande vestido de paisano. Ella no era precisamente fea, ni tenía cara de caballo y, sin lugar a dudas, era la hija de Maddox. El pelo claro y los ojos azules y brillantes eran regalos de su padre.

Era hermosa.

Sebestyen estaba contento. Se alejó de Liane y caminó hacia la joven y su acompañante.

—Entiendo que reclamas ser la hija del ministro Sulyen.

—Sí —contestó la joven con voz temblorosa.

Sebestyen echó al hombre grande que había introducido a la joven en los aposentos reales y le prometió que discutirían más adelante la recompensa ofrecida. El hombre no quedó satisfecho con la respuesta, pero no osó discutir. Abandonó el lugar de mala gana.

—Mi... mi nombre es Sophie Fyne —dijo la joven—. Es verdad que el ministro Sulyen es mi padre, pero nunca lo conocí y ésa no es la razón por la cual estoy aquí.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó el emperador mientras acariciaba con un dedo la mejilla de la joven.

Sophie Fyne no era tonta y tampoco una niña, decidió Liane. Era una mujer y podía entender muy bien lo que significaban el destello en los ojos de Sebestyen y la caricia errante hecha con el dedo.

—Mi bebé ha sido raptada por un hombre que ha buscado vuestra protección —dijo Sophie con la voz todavía temblorosa, pero que no se achicaba.

—Farrell —indicó el emperador.

Los ojos de Sophie brillaron y asintió:

—Sí. Todo lo que quiero es a mi bebé y que mi amigo sea liberado.

—¿Tú amigo? —preguntó Sebestyen—. Asumo que te refieres al hombre que estaba contigo esta noche. ¿Cómo se llama tu amigo?

Sophie tragó saliva, desvió los ojos y contestó rápidamente:

—Ryn.

Liane notó inmediatamente que Sophie estaba diciendo una mentira, pero un nombre no tenía la menor importancia. El prisionero estaría muerto al cabo de uno o dos días o quizá ya estaba muerto.

—Por favor, mi señor. —Sophie suplicó gentilmente moviendo las manos con nerviosismo—. Sé que sois una persona generosa y amable. No pido nada más que mi bebé y mi amigo. Dejaremos este lugar esta noche. No espero nada de vos ni de mi padre. Nada.

—Tengo una idea mejor —dijo Sebestyen en tono alegre—. Verás, necesito una nueva emperatriz con desesperación y alguien que pueda ser la madre de mi heredero, y dado que tu padre es uno de los ministros de más confianza eres una buena candidata para el puesto.

Los ojos azules de Sophie se dilataron y las manos que se movían nerviosamente se aquietaron.

—Mi señor, me siento halagada pero no podría...

Sebestyen se inclinó hacia la joven y aclaró:

—No pregunté tu opinión ni pedí tu aprobación, Sophie Fyne.

Sophie palideció.

Sebestyen echó una mirada hacia Liane y ordenó:

—Traed un sacerdote. No hay razón para demorar la ceremonia.

—Pero... pero... —farfulló Sophie mientras las mejillas se sonrojaban.

Liane caminó hacia Sebestyen y preguntó:

—¿Esta noche?

—¿Por qué esperar? —respondió el emperador.

Liane estudió a Sophie con ojos críticos. Sí, esta mujer podía ser una amenaza para todos los planes que ella había hecho. No era como las otras. No sería sumisa ni tendría caprichos y rabietas o miraría al suelo cuando su esposo estuviera cerca. Tenía belleza y coraje para capturar y tal vez para mantener la atención de Sebestyen. Podría ser un problema serio.

Liane cogió un mechón de pelo rubio sucio y tiró de él.

—Sois el emperador, mi señor. Merecéis una emperatriz que sea digna de vos. Esta criatura no se ha bañado y lleva ropas de campesina y dudo de que tenga algún indicio sobre cómo satisfacer a un esposo.

—Tiene un bebé.

—Sólo porque sabe cómo abrir las piernas no significa que sepa cómo dar verdadero placer. Las emperatrices anteriores provenían de familias importantes. Un período de aprendizaje hubiera sido visto como inapropiado en esos casos, pero esta joven es vuestra y podéis hacer lo que os plazca.

Nuevamente las mejillas de Sophie se cubrieron de color rosa.

—No me importa —comenzó a decir Sebestyen.

—Todas las otras os desilusionaron. Dejad que prepare a ésta adecuadamente, mi señor. — Liane puso la mano sobre el brazo del emperador y continuó—: Cuando el padre de Sophie regrese, estará feliz al encontrar una emperatriz apropiada a vuestro lado. ¿No es así?

Los ojos de Sebestyen se encontraron con los de Liane.

—Una emperatriz apropiada.

—Una emperatriz apropiada, feliz y devota. ¿No es eso lo que deseáis?

Ella recordaba el plan muy bien. Una joven asustada, obligada a casarse y violada a su llegada, difícilmente le daría a Sebestyen la familia feliz que deseaba presentarle a Maddox, para quitarle a continuación.

Además, necesitaba algo de tiempo para pensar, para planificar. No podría dejar que una joven sencilla perturbara su estatus en ese palacio.

Sebestyen parecía estar más intrigado que impaciente, eso era un buen indicio.

—¿Cuánto tiempo te llevará transformar a esta campesina en una emperatriz apropiada? — preguntó Sebestyen.

Liane respiró hondo. No, no estaba celosa, pero no estaba lista para compartir a Sebestyen con esa mujer.

—Una semana —respondió Liane.

Sebestyen se rio ante la respuesta.

—Tienes tres días..., no, mejor dos días y medio. Creo que una boda por la tarde sería excelente. El embajador de Tryfyn estará aquí y podemos impresionarlo con unas magníficas nupcias reales y con la fiesta que les seguirá. Haz los arreglos.

Liane cogió a Sophie del brazo. La joven había escuchado y estaba atemorizada, pero no con pánico.

—Si voy a estar de acuerdo en este matrimonio —dijo Sophie casi sin aliento—, ¿puedo pedir algo?

—Puedes pedir lo que quieras, pero eso no quiere decir que te lo otorgue —contestó Sebestyen.

Sophie levantó la barbilla. Otra joven en una situación similar podría haberse desmayado, gritar o temblar de miedo. Sophie Fyne no hizo nada de eso. Indudablemente, era la hija de Maddox.

—Quiero ver a mi bebé esta misma noche —pidió Sophie.

Sebestyen se encogió de hombros.

—Eso se puede arreglar.

—Y antes de que la boda se lleve a cabo quiero que dejéis libre a mi hija y a mi amigo, que fue hecho prisionero esta noche. Quiero que les permitan regresar a casa —añadió Sophie.

—Suena razonable —dijo Sebestyen esbozando una sonrisa amable.

Sophie se relajó y hasta logró sonreír. Liane sabía que Sebestyen no tenía la intención: de permitir que la nieta de Maddox escapara con vida, y dudaba mucho de que dejara que el amigo de Sophie se marchara del palacio. Pero Sophie no tenía por qué saber eso, por lo menos hasta después de la ceremonia.

Liane miró a Sebestyen y dijo:

—Dos días y medio no son suficientes. Necesito una semana para prepararla.

La impaciencia de Sebestyen reapareció y le hizo exclamar:

—¡No puedo esperar una semana!

—Sí que puedes... —susurró Liane—. Volveré tan pronto lo deje todo listo con ella. Haremos que la semana pase con rapidez.

Sebestyen miró a Sophie y Liane pudo ver la admiración en sus ojos. Estaba sucia, olía a barro y a sudor y vestía como hombre, pero esta criatura que iba a ser la próxima emperatriz de Sebestyen era una mujer muy hermosa. Iba a ser fácil odiarla.

—No —contestó Sebestyen en forma distraída—. No hay necesidad de que vuelvas esta noche. —La fulminó con la mirada y añadió—: Dos días y medio, Liane, ése es todo el tiempo de que dispones.

Los ojos con ese azul increíble de Sophie se agrandaron.

—¿Liane? —preguntó con suavidad. Luego, con sagacidad añadió—: ¡Qué hermoso nombre! Creo que nunca había oído un nombre igual. Es muy hermoso.

La chica era una mentirosa. Podría haber oído el nombre en cualquier lugar de la ciudad, tal vez incluso en la Provincia del Sur. Cualquiera que hubiera visitado el palacio podría haber hablado sobre la concubina preferida de Sebestyen. Nadie, fuera de esa habitación, sabía que Liane era una asesina, pero ¿por qué la sola mención de su nombre hizo que la joven se sobresaltara?

Al abandonar los aposentos de Sebestyen, dos centinelas escoltaron las mujeres al Nivel Cinco, y otros dos permanecieron vigilando la puerta del emperador. Sophie no dijo ni una sola palabra, tampoco Liane lo hizo.

La joven, que nunca había estado en el palacio, contempló maravillada el ascensor mientras los transportaba del Nivel Uno hasta el Cinco.

Liane también había encontrado maravillosas estas novedades del palacio hacía tiempo, pero ya no. Pensó que esta mujer, Sophie, podría ser una fuente de problemas para ella.

Sería fácil matar a Sophie Fyne. La joven no llevaba armas y no vería la hoja del cuchillo aproximarse. No esperaría violencia proveniente de otra mujer. Liane no carecía de compasión, sabía cómo hacer que la muerte fuera rápida y sin dolor, o casi sin dolor.

Pero no había caído tan bajo aún. No estaba lista para asesinar a una joven inocente que sólo quería a su bebé y su libertad. Era improbable que por mucho tiempo Sophie obtuviera lo

que quería. Además, Sebestyen se pondría furioso si ella terminaba con la vida de Sophie antes que él.

En el vestíbulo del Nivel Cinco, Liane se dirigió hasta la habitación donde estaban cuidando al bebé. Cuando Sophie se dio cuenta hacia dónde iban, se le iluminó la cara.

—¿Ha visto a Ariana? ¿Está bien? —preguntó Sophie con vehemencia.

Los centinelas se mantenían detrás de ellas, como si esperaran algún tipo de problema con Sophie, pero Liane ignoraba su presencia. Estaba acostumbrada a encontrar soldados con uniforme verde en cada rincón del palacio; pero, por la forma en que Sophie escondía los ojos ante ellos, se podía notar con claridad que no le resultaban familiares.

—El señor Farrell llegó con un ama de cría por compañía y ella ha permanecido a cargo del cuidado del bebé —respondió Liane.

—¿Está Ariana bien alimentada y feliz? —inquirió Sophie.

—Realmente no he controlado los detalles de la estadía del bebé —masculló Liane. A ella no le interesaban los niños. Las criaturas eran revoltosas, estúpidas y egoístas. Nunca había entendido el porqué de la atracción que las mujeres sentían por ellas. Si alguna vez había tenido instinto maternal, Sebestyen lo había anulado hacía mucho tiempo.

Todo estaba silencioso mientras atravesaban el largo vestíbulo, pero de pronto se oyó el llanto suave y lastimoso de un niño, que interrumpió el silencio. Sophie detuvo sus pasos y respiró hondo. Liane también se detuvo. Ese llanto sonó de manera parecida al gemido que Liane había oído saliendo del Nivel Trece. El corazón le dio un vuelco y el estómago se le revolvió, pero no le dio importancia a esas respuestas de su cuerpo.

—Ven conmigo —le ordenó a Sophie.

Sophie comenzó a correr como si supiera exactamente hacia dónde se dirigían. El cabello rubio deslucido por el polvo del camino, tan parecido al de Maddox después de un largo viaje, le bailaba en la espalda. Se detuvo frente a una puerta. Era la puerta correcta. Cómo pudo saber eso, Liane no lo podía comprender. Sophie dudó unos instantes, y luego abrió la puerta.

El llanto se oía más fuerte, y un escalofrío recorrió la espalda de Liane. Se paró en el umbral de la puerta y miró cómo Sophie cogía al bebé de la cuna que había sido colocada al lado de una estrecha cama en esa habitación destinada a la servidumbre. El ama de cría estaba sentada cerca y se puso de pie tan pronto vio a esa mujer llorosa que ponía al bebé al pecho. La cortesana y los centinelas miraron el emocionante encuentro con ojos insensibles.

Sophie Fyne cogió al bebé con fuerza, pero con ternura. Todo su cuerpo tembló y susurró palabras que sólo ella y el bebé podían entender, palabras que demostraban alivio y amor, sin lugar a dudas.

—Váyase... —le dijo Liane al ama de cría—. No se la necesitará hasta la mañana. Esta noche puede dormir en su habitación.

El ama de cría asintió con la cabeza y se marchó agradecida. Farrell también tenía sus propias habitaciones en este nivel, pero nunca las abandonaba sin una escolta armada. Liane se preguntaba si él ya habría llegado a la conclusión de que era un prisionero, no un invitado.

No se quedaría en el Nivel Cinco por mucho tiempo, ahora que Sophie Fyne ya había llegado. Sería llevado al Nivel Doce o tal vez al Nivel Trece. Liane no sentía ninguna simpatía por el hombre que había separado a un bebé de su madre.

Sophie se había mostrado hermosa antes, pero ahora, mientras Liane la miraba cogiendo al bebé entre sus brazos, sintió cómo podía llegar a ser el sentimiento que Sebestyen la acusó de abrigar antes: los celos. Había tanto amor en los ojos de Sophie, y también tanta satisfacción y amor en el rostro del bebé... ¿Podía un bebé sentir amor? Tendría que ser imposible. Los niños sólo tenían necesidades: ser alimentados, limpiados, puestos a dormir. Pero parecía que Ariana reconocía a su madre y que la amaba.

—Te recogeré por la mañana —dijo Liane con brusquedad—. Tenemos mucho trabajo por hacer.

Sophie asintió sin prestar mucha atención, con sus ojos puestos en el bebé.
Liane cerró la puerta y ordenó a los centinelas que hicieran guardia durante toda la noche.
Sebestyen nunca perdonaría que hubiera errores con su nueva esposa.

Capítulo 15

Le habían quitado los cuchillos, la espada y las botas y lo habían encadenado en un rincón de una pequeña habitación de paredes y suelo de fría piedra. Las cadenas estaban lo suficientemente sueltas como para permitirle algún movimiento, pero no demasiado. No podía sentarse y sólo podía estar de pie, ligeramente en cuclillas, en una posición que hacía que los hombros le dolieran.

Kane tiró con fuerza de las cadenas que aferraban sus manos a las paredes de la celda. Sonaron pero no se soltaron. Estaban sólidamente enganchadas al muro, de la misma manera que la pesada puerta. No había ninguna ventana por la que entrara algo de luz. Apenas un resplandor asomaba por una hendidura de la puerta. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad.

Estaba atrapado allí: sin armas, sin suerte, sin esperanza... Todo eso para poder rescatar a su hija y mantener a salvo a Sophie.

La celda era compacta, oscura y pequeña, pero el silencio no era total.

Los guardianes caminaban arriba y abajo por los corredores, con los tacones de las botas golpeando el suelo. La puerta y las paredes eran demasiado gruesas para que Kane pudiera entender lo que decían, pero podía oír las voces y las risas.

Algunos gritos ahogados y murmullos apagados parecían provenir de algún lugar debajo de su celda y, ocasionalmente, podía escuchar algo así como arañazos al otro lado de las piedras del suelo.

No sabía qué podía haber allí abajo, pero suponía que no era nada tan benigno como podían ser unas pocas ratas.

Algo que sólo podía ser un grito llegó hasta sus oídos. Ese sonido no podía haber sido hecho por un roedor de ninguna especie, sonaba más como el grito de una mujer.

Cerró los ojos y rezó. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hablado con Dios, sí, demasiado tiempo. Pero en un lugar en que las mujeres gritaban, los niños eran secuestrados y las jóvenes eran obligadas a servir como meretrices, y donde aquellos que no estaban de acuerdo con el emperador simplemente desaparecían, los rezos eran decisivamente necesarios.

Kane no pidió nada para él. Pidió por Ariana y Sophie, para que estuvieran a salvo y pudieran marcharse del palacio cuanto antes.

Quería venganza y justicia, pero quería buscarlas por sí mismo, no quería pedirle a Dios que castigara a aquellos que habían deshecho su familia.

La puerta de la celda se abrió y, por unos instantes, Kane quedó ciego ante el fuerte brillo del farol que el soldado portaba. Fue todo lo que pudo ver: una luz brillante y cegadora, luego, un uniforme verde y unos mechones de pelo oscuro.

El soldado dijo:

—Condenado paleta rebelde. Cuando he visto que te arrastraban hasta aquí, pensé que reconocía ese bonito rostro.

«Esa voz...», pensó Kane.

A medida que el farol se movía hacia abajo, Kane pudo ver la cara delgada del soldado y la cicatriz que le desfiguraba la mejilla.

El soldado sonriente que estaba en la celda de Kane era el mismo hombre que había matado a Duran.



Sophie dejó a Ariana de mala gana en manos del ama de cría cuando Liane la fue a buscar temprano por la mañana. Liane estaba vestida con mucha formalidad con una túnica carmesí; y en completa oposición estaba Sophie, que había dormido con la ropa interior dándole cobijo a Ariana. Vestía la misma ropa vieja que llevaba puesta desde hacía días, un atuendo de hombre que debería ser quemado tan pronto terminara esta aventura.

Liane cogió a Sophie por la muñeca y la asió con fuerza, separándola del bebé. ¿Era posible que fuera la hermana de Kane? El nombre no era infrecuente, pero la hermana de Kane, Liane, había sido traída a este lugar hacía mucho tiempo. Tenía el mismo color raro de pelo que Kane, mechones dorados y castaños entrelazados y, también, los ojos verdes, aunque no del mismo tono.

Pero sólo en eso se parecían. Kane era amable, bueno y noble. Esta mujer era calculadora, manipuladora y, posiblemente, mala. Había un brillo de malevolencia en sus ojos mientras arrastraba a Sophie escaleras arriba hacia otro nivel del palacio y a través de un gran vestíbulo.

Uno de los centinelas se había quedado haciendo guardia en la puerta de la habitación donde se encontraba Ariana. El otro seguía a las mujeres muy de cerca, mientras ambas entraban en un salón grande y oscuro. Era por la mañana, pero ¿dónde estaba el sol? Toda la luz de ese reverberante salón era artificial. Lámparas extrañas incrustadas en las paredes proyectaban una luz de tono amarillento, algunas llamas débiles se consumían aquí y allá, aun en cuencos que flotaban sobre una enorme piscina de agua.

—Quítate esas ropas repugnantes —ordenó Liane mientras soltaba la muñeca de Sophie.

—Pero hay... —balbuceó Sophie.

Miró a su alrededor: más de media docena de mujeres jóvenes estaban en diferentes etapas de ponerse y quitarse la ropa. Se estaban bañando en la piscina, se reían y se arreglaban el cabello. Sumados al soldado que las había acompañado, había tres guardianes más custodiando la puerta. No eran soldados vestidos de verde, sino hombres más jóvenes que llevaban breves túnicas sueltas de color azul que dejaban ver los brazos musculosos y las largas piernas.

—Si estás afligida por sentir pudor —dijo Liane en tono cortante—, te sugiero que olvides ese sentimiento rápidamente. Tu esposo no tendrá nada de eso, te lo puedo asegurar.

—No siento pudor... —respondió Sophie—, pero tampoco estoy acostumbrada a mostrarme delante de otros sin moderación.

—Te sugiero que te acostumbres —dijo Liane con una media sonrisa.

Definitivamente mala, decidió Sophie.

Cuando Sophie se mantuvo quieta sin comenzar a desnudarse, Liane levantó una mano. Uno de los hombres casi desnudos vestidos de azul comenzó a aproximarse.

—Esta mujer será tu nueva emperatriz, Brus —dijo Liane.

Los ojos de Liane permanecieron fijos sobre el rostro de Sophie, como si estuviera buscando algún signo de miedo, o tal vez de sumisión.

Brus, un joven atractivo con el cabello lustrado peinado hacia atrás y sostenido por una cinta que hacía juego con la túnica, hizo una reverencia con lozanía.

—Brus, es un maestro de aprendizaje —explicó Liane—. Una de sus tareas consiste en ayudar a las jóvenes a desvestirse, si así lo desean.

Sophie no tenía idea de qué significaba ser un maestro de aprendizaje, pero, sin lugar a dudas, entendió el resto de la explicación.

—Soy perfectamente capaz de desvestirme —dijo la joven.

—Demuéstramelo —indicó Liane con brusquedad.

Sophie comenzó a desabotonarse la camisa lentamente y Liane levantó la mano para ordenarle al joven que podía retirarse. Brus así lo hizo sin decir palabra y volvió con los otros, que también eran maestros de aprendizaje, fuera lo que fuese lo que ello significase.

Sophie se puso de espaldas y se desnudó con rapidez. Entró a la piscina, bajando por anchos escalones de mármol blanco hasta que estuvo sumergida. El agua no estaba ni fría ni caliente, la temperatura era perfecta. También tenía un aroma agradable, con un toque de aceites que emanaban fragancias.

Sophie prefería su propia laguna y la calidez del sol matutino, pero tenía que admitir que el baño la hacía sentirse muy, pero muy bien.

Un baño como éste era un lujo. Cerró los ojos por un instante y disfrutó de la sensación del agua sobre la piel. Luego se hundió bajo el agua, empapándose la cara y el pelo, y luego salió lentamente a la superficie.

Si el sol le brillara en la cara, Ariana estuviera durmiendo cerca de ella y Kane a su lado, todo sería perfecto. Pero la situación no era ésa.

Tres mujeres más entraron en la sala. No estaban vestidas de rojo como Liane sino que llevaban vestidos de diferentes tonos de azul, hechos de un material muy fino que les ceñía el cuerpo mientras caminaban. Dejaron caer como al descuido, al costado de la piscina, los vestidos que las cubrían. Enseguida bajaron los escalones y se unieron a Sophie en el agua.

—Estas damas te bañarán como es debido —instruyó Liane, quien miró con frialdad a Sophie y a las otras jóvenes.

—Soy perfectamente capaz de bañarme sola —insistió Sophie.

—Si te vas a casar con el emperador, debes aprender a comportarte como una emperatriz. Él no quiere a una campesina sucia como esposa.

—Entonces debería casarse con otra —contestó Sophie con mordacidad.

Liane sonrió pero no había buen humor en su sonrisa.

—Le hablaré al emperador sobre tu renuencia. Estará molesto al saber que has olvidado que la única razón por la cual tu hija y tu acompañante son invitados en este palacio es porque muy pronto serás su esposa y él desea complacerte.

—No —respondió Sophie abruptamente—. No hay necesidad de hablar con el emperador. —Levantó los brazos lentamente y permaneció quieta, lista para aceptar las indecencias que Liane estaba ofreciéndole.

Las muchachas que se unieron a Sophie en la piscina, trajeron unos paños con jabones aromáticos. Eran muy jóvenes, todas más jóvenes que Sophie. Una de ellas no tendría más de catorce años. Hicieron su nueva tarea gentilmente. Bañaron a Sophie, le lavaron el pelo y se lo aclararon. Se sentía rara al estar de pie con calma mientras otras personas se ocupaban de esas labores tan personales y simples. Sophie recordó que permitía esa situación sólo por Ariana y Kane.

Cuando el baño hubo acabado, las jóvenes abandonaron la piscina junto con Sophie, y cuando el aire frío tocó su piel desnuda, se estremeció. Brus y sus amigos miraban con interés, pero sin segundas intenciones.

Cerca de los escalones se podía observar una pila de toallas. Las jóvenes que habían bañado a Sophie la secaron minuciosamente, después le aplicaron sobre la piel una loción aromática dulce hasta que quedó como seda. Ella se sentó y una de las jóvenes le peinó el cabello mientras otra le ponía la loción en los pies.

Otra de las jóvenes cogió una túnica de una pequeña pila de ropa situada en un rincón de la sala. Una vez que terminaron de peinarla y de aplicarle el bálsamo en los pies, Sophie se incorporó y permitió que una de las jóvenes la vistiera, con la misma sumisión con la que dejó que la bañaran.

El vestido blanco estaba hecho de un material tan fino que tenía la levedad del aire sobre la piel, casi como si no llevara nada puesto y con la luz apropiada parecía que estaba desnuda.

Sophie no protestó. Kane y Ariana estarían a salvo por ahora, mientras ella cooperara. No podía olvidarse de ese detalle.

Sophie se enfrentó a una triunfante Liane, con la barbilla en alto y firme.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Liane sonrió.

—Ahora es el momento de que conozcas a los maestros del Nivel Tres.



El muy bastardo había regresado. Kane levantó la cabeza para mirar al soldado a los ojos. Dos veces más, desde la primera visita, el hombre había venido a la celda a torturar a Kane. Por algún motivo no podía matar al cautivo que le había hecho esa desagradable cicatriz en la mejilla, pero no tenía ningún escrúpulo en golpearlo repetidamente.

Hablaba en forma continua mientras le pegaba y pateaba al prisionero encadenado. Habló sobre cómo los rebeldes habían muerto en la ruta. Contó cómo les había cortado la cabeza y la forma en que los rebeldes habían gritado y llorado al ser vencidos. También cómo algunas de las cabezas de los rebeldes habían sido clavadas sobre picas alrededor de la ciudad hasta que se pudrieron.

El soldado habló sobre la forma en que Kane había huido de todo eso. Podía haber sido una caída, pero ambos sabían que Kane era un cobarde que había abandonado una batalla que sabía no podía ganar, dejando que sus amigos y sus hermanos se pudrieran. Luego, el soldado con la cicatriz se contradijo diciendo que si hubiera sabido que se podía sobrevivir a tal caída, habría trepado la barranca hasta conseguir cortarle la cabeza a Kane.

Entre las burlas y la tortura, el centinela le hacía preguntas: ¿cómo se llamaba? ¿Dónde estaba Arik? ¿Por qué había venido a Arthes? ¿Qué planes sediciosos tenía para informar y ofrecer, y así hacer que los golpes y la tortura cesaran?

Kane no sabía si era de noche o de día, cuando el guardia entró una vez más en la celda. Aparentemente, el centinela había concluido que sus puños y sus botas no le daban suficiente entretenimiento: ahora llevaba un palo y un cuchillo corto en la mano.

—Hola, paleta rebelde. ¿Estás listo para darme algún nombre? Me han dicho que tu nombre es Ryn. Parece que a tu amiga no le importan tus secretos. ¿Es ése tu nombre de pila o tu apellido? ¿Ryn qué? ¿Qué Ryn? Cuando estés muerto tal vez quiera buscar a tu familia y ofrecerles mis respetos, ¿pero cómo voy a hacerlo si lo único que sé es que te llamas Ryn?

Kane no respondió y pensó: «¿Ryn? Sophie debe de haberles dado esa pequeña información falsa al recordar que no debía decirles mi verdadero nombre.»

—Tu hermano, en estas circunstancias, ya me habría dado algún nombre —dijo el soldado mientras se acercaba a Kane—. Era demasiado cobarde para ser soldado, ni siquiera debería de haberse llamado rebelde. Era apenas una mosca, a quien se pisa y aplasta con facilidad. Tal como tú lo eres, ya que tan pronto me den el permiso te aplastaré de una vez por todas.

Kane miró al centinela a los ojos y contestó:

—Yo te aplastaré a ti antes de abandonar este lugar. ¿Cómo te llamas? Me gustaría saber tu nombre antes de clavar tu cabeza en una pica.

El soldado embistió con el grueso palo, golpeando a Kane en las piernas. El golpe dolió y lo que seguiría, sin duda, sería peor, pero Kane no gritó.

El soldado hacía equilibrios entre el palo en una mano y el cuchillo en la otra.

—No tengo ningún motivo para esconder mi nombre. Es Nairn, Iaso Nairn. Ejecutor de rebeldes y cuidador de la entrada al Nivel Trece desde hace siete meses. —Se inclinó, acercándose más a Kane y añadió—: Tu hermano murió muy rápido. Supongo que es algo bueno que me hayan ordenado que no te mate aún. Tu muerte será lenta, rebelde.

Kane se echó atrás, dando un respingo, mientras Nairn le cortaba la camisa y levantaba el palo. Una vez más le susurró:

—La tuya será rápida, Iaso Nairn.

Nairn contestó con un golpe de la punta del cuchillo, a lo largo de la mejilla de Kane.

—No estás tan guapo ahora, ¿no es verdad, rebelde?



Sophie se sentó en una silla muy cómoda en una habitación que estaba al final del vestíbulo que daba a la sala de la piscina. Por lo menos no había ninguna multitud a su alrededor en ese momento. El centinela que la estaba custodiando se había colocado detrás de la puerta. Sólo ellas dos, Sophie y Liane se encontraban dentro de esta habitación muy bien amueblada y llamativa, que tenía una silla roja, una gran cama con los colores rojo y rosa, con abundantes almohadas de todos los tamaños, y una mesa larga cubierta de plumas, botes de aceites y otras cosas que Sophie no podía identificar.

Había una ventana y el sol entraba por allí. Sophie detuvo la mirada en la ventana por largo tiempo, tratando de atraer el sol hacia ella. Estaba cansada de la oscuridad.

No se animó a mirar las cadenas que colgaban en un rincón de la habitación, ni los látigos que estaban colgados cerca.

—Te ves casi presentable —dijo Liane mientras se paseaba delante de la silla en la que Sophie estaba sentada—. Tampoco apestas. El emperador estará complacido.

Quien no estaba complacida era Liane. Sophie podía notarlo y darse cuenta, pese a su poca educación y experiencia mundana: Liane la odiaba. ¿Por qué? Era obvio que estaba celosa, aunque sugerir algo así no sería inteligente de su parte.

—Sólo quiero a mi hija y... —Sophie estuvo a punto de nombrar a Kane pero logró disimular y continuó—, a mi amigo. No quiero ser emperatriz —dijo con suavidad.

—En este palacio a nadie le importa lo que tú quieres. En toda Columbyana a nadie le interesa lo que tú quieres.

—Pareces tener una relación muy cercana con el emperador. Tal vez puedas convencerlo de que sería una mala emperatriz y de que debería buscar en otra parte.

Sophie levantó los ojos esperando una respuesta. Simplemente, no tenía sentido para ella casarse con el emperador.

—Una vez que el emperador Sebestyen decide que quiere algo, no permite que nadie intente disuadirlo.

—Pero tú... —quiso añadir Sophie.

—Existo para complacerlo, no como consejera en asuntos que se extienden más allá de la cama —contestó Liane con brusquedad—. Tal como tú, muy pronto. Si estás acostumbrada a vivir en un lugar donde los otros se preocupan por ti y por lo que tú piensas y sientes, te sugiero que te prepares para el hecho de que tu vida aquí no será así. Serás como una vaca de cría, estás aquí para tener y dar a luz al hijo del emperador.

—Es muy improbable que alguna vez pueda tener... —intentó explicar Sophie.

—Termina con tus quejas y acepta lo que te ha tocado —dijo Liane cortando la explicación.

No podría contar con la ayuda de esta mujer, aunque era innegable que no le gustaba la idea de que Sophie se casara con el emperador. Ni siquiera quiso escuchar su explicación de que era imposible para una hechicera Fyne dar a luz a un hijo varón.

—¿Cuándo regresará mi padre? —preguntó Sophie. Él podría ser la única posibilidad de poder salir de esta situación.

—Tardará semanas —respondió Liane—. Tal vez meses. Para cuando veas a tu padre, ya serás emperatriz.

Sophie se pasó la lengua por los labios. Tenía que encontrar alguna forma de escapar. Había sólo una ventana en esa habitación, y estaba muy alta para que funcionara como vía de escape. Una vez más miró en esa dirección, esperando que los rayos del sol le dieran fuerza, pero la única fuerza que pudo encontrar se hallaba dentro de sí misma.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Sophie mientras Liane la miraba con ojos de encono.

—El emperador será un esposo exigente. Espera una esposa que sepa más del sexo que yacer de espaldas y abrir las piernas.

La boca de Sophie se secó.

Liane continuó:

—Además, tu futuro esposo es demasiado impaciente para enseñarte nada. Espera que llegues al lecho nupcial ya entrenada para darle placer.

—¿Entrenada? —quiso saber Sophie, con voz débil.

—Su esposa más reciente no lo estaba y Sebestyen encontró que su inocencia le molestaba. Para ser sincera, debo decirte que las cuatro esposas del emperador fueron bastante decepcionantes en la cama. Es mi tarea que no irrites al emperador con tu falta de destreza sexual.

»Dado que no tienes una familia rica y de buena sangre para que proteste, te puedo entrenar como si fueras una concubina. De esa manera podrás ser la esposa perfecta para el emperador. —Los ojos de Liane se endurecieron y añadió—: Estarás bien conectada a través de tu padre, el ministro Sulyen, y bien entrenada por mí.

—No deseo ser bien entrenada, ni estar bien conectada —susurró Sophie.

—A nadie le importan tus deseos —aclaró Liane.

Una ira poco común se agitó dentro de Sophie.

—¿Por qué un hombre estaría preocupado por obtener placer sexual de una vaca de cría?

Liane no reaccionó a la pregunta y mucho menos se molestó en contestarla.

—Bebe esto —le ofreció a Sophie mientras le daba un pequeño vaso de cristal con una pequeña cantidad de una bebida color rubí resplandeciente.

—¿Qué es eso? —preguntó Sophie.

—No te hará daño.

—Pero...

—Bébelo.

—Me gustaría saber qué es antes de... —protestó Sophie.

—Bébelo o tu acompañante pagará por tu terquedad.

Sophie cerró los ojos y bebió. Pasó por su garganta un líquido espeso y dulce. Casi inmediatamente, un calor extraño se expandió por su estómago como dedos calientes.

Liane fue hasta la puerta y la abrió, dejando paso a tres hombres.

—Estos son los maestros del Nivel Tres —informó Liane mientras cerraba la puerta detrás de ellos.

De pronto, el significado de «maestro de aprendizaje» tuvo sentido y Sophie lanzó una exclamación. Sentía que el calor se le extendía del estómago a las piernas.

Liane se sintió reforzada por la reacción reticente de Sophie y casi sonrió.

Los tres hombres estaban apenas vestidos. Se veían sus pechos y abdómenes lisos y sus piernas largas. Sólo un trozo de tela azul muy fina cubría la parte del cuerpo que iba de cadera a cadera. Los hombres de la Provincia del Sur rara vez llevaban faldas. Eran granjeros y comerciantes y preferían atuendos más tradicionales. Estos maestros, al igual que Ryn, iban casi desnudos.

¿Por qué se sentiría más amenazada por estos hombres silenciosos de lo que se había sentido cuando Ryn se había transformado en casi un monstruo delante de ella?

—Catus es un amante muy diestro —dijo Liane con calma—. Te prometo que no hay un par de manos más talentosas que éstas en todo Columbyana.

Un hombre moreno con mucho pelo negro en el pecho dio un paso adelante. Era muy apuesto, al igual que los otros, pero él era brutalmente grande.

Los músculos le abultaban los brazos y los muslos, y, a pesar de que no era alto, su cuerpo se veía imponente y duro como la roca. Tenía músculos ondulantes hasta en el torso. Al ser presentado, hizo un movimiento de cabeza, inclinándose, tal como lo había hecho Brus con anterioridad.

Liane se acercó al hombre que estaba en el medio. Tenía el pelo claro y la cara mucho más bonita que Catus. Tampoco tenía tanto pelo como aquél. Su torso era elegante y moldeado. Si llevara un vestido podría pasar por mujer, o casi. Ya se lo veía excitado; la pequeña falda que llevaba no podía tapar la erección. También era musculoso, pero no tanto como Catus. Comparado con éste, era más delicado.

—Waryn —le dijo Liane—. ¿Por qué no le muestras a la futura esposa del emperador tu área de destreza?

El hombre de la cara bonita sacó la lengua y la enrolló. Era, sin dudas, la lengua más larga que Sophie había visto en su vida.

—Créeme —le dijo Liane a Sophie—. Sabe cómo usarla.

Liane le dio unas palmaditas cariñosas en la nalga antes de acercarse al tercer hombre. Tenía el pelo extrañamente corto, apenas le cubría las orejas. Los rizos le caían por sobre la nuca, aquí y allá. No era ni tan grande como Catus ni tan apuesto como Waryn, pero era más alto que los otros dos y tenía un aire varonil de gran magnetismo.

—Vito ha sido un maestro por muchos años. Aunque todos ellos son amantes muy dotados, él sigue siendo el preferido. —Liane le levantó la falda con audacia, para mostrar la razón por la cual seguía siendo el favorito. Vito estaba en erección, como los otros, pero su miembro era mucho más grande.

Sophie cerró los ojos. La cabeza le daba vueltas. ¿Qué había en ese vaso? Se sintió fuera de control, ligeramente mareada y con los brazos y piernas muy calientes.

Tres hombres muy guapos y talentosos estaban ahí para darle placer y para enseñarle a complacerlos. Eso era todo lo que ella había decidido que quería en su vida, un año atrás. La libertad de dar y de recibir placer sin las complicaciones del amor. Exploración y lujuria en compañía de cualquier hombre que ella pudiera desear, sin ataduras, compromisos o complicaciones amorosas.

Sophie abrió los ojos y advirtió:

—No hay forma de que pueda dormir con ninguno de estos hombres. ¿Qué pasaría si quedara embarazada? El emperador quiere un heredero, oí que lo decía. No se arriesgará...

Liane interrumpió:

—Ninguna de las personas del Nivel Tres pueden reproducirse. Los maestros y las concubinas toman medicinas diariamente para evitar la concepción.

—Aun así... —quiso explicar Sophie.

¿Cómo podría explicarle a Liane que ella no era como cualquier mujer, que era muy probable que quedara embarazada, sin importar las medidas que hubieran sido tomadas para evitarlo?

—De cualquier manera, tu aprendizaje no comenzará con una verdadera relación sexual —respondió Liane con un movimiento delicado de la mano—. Hay muchas otras cosas para aprender. Ahora, si lo pides con dulzura y con desesperación, estoy segura de que uno o más de uno de ellos estará deseoso de complacerte. Después de todo, muy pronto serás la emperatriz y ellos desearán ser tus favoritos.

Sophie se mordió los labios y dijo:

—No... —Una ola de sensaciones le sacudía el cuerpo, como si Kane le estuviera besando el cuello, como si la estuviera besando—. ¿Qué me está pasando? —preguntó.

Liane le explicó, con frialdad:

—Ese elixir que has tomado te ayuda a tranquilizarte y a que puedas dejar de lado todas las inhibiciones que parece que tienes. ¿Quién sabe? Podrías hasta encontrar que esta sesión es altamente placentera.

Sophie trató de sonreírles a los hombres que estaban de pie, en fila, detrás de Liane. No funcionó. Fue como si la sonrisa se le hubiera congelado en el rostro.

—No han dicho una palabra. Tal vez deberíamos conocernos algo antes de... —insinuó Sophie.

—Los maestros del Tercer Nivel no hablan —explicó Liane—. No hay necesidad de palabras en lo que se refiere a los asuntos del cuerpo.

—¿No hablan o no pueden hablar?

—Bueno, es evidente que no les hemos cortado la lengua —respondió Liane.

Liane les dio paso y los tres hombres se quitaron la falda y se dirigieron hacia Sophie.

La cabeza le flotaba, pero no demasiado. Fuera lo que fuese lo que Liane le había hecho beber, no era muy fuerte pero le daba calor.

Los maestros eran hermosos especímenes de masculinidad: viriles, apuestos y atentos. No le quitaban los ojos de encima y la miraban con pasión. Era lo que ella quería un año atrás, y hacía tan sólo unas semanas aún pensaba que quería tener amantes a su antojo, de manera que la casa Fyne continuara y ella no tuviera que vivir la vida sin que un hombre, en ocasiones, la tuviera. Eso había sucedido antes de que se hubiera enamorado de Kane. Había peleado contra ese sentimiento y estaba la maldición a considerar y conquistar, pero el amor había llegado con lentitud, seguridad y fuerza. No importaba el tipo de poción que Liane le había dado, ella no quería a otro hombre que no fuera Kane. ¡Por todas las estrellas! ¿Cómo haría para salir de esta situación?

Catus, el de las manos fabulosas, tomó la mano de Sophie entre las suyas y la ayudó, con gentileza, a ponerse de pie. Él y Vito le quitaron el diáfano vestido, moviéndola de tal forma que se sintió mareada. El vestido cayó al suelo y quedó completamente desnuda delante de ellos.

Ningún hombre, con excepción de Kane, la había visto desnuda. Sintió que lo estaba traicionando sólo por estar en este lugar y de esta manera. Resistirse a hacerlo podía significar la muerte para él y para Ariana. ¿Cómo podía negarse cuando la vida de ambos estaba en juego? Sus propios deseos no significaban nada comparados con la vida de aquellos a quienes amaba.

Catus sí que tenía manos suaves, lo cual contrastaba con el cuerpo absolutamente masculino. Mientras la conducía a la cama, le acarició el cuello, la espalda, los brazos. Cada caricia era tierna y, lo quisiera o no, era muy excitante.

—La parte más sensible del miembro masculino es la cabeza —le explicó Liane con un tono de voz profesional—. Vito, muéstrale.

Sobre la cama, Vito cogió la mano de Sophie y guió, en una caricia, la punta de los dedos de ella sobre el borde de su erección. Ella apenas lo tocaba, pero estaba claro que a Vito le afectaba la caricia. Estaba caliente, suave y duro a la vez. La mano de Sophie tembló, pero la mano de Vito era como una roca y la guió hacia arriba y hacia abajo haciéndole sentir su sexo erecto.

Waryn levantó a Sophie, retirándola de las atenciones de Vito e hizo que se volviera, colocándola nuevamente en la cama. Ella aún estaba sin aliento cuando él se inclinó, ladeando la cabeza y comenzó a besarla en el cuello y en el punto sensible debajo de la oreja. La punta de la lengua temblaba contra la piel de Sophie.

Ella permanecía desnuda en la cama, la más suave y sedosa de todas las que había conocido. Tres apuestos y bien formados hombres le estaban prestando toda la atención posible

y mucho más. Debería de sentirse en éxtasis, flotando sobre la cama en puro deleite. ¿Qué mujer no soñaría con una experiencia como ésa?

Aun así, ella no sentía en su corazón la calidez de la pócima, sólo actuaba en el cuerpo traidor.

Sophie cerró los ojos para no ver lo que le estaba sucediendo. El corazón le latía con fuerza y no había podido tomar aliento. Si se negaba a participar ¿pagarían Ariana y Kane el precio? Si no tuviera otra opción, podría pretender que era Kane quien la tocaba. Podría imaginar, simular...

Las lágrimas pugnaban por salir y las retuvo en los ojos. Ryn le había dicho que perdía fuerzas cuando lloraba, y ella necesitaba de todas sus fuerzas en este momento.

Un hombre estaba acostado a su lado en la gran cama, apretando el cuerpo desnudo contra ella, mientras con las manos le acariciaba los senos y con la boca le daba pequeños besos aquí y allá. Otro maestro le acariciaba el cabello y se lo levantaba para poder acceder a su cuello. Otro le abría las piernas con suavidad.

Le saltó la primera lágrima y cayó en la almohada.

—No seas niña —le dijo Liane con brusquedad—. ¿Sabes cuántas mujeres matarían por tener las atenciones de tres hombres como éstos?

Los maestros no pararon. Le acariciaban la piel, la besaban, la pellizcaban suavemente para estimularla sexualmente.

—El sexo es un entretenimiento participativo —instruyó Liane—. Ellos te están tocando. Debes tocarlos.

Sophie levantó una mano temblorosa y encontró una cara, dura y desconocida.

—¡Abre los ojos, maldita sea! —ordenó Liane.

Sophie lo hizo y se encontró un par de ojos oscuros y profundos demasiado cerca de los suyos, mirándola. En ese momento había sólo dos maestros en la cama con ella. Vito estaba en el otro extremo de la habitación, de pie ante la mesa que tenía los aceites, las plumas y las otras cosas. Volvió a la cama con una botella de aceite y una pluma azul y larga.

Le derramó aceite sobre los senos y Catus detuvo el líquido tibio y denso con una mano suave. Masajeó el aceite sobre los senos y en el valle que se forma entre ellos, y luego más abajo. Continuó bajando la mano más allá del ombligo, pero no continuó.

Vito le cogió la muñeca y le levantó el brazo, después se lo acarició con la pluma sobre la piel con suavidad, desde la mano al hombro, una y otra vez. Sophie se sentía bien. Pero todo temblaba dentro de ella y hacía que se sintiera vacía.

Liane había forzado a Sophie a beber un elixir cuyos efectos no sólo eran tranquilizantes, sino que era un afrodisíaco, tal vez una poción de amor. Pero Sophie era más fuerte que otras mujeres y no tenía intenciones de permitir que la controlara algo tan vulgar como una poción de amor. «No, no es una poción de amor, sino un verdadero afrodisíaco», pensó mientras sus entrañas se estremecían. No había nada de amor en todo esto.

—Si pararas de luchar contra lo que sientes, podrías encontrar esta situación muy placentera —dijo Liane desde su posición al costado de la cama.

—No puedo —respondió Sophie.

—¡Por supuesto que puedes!

Vito dejó reposar la pierna de Sophie y puso la pluma en la mano de la joven. Con la mano de ella atrapada en la de él, la guió para que lo acariciara. La miraba fijamente a los ojos y sonreía mientras la pluma recorría su erección. Catus frotaba la mano sobre la parte interna del muslo de Sophie. Todavía tenía un poco de aceite en la mano y se sentía diferente y agradable. Waryn pasaba la lengua por sobre un pezón y luego sobre el otro. Lo quisiera o no, el cuerpo de Sophie respondía.

—La reacción del cuerpo cuando está correctamente estimulado no tiene nada que ver con el amor —dijo Liane sin compasión.

—Eso es lo que siempre pensé, lo que quería creer, pero... —dijo Sophie.

Las lágrimas le impidieron seguir hablando, lágrimas que molestaban a Sophie. Este llanto debilitaba la energía que ella estaba necesitando, pero no podía parar de llorar. Sophie quería a Kane, a nadie más. Esto era un desastre de enormes proporciones.

Catus la cogió por las manos y la ayudó a sentarse. Luego se sentó en la cama, detrás de Sophie, acunándola con los brazos mientras le besaba la nuca y jugaba con sus largos dedos sobre los senos de ella. Waryn le abría los muslos con gentileza y le acariciaba allí la suave piel. Vito le cogió la mano y se la puso sobre su miembro duro.

Sophie no sollozó ahora, pero algunas lágrimas silenciosas le corrieron mejillas abajo. ¿Era esto lo que ella pensó que quería? ¿Sólo placer? La libertad de amar tal como lo dictara el cuerpo. Allí, en esa habitación, estaba todo lo que ella pensó que deseaba, pero ahora no se sentía suelta y libre. Ya no era independiente y sin trabas.

Estaba ligada a Kane Varden y siempre lo estaría. La maldición de Fyne lo mataría si no encontraban un medio para romperla, pero tenían tiempo. Tenían tiempo aún para vivir, amar e intentarlo.

Si combatía contra lo que estaba sucediendo en ese momento, podía poner en peligro la vida de Kane. No le harían daño al bebé, no podía pensar que podrían ser tan crueles, pero a Kane se lo harían pagar.

Sophie hizo lo posible por relajarse, pero las piernas le temblaban.

—Lo siento mucho, Kane —susurró mientras uno de los hombres, que tenía entre las piernas, le ponía la boca entre los muslos—. Lo siento —repitió Sophie.

Capítulo 16

Liane se acercó a la cama donde la futura esposa de Sebestyen estaba siendo entrenada.

La poción que había recogido en las habitaciones de Gadhra aquella misma mañana no era necesaria para esta sesión. Tal vez no había sido inteligente al haberla usado, pero ella quería ver a la joven retorcerse. Quería ver a Sophie Fyne degradarse... Nadie podía ser tan bonita, tan buena y amorosa y, de alguna manera, tan perturbadora, tan perfecta como esta mujer parecía serlo.

Eso es lo que Liane quería. Esta joven no sería una novia tímida en la noche de su boda. Estaría bien entrenada en el arte del sexo, sería mejor que cualquier concubina.

Ahora ¿por qué una sola palabra había hecho que a Liane se le congelara la sangre en las venas?

—¿Qué has dicho? —interrogó Liane.

—Lo siento mucho —repitió Sophie.

Liane cogió a Vito del cabello y tironeándolo con fuerza hizo que se retirara. El joven dio un traspié, bamboleándose hacia atrás de una forma extraña.

—Que lo sientes mucho... ¿quién? ¿Qué nombre has dicho? —volvió a interrogar Liane.

—Kane —susurró Sophie—. Lo amo, ¿es eso tan horrible? Se suponía que no debía enamorarme de él, pero lo hice y como si eso fuera poco, aquí estoy, de esta manera...

Liane echó a los maestros que, de mala gana, se alejaron de la cama.

—Es suficiente por ahora —les dijo.

Los maestros no discutieron la orden, aunque Vito levantó una ceja en actitud un tanto insolente.

—Te llamaré si te necesito.

Se vistieron deprisa y se marcharon, cerrando la puerta tras ellos. Liane se sentó en la cama al lado de la joven, que estaba desnuda y temblando. Liane la cubrió con una manta rosada de seda.

—¿Cuál es el apellido de ese Kane del que has estado hablando?

Sophie movió la cabeza y cogió la manta cubriéndose los senos.

—No puedo decirlo. No puedo. No debía siquiera haber mencionado su nombre de pila. Prometí que no lo haría.

Por la forma en que Sophie había reaccionado cuando oyó el nombre «Liane», ¿sería posible?

—¿Es su apellido Varden? —preguntó Liane.

Los ojos de Sophie se abrieron con temor.

—No dije eso, ¿no? Al principio pensé que podías ser su hermana, pero... eso no puede ser. No eres como él. Él es bueno, honorable y correcto. —Sophie se atragantó, respiró hondo y continuó diciendo—: Le harán daño si hago mucho ruido, eso es lo que has dicho. Tengo que casarme con el emperador para que lo dejen marcharse.

Sophie realmente creía que Sebestyen dejaría ir al prisionero si ella hacía lo que él le pedía. ¿Dónde había estado viviendo todos esos años para ser tan ingenua?, se preguntó Liane.

—¿Es Kane tu amigo? —preguntó Liane, horrorizada—. ¿Es él el que los soldados tienen prisionero en el Nivel Doce?

—Sí —musitó Sophie—. No dejes que le hagan daño, por favor. Que lo dejen marchar y yo haré lo que me pidan. Me casaré con el emperador si debo hacerlo.

Liane le retiró un mechón de cabello que le caía sobre el rostro y preguntó:

—La niña ¿es la hija de Kane?

—Sí —respondió Sophie en voz baja.

Liane cerró los ojos. ¿Qué debía hacer ahora? Todo había salido como ella esperaba en las últimas semanas, absolutamente todo. Sebestyen confiaba en ella cada día más, la escuchaba y satisfacía su cuerpo. Había traicionado a Maddox para poder llegar a la posición que disfrutaba ahora. ¿Cómo podía arriesgar todo lo obtenido por el nombre de un chico que ella no había visto en los últimos dieciséis años?

Pero lo arriesgaría. Sebestyen le había quitado la posibilidad de la felicidad más sencilla: una familia, un hogar, hijos. No le permitiría que le quitara también a su hermano pequeño.



Kane levantó la cara y miró al soldado Nairn a través de una niebla rojiza. La sangre le llenaba los ojos y le impedía ver bien, el dolor lo atenazaba de la cabeza a los pies. La mejilla le dolía allí donde Nairn lo había marcado. La cabeza le palpitaba sobre uno de los ojos y la sangre continuaba manando de la herida.

Parecía una pesadilla que no se acabaría nunca. El soldado que había matado a Duran seguía golpeando, dando cuchilladas, pateando y hablando. Hablaba y hablaba hasta que a Kane el sonido de la voz le resultaba tan doloroso como los golpes y los cortes.

¿Dónde estaba Sophie? ¿Estaría encerrada en una jaula oscura como ésa en la que él se encontraba?

No, el padre de Sophie era un ministro, un hombre importante. Ella estaría segura en el palacio. ¿Quién se atrevería a hacerle daño a una joven tan bella y tan buena? ¿Qué tipo de monstruo sería el que se animara a levantarle la mano a una mujer que nunca podría dañar a otro ser viviente?

Pasara lo que pasase, él no la podía nombrar, aunque estuviera a punto de morir. No podía dejar que Nairn supiera lo que Sophie significaba para él. Ellos habían viajado juntos, eso era todo. Los soldados no necesitaban saber nada más. Por eso cuando el nombre de la joven le vino a los labios, se lo tragó, lo mordió y lo saboreó.

Kane tenía una vaga idea de que sus ropas estaban hechas jirones y de que estaba sangrando por varias partes del cuerpo, no sólo por la herida de la cara. Nairn descargó una vez más un golpe con el gran palo. El dolor se extendió a través de Kane hasta que dejó de sentirlo en lugares específicos para convertirse en una ráfaga que le inundaba todo el cuerpo. ¿Tenía la pierna izquierda quebrada? ¿Tenía algo debajo de la piel, en el costado izquierdo del cuerpo, también quebrado?

El soldado agitó el palo otra vez y lo impulsó sobre la pierna que tanto le dolía. Los ojos de Kane comenzaron a nublarse y se puso contento. La inconsciencia sería un alivio. Pero no llegó. Se mantuvo despierto porque sabía que la muerte sobrevendría al perder el sentido. No estaba listo para morir, no hasta saber que Sophie estaría bien cuidada.

Hasta Nairn se sorprendió cuando la puerta de la celda de Kane se abrió y una mujer entró. Kane pestañeó, pero aun así, no pudo verla bien. No era Sophie, eso era todo lo que le importaba. No quería que ella estuviera en un lugar como ése, no quería que lo viera en ese estado, encadenado a la pared y sangrando. La mujer que había entrado llevaba puesta una túnica roja oficial y no tenía el pelo claro, como Sophie.

—¿Qué le estás haciendo a este hombre? —preguntó ella con voz cortante.

Nairn bajó el palo que había estado usando durante el último ataque a Kane y explicó:

—Es un prisionero.

—Te ordenaron que no le hicieras daño.

—No —rebató el soldado—. Me ordenaron que no lo matara y no está muerto aún.

La mujer caminó para acercarse a Kane con movimientos lentos y elegantes. Se quitó una bufanda que llevaba alrededor del cuello, la mojó en el agua que tenía Nairn para beber y limpió la sangre del rostro de Kane. Le puso la mano sobre la mejilla con mucha delicadeza y dijo:

—Es una fea herida, pero puede ser arreglada. Me temo que cuando sane quedará una cicatriz.

Kane sintió que había algo familiar en esa voz. La mujer que le enjugó la sangre de su cara y ojos sonaba como su madre. Hacía tanto tiempo que su madre se había ido que se sentía asombrado de poder recordarla. Tal vez era una alucinación, quizá ya estaba muerto.

—Este paleta rebelde me marcó en una batalla —protestó Nairn con indignación—. Tengo derecho a marcarlo a mi vez.

Kane pestañeó mientras la mujer le ponía la bufanda en la herida de la cabeza que sangraba, a modo de vendaje. Podía verla un poco mejor ahora. Sin lugar a dudas tenía una alucinación: esta mujer se parecía a su madre antes de que envejeciera y se debilitara por el trabajo duro, antes de que envejeciera veinte años en una noche por haber perdido a una hija. La verdad lo golpeó con fuerza haciendo que el corazón le saltara en el pecho.

—Liane —susurró.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

Nairn comenzó a preocuparse. Alzó el palo con una mano y se acercó a Liane y al prisionero.

—No fui informado de que el emperador Sebestyen tuviera ningún interés en el prisionero. Me dijeron que probablemente en un día o dos tendríamos que deshacernos de él. Si fui mal informado, debe disculparme ante el emperador. —Liane levantó una mano, y Nairn se detuvo en medio de la celda. No se acercó y dijo—: Me haría feliz escoltar al prisionero hasta aposentos más apropiados si su posición en el palacio ha mejorado.

—No escuches a Nairn —le susurró Kane a Liane—. Está mintiendo.

—¿Por qué tendría que mentir? Vivo para servir al emperador Sebestyen. Por favor, permítame que acompañe al prisionero a un aposento mejor, si ése es el deseo del emperador.

Otro minuto en manos de Nairn y Kane sabía que moriría. Lo tenía claro.

—No lo escuches. Me quiere matar de la misma manera que mató a Duran.

Los ojos de Liane se llenaron rápidamente de lágrimas, pero al instante se secaron.

—No, no a Duran. Él es el menor. Te has equivocado.

Kane negó con la cabeza.

—Desearía estar equivocado, pero lo vi morir. Este bastardo lo cortó en dos y puso su cabeza en un poste y...

No supo de dónde vino el cuchillo, pero Liane se movió con agilidad y de pronto tuvo una pequeña pero mortal hoja afilada en la mano. Se movió, se dio media vuelta y antes de que Nairn se pudiera dar cuenta, le había abierto la garganta. Nairn apenas tuvo tiempo de levantar una mano con sorpresa, antes de caer al suelo.

Liane cogió las llaves del cinturón del soldado y comenzó a abrir las cerraduras de las cadenas que ataban a Kane a la pared.

—Te voy a sacar de aquí —aseguró Liane.

Kane negó con un gesto y dijo:

—No me puedo ir sin Sophie y el bebé. Ayúdame a encontrarlas y entonces podremos huir los cuatro.

—No —dijo Liane bruscamente—. He hecho todo lo que podía hacer. Ya he arriesgado mucho. Te acompañaré hasta una salida que hay a un lado del palacio. Nadie nos hará ninguna pregunta. Quiero que abandones la ciudad lo antes posible y que no regreses.

Kane volvió a negar con la cabeza.

—No dejaré a Sophie.

Liane lo empujó. Estaba muy débil. Golpeó contra la pared, hizo un ruido sordo y se quedó sin aliento.

—¿No lo entiendes? —dijo Liane con brusquedad—. Tu Sophie será la emperatriz dentro de dos días. Así ha sido decidido y no hay nada que puedas hacer para impedir eso. Es demasiado tarde para ella, pero no es demasiado tarde para ti. Olvida a Sophie. Puedes encontrar a otra mujer, a alguien parecida a ella. Podrás hacer más hijos, construir una casa y plantar durante la primavera.

—No puedo olvidar a Sophie.

—¿Por qué no? Me olvidasteis a mí.

Kane levantó la mano con debilidad hasta alcanzar la mejilla de Liane. Un dolor constante le atravesaba el cuerpo, pero al mirarla se sentía más fuerte. Después de todos estos años, allí estaba ella, delante de él. Había cambiado, pero no tanto.

—Nunca te olvidé. Ninguno de nosotros pudo olvidarte.

La expresión en la cara de Liane no se suavizó.

—Desde aquí no lo pude saber.

Era peor de lo que se podía haber imaginado. Durante todo este tiempo, ella había pensado que a la familia no le había importado lo que le pasara, que no habían intentado recuperarla. Kane pasó el pulgar a lo largo de la mejilla de Liane.

—El día que fuiste raptada, nuestro padre fue a la oficina del sheriff y exigió que se tomaran acciones. Pidió tu regreso. Lo mataron en el acto, allí, en la oficina del sheriff.

Liane dio un respingo.

—Padre...

—Nuestra madre ya nunca fue la misma, después de que te llevaran. Enterró a nuestro padre y trató de que la granja continuara funcionando. Cuando Stepan insistió en venir al palacio él solo para rescatarte, mamá trató de detenerlo, pero dejó que se marchara. Esperó y rezó para que su hijo mayor pudiera encontrar a su única hija y la pudiera llevar a casa.

—No me digas eso... —susurró Liane.

—Logró llegar hasta el palacio —continuó Kane—, pero cuando exigió que te liberaran, los soldados lo mataron. Lo llevaron hasta la puerta de nuestra casa y lo tiraron en la escalera de la entrada como si fuera un saco de basura. Quise venir al palacio y vengar la muerte de Stepan y tu rapto, pero nuestra madre no me lo permitió.

—Tenías doce años —musitó Liane—. No hubieras tenido ninguna posibilidad.

—Quería tratar de rescatarte. Todos queríamos hacerlo. Nuestra madre rezaba cada noche.

Liane cerró los ojos y dijo:

—No me cuentes más.

Después de todos los años que habían pasado, ella se encontraba allí, frente a él, aunque era alguien diferente. No era una niña, era una mujer. Kane no sabía en qué tipo de mujer se había convertido ella, pero tenía su misma sangre. Todo este tiempo Liane había pensado que su familia no se había preocupado. Esa idea era tan horrible como lo había sido el secuestro y todo lo que había sucedido a partir de aquel momento.

—¿Realmente pensabas que te habíamos olvidado?

—Sí —confirmó Liane.

—Nunca te olvidamos. Peleamos por ti desde el mismo día en que fuiste raptada. Nuestra madre murió con vergüenza y pena, luego ellos incendiaron la casa y regalaron la tierra.

»Hace seis años, cuando los rebeldes se unieron bajo la dirección de Arik, nos unimos a él Duran, Valdis y yo.

—¡No! —exclamó Liane con los ojos muy abiertos—. ¡Mis hermanos no son rebeldes!

—Hermano, no hermanos —dijo Kane con reciedumbre—. Ahora sólo estoy yo. Valdis no alcanzó a vivir un año.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Liane otra vez, pero la mirada expresaba dureza, mucha dureza.

—La mejor razón por la que debes salir de aquí ahora mismo.

—No me iré sin mi hija y mi mujer. Prefiero estar muerto a dejarlas aquí.

Lianeladeó la cabeza y lo miró en forma muy extraña, como si no entendiera lo que el amor significaba.



Las habitaciones que le habían sido asignadas a Galvyn eran muy bonitas, aunque algo femeninas para su gusto. Había sirvientes disponibles a todas horas y acudían al oír el tintineo de una pequeña campana de plata que se hallaba sobre la mesa de noche, para responder a cualquier necesidad del huésped. Era consciente de que había un guardia custodiando la puerta y sabía lo que eso significaba. Por el momento era un prisionero y también un huésped, pero eso cambiaría pronto. Cuando Sophie y él estuvieran casados, todo sería diferente.

Prisionero o no, trató de disfrutar de la estadía. La cama era suave y cálida. La comida era la mejor que había saboreado en su vida y el vino era dulce y rico. Mujeres hermosas lo bañaban y lo vestían y, aunque no lo decían, sabía que si quisiera a cualquiera de ellas en la cama, se pondrían boca arriba en menos que canta un gallo.

No estaba interesado en ellas. Las mujeres que lo sirvieron eran bonitas, especialmente la pelirroja, pero dudaba de su discreción. No sería correcto que llegara a oídos del ministro Sulyen que el novio de su hija había buscado placer en otra parte.

No había visto al bebé de Sophie desde que lo habían conducido a esas habitaciones y eso le había venido muy bien. Claro que, algún día, Sophie y él tendrían hijos propios, y cuando eso sucediera, esa pequeña niña tendría un trágico accidente. Sus hijos no compartirían el amor de la madre con una bastarda. El bebé estaba siendo atendido, de eso estaba seguro. El emperador haría que la nieta de su ministro de Defensa estuviera bien cuidada.

Bors estaba quedándose en la ciudad por ahora. Pronto retornaría a su puesto en la Provincia del Sur, pero no hasta que esta nueva conexión en el palacio estuviera aclarada y firme. Galvyn quería ser el sheriff de su provincia natal, y un amigo en el palacio lo ayudaría a lograr su sueño.

Bors no era un hombre paciente.

Las nuevas habitaciones eran muy bonitas, pero Galvyn estaba ansioso. Hacía una semana que había llegado a Arthes, o tal vez más, ocho días. ¿Dónde estaba Sophie? Debería de haber llegado casi inmediatamente después que él. Tal vez tuviera problemas para entrar en el palacio, dado que el ministro Sulyen no había regresado, pero con seguridad el emperador había alertado a sus centinelas para que la esperaran. Quizás había tomado la larga ruta del sur, aunque él pensara que ella elegiría el camino más directo para reencontrarse con la hija, por más difícil que fuera.

Tal vez ni siquiera vendría. Tal vez sacrificaría a su propia hija con tal de no casarse con él. Esta idea hizo que un nudo de rabia le retorciera las entrañas. Si ella no se presentaba pronto, volvería a Shandley y la obligaría a venir con modales que no serían tan amables como los que había tenido con el bebé.

El ministro Sulyen entendería que a veces a las mujeres hay que obligarlas por la fuerza a hacer lo que es mejor para ellas, aunque esa mujer sea la hija del propio ministro.

De una forma u otra, el amante de Sophie tenía que morir. Tal vez podría cumplir la tarea él mismo o, cuando tuviera un ejército de hombres a sus órdenes, podría relegar aquellas ocupaciones poco placenteras. Le gustaría ver a Kane Varden tratando de pelear contra un ejército completo y, por supuesto, le gustaría verlo perder.

Cuando la puerta de su habitación se abrió a media tarde, después del almuerzo, y un rato antes de la cena, Galvyn saltó del asiento. ¡Al fin! Sophie había llegado y el emperador lo estaría llamando. ¿Se casarían enseguida? ¿O el emperador los haría esperar hasta que Sulyen regresara?

No quería esperar. Si el emperador Sebestyen se enterara de que Sophie además de ser hermosa era una poderosa bruja y una mujer con clase, podría decidir que casarse con un primo lejano, comerciante, no sería suficiente para ella.

Cuanto más pronto se casaran, mejor sería.

Fueron dos guardias vestidos de verde los que entraron en la habitación, y no las sumisas mujeres que lo servían.

—Ya era hora —dijo con brusquedad mientras se acercaba a los guardias.

Los guardias se miraron uno al otro y uno de ellos esbozó una media sonrisa.

—Está ansioso por llegar a su nueva habitación, entonces —dijo el centinela que se estaba divirtiendo con la situación.

—¿Nueva habitación? ¿No es el emperador quien me ha llamado?

—No por ahora, pero el emperador Sebestyen cree que la nueva habitación se ajustará más a su deseo.

Galvyn echó una mirada a esa habitación de gusto femenino. Qué delicadeza por parte del emperador cambiar sus aposentos.

—¿Debo recoger mis cosas o...? —preguntó el hombre de Shandley.

Uno de los centinelas lo cogió del brazo y le respondió:

—Haremos que sus pertenencias le sean entregadas más tarde en el día de hoy.

Las personas poderosas no cargaban con sus pertenencias de un lugar a otro. Había sirvientes para efectuar esas tareas.

—Por supuesto —asintió Galvyn.

Dos centinelas caminaban a su lado y uno de ellos continuaba cogiéndole el brazo. No caminaron hacia otra habitación en el mismo nivel, sino que lo hicieron hasta el final de corredor y hacia la escalera.

—¿Nos movemos hacia otro nivel? —preguntó Galvyn.

—Sí —respondieron los guardias. Caminaban con más rapidez de lo que Galvyn estaba acostumbrado y tuvo que ir deprisa para no quedar atrás, dado que continuaban cogiéndolo como si pensarán que se fuera a caer.

—¿Podemos usar el ascensor?

Uno de los soldados rió.

—El ascensor está reservado para el emperador y sus más honorables visitas y compañía.

—Soy un invitado de honor —argumentó Galvyn.

Los soldados no respondieron y los tres continuaron caminando escaleras abajo. La escalera de piedra daba vueltas en espiral en forma muy empinada. Cuando Galvyn miró hacia abajo por el hueco de la escalera se sintió mareado. No se detuvieron ni en el Nivel Seis ni en el Nivel Siete, sino que siguieron bajando. En un lugar el ruido era tan ensordecedor que tuvo que cubrirse un oído con la mano que tenía libre, pero el ruido continuó y, finalmente, llegaron al sitio destinado.

Allí finalizaba la escalera, no había más nada debajo.

Uno de los centinelas empujó una puerta y los tres caminaron a través de un largo y desnudo vestíbulo. No había ni alfombras, ni flores en las alcobas, ni tampoco hermosas sirvientas. Podía ver tan sólo un largo y simple corredor con muchas puertas de madera y algunos soldados de aspecto severo.

Galvyn se resistió y dijo:

—Ha habido un error.

—No hay error —dijo un soldado mientras lo arrastraban a lo largo del pasillo y uno de los soldados, en el corredor, abrió una pesada puerta de madera. Al abrirla, la puerta chirrió y Galvyn pudo ver lo que había dentro.

Las paredes y el suelo eran de piedra. No había cama, ni silla, ni ventana. Había sólo dos cosas en esta celda: cadenas que colgaban de los muros y un inodoro. Este se hallaba a medio llenar y despedía un olor horrible. Galvyn se atragantó y apretó la nariz con la mano mientras lo empujaban dentro.

—Esto es un error —repitió—. Soy el primo del emperador. ¡Soy quien va a casarse con la hija del ministro Sulyen!

La pesada puerta de madera se cerró pese a sus protestas y un asustado Galvyn se arqueó para vomitar sobre el suelo de su nueva morada.



Al salir de la celda, Liane pateó al soldado caído en el suelo. Kane lo había llamado Nairn. Hubiera hecho mucho más que sólo patearlo, pero estaba muerto y ella necesitaba todas sus fuerzas para ayudar a Kane.

Su hermano estaba malherido. Había perdido mucha sangre y apenas podía apoyarse sobre la pierna izquierda. La cara la tenía tan hinchada como el cuerpo. Lo que quedaba de la ropa debería ser quemado, no había forma de salvarla. Otro golpe y podría haber muerto. Si no lo curaba de inmediato, todavía podía morir.

Si todo lo que Kane había dicho era verdad, ellos eran los únicos sobrevivientes de su familia. El resto, había muerto. Todo había sucedido porque cuando tenía quince años había llamado la atención de un soldado que pensó que ella podía ser del gusto del nuevo y joven emperador.

—Déjame que te lleve fuera del palacio —susurró ella—. Saldrás de la ciudad y conseguirás un médico. Haré lo que pueda por Sophie y por el bebé. Trataré de hacer que sus vidas aquí sean lo más placenteras posible.

Kane negó con la cabeza.

—No, no me iré de aquí sin ellas.

Liane no sabía si sería posible salvar a Sophie de Sebestyen. Ni siquiera estaba segura de saber cómo intentarlo.

—No seas ridículo —le dijo bruscamente—. ¿Realmente darías tu vida por una mujer?

—Sí —contestó Kane sin dudar—. Lo haría.

Liane cerró la puerta de la celda en la que había estado Kane. Los dos centinelas que estaban de guardia la habían visto entrar. Permanecían de pie en el vestíbulo. Por los ruidos de conmoción del Nivel Doce, podían saber que un nuevo prisionero y nuevos centinelas estaban llegando. La puerta de una celda se cerró de golpe pese a las protestas del hombre, y los soldados se rieron ante la angustia del nuevo prisionero.

Liane miró la puerta de madera. No podía salir de la celda sin ser vista, tampoco podía disfrazar a Kane o ignorar el cuerpo de Nairn. Si sólo había dos guardias, podría matarlos a ambos y tratar de escapar. Pero había más de dos centinelas ahora, al menos eran cuatro.

No podía luchar para poder salir, pero podía mentir para salir de situaciones difíciles, tal como lo había hecho toda su vida.

Abrió la puerta de la celda y se encontró en el corredor, sosteniendo a Kane de la mejor manera que pudo. La visión de la favorita del emperador ayudando a un prisionero herido impresionó a los cuatro centinelas, tal como pudo notar Liane, pero se recobraron de inmediato.

—Nairn está muerto —dijo Liane directamente—. Osó tocarme y ningún hombre me toca sin la aprobación del emperador. Debería haber sabido eso.

Los centinelas permanecieron de pie, sin moverse, a la distancia.

—¿Y él? —preguntó uno de los soldados jóvenes, refiriéndose a Kane.

—El será un maestro del Nivel Tres —explicó Liane—. Después de que se cure, por supuesto... Nairn le ha hecho daño. —Miró con enfado a cada uno de los centinelas y preguntó—: ¿Alguno de vosotros ha tenido algo que ver en el daño que se le ha infligido a este prisionero?

De inmediato todos negaron con la cabeza.

—No lo tocamos —dijo un centinela—. Nairn dijo que el prisionero Ryn era de él.

Sophie había dado ese nombre cuando Sebestyen había preguntado. ¿Sabría Sophie que el nombre Varden podría haber levantado sospechas? Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Conocería Sebestyen su apellido? ¿Le importaría?

—Me temo que no estamos autorizados a liberar prisioneros y dejarlos en vuestras manos —dijo el soldado de más edad con alguna sospecha.

Liane sonrió.

—¿Sabes todo lo que sucede dentro de estas paredes, soldado? No sólo soy los oídos del emperador Sebestyen, sino que soy quien le ayuda con lealtad y apoyo. Una orden mía es lo mismo que una orden impartida por el emperador. Si lo dudas, pregúntale tú mismo. —La sonrisa de Liane se hizo más amplia y continuó diciendo—: Pero debo alertarte de que no está con su mejor humor en el día de hoy.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó un centinela joven que se hallaba detrás.

Era difícil que pudiera mover a Kane sin ayuda. Liane lo sabía pero no quería que ninguno de esos hombres lo tocara.

—No —respondió—. Puedo hacerlo sola.

Kane y ella pudieron caminar a lo largo del corredor aunque su cojera era seria y perdía el equilibrio con facilidad. Los centinelas le abrieron paso. Nadie cuestionó que Liane reclamara a un prisionero para el Nivel Tres. Asumieron que éste tendría algún mérito, algún extraordinario atributo por el cual se lo requería para ese puesto.

Ninguno de ellos se atrevería a dirigirse a Sebestyen sobre este tema o cualquier otro.

Capítulo 17

Liane llevó a Kane hasta otra celda hecha de metal, no de piedra.

Kane caminó con cautela atravesando la celda y se dejó caer en un rincón como si no tuviera huesos, como si no le quedaran músculos. La pierna le dolía, el cuerpo le pedía que no lo usara más. Las puertas se cerraron sin ruido. Liane empujó una palanca, ubicada cerca de las puertas de esta nueva celda, y ésta comenzó a elevarse.

—Me estás llevando hacia donde está Sophie... —dijo Kane con voz apenas audible.

—Sí —contestó Liane—, aunque mi sentido común me indique lo contrario.

Kane se tranquilizó y descansó la cabeza en un rincón de la caja, aun cuando ésta se movía hacia arriba. Se sentía como si estuviera subiendo en una nube. Había estado tan cerca de la muerte... La había sentido aproximarse furtivamente y, ahora, aquí estaba. Liane estaba viva y Sophie estaría con él muy pronto.

El dispositivo se detuvo y Liane le ofreció el brazo. Kane se lo cogió y se puso de pie con mucho dolor.

Este nivel no se parecía en nada al que había sido llevado cuando llegó al palacio. Había lujosas alfombras sobre el suelo de piedra, pinturas llenas de colores en las paredes, tapices, flores, y también había mujeres hermosas por todas partes. Algunas de ellas estaban casi desnudas, otras llevaban vestidos transparentes. Kane parpadeó para asegurarse de que lo que veía era real y no un truco de su imaginación. Era posible que estuviera, efectivamente, muerto.

Había algunos hombres, también, pero no muchos. Varones vestidos de azul salían de las habitaciones a lo largo del corredor para mirar cómo Liane lo llevaba.

Uno o dos de ellos le ofrecieron su ayuda, pero Liane no la aceptó, por lo que sólo siguieron mirando.

Finalmente se detuvieron frente a una puerta. Una mujer mayor estaba allí de pie, con los brazos cruzados delante de su enorme pecho.

—¿Ha venido alguien a buscarla? —preguntó Liane.

—No —contestó la mujer—. Tampoco ha salido ni entrado nadie de la habitación, tal como usted instruyó.

Liane hizo que la mujer se retirara haciendo un gesto con la mano y abrió la puerta de una gran habitación decorada en rosa y rojo.

Sophie estaba tendida sobre la cama, desnuda y parcialmente cubierta con una sábana rosa. Las muñecas las tenía atadas con chalcas de seda enlazadas al cabezal de la cama.

Kane sintió una explosión de fuerza y se alejó de Liane.

—¿Quién hizo esto? —preguntó con sequedad—. Lo mataré, lo juro.

Sophie comenzó a sonreírle y luego, al mirar cómo tenía la cara y la sangre que cubría la ropa deshecha, la sonrisa se le congeló y las lágrimas aparecieron en sus ojos.

Tiró con fuerza de las bufandas intentando liberarse.

—¿Quién hizo esto? —repitió Kane.

La mirada de Sophie cruzó hasta Liane.

Liane dejó a Kane a un lado y comenzó a desatar las bufandas.

—No tuve otra opción. Ella estaba..., bueno, digamos que no era seguro dejarla sola en el momento en que me fui de la habitación.

—¡Está desnuda! —exclamó Kane.

—No tuve tiempo de vestirla —respondió Liane con brusquedad—. Iba deprisa a buscarte.

Kane se sentó a un lado de la cama mientras Liane quitaba la segunda bufanda de las muñecas de Sophie. Tan pronto estuvo desatada, Sophie abrazó a Kane con suavidad pero, a la vez, con fuerza, como si quisiera retenerlo. Cuando Kane envolvió los brazos alrededor de ella, supo exactamente cómo se sentía.

No estaba muerto. Estaba vivo y Sophie era real. Por un largo rato se mantuvieron abrazados. Liane se alejó de la cama, en silencio y casi con timidez.

Kane pasó los dedos por el cabello de Sophie y preguntó:

—¿Has visto a Ariana?

Sophie asintió de inmediato.

—Está bien. Ha crecido mucho, como te podrás imaginar, en tres semanas —susurró Sophie—. Nunca hubiera pensado que podría resistir tres semanas sin verla.

—Lo sé.

Kane la confortó acariciándola con las manos y besándola en la mejilla.

Liane acercó una silla a la cama y se sentó.

—Tenemos que hablar —dijo con formalidad.

Sophie se envolvió en la sábana rosa y se sentó al lado de Kane. Estaban cogidos del brazo y los muslos se tocaban. Sophie descansó la cabeza en el hombro de él.

—Dentro de dos días... —Liane respiró hondo, demostrando que no estaba tan tranquila como aparentaba y continuó—: En realidad, en menos de dos días ahora, casi uno y medio, Sophie y el emperador se casarán.

—No, no lo harán —aseguró Kane.

Liane puso sus ojos en él y explicó:

—Algunas cosas sobrepasan mi control. A ti te puedo sacar del palacio con seguridad. Ella —y miró hacia Sophie—, se queda.

—Si puedes sacarme a mí del palacio, también podrás sacarlas a ella y al bebé.

—Me matará —respondió Liane con certeza, pero sin miedo—. Soy responsable de preparar a Sophie para su papel de emperatriz. Si la pierdo, Sebestyen me culpará y me matará, o peor que eso.

—Ven con nosotros —sugirió Kane mientras abrazaba a Sophie con más fuerza.

Liane negó con la cabeza.

—No me puedo ir. Tengo cosas que hacer aquí.

—Pero...

—Este es mi hogar —interrumpió Liane—. He vivido en este palacio durante más tiempo que en ningún otro lugar fuera de aquí.

Eso era verdad. Fueron tantos los años en los que él se preguntaba si ella estaría viva, si podría salvarla, si todo volvería a ser como antes algún día.

Estaba viva, pero no era la niña que él recordaba. No pudo salvarla, ya era muy tarde para eso y nada sería de la forma que había sido antes.

—No la dejaré aquí —insistió Kane.

Liane miró hacia otro lado.

—Muy bien. Quédate. Sophie no será la primera emperatriz que tiene un amante. Su segunda esposa se sentía muy atraída por uno de los maestros de aprendizaje. Lamentablemente fueron encontrados llevando a cabo el acto sexual. La emperatriz fue enviada al Nivel Trece y el maestro fue..., bueno, no querréis saber lo que Sebestyen le hizo. —Una sonrisa cruzó el rostro de Liane—. En realidad, es perfecto. Sebestyen está desesperado por tener un heredero y sospecho que no puede engendrar uno. El próximo emperador será tu hijo, Kane. Puedes tener a

Sophie para ti casi todas las horas del día y de la noche. Sebestyen sólo pide unas pocas horas al día a sus esposas. A veces, sólo unos minutos. Una vez que ella esté embarazada, posiblemente no la verá nunca más y así la tendrás para ti solo.

Kane se puso de pie delante de su hermana.

—Sophie no va a casarse con Sebestyen.

Liane miró a Kane a los ojos.

—Sí, lo hará.

—No voy a compartirla con otro hombre.

—No puedes evitarlo —afirmó Liane.

—Yo sí puedo —dijo Sophie.

—¿Qué? —preguntó Liane con sorpresa.

Sophie levantó la cabeza y enderezó la espalda.

—Creo que puedo detener la boda.



Sophie se envolvió en la sábana de seda, se puso de pie y dio a Liane una lista de las cosas que necesitaba: hojas del árbol de *linara* y flores, preferiblemente frescas, vendas y agua para Kane, ropas que no fueran transparentes, sopa, también para Kane y su hija, para alimentarla y darle ánimo.

Cuando eso estuviera listo, necesitaba quedarse sola con Kane y con su hija. Lo miró y le sonrió dándole un golpecito en la mejilla sana.

Liane reaccionó ante esta última petición.

—Ya no deberías sentir los efectos de la poción —dijo ella.

—No los siento —dijo Sophie—. Casi...

—Él no está en condiciones de... —comenzó a decir Liane.

—Cuidaré de él —interrumpió Sophie.

Liane se marchó de la habitación y Sophie insistió para que Kane reposara en la cama. Le tocó el rostro con los dedos apenas rozando la piel dañada. Había estado a punto de morir, podía sentirlo.

Esto es lo que había temido cuando se resistía a enamorarse. Un día podría perder a Kane. Podría perder a Ariana, también perder su propia vida, durante la vejez o en un accidente o en una batalla o en cualquiera de las miles de maneras posibles.

Pero no amar significaba no vivir. No había alternativa.

—Te amo —susurró Sophie.

Kane le cogió la mano y se la apretó.

—Yo también te amo.

Ella le desabrochó la camisa ensangrentada y en harapos y se la quitó con cuidado. Retrocedió al ver el daño que le habían hecho. ¿Podría curar esas heridas aunque no estuviera embarazada? ¿Tendría suficiente poder como para sanar al hombre que amaba? ¿Lo podría hacer a tiempo?

Liane regresó con todo lo que Sophie le había pedido.

Con todo, menos con Ariana. Una vez más, Sophie pidió por su hija. Tenía los senos pesados y ya había pasado la hora de alimentar a su bebé. Liane no quería abandonar la habitación cuando Sophie pidió que lo hiciera.

Entonces, usando toda la fuerza que poseía, ordenó que trajeran a su hija.

Liane abandonó la habitación de mala gana. Sophie supo que Liane aún tenía miedo cuando oyó la vuelta de la llave al cerrarse la puerta tras ella.

Terminó de desvestir a Kane, luego lo bañó y le vendó las heridas. Él se durmió mientras ella lo estaba asistiendo y eso vino bien. Sería difícil de explicar lo que estaba haciendo, ya que ella

no sabía si tendría efecto o no. Sophie dio un respingo en cada corte, en cada magulladura; esas marcas de violencia la lastimaban como si hubieran sido hechas en su propia piel.

Liane trajo a Ariana, y también una cuna.

Kane se hallaba tendido sobre la cama cubierto por esa sábana rosa.

Sophie alimentó a Ariana, la acunó hasta que se durmió y la puso en la cuna.

Era la hora.

La luz entraba por la ventana de otra forma en ese momento. Era suave, y dejaba ver que la tarde estaba por acabar y la noche pronto sobrevendría. Esto que iba a hacer funcionaría mejor con la luz del día. No estaba segura de cómo sabía eso, pero lo sabía.

Sophie puso las hojas de *linara* y las flores alrededor de la cama y sobre el cuerpo de Kane y luego, las manos sobre el corazón de él.

—Deseo con todo mi corazón una rápida cura de este cuerpo —dijo Sophie.

Esperó que las magulladuras y los golpes desaparecieran, pero no sucedió así.

Las manos de Sophie comenzaron a temblar. ¿Sería curar un cuerpo mucho más difícil que ofrecer buena suerte y curar la mente, como había hecho antes? ¿Tenía que estar embarazada para ser la bruja poderosa que Juliet decía que siempre había sido?

—¡Cúrate ahora! —dijo con voz suave. Nada pasó.

»Por favor.

Kane continuó durmiendo y las heridas permanecían allí. Con desánimo, Sophie se tendió a su lado y abrazó el cuerpo golpeado.

«Desearía haber estudiado más, como Isadora sugirió, y de esa manera poder ser una poderosa bruja en el día de hoy. Si fuera más poderosa podría arreglar todo con un ademán de mi mano.»

Por supuesto que la vida no era tan fácil. Sophie había tratado de entender su don y tal vez eso estaba sucediendo. Cuando había ido a Shandley y todas esas mujeres habían quedado embarazadas, no había sido un día colmado de lujuria lo que había hecho que todas ellas procrearan. Maridos y mujeres se habían unido en ese día, los amantes se habían buscado entre ellos, no había sido lujuria al azar lo que los había unido, sino el amor.

Ella había estado frente a los hombres y mujeres afectados, aunque fuera durante un minuto o dos. Ese día su mente había estado en el hijo que estaba creciendo dentro de ella y también en el rebelde que había encontrado debajo del árbol de *linara*. Juliet había dicho que su don tenía que ver con emociones que se hallaban fuera de control, y Sophie ahora había empezado a entender lo que su hermana había querido decir.

El amor que sentía se había derramado más allá de su cuerpo hasta afectar a aquellos que estaban cerca de ella. Si ella estuviera embarazada y el sentimiento no fuera amor, sino otro ¿se derramaría de igual modo sobre aquellos que estaban cerca..., lo haría? ¿Podría emitir una nube de emociones que conmoviera a aquellos que la rodearan?

No podía recordar si había estado enfadada en algún momento durante su embarazo. ¿Qué pasaría si fuera enfado lo que la acometía en vez de amor? ¿Cómo afectaría a aquellos que estuvieran cerca?

—Cúrate, Kane —susurró mientras se tendía a su lado y se acurrucaba contra el frío cuerpo. Él necesitaba de calor.

»Cúrate para mí.

Sophie cerró los ojos y se quedó dormida.



Kane despertó y vio que ya era de noche. Había dormido desnudo en una cama blanda, debajo de sábanas de seda, con Sophie, que se hallaba igualmente desnuda y acurrucada a su lado.

Levantó su brazo y notó que no sentía dolor. Sophie y él habían dormido en la oscuridad, por eso no podía ver las magulladuras en el brazo. Pero sabía que estaban allí cuando quedó dormido. La cara tampoco le dolía. Tal vez Sophie le había dado alguna poción de bruja que había hecho desaparecer el dolor. Puso los dedos sobre la mejilla y tocó la piel donde debía de estar la herida. Todo lo que sintió fue el borde fino de una cicatriz.

¿Había dormido por meses, perdiendo el tiempo de la misma forma que lo había hecho después de haber conocido a Sophie en la laguna?

¿Sería ya Sophie emperatriz?

Él la sacudió con suavidad.

—Despierta, Sophie.

Ella se quejó y lo abrazó.

—¿Tengo que despertarme? Estaba teniendo... un sueño maravilloso.

—¿Te casaste con él? —preguntó Kane.

Sophie se irguió lentamente y lo miró. Parecía tan natural como respirar que estuvieran juntos allí.

—No estoy casada con nadie. ¿Qué...?

Un rayo de luna brilló a través de la ventana y Kane pudo ver la sonrisa en el rostro de Sophie. Ella dejó caer la mano sobre su mejilla y dijo:

—Hizo efecto.

—¿Qué ha sido lo que ha hecho efecto?

—El deseo del corazón de una verdadera y poderosa bruja —musitó Sophie.

—¿Deseaste esto? —preguntó Kane.

Sophie asintió y añadió:

—No estaba segura de si el conjuro tendría éxito, pero lo ha tenido. No funcionó inmediatamente, tal como sucedió con las flores silvestres.

Él le pasó los dedos por la mejilla y dijo con suavidad:

—Entonces, me he enamorado de una bruja cuyos deseos se convierten en realidad.

—No todos los deseos —susurró Sophie.

Kane sabía que ella estaba pensando en cómo escapar. El deseo del corazón y la cura eran sus poderes. La forma de escapar era parte de los poderes de él.

—Te prometo que encontraré la forma de huir de aquí.

—Sé que lo harás —afirmó Sophie.

Kane la cogió de la mano con fuerza, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Hay algo que debo decirte —dijo ella en voz baja y dulce, revelando cierta inseguridad—. No quiero hacerlo, pero..., no sería justo que no lo hiciera. Sólo espero que no me odies si lo hago.

—Nada me hará odiarte.

Ella respiró hondo como si quisiera tomar coraje antes de decir:

—Intenté tanto no amarte...

—Ya lo sé.

—No quería amarte —repitió Sophie.

Kane alargó la mano, tocó el rostro de Sophie y sintió cómo caía una lágrima por su tersa mejilla.

—¿Te sientes mal porque ya no vivirás esa vida bucólica y sin trabas que habías planeado?

—Había una razón para ese plan, Kane. Hay una maldición que cae sobre los hombres que las mujeres Fyne aman. Esa es la razón por la cual Willym murió tan joven, y también explica por qué mi madre nunca estuvo con ningún hombre durante mucho tiempo.

—No creo en maldiciones —puntualizó Kane.

—Tampoco yo quería creer en ellas, ni Isadora —susurró Sophie—. Tratamos de convencernos de que la maldición era un mito, porque no estaba bien que una familia fuera obligada a vivir trescientos años sin un verdadero y prolongado amor.

—¿Cuál es la naturaleza de esa maldición? —preguntó Kane.

Sophie le tocó el cabello con ternura y respondió con voz muy baja:

—Morirás. Las referencias indican que no llegarás a cumplir treinta años. —Sophie se enderezó y habló con voz más grave—: Nos podemos separar y me esforzaré para no amarte, de esa manera tal vez...

Kane atrajo nuevamente a Sophie sobre la cama, con suavidad, por lo que ella quedó tendida sobre él.

—No te dejaré —afirmó Kane—. Tampoco permitiré que me abandones. Si hay algo de lo que estoy seguro en este mundo es que prefiero vivir un año contigo que cincuenta sin ti.

—Esas son hermosas palabras, Kane, pero ¿realmente sabes lo que significan?

—Sí.

La sensación de la piel de ella sobre la de él era tan perfecta y tan hermosa, después de tantos días de dolor y separación, que no la abandonaría por nada de este mundo.

—Podría romper la maldición —dijo Sophie con más vivacidad en la voz—. Estoy descubriendo nuevos poderes cada día y una vez que sepa cómo dominar esas energías tal vez encuentre la forma de deshacer lo que ese despreciable mago hizo hace tanto tiempo. Si un deseo mío pudo curarte, entonces quizá..., sólo quizá...

—Enfrentemos un problema a la vez —sugirió Kane—. Primero salgamos de aquí, luego veremos qué podemos hacer con esa maldición tuya.

Ella asintió y puso la palma de la mano sobre el corazón de Kane.

—Tengo otro deseo, Kane, pero no puedo realizarlo sola. No hay ningún hechizo que pueda otorgarme lo que necesito esta noche.

Él moriría y pelearía por ella. Le daría el corazón, el cuerpo y su propia alma si ella los quisiese.

—¿Cuál es tu deseo? —quiso saber.

Ella se inclinó hacia Kane, con el pelo tapándole la mejilla y cayendo sobre su pecho.

—Quiero un hijo tuyo, dentro de mí. Ahora.



Liane se sentó en el borde de la cama de Sebestyen y miró cómo se paseaba por la habitación. El emperador estaba inquieto, más inquieto que nunca. Sólo conocía una forma de calmarlo: comenzó a desabotonarse la túnica.

Él se dio cuenta de inmediato de lo que ella estaba haciendo y levantó una mano para indicarle que no siguiera.

Este era uno de sus peores temores, peor aún que no tener nunca la posibilidad de matarlo, peor que estar drogada y ser enviada al Nivel Trece. Que no la quisiera tener nunca más a su lado.

—He hablado con el padre Merryl hoy —explicó Sebestyen—. Me aconseja y me dice que la forma que me da más opciones de engendrar un hijo con rapidez es abstenerme del sexo por unos días antes de la noche de bodas.

El padre Merryl despreciaba a Liane y el lugar que ella ocupaba en la vida de Sebestyen. Sin duda, vio que ésta era una oportunidad para separarlos. Estaba logrando su objetivo.

—Tal vez debamos posponer la boda —sugirió ella.

—No —respondió Sebestyen con sequedad y muy seguro de lo que decía.

Liane se volvió a cerrar la túnica y se dejó caer sobre la cama. Todavía tenía esperanzas de que Sebestyen cambiara de idea. Él la necesitaba y siempre la quería. El padre Merryl nunca había podido mantener a Sebestyen alejado de ella, aunque lo había intentado.

—La joven, Sophie. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Hacerle un hijo, permitir que me dé un heredero y luego... No he decidido aún qué haré después. Es probable que la mate, pero eso sería acabar con todo de una vez. —Sebestyen suspiró como si el final de la venganza fuera algo doloroso—. ¿Debería humillarla una y otra vez? Delante de Sulyen, por supuesto, así la humillación sería tanto de ella como de él.

—Es a él a quien quieres destruir —comentó Liane.

—Tal vez debería ordenarle que nos entretuviera durante la próxima reunión del consejo. En otras épocas solía tener una o dos jóvenes y uno o dos maestros del Nivel Tres presentando un acto erótico al final del día de trabajo. Todos lo disfrutaban mucho, especialmente Maddox. ¿Disfrutaría tanto de la muestra si su hija participara? —expuso Sebestyen.

—No tienes que casarte con Sophie para degradarla.

—Eso es verdad. Además hay uno o dos sacerdotes que tienen algunos escrúpulos sobre estos asuntos. Pueden mirar hacia otro lado si la mujer que se exhibe es una concubina, pero si es la emperatriz, con seguridad que se sentirían turbados y podrían hacer algo de bulla. Creo que debería mantenerme en el plan original de hacerle un hijo y matarla después de que nazca.

Sophie contaría con unos meses antes de tener que preocuparse por los intentos de eliminarla de su esposo. Liane sospechaba que, de todos modos, Sebestyen iba a tratar de humillarla, con o sin Maddox para contemplar el espectáculo. Sería mejor que la nueva emperatriz no quedara embarazada de inmediato. Debería avisar a Kane al día siguiente de que tendrían que cuidarse. Tan pronto como ella le diera a Sebestyen un hijo, se convertiría en material de desecho.

—¿Está aprendiendo las lecciones bien? —interrogó Sebestyen.

Se acercó con movimientos suaves y tranquilos a la cama y miró a Liane con ojos divertidos.

—Muy bien —respondió Liane—. Estarás satisfecho, me imagino.

Muchos hombres, tal vez la mayoría, no querrían que sus esposas y amantes fueran entrenadas en las formas del sexo por hombres tan talentosos. Pero Sebestyen tenía confianza en sí mismo y con una buena razón. Era tan habilidoso, a su modo personal, como cualquiera de los maestros.

—Estoy seguro de que ya estará bien limpia. Era bastante bonita estando sucia y vistiendo como una pordiosera. ¿Te parece que será una emperatriz bella?

—Sí. Haréis una hermosa pareja —dijo Liane con dureza.

Sebestyen sonrió y afirmó:

—Estás celosa.

Liane se sentó en la cama y respondió:

—No, Sebestyen, no estoy celosa. Necesito la atención de un hombre y no me has dado nada por muchos días.

Sebestyen se sentó al lado de Liane y la abrazó. El colchón se hundió y ella evitó que este movimiento la obligara a pegar su cuerpo al de él.

—Hay hombres disponibles para ti en el Nivel Tres, ¿no es así? —preguntó en tono casual.

Liane recordó que Kane se había negado a compartir a la mujer que amaba. Pensó en cómo la había mirado cuando la vio en la habitación, al volver de la celda.

La relación que ella tenía con Sebestyen era emocionante... a veces. Sentía placer, disfrutaba del poder y de la venganza que estaba planeando, pero estaba vacía si se comparaba con la que su hermano tenía con esa muchacha.

Sebestyen le levantó la túnica y le pasó la mano por el muslo que quedó al descubierto.

—Ahora, si no quieres que otro hombre te dé placer, siempre puedo hacerte vibrar sin perder los fluidos de mi cuerpo que necesitaré en mi noche de bodas.

Así es como él la veía: un lugar sin importancia donde depositar sus apreciados fluidos corporales, un depósito estéril. Ella había deseado tanto que él la necesitara realmente, pero se había engañado a sí misma.

Liane cogió la muñeca de Sebestyen y le separó la mano que estaba sobre su cuerpo. Se puso de pie y se alisó la falda de la túnica. Luego respiró hondo.

Muchos hombres habían sido asesinados por menos que lo que ella acababa de hacer. Aunque, por lo que podía ver, él no se sentía inclinado a matarla, por lo menos, no por ahora.

—Tienes razón, como siempre —aseguró Liane con calma—. Hay hombres en el Nivel Tres, todos ellos con mucha capacidad para cubrir mis necesidades muy bien. ¿Te gustaría verlo? Eso solía ser uno de tus pasatiempos favoritos, pero ha pasado mucho desde la última vez que follé con otro hombre en tu cama. ¿Debería pedirle a Vito que viniera ahora? Quizá preferirías ir hasta el Nivel Tres esta noche. Tengo una silla muy cómoda en mi habitación.

A Sebestyen los ojos le cambiaron por un instante: entrecerró los párpados y las pupilas se le oscurecieron. Liane no pudo darse cuenta de si estaba excitado o furioso, pero, posiblemente, estuviera sexualmente excitado.

—Esta noche no —dijo Sebestyen mientras se ponía de pie—. Tal vez otro día. Tú haz lo que quieras, puedes retirarte. No hay razón para que permanezcas aquí.

—¿Y mañana por la noche? —sugirió Liane mientras alisaba una arruga de su túnica.

—Tampoco. Dudo de que te necesite mañana de noche.

Si en ese preciso momento ella le dijera que su futura esposa estaba en la cama con otro hombre, cuidándole las heridas y planeando cómo ponerle cuernos a su futuro esposo, no habría boda de la cual preocuparse. No habría ninguna mujer hermosa interponiéndose entre Liane y su emperador. Ninguna de las emperatrices anteriores habían representado una amenaza, como podría encarnar ésta.

Pero no quería ver a Sophie muerta ni a Kane lastimado. Ellos debían estar juntos, se pertenecían, y ella haría que eso sucediera. Se las arreglaría de alguna manera para hacer una cosa buena en su vida, sin importar lo que ello costase.



Kane había sanado de maravilla. Tenía la piel sin marcas y sólo se le notaba una pequeña cicatriz en la mejilla. La energía volvió a su cuerpo mientras dormía. La pierna estaba curada y los verdugones casi habían desaparecido. Le hizo el amor a Sophie con empeño y urgencia y fue mucho más hermoso que la primera vez. Hubo mucha más precisión y pasión. Había una inesperada fuerza en la forma en que lo hicieron esta vez, como si se conjugaran lo terreno y lo espiritual.

Ella explotó debajo de él y él se estremeció sobre y dentro de ella. Luego se abrazaron y durmieron.

Sophie no pudo dormir con tanta calma como Kane. Pero pudo hacerlo a ratos y también sentir cómo crecía un hijo en sus entrañas. Era lo que necesitaba, lo que quería.

Ariana se despertó y Sophie la amamantó. Antes dormía toda la noche seguida, pero ahora, después de tan larga separación, los hábitos del bebé habían cambiado.

Mientras la alimentaba le habló de la hermana que tendría dentro de unos pocos meses. A Kane, con seguridad, le hubiera gustado tener un hijo, pero eso era imposible. Las mujeres Fyne sólo engendraban hijas, hijas que eran hechiceras. Había sucedido de ese modo durante cientos de años.

Pasaron algunas horas y Kane la despertó buscándola con la mano. Esta vez hicieron el amor con lentitud. El nuevo bebé ya estaba engendrado. Ahora, obtener placer era una gratificación para ellos, sólo para ellos. Por todo el amor que habían echado de menos y por el que les faltaba aún por vivir.

Sophie logró el clímax tres veces: una vez, mientras Kane la tocaba, y dos mientras estaba dentro de ella. Cada orgasmo fue más poderoso que el anterior y cuando llegaron juntos, al final,

estaba tan exhausta que se quedó dormida de inmediato, aun cuando el cuerpo de Kane la apretaba, y el miembro viril estaba todavía escondido dentro de ella.

Cuando se despertó, Kane estaba tendido a su lado y acariciaba su cabello. Estaba amaneciendo, Ariana pronto se despertaría y ella tendría que darle de mamar nuevamente.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Kane.

Si ellos escapaban, matarían a Liane, ambos estaban seguros de que así sería. Si se quedaban, el secreto de su relación y el hecho de que ella estuviera casada con otro, con certeza los separaría. Probablemente, el vínculo terminaría antes de que el nuevo bebé naciera.

—Voy a cancelar mis nupcias con el emperador —dijo Sophie—. El emperador Sebestyen aceptará que me marche.

—Es un buen plan, Ángel, pero no creo que te deje ir con tanta facilidad. —Le pasó las manos por el cabello y añadió—: Yo no lo haría. No lo haré.

—Él lo hará.

Sophie lo miró y vio, a la luz del día, la cicatriz en la mejilla de Kane. Le pasó los dedos por el borde y pudo notar cómo, en ese mismo instante, la cicatriz disminuía. No desapareció, pero era apenas una línea delgada y pálida que en el futuro les haría recordar aquellos momentos en los que estuvieron a punto de perderse el uno al otro.

El día aún no había acabado.

—Hazme el amor de nuevo —susurró Sophie. Levantó la pierna y la dejó caer sobre la cadera de Kane.

Él sonrió y contestó:

—Sabes que tendrás que casarte conmigo.

—Lo sé.

Ella puso sus labios sobre los de él y lo besó profundamente. Él la penetró con energía y con rapidez. Sophie dejó caer una lágrima al asirlo y sentir cómo llegaban al clímax otra vez.



Juliet se despertó de golpe y saltó en la cama con el corazón en la boca. El sol se veía apenas sobre el horizonte, era la hora del día que correspondía a su hermana pequeña.

Se levantó de la cama y corrió hasta la habitación de Sophie, sin estar demasiado segura de la razón por la cual necesitaba estar junto a las cosas de Sophie en esos momentos. La alcoba estaba exactamente igual a como la había dejado. El vestido que llevaba esa mañana en la que llegó a casa y encontró que su hija no estaba, permanecía sobre la cama. Isadora no había permitido que Juliet limpiara nada, porque insistía en que lo haría Sophie cuando volviera.

Isadora se negaba a creer a Juliet cuando decía que Sophie no volvería a pisar la cabaña. Era raro que Juliet tuviera visiones sobre sus hermanas y nunca tenía visiones sobre sí misma, pero sabía con certeza que Sophie no regresaría.

Juliet se sentó en la cama y cogió el vestido, arrugándolo contra el pecho con una mano, y con la otra frotando la suave manga contra la mejilla. En ese momento vio a su hermana pequeña con tanta claridad como si estuviera sentada allí, delante de ella. Sophie, Ariana y Kane estaban juntos y felices, aunque había energías, que eran fuertes, poderosas y oscuras, que querían cambiar esa situación tan simple.

Sophie era un sol, no debería tener que enfrentarse a esas fuerzas de la oscuridad.

Juliet enrolló el vestido con más ímpetu, arrugándolo entre los puños. Siempre había tratado de proteger a su hermana, tal como Isadora había hecho. Tal vez la habían protegido con demasiada firmeza y por demasiado tiempo. La más joven de las hermanas Fyne había aprendido algunas verdades muy duras en esas últimas semanas.

Juliet levantó la vista y el corazón le latió con fuerza. Una idea le llegó como un dardo punzante a través del cuerpo. Sophie era más fuerte que cuando había dejado la montaña Fyne.

Su corazón tenía más fortaleza, así como su cuerpo y su mente. Estaba actuando con determinación y descubriendo la verdadera fortaleza de su poder.

Durante muchos años, ellas habían pensado que Sophie era la menos poderosa de las tres, pero eso no era cierto. Tenía más poder que Juliet e Isadora juntas, y finalmente lo había controlado y dominado.

Era poderosa, potente y tenía problemas.

Capítulo 18

Sophie caminó a lo largo de los corredores del Nivel Tres, mientras Kane y Ariana dormían en la habitación que habían compartido la última noche.

Llevaba puesto un vestido nuevo que Liane le había procurado, que era simple, amarillo y sin transparencias, con un ajustado corpiño y una falda suelta que apenas llegaba al suelo.

Los residentes de ese nivel la miraron mientras pasaba. Nadie le habló. Probablemente, ya sabían que al final del día siguiente ella sería la emperatriz. Unos la temían, otros mostraban simple curiosidad.

Si las circunstancias hubieran sido diferentes, ella se habría detenido a hablarles, sonreírles y asegurarles que no deberían sentir temor ante ella.

Le hubiera gustado contarles que la curiosidad que sentían era una pérdida de tiempo, ya que con toda seguridad ella no iba a ser la próxima emperatriz. Pero caminó en silencio y sola. Si algo fallara en lo que pensaba hacer, era probable entonces que sí se convirtiera en la emperatriz y tendrían razones para temer.

Entró en la sala donde estaban ubicados los baños. Sin importar la hora del día, en ese lugar siempre parecía que fuera de noche. No había ventanas y la iluminación era rara. Los cuencos con llamas y las varas que estaban en la pared despedían un brillo amarillento que se expandía por todas partes.

Cuatro mujeres y un hombre estaban de pie dentro de la piscina. El hombre era Brus, a quien Sophie recordaba bien. Los cinco se reían con sutileza y se bañaban los unos a los otros, lavándose el cabello y chapoteando como niños. Cuando se dieron cuenta de que no estaban solos, miraron a Sophie y guardaron silencio.

Sophie examinó los sentimientos que tenía dentro de sí. El odio era demasiado volátil para ser controlado, y hasta que Galvyn no había raptado a su hija no había conocido ese sentimiento. Trató de dejarlo de lado. El amor la colmaba, pero tampoco sabía si podría controlar esa emoción. Sí sabía del desastre que esa emoción podía causar. Miedo, lujuria, alegría, dolor: las había conocido todas.

Contempló a las cinco hermosas personas que se bañaban en la piscina. Todas ellas eran jóvenes y atractivas y, aparentemente, no tenían ninguna preocupación en la vida, inclusive Brus, quien tal vez fuera más atractivo que las mujeres.

Todos ellos llevaban una vida privilegiada en el palacio. Era una vida decadente, pero disfrutaban de muchos beneficios. ¿Conocerían la tristeza?

Sophie recordó el día en que había muerto su madre. Se sintió perdida, traicionada y despojada. Unos años después, la muerte de Willym la había afectado de forma parecida. Una lágrima se le derramó por la mejilla. Era algo terrible perder a un ser amado y era una prueba que todos tendrían que pasar en algún momento de la vida. No obstante, saber eso no hacía que el dolor fuera menos agudo.

Recordaba el día en que miró dentro de la cuna de Ariana y se dio cuenta de que su hija no estaba. La pena que experimentó en ese momento era la misma que el reconocimiento de la muerte de un ser amado. Nunca se había sentido tan indefensa.

Pensó en sus hermanas. Las había querido mucho, todavía las quería. Pero la habían traicionado, y si bien podría reunirse nuevamente con ellas y perdonarlas, ya nada sería igual. La ponía triste saber que nunca más querría a sus hermanas como antes.

La tristeza creció dentro de Sophie. La guardó dentro, hasta que fue tan profunda que le afectó los latidos del corazón y la calidez de la piel. Luego, la dejó salir. Por unos instantes fue como si pudiera ver la tristeza irradiando desde su piel. Tenía un extraño tono de verde y resplandecía como la superficie del agua a medida que avanzaba hacia delante. Sophie se acercó al borde de la piscina y el resplandor verde se movió con ella mientras se acercaba a los bañistas. Los tocó y se estremecieron.

No parecían ver ese resplandor verde, y, después de unos instantes, tampoco Sophie pudo verlo, pero todavía estaba allí.

Una de las jóvenes comenzó a llorar y las lágrimas le corrían por el rostro.

Brus le puso una mano sobre el hombro y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Petra?

Le dijo esto en un susurro apenas audible ya que a los maestros de aprendizaje no les estaba permitido hablar, si daba crédito a lo que le había dicho Liane. Ahora, en apariencia, cuando se hallaban en compañía de amigos la regla cambiaba o la ignoraban.

Petra se volvió hacia Brus y hundió la cabeza en el hombro del joven.

—No lo sé —dijo—. No había pensado en mi padre desde hace muchos años, pero de pronto he recordado el día en que me trajo aquí. Estaba muy enfermo.

Las otras tres mujeres comenzaron a llorar también, cada una a su modo. Una sollozaba, otra gimoteaba y otra estaba de pie, dejando caer lágrimas silenciosas por las mejillas. Petra continuó buscando consuelo en los brazos de Brus. Este sentía el dolor a su manera. Sophie podía ver la pena en sus ojos, pese a que no tenían ni una sola lágrima.

Era el momento para la prueba definitiva. Sophie empujó el sentimiento de pena hacia ella misma. Trató de ver el resplandor verde y se concentró en atraerlo hacia su cuerpo.

Al principio no tuvo éxito, pero luego lo logró. La tristeza que había afectado a las otras personas retornó a Sophie. Durante unos minutos flotó alrededor de ella como una nube y luego disminuyó dentro de su cuerpo.

Las personas que estaban en la piscina no dejaron de llorar de inmediato. Los recuerdos que la ola de pesar les había traído eran muy reales y no desaparecerían con facilidad. Las lágrimas pararon de caer y Brus, con mirada acusadora, puso sus ojos en Sophie.

Se estaba preguntando qué había hecho ella, pero no se atrevía a decir palabra.

Sophie dio media vuelta y se alejó de la piscina con paso largo, firme y seguro. No había sucedido nada importante, pero era un comienzo. El poder que tenía podía ser controlado.

Conservó los pensamientos sobre su madre, sus hermanas y Willym mientras caminaba por el corredor, pero tuvo la emoción controlada. Se encontró con mujeres que hablaban entre ellas en tono bajo, riéndose y diciendo habladurías, y no las afectó la tristeza de Sophie. No era fácil retener dentro de sí las emociones, pero imaginó que con el tiempo se acostumbraría.

Al final del corredor había una ventana desde la cual se podía contemplar la ciudad. El sol de la mañana brillaba en esos momentos y Sophie le ofreció su cara para que la luz le diera fuerzas. El sol siempre lo había hecho, pero ella no lo había entendido nunca hasta este momento.

Sophie colocó las manos en su vientre y la tristeza desapareció al instante. Una sonrisa le iluminó el rostro. Sabía que el tiempo que pasara con Kane iba a estar lleno de bebés y largas noches sin dormir. Antes pensaba que ése sería el peor de los destinos, pero ahora..., ahora sabía que eso era lo que tenía que ser. Ya encontrarían alguna manera para detener la maldición. No dejaría que los posibles dolores del futuro le arruinaran el presente.

No era como su madre o su abuela, o como ninguna de las mujeres Fyne que habían existido en el pasado, ella era dueña de sí misma.

Era una madre, una mujer que sólo amaría a un único hombre hasta el final de sus días. Y, además, era una bruja poderosa.

¿Sería lo suficientemente poderosa?



Liane se despertó después de apenas tres horas de sueño en la comodidad de su propia cama. Estaba un poco sorprendida por encontrarse aún con vida y en el Nivel Tres. En la noche anterior había provocado a Sebestyen a propósito, había intentado que se enfadara y eso nunca había sido una medida inteligente.

Quizás él estaba esperando hasta que pasara la boda antes de enviarla al Nivel Trece. Tal vez quería que fuera parte del cortejo de la novia o que participara de alguna forma en el matrimonio.

Liane no había ido en busca de ningún maestro de aprendizaje después de haberse marchado de los aposentos del emperador la noche anterior. Había pensado hacerlo, por supuesto, pero no porque el cuerpo le pidiera alivio, sino porque quería probarse a sí misma que cualquier hombre era tan bueno para ocupar su cama y su cuerpo como el emperador al que ansiaba matar.

Se levantó y se vistió con una túnica carmesí y en un arranque de resentimiento se recogió el pelo bien firme, en un moño. Sebestyen no la vería hoy, pero como sabía que el emperador prefería que llevara el pelo suelto, decidió que en ese día sujetaría los largos mechones de cabello con severidad. No tenía color en las mejillas esa mañana, como si la discusión con Sebestyen le hubiera absorbido la frescura del rostro. La ausencia de color la hacía parecer más vieja, y decidió que se pondría colorete, pintalabios y oscurecería el contorno de los ojos.

Si la viera, lamentaría no haberse acostado con ella la noche anterior.

Cuando Sebestyen se cansara de Sophie y pidiera por la concubina favorita, ella enviaría a cualquier otra en su lugar. También podía ser posible que para entonces estuviera peleando por su vida en las profundidades, debajo de la superficie de la tierra.

Liane se sobresaltó cuando llamaron a la puerta en forma imprevista. ¿Sebestyen la estaría reclamando ya? Si así fuera, sería porque quería deshacerse de ella antes de la boda, y no después. La boda no se llevaría a cabo hasta temprano en la tarde del día siguiente. Un buen número de sacerdotes y de ministros que residían en el palacio concurrirían a la ceremonia, así como el embajador de Tryfyn, quien llegaría en la tarde de ese día. Sebestyen no había enviado a buscar a su madre ni a ninguna de sus hermanas, ya que una boda no era un evento tan raro para el emperador de Columbyana.

Era Taneli, uno de los guardias personales del emperador, quien se hallaba de pie ante la puerta. Estaba segura de que disfrutaría si pudiera verla caer.

—El emperador Sebestyen ha solicitado que la niña de su futura esposa le sea llevada. El ama de cría del Nivel Cinco me informó que usted la había retirado en el día de ayer.

Liane trató de no sentir pánico. ¿Para qué quería Sebestyen a Ariana? No creía que fuera para causarle daño. Aun así, recordó el llanto del Nivel Trece. Podía ser que ese sonido que la obsesionaba no hubiera sido su imaginación, sino una realidad.

—¿Por qué? —preguntó con rudeza.

La cara rubicunda del soldado se puso tensa.

—El emperador no me dijo el porqué, sólo me indicó que recogiera al bebé y se lo llevara.

Por supuesto que podría negarse a entregarle Ariana a Taneli. Pero ¿qué cambiaría? Sebestyen haría registrar todo el palacio, encontrarían a Kane y a Ariana, Kane pelearía y moriría. Ya estaba medio muerto gracias a la paliza que Nairn le había propinado.

—Me encargaré de llevar el bebé yo misma —dijo Liane al abandonar la habitación y cerrar la puerta tras ella.

—La escoltaré.

Liane caminó por el pasillo con el maldito centinela siguiéndole los pasos. Sebestyen no quería verla y ella tampoco deseaba verlo a él, pero no le entregaría su sobrina a Taneli. Ella misma recogería a Ariana y se la entregaría al emperador.

Cuando llegaron a la habitación donde Kane y su familia había pasado la noche, Liane dudó.

—Espere aquí —ordenó.

Taneli intentó impedirlo pero Liane usó la más furiosa de sus miradas y el centinela dio un paso atrás. Se recostó contra la pared al lado de la puerta como si estuviera dispuesto para una espera impaciente y larga. Liane entró en la habitación y lo que vio en la cama casi le detuvo el corazón.

Kane estaba tendido en la cama con Ariana dormida y acurrucada contra el pecho. Sophie no estaba.

La forma en que Kane tenía a su hija abrazada era suficiente como para conmoverla, pero no fue eso lo que hizo que reaccionara así. Es que vio que las magulladuras de Kane y los cortes habían desaparecido. Todo lo que quedaba visible era una delgada cicatriz blanca que le atravesaba la mejilla.

—No es posible —musitó Liane—. Estás... curado.

Kane levantó la cabeza, sonrió y explicó:

—Ese es uno de los beneficios de haberme enamorado de una hechicera.

Liane se acercó a la cama y preguntó en voz baja:

—¿Es Sophie una hechicera?

Kane asintió y miró a su hija durmiendo. La sonrisa en el rostro de Kane no se parecía a nada que ella hubiera experimentado en los últimos dieciséis años y sintió envidia de su hermano y de su felicidad.

—Sebestyen ha ordenado que Ariana le sea llevada.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Kane.

—No, no puede tener a mi hija.

—La cuidaré —afirmó Liane.

—¡No! —exclamó Kane.

Liane se acercó aún más a la cama y susurró:

—Si quieres ver a tu hija y a Sophie muertas, puedes ser testarudo. Sigue tratando de hacer las cosas a tu manera, enfréntate a los centinelas solo, haz un alboroto y Sebestyen matará a Sophie y a Ariana y hará que veas cómo lo hace. Y a continuación te matará.

El rostro de Kane se endureció y los ojos le brillaron como fuego. Puso una mano sobre el bebé y ella se retorció pero no interrumpió el sueño.

—Te prometo que cuidaré de Ariana —dijo Liane.

Tocó la mejilla de Kane, y confirmó que sólo una delgada cicatriz le desfiguraba el rostro. Él era tres años más joven que ella, pero en esos instantes Liane se sintió anciana y vio a Kane como si todavía fuera un niño.

Recordó las palabras de Sebestyen de la noche anterior, todas ellas. Algunas no las podría olvidar nunca.

—Es importante que Sophie no espere un hijo todavía. De esa manera estará a salvo hasta...

—Es demasiado tarde —interrumpió Kane.

Liane movió la cabeza.

—Aunque hayáis estado juntos, no puedes saber...

—Es demasiado tarde —repitió Kane—. Va a tener otro bebé y no permitiré que venga a este mundo con el apellido Beckyt.

Liane se inclinó y quitó con suavidad al bebé de los brazos de Kane.

—Si te opones a esto, todos terminaréis muertos.

Kane saltó de la cama con una agilidad sorprendente, teniendo en cuenta que tan solo unas horas antes le habían dado una golpiza de la que salió sin casi poder respirar, y mucho menos moverse.

—Espera a que vuelva Sophie antes de llevarte el bebé. Si ella vuelve y Ariana no está...

—No puedo esperar. Es más, tengo que ir deprisa. Hay un centinela esperando en el corredor.

Ninguno de los dos tenía armas. Taneli sí, estaba bien armado.

—No dejaré que le suceda nada malo. Te lo prometo —dijo Liane mientras se alejaba.

—Pero... —protestó Kane.

Liane se dio media vuelta y dijo:

—No he hecho ni una sola promesa en dieciséis años. No las tomo a la ligera y nada podrá hacer que rompa ésta.

Kane se sentó sobre la cama sintiéndose abrumado, pero asintió. Se pasó la mano por el pelo en clara señal de frustración. Liane lo dejó allí y se dirigió a la puerta, cerrándola con rapidez.

Taneli se retiró de la pared.

—Le llevó su tiempo recoger al bebé.

—¿Cree que es fácil engatusar a una madre para quitarle el bebé de los brazos?

—No lo sé —dijo Taneli con un encogimiento de hombros.

Liane recorrió delante del centinela el largo corredor, esperando y rezando para no encontrarse con Sophie en el camino. Taneli se preguntaría quién estaba en esa habitación con Ariana y por qué Liane había mentido. La suerte estaba de su parte y entraron al ascensor sin haber visto a Sophie.

Sophie se pondría furiosa cuando regresara a la habitación y Ariana no estuviera allí con Kane, pero no había nada que pudiera hacerse para evitarlo.

A Liane los pensamientos le daban vueltas en la cabeza mientras el ascensor la trasladaba arriba. Sophie ya estaba encinta, según lo que había dicho Kane. ¿Era posible? ¿Cómo podía estar Sophie tan segura? Era una bruja, una muy poderosa hechicera, si se tenía en cuenta cómo las heridas de Kane habían sanado en una noche. ¿Cómo reaccionaría Sebestyen si supiera eso? ¿Sacaría provecho del poder que podría tener al alcance de la mano, o se desharía de Sophie sin esperar el regreso de Maddox?

El emperador le temía a la magia desde la profecía del mago y la habría declarado ilegal, como había hecho su abuelo, de no ser por los beneficios que obtenía para sí. Las brujas del Nivel Siete le aseguraban que no nacieran bebés en el Nivel Tres, y una bruja había hecho el primer preparado de Panwyr. Algunos generales tenían brujas, magos o videntes para ayudarlos, que eran consejeros en la planificación de las batallas contra los rebeldes.

A Sebestyen no le importaba que sucediera eso, mientras no lo afectara personalmente. ¿Debería Liane decirle que su futura esposa era una bruja? ¿Estaría complacido o temeroso?

Tan pronto llegaron a la sala de baile donde Sebestyen estaba esperando, dos centinelas abrieron la doble puerta. Ferghus la miró con extrañeza cuando ella se acercó con Ariana en brazos, pero ninguno intentó detenerla, tampoco la revisaron.

Sebestyen esperaba sentado en el trono. No le sonrió pero se levantó y bajó del estrado.

—No esperaba verte en el papel de niñera, especialmente después de haber tenido una noche ardiente de amor.

Liane ignoró la insinuación y no le contó que había dormido sola.

—¿Para qué quieres a la niña? —preguntó.

—Se me ocurrió que mi futura esposa podría tratar de poner dificultades frente a los sacerdotes en nuestra ceremonia de boda o, Dios no lo quiera, escabullirse del palacio con la niña. Si el bebé está conmigo, Sophie seguramente cooperará.

—¿Estás decidido a casarte con ella?

Sebestyen levantó una ceja, encogió un hombro y afirmó:

—Quiero tenerla y siempre obtengo lo que quiero.

—La quieres para vengarte —concluyó Liane.

—Sí.

Liane caminó hacia Sebestyen abrigando al bebé en sus brazos. La niña la hacía sentirse más fuerte, más completa, con más confianza en sí misma. Miró a Sebestyen a los ojos y le dijo:

—Déjala ir. A Sophie y al bebé, deja que se marchen al lugar al que pertenecen. Cuando Maddox regrese habla con él. Pregúntale por qué sintió que no podía confiar en ti y contarte que el Palacio del Norte había caído. Escucha lo que tenga para confiarte y haz las paces.

—¿Desde cuándo eres una diplomática, Liane? —le preguntó Sebestyen. Los ojos eran de un color azul frío, más pálidos que nunca y no expresaban ninguna emoción.

—Siempre te ha servido bien, mi señor. Debe de haber una razón para que no te diera esa noticia.

Sebestyen se acercó y le quitó una horquilla del cabello, luego otra y otra más. Ella permaneció de pie sin moverse, sin protestar, mientras que los mechones de cabello le caían sobre los hombros y por la espalda. Una vez terminó, Sebestyen la abrazó, poniéndole una mano por detrás de la espalda.

—Siempre te gustó el ministro Sulyen —dijo él con tono ausente.

—Sí, él es..., un amigo.

—A pesar de eso, me informaste de su traición.

Liane sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Sentí que no tenía alternativa.

—Y ahora estás pidiendo consideración para con su familia. Lo encuentro todo muy raro.

Ariana se retorció en los brazos de Liane, casi despierta y quejándose en busca de su próxima comida. Liane se preguntó si Sebestyen le permitiría llamar al ama de cría. La idea de que la niña tuviera hambre le causaba angustia.

—Sí —contestó Liane—. Pido compasión para la familia de Maddox.

Sebestyen la miró y los ojos le brillaron divertidos. Las comisuras de los labios se le crisparon.

—Esto me aclara mucho. En el pasado sólo has pedido por mí. Dado el interés que tengo en pagarte por los años en los que me has servido con lealtad, consideraré no deshacerme, como lo hago habitualmente, de Sophie Fyne y su hija cuando haya terminado con ellas. Pero esto será con una condición.

—¿Cuál?

Sebestyen mostró la sonrisa con que había estado esbozando unos momentos antes y contestó:

—Quiero que seas tú quien ejecute a Maddox Sulyen personalmente.



No había tenido oportunidad de volver a la habitación, después de caminar por el corredor y probar su recién estrenado control. El experimento de la sala de baños no había sido suficiente, debía probarse algunas veces más, pero teniendo cuidado de no causar ningún tipo de jaleo.

Cuando estaba pensando en volver junto a Kane y Ariana, una mujer mayor la encontró cerca del baño y le indicó, con una exclamación, que era el momento de prepararse para el día. Como futura emperatriz había ciertas normas que cumplir.

Como estaba muy cansada para resistirse, lo aceptó. Había sido física y mentalmente agotador retener la energía, soltarla y luego recuperarla. Sería mejor tratar de juntar otra vez energías antes de volver a la habitación junto a Kane.

Había varias maneras de usar ese nuevo poder para escapar. Podía salir del palacio con Kane y Ariana, dominando a aquellos que intentaran detenerlos en el camino. Ahora estaba Liane para tener en cuenta. Si ella continuaba negándose a unirse a ellos para escapar, estarían poniendo la vida de Liane en peligro al abandonar el palacio.

También podría usar sus poderes directamente en el emperador y convencerlo de cancelar esa boda ridícula. No estaba muy segura de cómo hacerlo, pero sabía que sería posible dominarlo.

Las mismas jóvenes que habían bañado a Sophie anteriormente, junto con dos mujeres mayores, la ayudaron ahora con la higiene, le hicieron un peinado especial con el cabello levantado y la vistieron con un traje azul. Mientras todo esto sucedía, ella pensaba en las palabras que utilizaría cuando se encontrara nuevamente frente al emperador y en cómo debería refrenar sus emociones.

Un pensamiento la calmó, pese a las circunstancias adversas: Kane, el bebé y ella saldrían del palacio juntos, sin haber sufrido ningún daño.

Sophie se negó a ponerse el pintalabios que le ofrecieron, y la mujer que la había vestido se echó atrás rápidamente.

¿Tendría un poder nuevo en la voz ahora que se estaba encontrando consigo misma, o la mujer sentía temor porque pensaba que Sophie sería la nueva emperatriz? Por el motivo que fuera, se notaba que todos le tenían un poco de miedo.

Una de las mujeres viejas insistió en acompañar a Sophie de regreso a la habitación. Le sugirió mejores estancias para la futura esposa del emperador, tal vez una suite en el Nivel Cinco. Sophie rehusó y le dijo a la mujer que estaba conforme con la habitación del Nivel Tres. Sería muy difícil mover a Ariana y a Kane en medio del día, mejor era quedarse donde estaban hasta que llegara el momento de irse.

Puso la mano en el picaporte, diciéndole a la mujer que se retirara antes de que tuviera la oportunidad de fisgonear y descubrir que Sophie no estaba sola en esas habitaciones decadentes. Algunas mujeres del Nivel Tres podían ser de confianza; otras, no. Liane sabía en quién confiar y que mantuviera la boca cerrada, pero Sophie no podía distinguir entre un amigo y un enemigo.

Tan pronto la vieja se marchó, Sophie se metió dentro de la habitación y cerró la puerta con rapidez. Kane estaba de pie frente a la ventana, bañado por la luz del sol, tal como ella lo había hecho más temprano. Sonrió al verlo. Llevaba puesta la túnica azul de maestro de aprendizaje, ya que era la única prenda disponible para él.

Sophie lo observó con admiración por un momento. No había notado con anterioridad las hermosas piernas que tenía. Caminó hasta la cuna para ver cómo estaba Ariana, pero antes de que llegara hasta ella, Kane se volvió y con expresión adusta le dijo en voz baja:

—Liane se la ha llevado. El emperador Sebestyen tiene a Ariana.

Capítulo 19

Sebestyen no recibía visitas a menudo, pero el embajador de Tryfyn obligaba a ser recibido con una cena especial en el poco usado comedor del Nivel Uno. Ese salón estaba ubicado cerca de la cocina personal del emperador y había sido decorado con magnificencia, como el resto de ese nivel. La larga mesa se veía casi desolada al ser ocupada sólo por cuatro hombres, cuando veinte personas más podían sentarse a ella.

Había velas largas y afiladas que proveían de casi toda la iluminación del comedor, proyectando en forma suave los colores rojos y azules de la decoración. El embajador de Tryfyn se encontraba algo confundido por la ausencia de ventanas, dado que no sabía nada acerca de la profecía que había llevado a Sebestyen a tapiar todas las aberturas. No preguntó por qué estaba tan oscuro y dado que las velas daban suficiente luz y los ventiladores mantenían el ambiente fresco, se sentía cómodo.

Liane estaba fascinada por el embajador. Esmun Hern se parecía más a uno de los jóvenes soldados de Sebestyen que a otros embajadores pomposos que había conocido en el pasado. Tenía el cabello negro recogido en una larga y gruesa trenza, y los ojos azules eran más oscuros y más vivaces que los de Sebestyen. Sin lugar a dudas era un hombre que pasaba a la intemperie la mayor parte del tiempo. Tenía la piel bronceada y su cuerpo era voluminoso y musculoso, como si fuera un trabajador y no un diplomático.

A la cena de esta noche asistían sólo cuatro personas: Sebestyen; Hern; el ministro de Agricultura Cardel Yennen, que estaba preocupado por los robos de ganado en la frontera entre Columbyana y Tryfyn; y el padre Merryl, director de los sacerdotes que vivían en el Nivel Dos.

Liane se hallaba allí a petición de Sebestyen, para servir la mesa, no para sentarse a ella. No vestía la túnica carmesí habitual sino la azul, que significaba que pertenecía al Nivel Tres. Eso también había sido una orden de Sebestyen. ¿Estaba tratando de asegurarse de que ella estaba al tanto de su lugar en el palacio? Tal vez ése sería su nuevo puesto allí, ser sirvienta o limpiadora. Cuando hubiera terminado con la tarea que la había traído al comedor, no se sorprendería si Sebestyen le entregara la ropa para que la lavara. Preferiría estar muerta antes de que eso sucediese.

El padre Merryl, quien no sentía afecto por Liane, le dedicaba sonrisas petulantes. Por supuesto, estaba feliz de verla en el lugar que él consideraba correcto. Ese anciano había estado al lado de Sebestyen desde el principio, y no quería que nadie más que él influyera en los pensamientos y asuntos del emperador. El hecho de que el sacerdote le tuviera tanta antipatía era una señal de la importancia que Liane había adquirido en el palacio. Quizás, incluso, temiera esa influencia de Liane con el emperador.

No había necesidad de temerle a una sirvienta.

Al estar en el comedor pudo oír las conversaciones que se estaban llevando a cabo. Sebestyen estaba a la defensiva y le mostraba a Hern que estaba considerando seriamente una alianza con el clan de Tryfyn. Hern era convincente y vivaz. Se notaba que echaba de menos las armas que le habían sido confiscadas al llegar al palacio. Cada tanto, la mano derecha tanteaba el muslo donde solía llevar un cuchillo.

Hern impresionó a Liane como un hombre que mantenía sus armas a mano todo el tiempo, y que incluso dormía con ellas. Ella también lo hacía algunas veces.

El embajador compartió una información sorprendente. El fallecido ministro de Finanzas había estado conspirando con algunas facciones de su clan para destronar al emperador de Columbyana. Esa facción había sido tratada de la misma manera que el ministro.

Hern aseguró a Sebestyen que sus líderes querían una alianza y no deseaban la guerra.

La cena fue impresionante por lo fastuosa. El vino que se sirvió después de comer era el mejor que tenía Sebestyen en sus bodegas. Durante el transcurso de la cena, el emperador no miró a Liane ni una sola vez. Ahora ¿por qué estaba ella tan segura de que él tenía en cuenta su presencia?

Hern la miraba, pero por la forma en que lo hacía podía notarse que era una mirada de merecimiento, hasta le guiñó un ojo en una ocasión. Sebestyen no había estado mirando en forma directa al embajador en esos momentos, pero su cara se endureció como si lo hubiera visto y no aprobara el gesto.

Yedden y el padre Merryl llevaban adelante la conversación y ésta había sido una de las razones por las cuales habían sido invitados a esa cena. Parecía que siempre tenían un tema para conversar que mantuviera a los comensales entretenidos pero sin causar discrepancias. Sebestyen no tenía paciencia para cháticas frívolas. Prefería observar y escuchar.

Aparentemente, Hern tenía el mismo comportamiento. Escuchaba, respondía cuando era necesario, pero no participaba en la charla con mucho vigor.

Liane sirvió la comida y vertió el vino en las copas, pero en los momentos en que no estaba ocupada permaneció a un lado, con la espalda contra la pared y callada. A los sirvientes no se les permitía conversar con los dignatarios.

Era ya tarde cuando Sebestyen se levantó de la mesa e indicó que la cena y la conversación habían terminado. Los otros comensales se pusieron de pie con rapidez y por primera vez Sebestyen miró directamente a Liane.

—Nuestro invitado ha estado viajando muchos días. Estoy seguro de que agradecerá una compañía femenina esta noche —expresó el emperador.

Liane palideció. ¿La estaba ofreciendo? ¿O estaría pidiéndole que eligiera otra mujer para Hern? No podía estar segura.

—¿Qué tipo de mujer le gustaría al embajador Hern en la cama? —preguntó Liane sin dejar entrever ninguna emoción en la voz.

Hern se dio media vuelta para mirarla con ojos brillantes y traviesos.

—Prefiero una mujer de pelo claro —dijo mientras ponía sus ojos en el pelo de Liane que esa noche llevaba suelto sobre los hombros—. Y también desearía una mujer ya formada. No tengo paciencia para estar con jóvenes inexpertas que no saben cómo participar en forma completa.

—Le puedo asegurar que todas las mujeres del Nivel Tres saben cómo participar —aseguró ella con sequedad.

Sebestyen casi sonrió.

—Entonces, le permitiré que elija por mí —contestó Hern.

Liane asintió, se volvió y abandonó el comedor.

Podría ir con Hern esa noche. Él le había lanzado miradas íntimas y movimientos sugerentes con el cuerpo, aunque no había insinuado nada con palabras. ¿Sería un amante torpe o talentoso? ¿La penetraría de inmediato o haría el amor toda la noche? Tenía el aspecto de ser un amante de toda la noche.

Cogió las escaleras hacia abajo hasta el Nivel Tres. No descendió en el ascensor porque los sirvientes no lo usaban y, además, le sobraba energía esa noche.

Cuando llegó al Nivel Tres tomó una decisión. Envío a Elya al Nivel Cuatro a los aposentos del embajador y luego se dirigió a su habitación a prepararse para la cama. No creía poder conciliar el sueño esa noche.

Mientras se estaba poniendo el camisón, sencillo y casi tosco, golpearon a la puerta.

La abrió y encontró a Sebestyen allí, de pie, sin guardias, y sin la túnica carmesí, vestido de centinela. Tenía el cabello peinado hacia atrás; el rostro, despejado; y el uniforme verde esmeralda le caía a la perfección. A primera vista, nadie lo podría reconocer.

Ella permaneció de pie, asombrada, hasta que él preguntó:

—¿Puedo pasar?



Sophie se enroscó contra Kane, tratando de conseguir calor, si bien la noche no estaba fría. Echaba de menos a su bebé. Una vez había tomado hierbas para dejar de producir leche, sólo por necesidad. Esta noche, otra persona le daría de mamar, un ama de cría que no la amaba, que no la necesitaba.

Tres veces había solicitado una audiencia con el emperador Sebestyen. Todas las solicitudes habían sido denegadas. Lo vería mañana, le dijeron, en la boda. El emperador no tenía tiempo para ella esa noche. Cuando preguntó por Ariana, le informaron que la niña estaría presente en la ceremonia.

Kane quería tomar el palacio por la fuerza, pero la fuerza de dos no era suficiente para vencer a Sebestyen y a todos sus hombres. Ella tendría que hacerlo sola, a su manera.

No lloró esa noche. Retuvo el dolor, la rabia y la pena dentro de sí, como parte de su persona.

Eso la fortaleció.



Liane deslizó las cortinas para cubrir el cielo nocturno cuando notó que Sebestyen miraba hacia la ventana con cierto temor. Después de que ella lo hiciera, él se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué piensas de él? —preguntó el emperador.

—¿De Hern?

—Por supuesto que de Hern —respondió con brusquedad.

Se movió intranquilo, tal vez poco acostumbrado a llevar los pantalones que tenía puestos.

—Parece ser sincero —dijo Liane mientras se sentaba en la silla del tocador.

—¿Te pareció sincero en sus intenciones?

—Creo que sí —afirmó ella.

—Entonces ¿crees que no tendría que matarlo de inmediato?

Liane se atragantó. Sebestyen podría haberla mandado llamar, si quería hablar con ella de ese asunto. No había necesidad de que se disfrazara y entrara a escondidas en su habitación. Él se veía muy diferente sentado a un costado de la cama. Le gustaba el modo en que llevaba el cabello estirado, sin que le cayera sobre el rostro. Hacía que sus facciones parecieran más claras; le sentaba bien. El uniforme no le colgaba sobre el cuerpo como la túnica, mostraba claramente que estaba en muy buena forma.

Esto la hacía recordar que si no hubiera nacido emperador, sería un hombre diferente.

Pero había nacido emperador, por lo tanto, era inútil considerar la posibilidad de que hubiera sido de otra manera. Era perder el tiempo preguntarse cómo habría sido su propia vida de no haber sido capturada y traída aquí como esclava.

—No lo mataría todavía —contestó Liane con calma—. Podría ser un buen aliado.

—Eso mismo he pensado —replicó el emperador.

Por unos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Sebestyen no se puso de pie para marcharse y Liane se mantuvo quieta en la silla.

—¿Debo desnudarme? —interrogó Liane. Se preguntaba por qué Sebestyen estaba allí, por qué se quedaba.

—No, no es necesario.

Y ella no tenía tiempo para juegos, aunque fueran con el mismísimo emperador.

—¿Por qué estás aquí?

—Te quiero allí mañana —respondió el emperador.

—¿Mañana por la noche? —inquirió Liane.

¿Quería que lo visitara después de que terminara con su nueva esposa? No sería la primera noche de bodas que ella pasara en la cama de Sebestyen.

—No. Quiero que estés en la boda. Lleva tu túnica carmesí. Es tu derecho.

El corazón saltó en el pecho de Liane.

—Lo he ganado —afirmó.

—Sí, lo has hecho —corroboró él.

La invitación había sido enunciada y él no se marchaba.

Sebestyen estudió la habitación, cogió los objetos personales de Liane y probó la suavidad de la cama.

—Necesito un heredero, Liane —dijo en voz baja. No la miró mientras pronunciaba esas palabras y añadió—: Un heredero legítimo que me reemplace cuando muera. No tengo otra opción.

—Si me has buscado para que sienta compasión por ti porque en tu vida faltan opciones, me temo que ha sido una visita infructuosa. No he tenido muchas opciones en mi vida en los últimos dieciséis años.

Él inclinó la cabeza despacio y la miró.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Opciones?

—Tal vez —respondió Liane.

—Entonces elige —contestó Sebestyen—. Un deseo, una opción.

La cogió desprevenida y quedó muda por unos instantes. Luego le respondió con ira:

—No te cases con Sophie.

Las cejas del emperador se levantaron ligeramente.

—Esa no es tu opción, es la mía. Elige otra vez.

Liane no tuvo que pensarlo mucho tiempo y entonces dijo con voz tenue:

—Déjame irme.

No le respondió de inmediato, pero entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Es eso lo que quieres? ¿La libertad?

—Sí —afirmó Liane.

Sebestyen se levantó con rapidez recobrando el porte de emperador.

—Bien. Tan pronto como mates a Sulyen, serás libre de irte.

Liane se puso de pie.

—Si no estás seguro de lo que dices, no juegues conmigo. No me ofrezcas algo que no estás preparado para dar.

—No estoy jugando contigo, Liane. —Se acercó a ella y le tocó un mechón de cabello—. Has servido al palacio durante mucho tiempo y lo has hecho muy bien. Si es la libertad lo que quieres, la tendrás. Sólo te pido que consideres con detenimiento la solicitud que me haces, en las próximas semanas, hasta que Sulyen regrese. ¿Dónde vivirás? ¿Qué harás?

—No cambiaré de idea —afirmó Liane.

—Yo tampoco —aseguró Sebestyen.

Al terminar de decir eso, el emperador se marchó para volver al Nivel Uno, a sus aposentos. ¿Cómo había podido eludir a los centinelas que custodiaban su puerta? Liane conocía bien los pasajes secretos que conectaban muchos de los niveles, pero no sabía nada sobre la existencia de una entrada secreta a los aposentos del emperador. Si Sebestyen podía escabullirse sin que nadie lo viera, ¿cuántas noches lo habría hecho?

Hacía veinte minutos que se había ido cuando Liane se dio cuenta de que durante todo el tiempo que el emperador había permanecido en su habitación, había tenido su cuchillo al alcance de la mano.



Desde la ventana, Sophie vio la salida del sol. Le parecía que la luz del astro no sólo le daba calor a la piel, sino que la empapaba a través de ella. Podía absorber el calor, lo saboreaba. Una vez que el sol se había elevado por el horizonte, puso las manos con las palmas hacia arriba como una ofrenda. Había poder en el sol, por eso siempre se había sentido atraída por su calidez. Era la fuente de su energía.

La vida. El sol. Lo fructífero. El amor. Todo eso se entrelazaba para hacer que ella fuera lo que era, para convertirse en quien realmente era.

Una vez había tratado de asustar a Kane para que se fuera, contándole que ella era una bruja. ¿Qué pensaría ahora, cuando ella había aceptado el poder que tenía y que había crecido tanto? Muchos hombres huirían de una mujer con tanto poder, lo sabía, aunque su experiencia con hombres fuera tan exigua.

Kane se despertó y dejó el lecho. Sophie oyó el chirriar del colchón y el golpeteo de los pies descalzos contra el suelo. Se unió a ella frente a la ventana, abrazándola con fuerza. La piel de él sobre la de Sophie era cálida y, como el sol, a ella le brindaba energía.

—Quiero que te vayas —le susurró—. Recogeré a Ariana y te seguiré, te lo prometo, pero debes irte antes.

—No —contestó Sophie con voz sorprendentemente serena—. Tenemos que considerar a Liane y...

—Liane ha elegido no venir con nosotros. Ella puede arreglárselas por sí misma, así lo ha hecho por muchos años.

—No la pondremos en peligro —expresó ella con determinación.

—No dejaré que te cases con Sebestyen —aseguró Kane con voz ronca y decidida.

Sophie se abrazó a él y levantó una mano para acariciarle la mejilla. Necesitaba afeitarse y la cicatriz se veía blanca en su cara, pero ¡era tan apuesto...!

—No me casaré con nadie que no seas tú, Kane Varden, en el momento apropiado.

—Muy pronto —afirmó—. En el mismo momento en que salgamos de este lugar.

Ella sonrió y confirmó:

—Pronto, entonces.

No era la misma mujer que le había pedido a Kane que fuera su amante, ni él era el mismo soldado triste que ella había encontrado bajo el árbol de *linara*. Pero ahora estaban juntos, se pertenecían de una forma distinta a la del momento en que se conocieron.

—Yo, Sophie Fyne, tomo por esposo a Kane Varden. Ahora y para siempre, estaremos unidos en la vida y más allá de la muerte.

Kane levantó una ceja y dijo:

—Quiero un sacerdote.

—Será más adelante —explicó Sophie—. Hoy necesito el poder que me brinda el saber que tú eres mi esposo. Nuestros votos son tan válidos ante Dios como serían ante un sacerdote... que diría las mismas palabras que nosotros podemos decir ahora.

—Nunca he asistido a una boda —dijo Kane con una sonrisa.

—¿Nunca?

Él negó con la cabeza.

—Yo sólo he asistido a una boda, la de Isadora. Creo que mientras lo que decimos sea expresado con el corazón, los votos son tan vinculantes como si lo hiciéramos en una iglesia.

Ella besó en la frente y dijo:

—Yo, Kane Varden, tomo a Sophie Fyne por esposa. Daré mi vida para protegerte a ti y a nuestros hijos. Te amaré hasta el día de mi muerte, cuando sea que eso suceda, y más allá. —Con una expresión dura en los ojos continuó—: No te compartiré con nadie, ni siquiera con el emperador. Entonces, ahora, anuncio que somos marido y mujer.

La besó en los labios, como correspondía, y cuando el beso comenzó a ser demasiado apasionado, la tomó en brazos y la llevó a la cama. El cuerpo de Sophie cantaba, retumbaba y buscaba a Kane como nunca había imaginado que fuera posible.

El amor, como el sol, la colmaba de poder.



Liane se hallaba presente en la gran sala de baile porque Sebestyen le había ordenado asistir. Hubiera preferido quedarse sentada en la pequeña habitación del Nivel Cinco, donde el ama de cría estaba cuidando de Ariana.

La noche anterior Sebestyen había insistido, demandando su presencia en la ceremonia. Nunca antes lo había visto casarse.

No estaba sola, pero no socializaba con los otros invitados.

Durante los últimos dieciséis años se había acostado con un número importante de los ministros que se hallaban presentes y también con algunos de los sacerdotes. Estas personas la evitaban o la miraban con sospecha ante su presencia en la boda. Además, algunos de los ministros estaban acompañados de sus esposas. Los sacerdotes no querían que nadie supiera que se habían permitido los placeres del Nivel Tres, aunque casi todos ellos lo hubieran visitado alguna vez.

Esmun Hern se veía descansado y bastante feliz esa tarde. Había solicitado los servicios de Elya otra vez, después del desayuno y ella se había sentido complacida de poder atenderlo. Hern llevaba puesto, al igual que la noche anterior, un tipo de uniforme que indicaba que pertenecía a su clan. Lucía pantalones marrones y una holgada camisa marrón. Le cruzaba el pecho una banda plegada de color rojo y dorado. Se veía muy gallardo comparado con quienes lo rodeaban: sacerdotes acartonados y ministros de edad avanzada.

Hern, al igual que todos los otros invitados, no llevaba armas.

Sólo los centinelas que hacían guardia en la puerta las portaban.

El embajador de Tryfyn, de vez en cuando, se tanteaba el muslo en busca del inexistente cuchillo.

Liane sintió la mirada del emperador sobre ella. No se parecía en nada al hombre que la había visitado la noche anterior en su habitación, una vez más era el gobernante a quien ella despreciaba.

¿Le divertía hacerla presenciar los esponsales? ¿Es por eso que ordenó que estuviera allí? Liane lo odiaba más que nunca. Sebestyen le había prometido que consideraría no matar a Sophie ni a Ariana. Le había prometido su propia libertad. A cambio, ella tuvo que prometer que mataría al único amigo verdadero que tenía en el mundo.

O no. Maddox había dejado de ser su amigo cuando ella había informado a Sebestyen sobre la traición. Para ser sincera, dejar de informar al emperador sobre aquellas pequeñas malas noticias era una traición casi insignificante. Si Sebestyen ejecutara a todos aquellos que habían mantenido en secreto algunas noticias, muchos de los hombres que se encontraban allí no estarían presentes.

Liane trató de imaginar cómo sería su vida lejos del palacio, si Sebestyen cumpliera su promesa. ¿Podría casarse con un granjero o un comerciante, establecerse en una pequeña y bonita cabaña en algún lugar del país? Había soñado con frecuencia con ese tipo de vida, pero ahora, cuando la tenía al alcance de la mano, se daba cuenta de lo aburrida que podría resultar. ¿Debería ejercer uno de sus oficios en alguna otra parte? ¿Meretriz o verdugo? El amor o la muerte para conseguir el dinero que necesitaría para sobrevivir.

Sebestyen, al prometerle que le daría la libertad, le había mostrado que nunca podría liberarse de él o del palacio. Tal vez muerta, pero nunca antes.

Si las circunstancias fueran las normales, los familiares de la novia la escoltarían hasta entregarla a su futuro esposo. Para esta boda el plan era diferente: dos mujeres mayores del Nivel Tres y un séquito de concubinas acompañarían a Sophie hasta Sebestyen. El momento se acercaba, la música ya sonaba. Unas suaves notas de mandolina se dejaban oír en la sala. Se podía sentir la tensión mezclándose con la música.

Los invitados socializaban, pero se mantenían apartados de la alfombra carmesí que iba desde la puerta, que estaba cerrada en esos momentos, hasta el estrado donde se alzaba el trono. La novia, con su poco convencional cortejo, caminaría a lo largo de la alfombra en unos instantes más. Liane vería cómo Sophie se convertía en la siguiente emperatriz.

Kane no podía aceptar con calma lo que tenía que suceder, pero tuvo que darse cuenta de que ninguno de ellos tenía opciones. Necesitaba aceptar y, quizás, en unas pocas semanas o meses, podrían elaborar un plan para huir del palacio.

Ninguno de los presentes en la sala se atrevió a mencionar a la última emperatriz, pero muchos pensaban en ella. El emperador cambiaba de emperatriz con una frecuencia alarmante.

Las puertas de la sala de baile se abrieron con fuerza de improviso, y Sophie atravesó el umbral. El cortejo de viejas y concubinas del Nivel Tres iba deprisa, casi corriendo, para seguirle el paso.

Sophie no tenía miedo y casi no miró a nadie a sus flancos, tenía la atención puesta en Sebestyen. Los invitados retrocedieron un paso.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó mientras se dirigía hacia el novio.

Sebestyen sonrió.

—La verás después de la ceremonia —prometió él.

—No. Me han dicho que estaría aquí y quiero verla ahora mismo.

Sebestyen dejó de sonreír y los invitados casi dejaron de respirar.

Sophie estaba en el centro de la sala, rodeada de los hombres del emperador y sus esposas, seguidos por los sacerdotes y los centinelas. Detrás de ella, las otras mujeres del Nivel Tres esperaban con ansiedad.

El vestido de novia plateado de Sophie comenzó a brillar. Y lo plateado se volvió dorado.

—No me casaré —dijo Sophie con calma—. He venido a recoger a mi hija.

Los invitados se alejaron aún más, con miedo de ser cogidos en el fuego cruzado que sabían que sobrevendría.

—¿Te has arrepentido? —preguntó Sebestyen.

Parecía más divertido que molesto, aunque ya no sonreía.

—No —respondió Sophie—. Habéis usado el amor que le tengo a mi hija y a mi mejor amigo para obligarme a aceptar esta boda. ¿Qué tipo de hombre hace algo así?

Se dio media vuelta y los invitados a la boda se alejaron nuevamente de ella, de modo que se quedó sola, rodeada a lo lejos por hombres y mujeres con atuendos reales y concubinas con sus mejores galas. Además del color dorado, el vestido de Sophie Fyne refulgía con otros colores brillantes.

—No tiene ningún sentido que me queráis por esposa —aseguró como si realmente no entendiera—. Podríais tener cualquier mujer del país como esposa, y, aun así, habéis raptado a mi bebé para forzarme a esta boda. Amo a otro hombre. Esta mañana me he casado con él.

Sophie miró a Sebestyen, cuya expresión en el rostro ya no era de diversión. El emperador cruzaba y descruzaba las manos.

¿Osaría decir lo que pensaba frente a todas estas personas? ¿Amenazaría con hacerle daño a Ariana en voz alta, para forzar a Sophie a aceptar esa boda? No, era demasiado tarde para eso.

—Estás cometiendo un error muy grave —dijo el emperador con suavidad.

—No estoy cometiendo un error —contestó Sophie sin temor—. No os amo. No os conozco. Y si así fuera, tampoco podría vivir aquí. —Miró a su alrededor. La sala estaba demasiado calurosa y la luz provenía sólo de las velas que ardían y de las varas de luz ubicadas en las paredes—. Necesito el sol para vivir. Necesito la luz y el amor. No tenéis nada de eso aquí. ¿Qué clase de hombre vive en este lugar sin Dios, sin aire y sin sol?

Sophie levantó la barbilla y cerró los ojos. Parecía más alta, pero no, no era su estatura lo que había cambiado, sino que estaba sosteniéndose en el aire, a varios centímetros del suelo. Flotaba por sobre la alfombra carmesí con ese vestido que aumentaba el brillo dorado cada vez más. El resplandor era tan fuerte que algunos invitados tuvieron que cubrirse los ojos o cerrarlos. Liane no lo hizo, Sebestyen tampoco.

De pronto, sin aviso, una explosión sacudió la sala. Una enorme porción del techo voló y la vieja claraboya, que había sido tapiada muchos años atrás, se abrió. Por vez primera en diecisiete años, la luz del sol se abrió paso hasta el Nivel Uno y cayó sobre la cara de Sebestyen.

Capítulo 20

Sebestyen se echó atrás, pero no con la suficiente rapidez como para evitar que por un instante, tan sólo un instante, el sol brillara sobre él, desde la cabeza hasta el borde de la túnica. La profecía temida no era de conocimiento público pero allí, en ese palacio, todos la conocían. Sus ministros y sacerdotes y su concubina y posible asesina sabían lo que ese hecho significaba.

Sophie no lo sabía, pero pudo ver con claridad el terror reflejado en el rostro del emperador.

—Lo siento mucho —dijo dando un paso hacia delante—. Quería llenar esta sala con amor para así haceros entender por qué no puedo ser la emperatriz. No deberíais haberme quitado a mi hija. No he aprendido aún a controlar mi furia.

Hombres y mujeres salieron en tropel de la sala, golpeándose unos con otros para poder huir con rapidez. Damas nobles y elegantes corrieron para poder salir. Ministros poco temerosos en su vida diaria, huyeron despavoridos, codo con codo. Liane no sabía si tenían miedo de Sophie, de Sebestyen o de ambos.

Unos pocos no huyeron: Liane, Hern y algunos sacerdotes que estaban más intrigados que atemorizados. Las mujeres del Nivel Tres también se quedaron, aunque las viejas se fueron, deseosas de poder escapar. También algunos centinelas leales al emperador abandonaron la sala, se sentían incapaces de enmendar lo que había sido hecho.

El padre Merryl, que debía officiar la ceremonia esa tarde, estaba de pie sobre la tarima, detrás del emperador. Parecía varios años más viejo que la noche anterior. Pese a que no había huido, permanecía a un lado, con la mirada puesta con firmeza en Sophie.

—Que alguien traiga al bebé —ordenó Sebestyen con voz ronca.

Liane le hizo una seña con la cabeza a un centinela, y el joven se apresuró a abandonar la sala. Trató de acercarse a Sebestyen, pero se detuvo. El emperador no parecía sentirse muy cómodo.

Estaba sentado en el trono, alejado de la luz del sol que llenaba la sala desde arriba.

—¿Qué eres? —preguntó sin dejar de mirar a Sophie con fijeza.

—Soy una hechicera —respondió Sophie con calma, como si le estuviera diciendo que venía de la Provincia del Sur y que tenía el cabello rubio.

Sebestyen se rió.

—Una bruja —dijo.

El padre Merryl no se rió. Dejó en forma apresurada el lugar del trono y caminó hacia las puertas con toda la rapidez que sus piernas le permitieron. Algunos de los invitados a la boda permanecían en el vestíbulo, a la espera de poder observar el desarrollo de los acontecimientos, sin estar demasiado cerca de la acción. Otros habían abandonado deprisa el Nivel Uno.

El traje de boda, que hasta ese momento había brillado con tono dorado, volvió en forma gradual a su brillo original color plata y Sophie dio unos pasos en dirección al trono donde Sebestyen estaba sentado.

—¿Por qué tenéis miedo del sol?

—Una profecía —dijo él con tono casual—. Cuando empecé mi reinado como emperador, un mago profetizó que cuando el sol tocara mi rostro sobrevendría mi final. El fin de todo. Y tú lo has traído hasta aquí.

—No, mi señor —aseguró Sophie con amabilidad pero con firmeza en la voz—. Lo habéis traído vos mismo al haberme quitado a mi hija.

Permaneció de pie bañada por los rayos del sol. ¿Acaso percibía que en ese sitio estaba más segura que en cualquier otro del palacio? Los centinelas estaban aterrorizados por el poder demostrado por Sophie, y Sebestyen le tenía miedo a la luz del sol. Liane podía notarlo aun en la distancia.

Sophie era la única persona en la sala que no tenía miedo.

—Si necesitáis una emperatriz, deberíais buscar una mujer que os ame. Una mujer que fuera vuestra amiga, compañera y amante.

—El amor es para los campesinos —comentó Sebestyen de un modo grosero.

Sophie sonrió.

—Entonces, me complace ser una campesina, mi señor.

Unos momentos más tarde, el joven centinela que había sido enviado a buscar a Ariana entró en la sala con premura. Traía entre sus brazos al bebé, que dormía con sosiego. Sophie cogió a la niña con avidez y la retuvo contra su pecho. La expresión de su rostro era extraordinaria: la luz del sol mostraba esperanza y amor. Todo lo que Liane había dejado de lado como poco importante, unos años atrás.

—Piensas que has ganado —dijo Sebestyen desde su prisión de sombras—. Pero, no es así. Esto no ha terminado aún.

—Os habéis equivocado —replicó Sophie—. En lo que a mí respecta, esto ha terminado. Si ha terminado o no para vos, lo decidiréis vos mismo.

Se mantuvo de pie bajo la luz del sol, sosteniendo el bebé con un brazo, y levantó la mano libre haciendo un gesto de paz. Invitó a Sebestyen a unirse a ella y a Ariana para recibir el sol.

El emperador se negó y permaneció en las sombras.

Kane irrumpió en la sala, armado hasta los dientes, vestido con el uniforme de un centinela que con seguridad había robado. El uniforme era la mejor manera de disfrazar la huida. Se colocó, demostrando poca prudencia, entre Sophie y Sebestyen, como si pudiera protegerla.

Liane se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que su hermano se diera cuenta de que esa mujer no necesitaba protección alguna.

—Vamos —indicó Kane con voz suave. Sebestyen se puso de pie y ordenó:

—Nadie irá a ningún lado.

Se acercó a la luz del sol con cautela. ¿Se habría dado cuenta, tal como lo hiciera Liane, de que el daño ya había sido hecho? No necesitaba esconderse por más tiempo. Entrecerró los ojos, pues la luz le lastimaba la vista, pero podía ver lo suficiente como para levantar una mano y ordenar a los centinelas que rodearan la familia que se hallaba de pie en el medio de la sala.

Así lo hicieron.

Kane levantó la espada, amenazando a Sebestyen y Liane dio unos pasos acercándose al emperador. Luego se detuvo. Estaba en sus planes matarlo, pero si Kane lo hacía en vez de ella...

Sophie no se alarmó por la amenaza de violencia. Se mantuvo en calma mientras ponía la mano sobre el hombro de Kane y movía la punta de la espada a un costado.

—No hay razón alguna para que nadie sea herido en el día de hoy. —Cerró los ojos y sonrió, y durante unos instantes pareció que la luz del sol no estaba sobre ella sino que venía desde su interior.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Kane a Sophie.

—Pensar en nuestra ceremonia de boda y en lo que hicimos después.

—¡Oh! —exclamó Kane. Por unas centésimas de segundo, su espada se movió en dirección a Sebestyen, pero luego cayó.

Uno a uno, los centinelas se alejaron de Sophie. Parecían estar distraídos, confusos. Las concubinas que se habían alejado con lentitud de la escena que sucedía en la sala, comenzaron a entrar nuevamente. Liane y Sebestyen se miraban con fijeza sin poder separarse.

—¡Fuera, todos! —ordenó Sebestyen.

Hern y los pocos ministros que aún quedaban se marcharon. El embajador de Tryfyn recogió a Elya al pasar y ella le sonrió mientras caminaban cogidos del brazo por el corredor.

Los soldados fueron los últimos en abandonar la sala, y en vez de preceder o seguir a las mujeres del Nivel Tres como correspondía al orden militar, se unieron a ellas, tocándose, sonriendo, de tal manera que los uniformes verdes y los hermosos vestidos giraron al unísono, haciendo unos remolinos que casi mareaban a Liane. Miró a Sebestyen otra vez y eso no la mareó, pero sí le hizo recordar las espléndidas noches que habían pasado juntos, las noches en las que ella no lo odiaba. Aquellas en las que ella lo había querido más que a nada en el mundo.

Se oía a gente reír a través de las puertas abiertas de la sala. Los hombres y las mujeres hablaban con voces apagadas pero alegres, congregados fuera de la sala de baile como si nada hubiera pasado, como si ninguna bruja hubiera hecho volar por los aires parte del techo del palacio dejando un agujero.

—Es hora de irnos —dijo Sophie mientras cogía la mano de Kane. Se dio media vuelta para mirar a Liane y le hizo una señal con la cabeza.

—Ven con nosotros —le dijo—. Debes venir con nosotros.

Los cuatro salieron de la sala. Juntos. Liane pensó que había oído que Sebestyen decía su nombre, muy despacio y sólo una vez. No miró hacia atrás, pero una parte dentro de ella deseó hacerlo. Quería volver al estrado donde Sebestyen había quedado solo, encogido por el miedo.

Liane no sabía lo que Sophie había hecho, pero el efecto era asombroso. Los centinelas y las sirvientas, los centinelas y las concubinas, los ministros y las concubinas, hasta centinelas con centinelas en un caso, todos se besaban y se acariciaban a lo largo del largo corredor.

Se reían y se buscaban sin pudor. Hern y Elya se metían mano con desenfreno. ¡Santo cielo! Ni siquiera se iban a molestar en ir a una habitación cerrada. Hern levantó la falda de Elya y la alzó, mientras que ella lo envolvía con sus piernas y sonreía, cogiendo en las manos la larga trenza de él.

Algo brillante llamó la atención de Liane y miró hacia abajo. Un centinela se había despojado de las armas y había dejado sobre el suelo una espada y un cuchillo. No era el único. Los hombres se habían quitado las armas cuando éstas interferían con el acto del amor, descartándolas en busca de placeres. Un cuchillo descansaba allí, a su alcance, la puerta de la sala estaba abierta y Sebestyen estaba solo, sin guardias a su alrededor.

Liane se detuvo, y con ella sus acompañantes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kane.

Liane movió la cabeza con un gesto de negación. El momento de elegir había pasado hacía ya mucho tiempo. La libertad no era para ella, y no lo sería nunca.

—Me quedo —respondió ella.

—No lo harás —protestó Kane.

Ella alcanzó la mejilla de Kane con la mano y la tocó.

—Me siento dichosa por haberte visto, feliz de saber que tienes una familia que te cuida y te ama. Pero ahora pertenezco aquí. He pertenecido a este lugar durante mucho tiempo —explicó Liane.

¿Adónde podría ir, fuera del palacio, una mujer que sólo conocía la muerte y el sexo? A ninguna parte. Ese era su hogar, ése era el sitio donde ella viviría y moriría.

Sophie la rodeó y la abrazó con fuerza. A Liane un cosquilleo le recorrió el cuerpo, de la cabeza a los pies, como una onda cálida y fría a la vez.

—Cúdate, hermana —susurró Sophie.

Liane abrazó a Sophie, aferrándose a ella por largo rato. Nunca había tenido una hermana, y era difícil dejar que ésta se marchara. El abrazo se prolongó y Liane no quería que acabara. Se sentía a salvo allí, en ese momento. Se sentía amada.

Fue Sophie quien se separó con lentitud.

—Si cambias de idea y quieres venir con nosotros, contacta con Juliet Fyne en Shandley, en la Provincia del Sur. No estoy segura de cuándo la veré, pero ella sabrá pronto el lugar en el que nos quedaremos.

Liane cogió a Sophie del brazo y le dijo:

—Ve hacia el norte. Encuentra a tu padre y cuéntale...

Ella podría caer y si así sucedía, no sería seguro para Maddox volver al palacio.

Liane continuó:

—Dile que no vuelva. Nunca. No estará a salvo. Lo encontrarás en algún lugar cercano al Palacio del Norte.

Sophie no pidió explicaciones. Asintió con un gesto y Kane le indicó que debían apresurarse. Corrieron en dirección a la escalera, pasando a través de hombres y mujeres que ignoraban a todos y a todo lo que había alrededor. Hern y Elya no eran los únicos que se hallaban dedicados a algo más que un beso y una risa.

Todos parecían felices, contentos. Liane no sabía lo que Sophie les había hecho, pero sospechaba que no duraría mucho tiempo.

Cuando Kane y su familia se marcharon, Liane se inclinó y recogió un cuchillo que estaba en el suelo.



Tenían miedo de usar el ascensor, así que corrieron escaleras abajo. Kane llevaba una espada y un cuchillo. Era él quien lideraba la huida. Sophie iba detrás de él, y llevaba entre sus brazos a Ariana.

—No entiendo qué es lo que ha pasado —dijo Kane.

—Es bastante complicado de explicar —contestó Sophie con inocencia.

Esa mujer, su esposa, era muchas cosas..., menos inocente.

Se dieron prisa y encontraron a un ministro y a su esposa haciendo el amor en el rellano de la escalera. La pareja ni siquiera se dio cuenta de que no estaban solos.

—Pudiste influir en todos —señaló Kane después de haber pasado cerca de la pareja.

—Sí.

—¿Cómo? —Él la cogió de un brazo en el siguiente rellano y Sophie se detuvo.

Suspiró.

—Soy una hechicera, Kane. Una verdadera y poderosa bruja. Sí, pude influir en ellos. Pude dejar de lado mi enfado y mi miedo y pensar en lo que mi cuerpo siente cuando me tocas. Quise compartir ese sentimiento con aquellos que estaban cerca. No era exactamente amor sino...

Kane pensó en las escenas que había presenciado en el Nivel Uno y completó:

—Lujuria.

—Pasión es una palabra más bonita —añadió Sophie—. No me pidas que te explique cómo lo hice y no me preguntes tampoco qué más puedo hacer, porque no tengo respuestas para esas preguntas. ¿Te asusta?

—Sí —respondió Kane con sinceridad.

—¿Todavía quieres que busquemos un sacerdote tan pronto nos alejemos de este lugar?

—¡Oh, sí! —contestó con una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué estamos detenidos aquí?

Sophie cogió la mano de Kane y siguieron corriendo escaleras abajo. Su esposa, su bebé, su familia.

Liane encontró a Sebestyen sentado en el pedestal, con la cabeza gacha. El pelo oscuro le caía hacia delante, tapándole el rostro y no dejando que se viera su expresión.

Cerró la puerta tras de sí para no oír ni ver las actividades que se estaban llevando a cabo en el corredor. ¿Cuánto tiempo más seguiría haciendo efecto el hechizo? ¿Cuánto tardarían los soldados en darse cuenta de lo que había sucedido? Todo lo que necesitaba era unos pocos minutos más.

Mantuvo el cuchillo escondido, guardado entre los pliegues de la túnica carmesí mientras se dirigía hacia Sebestyen. Él la oyó llegar y levantó la cabeza. Esperaba ver furia en el rostro del emperador, aun desolación, pero lo que mostraba era más bien una calma desesperada.

—Sabía que eras tú —dijo Sebestyen.

—¿Cómo lo sabías?

—Siempre eres tú. Cuando todos huyen de mí, cuando todos se esconden, estás ahí.

Liane se detuvo bajo la luz de un rayo de sol que brillaba sobre el suelo de la sala de baile. Sentía la calidez del sol, pero el corazón lo tenía frío. Debía mantener la cabeza y el corazón fríos para terminar lo que tenía que hacerse.

—Siempre estoy aquí porque te pertenezco. Soy una esclava, Sebestyen, una posesión. Has podido hacer que mi posición en el palacio sea mejor que ésta y que suene mejor cuando estás de buen humor, pero la verdad es que soy y he sido nada más que eso: una esclava.

—No, eres mucho más que una esclava y lo has sido por mucho tiempo. —Se puso de pie con lentitud, irguiéndose cuan alto era—. Te necesito conmigo, Liane. No puedo hacer nada si no estás. Si quieres la libertad, te la daré, pero no quiero que te marches. Quédate.

Liane dio un paso adelante, con cierta vacilación en el movimiento.

Sebestyen estaba tratando de convencerla con palabras bonitas porque sabía de sus intenciones. Quizás había visto el cuchillo por más que ella intentara esconderlo. Pero Liane no permitiría que unas palabras le hicieran cambiar de idea, no en ese momento.

Sus pies vacilaron. No tenía sentido. Si él supiera que tenía un cuchillo, podría detenerla. Era más fuerte que ella y aunque pudiera herirlo en la pelea, lograr un tajo mortal sería muy difícil, sino imposible. Entonces ¿por qué se le veía tan tranquilo?

—Sabía que esto sucedería un día —dijo con calma mientras posaba los ojos en el agujero del techo—. He esperado todo este tiempo, es casi un alivio que haya sucedido al fin.

Liane cogió el cuchillo con más fuerza a medida que se iba acercando a Sebestyen. Todo lo que tenía que hacer era caminar hasta el estrado, simular que quería abrazarlo y luego clavarle el cuchillo en el corazón. Es lo que deseaba desde hacía mucho tiempo: verlo muerto. No era posible que pudiera huir del palacio con vida, pero le era indiferente. Él estaría muerto. Es lo que quería más que nada en este mundo, por eso sentía la boca seca y le temblaban las manos. Era la expectativa lo que la hacía sentir así, no había en ello renuencia ni miedo.

Si estaba recordando tiempos mejores mientras caminaba hacia él era gracias al hechizo de Sophie. Pero no..., los otros habían sido afectados por el hechizo, ella no.

A medida que se aproximaba a Sebestyen, éste levantó una mano y se la ofreció. Esa mano era fuerte, pálida y conocida, demasiado conocida.

La cogió con la mano que no asía el cuchillo.

Parecía que Sebestyen no se había dado cuenta de que una de las manos de Liane estaba perdida dentro de la túnica. Los ojos los tenía clavados en el rostro de ella y los mantuvo de esa forma, enfocados sólo en ella. La atrajo hacia sí.

El cuchillo, en la mano de Liane, apuntaba hacia el costado del cuerpo del emperador.

Sebestyen descansó la cabeza sobre el hombro de Liane.

—No creo que pueda sobrevivir a todo esto sin ti. Siempre me has dado fuerza. ¿Te lo había dicho alguna vez?

—No —respondió Liane. Sólo un movimiento y todo habría acabado.

—Es la verdad. Me he apoyado en ti, mas no me he atrevido a que nadie lo sospechara.

—Tú no te apoyas en nadie —aseguró Liane.

La respuesta de Sebestyen fue pasar la mano por el pelo de Liane y cogerlo con fuerza. Presionó su cuerpo contra el de ella e inclinándose le besó el cuello.

—Se supone que no debo amarte —susurró Sebestyen con la voz tan baja que Liane apenas podía oírla. Y el aliento cálido sobre su cuello.

La boca de Liane se secó y la mano con el cuchillo tembló. Sebestyen levantó la cabeza, le cogió la barbilla y la besó en la boca.

La besó con fuerza y desesperación por un largo rato y, ¡por todos los cielos!, también ella lo besó.

Nunca la había besado en la boca con anterioridad, ni siquiera una vez. Se dio cuenta de que sentir los labios de Sebestyen en los de ella era más sensual, conmovedor e importante de lo esperado. Ni el sexo ni la intriga los había podido unir más que ese beso. Los ataba con más solidez que la propia unión de sus cuerpos.

Las palabras que él había susurrado hacían eco en sus oídos. ¿Se las habría imaginado?

Sebestyen separó sus labios de los de ella y repitió las palabras, más alto esta vez, inconfundibles:

—Te amo. Te he amado durante tanto tiempo que ni siquiera recuerdo cuándo no te he amado. Traté de no hacerlo. Incluso te ordené que hicieras cosas para que no fueras digna de mí. Te mandé que mataras por mí. Te forcé a que complacieras sexualmente a otros hombres. Hice que me sirvieras como una esclava...

»Pero nada cambió. Nunca pude hacer que nada cambiara. —Con los ojos entrecerrados, el emperador continuó diciendo—: Hace dos noches, cuando dijiste que te acostarías con otro hombre, envié a un centinela para cuidar tu puerta. Tenía órdenes de matar a cualquier hombre que te visitara esa noche. Anoche fui a tu habitación para comprobar por mí mismo que estabas sola. El embajador de Tryfyn te había admirado sin disimulo. Te miraba como si te deseara. Si lo hubiera encontrado en tu habitación ayer, le habría quitado las entrañas. Si te hubiera encontrado en la habitación de él, lo habría decapitado.

—Eso hubiera significado la guerra —señaló Liane.

—No me habría importado.

El azul de los ojos del emperador era más azul que antes, más claro y más profundo.

—Como si no me hubieras entregado a otros hombres en el pasado —agregó Liane.

—Sufrí por ello —susurró él.

—No tanto como yo —replicó Liane.

Había trabajado tanto para llegar a una situación como ésta. Tenía el cuchillo en la mano, y Sebestyen estaba ahí. Una estocada y estaría muerto o muriéndose.

Algo raro y poderoso la invadió y la mano aflojó el cuchillo. Los dedos le temblaron. ¿Era eso lo que había querido en verdad todo ese tiempo? ¿El amor de Sebestyen y no su muerte?

—Te amo también —dijo ella.

El cuchillo cayó sobre el estrado con un sonido estrepitoso que ambos ignoraron.

—¡Que el cielo me ayude! Te amo —repitió.

Sebestyen la llevó hasta donde el sol brillaba. El daño ya estaba hecho. No era necesario esconderse más. El sol ya había tocado su cara. Si el mago Thayne había predicho lo correcto, la caída de Sebestyen era inminente, pero no sucedería de inmediato.

Él la desvistió, ella lo desvistió a él. Liane nunca lo había visto bajo la luz del sol, y la forma en que las sombras caían sobre el cuerpo del emperador lo hacían más apuesto. Él era hermoso, y le gustara o no, lo amaba.

Sebestyen la tendió sobre una cama hecha de túnicas carmesí y con los rayos del sol tocando los cuerpos desnudos le hizo el amor. Nunca había sucedido de esa forma: gentil y lenta, con indecisión, inclusive, como si nunca antes se hubieran tocado. Ella conocía el cuerpo de él como conocía el suyo propio, y nunca se había podido imaginar que haría el amor de esa manera.

Liane envolvió las piernas alrededor de él mientras Sebestyen la acariciaba, levantándole las caderas para introducirse mejor. Ella cerró los ojos para que los rayos del sol, que le caían sobre el rostro, no la molestaran. No habían hecho juegos preliminares, ni caricias sexuales para excitarse antes de la penetración. Aun así, esta unión de sus cuerpos era más fuerte que ninguna otra que hubiera conocido antes. Se sentía ardiendo, no sólo con el cuerpo sino con el corazón y el espíritu también.

—Te amo —repitió él mientras la penetraba—. Te amo tanto.

Los cuerpos se sacudieron hasta lograr el alivio y la satisfacción al unísono. Sebestyen lanzó un gemido, Liane dio un grito ahogado. Una vez saciados, continuaron tendidos, entrelazados bajo la luz del sol que entraba en la que antes fuera la oscura sala de baile.

Liane pasó los dedos por entre los cabellos de Sebestyen. Nunca les había gustado permanecer tumbados juntos después de hacer el amor, pero tal vez...

Él se irguió con lentitud y la miró.

—Dime que nunca me abandonarás.

—Nunca te abandonaré —susurró ella. No había dudas en el corazón ni en la voz cuando decía—: Te amo, Sebestyen.

Se sentaron juntos sobre la pila de la ropa que se habían quitado antes. Sebestyen la abrazó.

—Si Thayne tenía razón, todo se derrumbará a mí alrededor muy pronto —expresó el emperador.

—Pase lo que pase, estaremos juntos para luchar —prometió Liane mientras le acariciaba el rostro.

Tal vez el mago había visto cómo ella mataba a Sebestyen, pero el amor había hecho posible el cambio en el destino. El amor era, sin duda, más fuerte que el odio. ¿Sería más fuerte que el destino? Ese era un pensamiento que a Liane nunca se le había ocurrido hasta ese instante. Nunca había creído en el amor hasta que conoció el amor que Kane sentía por Sophie, y ahora esto...

Rodaron juntos fuera del alcance de los rayos del sol hasta el frío suelo de piedra. La luz hería los ojos de Sebestyen más que los de ella. Le tomaría un tiempo acostumbrarse, después de todos esos años.

Cogió la ropa y la extendió por el suelo de piedra, luego, la llevó hasta esa cama y se reclinó junto a ella.

Jugó con los mechones del pelo de Liane, levantándolos y dejándolos caer.

—Durante todos esos años me pregunté cómo se haría realidad la profecía. Tenía la certeza de que sucedería de una forma u otra, pero nunca sospeché que un error cometido a causa de una mujer podría traer el sol al palacio otra vez. —Sebestyen se tendió en la cama sobre la espalda, puso los brazos debajo de la nuca y dijo—: Una hechicera. Supongo que no hubiera sido una buena emperatriz.

Liane colocó la mano sobre el pecho de él, sobre el corazón. Sebestyen estaba sudando, tenía miedo y, además, la amaba.

—No la necesitas —musitó.

—Sólo te necesito a ti —respondió con una sonrisa.

El corazón de ella se sobresaltó. Él no debería sonreír. Ella no debería sentir amor o quererlo, allí, sobre el suelo, mientras oía palabras amorosas que le susurraba al oído. No podía ser el hechizo lo que la hacía sentir así. Sebestyen y ella eran más fuertes que los centinelas y las concubinas. No podían estar afectados por un encantamiento común que inspiraba una lujuria incontenible. Además, lo que ella y Sebestyen sentían no era pasión, sino amor.

Liane dejó caer una mano sobre el pecho de Sebestyen. Se inclinó sobre él y le besó el cuello, el borde del mentón y luego, la boca. ¡Dios mío! ¡Cómo le gustaba su boca! ¿Por qué no se habían besado antes? ¿Por qué no le había cogido la cara entre las manos y le había mostrado lo maravilloso que podía ser?

El miembro de Sebestyen se estaba endureciendo otra vez, y ella comenzó a acariciarlo mientras lo besaba. Lo besó y lo acarició hasta que sintió que estaba duro como el acero. Las entrañas le temblaban de deseo. Se puso sobre él, sentándose a horcajadas y comenzó a moverse con un ritmo hábil y veloz.

Él la amaba, ella lo amaba a él.

Nada podía ir mal.

Capítulo 21

Galvyn se sintió aliviado cuando la puerta de la celda se abrió y una mujer entró. Su nombre era Liane, la recordaba de aquella primera noche en el palacio y se sentía feliz de verla. No había sido muy cordial aquella noche, pero su cara era un cambio agradable si la comparaba con la de los guardias que lo habían golpeado y se habían burlado de sus ruegos para ser liberado.

Había permanecido en ese lugar durante más de una semana. No estaba seguro del tiempo transcurrido pero sabía que, al menos, llevaba siete días allí.

—¡Gracias al cielo! ¿Está Sophie aquí? Nuestra boda, ¿se llevará a cabo pronto? —preguntó Galvyn.

La mujer inclinó un poco la cabeza y lo estudió como si fuera un insecto. Después, el mismo emperador vino tras ella y le puso una mano posesiva sobre el hombro.

—Este es el hombre que trajo a una bruja a mi palacio —dijo Sebestyen con cierta indiferencia.

Galvyn se atragantó. Entonces..., lo sabían. Probablemente, lo pondrían de patitas en la calle. No habría boda, ni puestos privilegiados en el palacio, ni tendría a Sophie en su cama.

—¿Sophie? ¿Estáis hablando de mi Sophie? No sabía..., no tenía la menor idea de que fuese una hechicera —dijo con voz temblorosa.

—Está mintiendo —aseguró Liane.

—Lo sé —confirmó el emperador.

Estaban tan tranquilos, tan poco preocupados por esa noticia, tal vez sólo vieran esa mentira como una molestia, nada más. Galvyn se iría a Shandley para siempre, para no ser más que un comerciante. Después de los días pasados en esa celda, Shandley parecía el paraíso.

Aunque la pareja real no parecía verdaderamente molesta, tal vez sería mejor tratar de reparar el daño que había hecho con la falsedad.

—Si estáis interesados en obtener el poder de las Fyne para vos, deberíais saber que Sophie tiene dos hermanas —explicó Galvyn con claridad—. Ambas son mucho más poderosas que Sophie. Juliet puede ver el futuro.

El emperador levantó una ceja y expresó:

—Creí haber oído que no sabías que Sophie Fyne era una hechicera.

—Yo..., yo...

Liane caminó hasta donde estaba Galvyn, mientras buscaba algo en el bolsillo. Las llaves de las cadenas, tal vez. Unos días atrás, los guardias habían entrado en la celda y lo habían encadenado a la pared porque decían que hacía mucho ruido. Sólo intentaba convencerlos de que lo dejaran marchar. Siempre se negaron, pero estaba seguro de que Liane lo liberaría, lo sabía.

—Nunca me olvidaré de este gesto —dijo con vehemencia—. Nunca.

—No, imagino que no —respondió Liane.

Tomó un pequeño frasco de un bolsillo de su túnica y antes de que Galvyn pudiera entender lo que sucedía, se lo introdujo en una de las fosas nasales. Al empujar el émbolo, un líquido picante y que daba una sensación de hormigueo le subió por la nariz. Al instante, la droga entró en la sangre de Galvyn. Se balanceó y sintió la boca seca y cada músculo del cuerpo le tembló. ¡Estaba tan cálido allí! Cálido, de una forma placentera. Miró los pechos de Liane con

atrevimiento. Era una hermosa mujer. Seductora, sin lugar a dudas. Se le endureció el miembro, lo que era sorprendente ya que habían dejado de alimentarlo hacía varios días y no había pensado en ninguna mujer desde que los centinelas lo habían tirado allí.

Cerró los ojos y sintió lo que el cuerpo le pedía. Visiones de cosas que no había conocido nunca, bailaron en su imaginación. Sophie, Liane..., todas las mujeres del Nivel Cinco. Y ¡el Nivel Tres! Nunca había estado allí, pero había oído muchas historias...

Una nueva energía se agitaba dentro de él. ¿Cómo se atrevían a tratar de mantenerlo en ese lugar? Podría pelear contra todos los guardias, ahora que era fuerte.

Liane le quitó las cadenas y los brazos quedaron libres. Puede que lo llevaran de regreso al Nivel Cinco. No sería tan correcto, esta vez. Esa sirvienta con el pelo rojo...

Una mano dura le cogió el brazo y al abrir los ojos pudo ver que un soldado lo empujaba fuera de la celda. Galvyn trató de pelear usando su fuerza recién obtenida, pero, en apariencia, el guardia tenía mucha más fuerza que él. Ese hombre tan fuerte lo transportaba por el corredor, pero no hacía la escalera, cerca del ascensor, sino lejos de éste. Liane y el emperador iban detrás.

Dos centinelas destrabaron la cerradura y abrieron una puerta pesada que se encontraba en el suelo. Se deslizó hacia atrás con un fuerte chirrido y Galvyn trató de ver qué había allí abajo. Todo estaba oscuro y había ruidos espantosos..., y un olor...

Lo empujaron y cayó en el hueco. Durante los primeros segundos no se preocupó. Después de todo, podía volar. Al darse cuenta de que no podría volar, gritó. El estruendoso grito se cortó al aterrizar en el suelo de tierra con un ruido sordo. ¡Dolía! Con certeza se había quebrado un hueso en la caída. Todos los pensamientos que tenía sobre las hermosas sirvientas del Nivel Cinco desaparecieron de su mente confundida.

—¡Me he caído! —gritó, dirigiéndose hacia la boca del pozo. Liane, el emperador y uno de los guardias, el más fuerte, lo miraron.

»¡Ayúdenme!

Oyó unos sonidos en la oscuridad que lo rodeaba: un pie se deslizaba sobre la tierra, una respiración fuerte y áspera, una risa ahogada.

—No me gusta estar aquí —dijo en voz baja.

Liane gritó:

—¡Cuídenlo, señores! ¡Es el primo del emperador!

Luego, la puerta se cerró y la luz del exterior se extinguió. Galvyn sintió un gran miedo, opuesto a aquella ráfaga de sensaciones de deleite que había tenido hacía tan sólo unos momentos. Nunca había sentido un miedo igual en su vida. Los ojos comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad y vio figuras en la distancia. Sombras de hombres. Las figuras se acercaron, hasta que una mano huesuda le cogió el brazo.

—¿El primo del emperador, han dicho?



Los viajeros se sintieron mejor marchando en el otoño que había llegado y traía aires más frescos. No viajaban por carreteras con mucho tráfico, sino que usaban caminos más estrechos y también hacían sus propios caminos de vez en cuando. Era mejor que Sophie permaneciera alejada de las áreas pobladas, por lo menos hasta que estuviera segura de poder controlar sus nuevos poderes.

Kane y Sophie cabalgaron hacia el norte, tal como les había indicado Liane que hicieran, pero hasta el momento, no había señales de Maddox Sulyen. Por supuesto que el Palacio del Norte estaba aún a varios días de distancia.

Kane cargaba a su hija en un porta bebés, que le cruzaba el pecho, mientras que Sophie iba en su propio caballo. Su vientre ya estaba redondeado, aunque las ropas disimulaban su estado. Kane adoraba pasar la mano por esa redondez cada vez que paraban para comer o a descansar

por las noches. No había visto a Ariana crecer dentro de su madre y no quería perderselo esta vez.

Sophie le dijo que sería otra niña.

Hacía trescientos años que de las mujeres Fyne sólo habían nacido niñas. A Kane no le importaba. Podía imaginar su vida rodeado por hermosas mujeres, bellas brujas. Sophie también le había dicho que sus hijas serían todas hechiceras. Era un pensamiento que causaba temor, pero con Sophie de madre ellas crecerían bien. Le había asegurado que no tendrían poderes hasta la edad adulta. ¡Por lo menos no tendría el trabajo de buscarlas después de que se portaran mal y terminar convertido en un sapo!

Si hiciera caso a lo que Sophie decía, podría no estar vivo cuando sus hijas recibieran los poderes. Había cumplido veintinueve años inmediatamente después de que abandonaran Arthes. Tenían menos de un año por delante para tratar de encontrar la forma de acabar con la maldición de Fyne.

Debería de estar aterrado con la sola idea de ser víctima de una maldición, pero no lo estaba. Encontrarían la manera de vencerla, juntos.

No había habido en el pasado una hechicera Fyne tan poderosa como Sophie. Nadie que se tomara el trabajo de terminar esa maldición de una vez por todas.

—¿Por qué estás sonriendo? —preguntó ella.

—¿Estoy sonriendo? —preguntó Kane.

—Por supuesto que estás sonriendo.

—Sólo... estoy pensando.

—¿En esta noche?

—En todas las noches que vendrán —contestó Kane.

La sonrisa de Sophie era tan ancha como la de él.

Muy pronto encontrarían al ejército imperial y a Maddox Sulyen. Sophie se presentaría ante su padre y le advertiría sobre la situación en el palacio, como había pedido Liane. Pero, después de eso ¿qué?

El fuego de la ira y el deseo de venganza ya no bullía dentro del corazón de Kane, pero todavía era un rebelde. Quería ver a Sebestyen fuera del trono y fuera del palacio. La verdad es que quería verlo muerto.

Se preguntaba qué pensaría Arik sobre tener a una hechicera como consejera.



Liane se animó a visitar el Nivel Siete. No se había sentido bien en esta última semana y Sebestyen estaba molesto por ello.

No le había dicho que la amaba otra vez, pero las cosas habían cambiado. No se había vuelto a hablar de una nueva emperatriz para reemplazar a Rikka. Sebestyen sabía que no tendría otra opción, pero no tenía prisa en encontrar otra esposa y engendrar un heredero. Esta actitud enfurecía al padre Meryll y a otros sacerdotes. Detestaban a Liane más que nunca, al ver que ella, en verdad, formaba parte de la vida del emperador.

Liane siempre estaba al lado de Sebestyen. Muchas noches dormían juntos hasta la salida del sol.

El sol salía e iluminaba los aposentos reales, pero el emperador ya no le temía. Todavía tenía miedo de la traición desde dentro y era cauteloso, pero ya no se escondía del sol. Liane y Sebestyen no habían salido del palacio aún, pero habían compartido algunas comidas en el balcón. Era hermoso, casi normal.

Sebestyen hablaba con ella y la escuchaba. Ni siquiera daba a entender que ella podría acostarse con otro hombre. Era de él, de una manera que nunca imaginó que podría serlo.

No volvió a pronunciar palabras de amor, pero la amaba, a su manera.

No siempre la escuchaba, por supuesto. Oponiéndose a su consejo, había insistido en enviar un escuadrón de soldados a buscar a las hermanas Fyne. Había nombrado a un hombre llamado Bors como el encargado de guiar a la milicia hasta la montaña Fyne. Era el mismo que había acompañado a Ariana y a Galvyn hasta el palacio.

Galvyn había dicho que Sophie era la menos poderosa de las tres y Sebestyen había decidido que era su prioridad aprovechar el poder de las mujeres Fyne para sí mismo. Para Liane, eso significaba buscar problemas, pero Sebestyen vio los beneficios potenciales que le podía brindar el tener esas hechiceras en el palacio a su disposición. Una vez llegaron al palacio, las tendría encadenadas en el Nivel Doce o trabajando en el Nivel Siete. Era posible que Sebestyen ni siquiera se ocupara de verlas, y usara un intermediario para mantenerse a una distancia prudencial.

Liane esperaba no tener que enfrentarse a las brujas. Si tuviera que hacerlo, recordaría que eran las hermanas de Sophie y se sentiría obligada a ayudarlas a escapar. No podía arriesgar su nueva posición en el palacio, ni siquiera por la familia de Kane.

Gadhra la saludó con una sonrisa.

—¿También estás enferma? —le preguntó la vieja.

—Sí —respondió Liane.

Los olores de la cocina de la bruja hicieron que el estómago de Liane se revolviera. Puso una mano sobre la nariz y la boca para evitar sentir el hedor. Algo ayudó, pero no mucho.

La vieja bruja tenía una medicina ya preparada y le entregó a Liane una pequeña botella marrón.

—Bebe esto, una cucharada ahora y otra antes de ir a dormir.

Liane observó la poción con sospecha.

—¿Cómo sabías lo que necesitaba?

En más de una ocasión, la bruja había insistido en que ver el futuro no era su don, aunque tenía esos sueños...

—Más de la mitad de las mujeres del Nivel Tres sufren del mismo mal —explicó la vieja.

Si era una enfermedad contagiosa y se la pasaba a Sebestyen, él se enfadaría muchísimo. Nunca enfermaba y ella sabía bien que sería un paciente muy difícil si alguna vez tuviera alguna dolencia que lo hiciera sentirse mal.

—¿Y si el emperador se contagia con mi enfermedad? —quiso saber Liane.

La bruja se rió, con una risa corta y crispada.

—El chico no podrá enfermarse con tu misma dolencia.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —inquirió Liane.

La mano atrofiada de Gadhra se aproximó y puso la palma sobre el vientre de Liane y preguntó:

—¿No sabes lo que ha pasado?

—¿Es... algo malo?

No había pensado que esa dolencia de los últimos días podía ser algo serio, grave. Sólo tenía náuseas y tendencia a vomitar el desayuno.

—Bueno, malo, todo depende —dijo la bruja con una amplia sonrisa—. Cuídate, Liane. El próximo emperador de Columbyana está creciendo dentro de ti.

Fin